

José M. Monmnéu

---

# Pláticas Espirituales

PARA RELIGIOSAS



LIBRARY OF THE  
UNIVERSITY OF CALIFORNIA  
SAN DIEGO  
1983

Monmenéu

---

Pláticas  
Espirituales  
para  
RELIGIOSAS

---

TOMO I

BX903

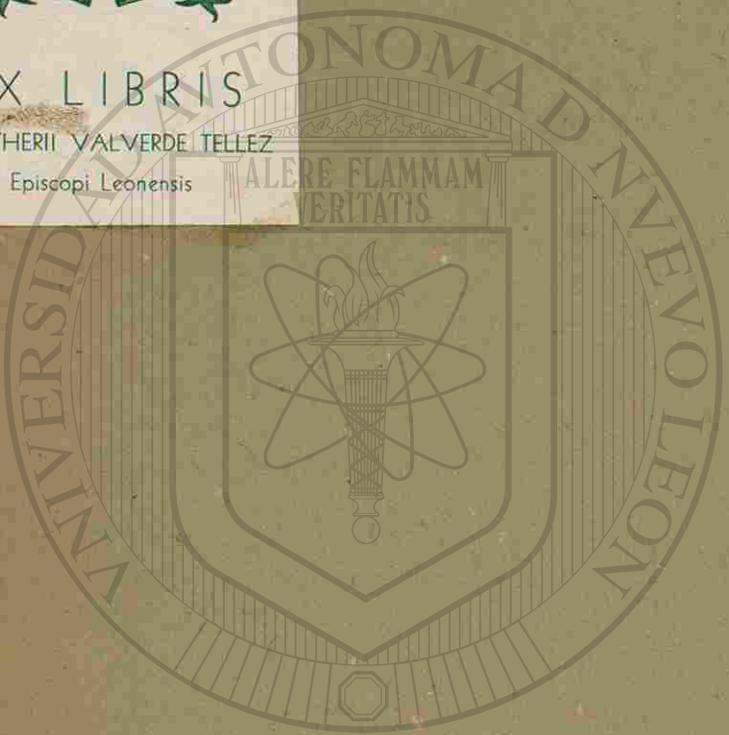
M6

v.1



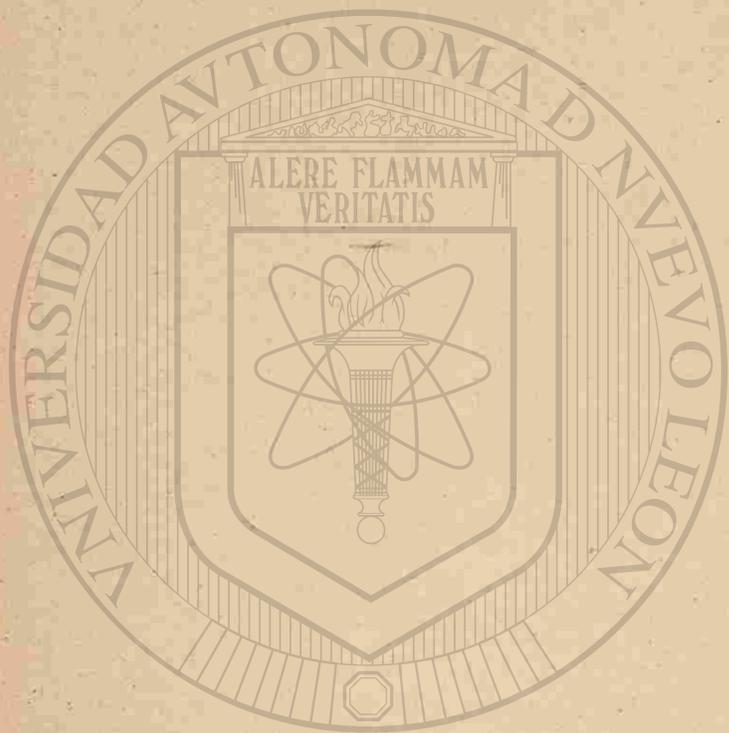
*S. L. V. 2/10*

EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN®  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PLÁTICAS ESPIRITUALES

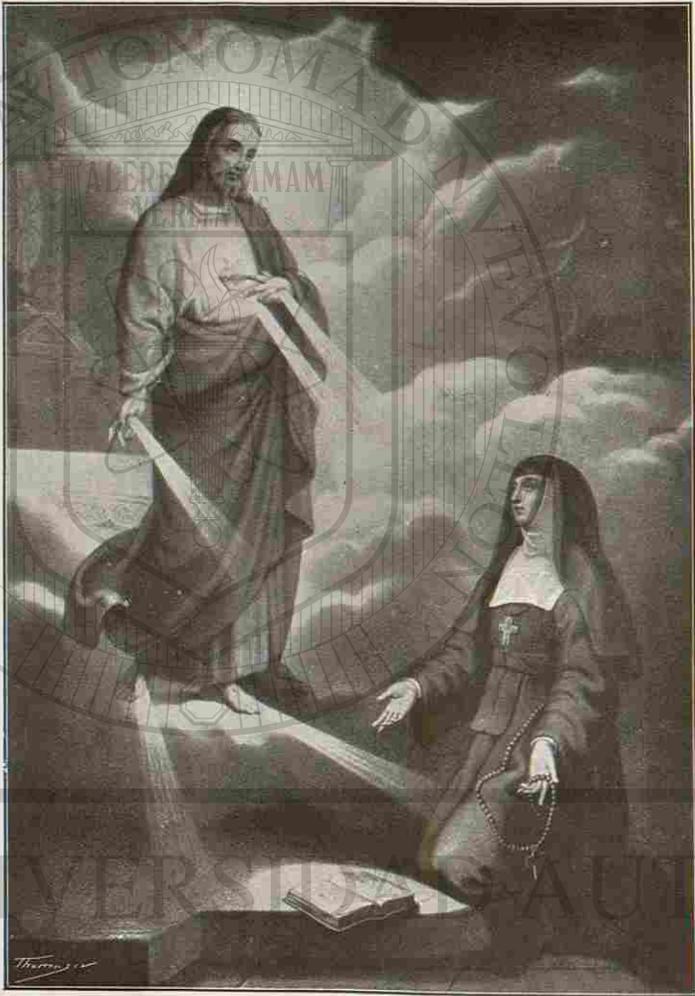
UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





TE DESPOSARÉ CONMIGO PARA SIEMPRE  
OSEAS, II, 19.

ESCRITURAS ESPIRITUALES

PARA

RELIGIOSAS

DE VIDA CASTA Y CONTEMPLATIVA

DE PUREZA Y SENCILLEZ

DE FELICIDAD Y ALMIÑANO

JUAN L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VALLEJO - 1903

ENCARGADO A CARGO DE MIGUEL GONZALEZ

ARMANDO II

Capilla Alameda  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
MEXICO, D.F. 1903

45249

PLÁTICAS ESPIRITUALES

PARA

RELIGIOSAS

DE VIDA ACTIVA Y CONTEMPLATIVA

ESCRITAS CON CLARIDAD Y SENCILLEZ

POR

D. JOSÉ M.<sup>A</sup> MONMENÉU Y ALMIÑANO

CAPELLÁN DE LA CASA DIOCESANA DE SIERVAS DE MARÍA

MINISTRAS DE LOS ENFERMOS, DE VALENCIA

TOMO PRIMERO

*Hac est via, ambulate in ea.*  
— Isaie, xxx, 21. —



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Oseas, II, 19.



CON CENSURA ECLESIASTICA

VALENCIA—1905

TIPOGRAFÍA MODERNA, Á CARGO DE MIGUEL GIMENO

AVELLANAS, 11



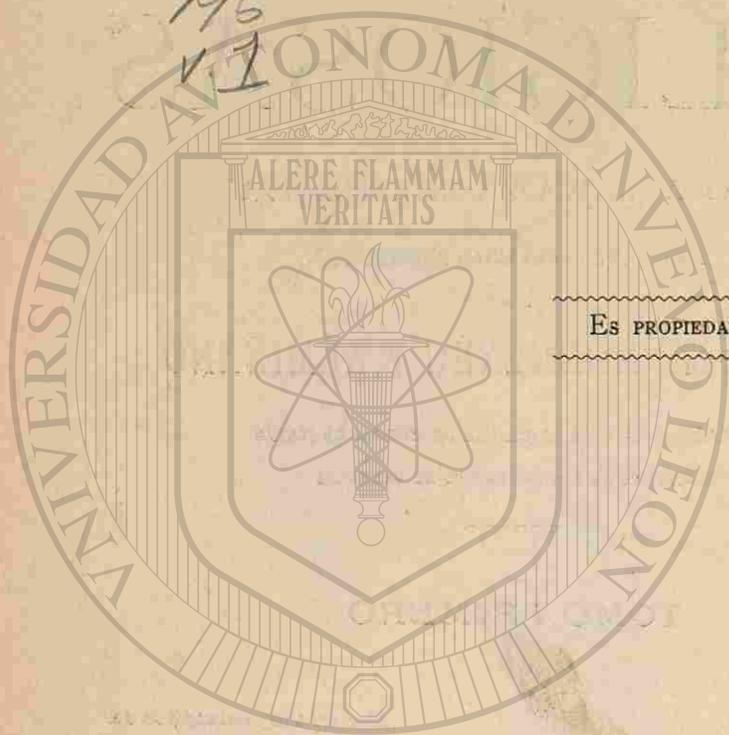
Capilla Alfonso  
Biblioteca Universitaria  
UNIVERSIDAD DE LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tobez

45249

BX903

M6

V. I.



ES PROPIEDAD DEL AUTOR



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## CENSURA

DEL

Dr. D. Francisco Soler Romaguera

cura párroco de San Martín, obispo, y San Antonio, abad,  
de esta Ciudad

Ilmo. Sr.: En cumplimiento de la comisión que V. S. Ilma. ha tenido á bien confiarme, he leído la Obra del presbítero D. José María Monmenéu Almiñano, titulada Pláticas espirituales para religiosas de vida activa y contemplativa, y tengo la satisfacción de informar, que no sólo no he hallado cosa alguna que no esté conforme con la más sana doctrina de nuestra Santa Madre la Iglesia Católica, sino que el trabajo del señor Monmenéu es digno de alabanza por más de un concepto, pues responde perfectamente á su título, y con ello viene á llenar un vacío de importancia; es además muy utilizable para la predicación pastoral, en beneficio de los que predicán y de los que oyen la palabra divina; está exento de ese modernismo del peor gusto que cae invadiendo la predicación contemporánea, y se ajusta estrictamente al Decreto que sobre esta materia dió la Sagrada Congre-

008637

gación de Obispos y Regulares en 31 de Julio de 1894.

Nada de oraciones pomposas que tratan argumentos más especulativos que prácticos, más civiles que religiosos, más aparatosos que provechosos con que, en expresión de dicho Decreto, se anuncia, ó mejor aún, se adultera la divina palabra. Sagrada Escritura, Santos Padres y Doctores de la Iglesia, autores ascéticos y místicos: todo esto expuesto y explicado en buen castellano, con método, claridad y sencillez, constituye la Obra del presbítero Sr. Monmenén.

Tal es el concepto que de ella he formado y que someto en todo al superior juicio de V. S. Ilustrísima, cuya vida guarde Dios muchos años.

Valencia 24 Marzo de 1905.

Dr. Francisco Soler

Cura.

Ilmo. Sr. Vicario Capitular, S. V., de esta Archidiócesis.

Valencia 28 Marzo 1905.

De conformidad con el censor, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse la serie de Pláticas espirituales para religiosas de vida activa y contemplativa, á que se refiere la solicitud anterior. ~ ~ ~

El Vicario Capitular.—P. O.,

Dr. Constantino Lormo

Penitenciar.—Secretario.

Por mandado de S. S. Ilma.,

José María Arcos

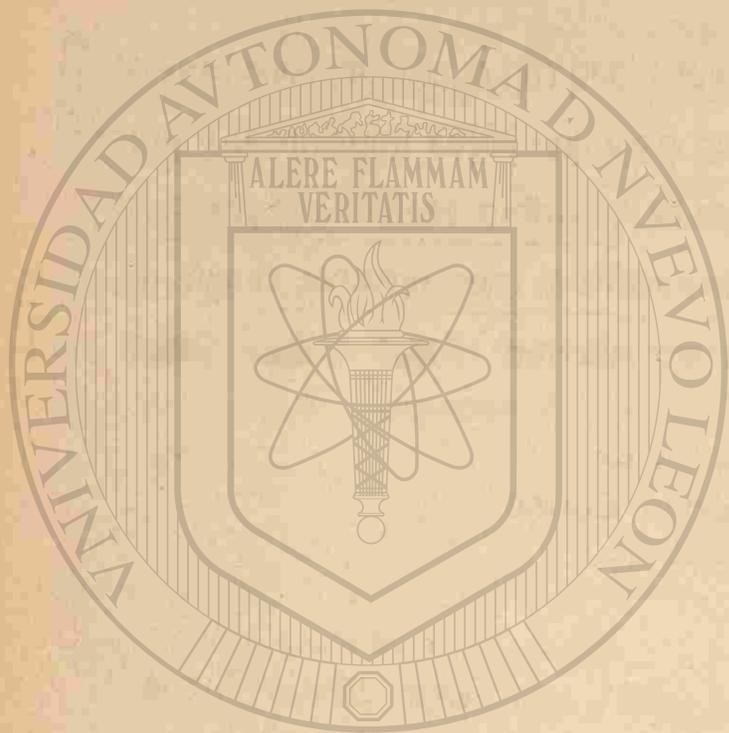
V. Secretario.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

(Hay un sello).

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





*A mayor honra y gloria*

*del*

*Sacratísimo Corazón de Jesús*

*ofrece, dedica*

*y consagra este modesto trabajo*

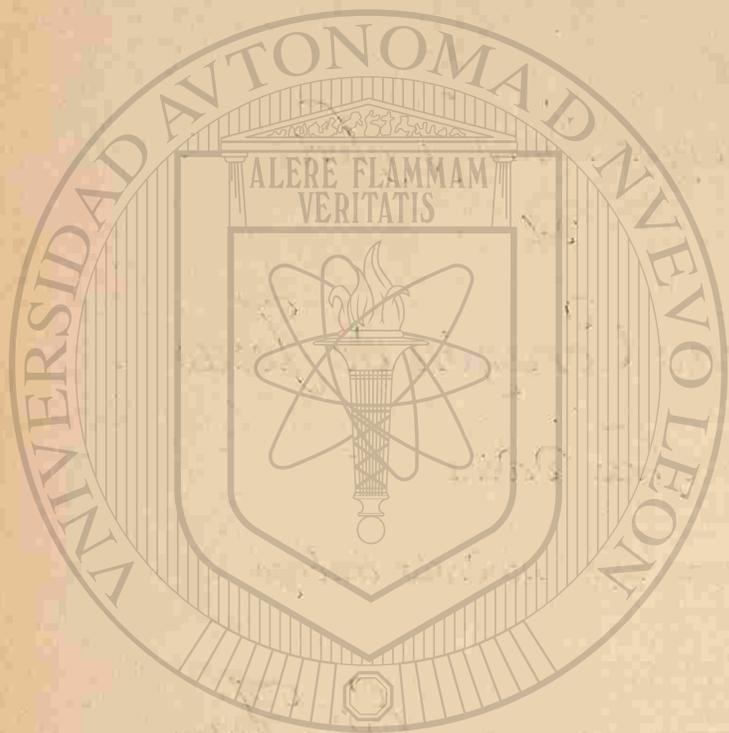
*El Autor.*

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## DOS PALABRAS

---



CON el fin exclusivo de facilitar á mis venerables hermanos, los capellanes de religiosas, copiosa materia de predicación relativa á los peculiares deberes que las incumben y á los medios de santificación que su estado las proporciona, he creído oportuno el publicar esta serie de *Pláticas espirituales*, escritas con suma claridad y sencillez, y en ello he puesto especial empeño, porque estas almas escogidas, hambrientas siempre de doctrina,

á semejanza de los *parvulillos* que menciona el profeta Jeremías (1), *piden pan*, el pan de la palabra divina (2) que nutra su espíritu, pero cortado en menudos pedazos, esto es, explicado en términos claros y sencillos, para que las éntre en provecho y produzca abundante fruto en sus almas.

Cuanto á las fuentes de donde procede la doctrina contenida en estas pláticas, basta leerlas para descubrir á cada paso una vena riquísima del caudaloso manantial de las Santas Escrituras, cuyas purísimas aguas riegan y abonan y fertilizan la tierra bendecida (3) del corazón siempre sediento de las religiosas de buen espíritu. A este manantial de divina inspiración, agréganse los luminosos escritos de los Santos Padres y autores de ascética y mística más autorizados, los cuales, embebidos en estas limpísimas corrientes de celestial sabiduría, interpretan admirablemente la palabra divina, poniéndola al alcance de las inteligencias menos cultivadas y deduciendo atinadas aplicaciones que facilitan la práctica

(1) Thren., IV, 4.  
(2) Luc., IV, 4.

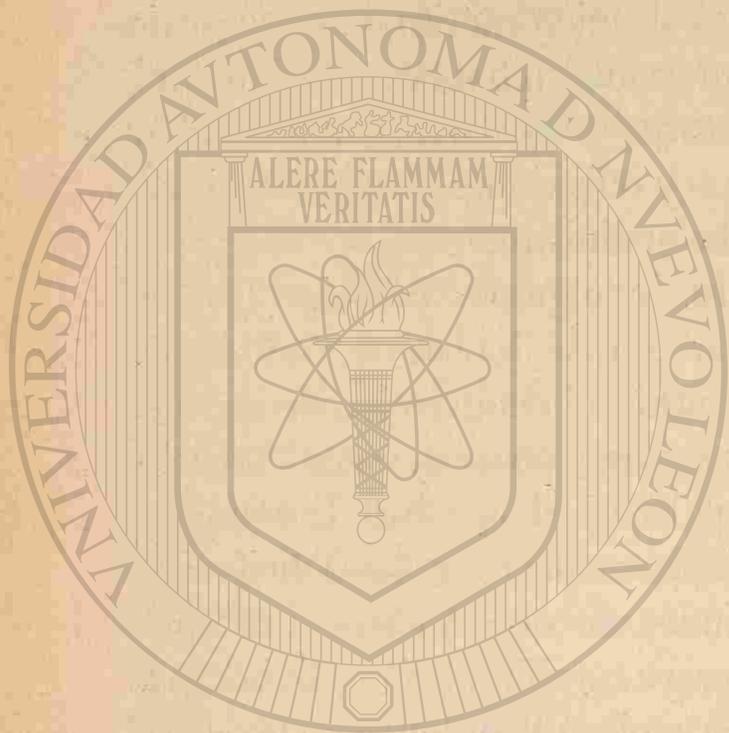
(3) Psalm. LXXXIV, 2.

de los deberes y el recto ejercicio de las virtudes.

Tal es la doctrina, y en ella exclusivamente estriba el único mérito de estas pláticas; mérito que confieso haber deslucido á mi pesar, con la torpe y desmañada combinación de las pruebas y reflexiones que tan copiosamente aquélla suministra.

Sean, pues, indulgentes conmigo los señores sacerdotes que hayan de utilizarlas, toda vez que abrigo la convicción de que las superiores luces que poseen, unidas al celo apostólico que les distingue, han de compensar muy ventajosamente todas las deficiencias é imperfecciones de que adolece este modesto trabajo, y con la unción divina (1), producir muy copioso fruto en las almas religiosas á quien se dirige.

(1) Joann., XV, 5.—I. Corinth., III, 7.—I. Joann., II, 27.



CONCEPTO DE LA TRIBULACIÓN

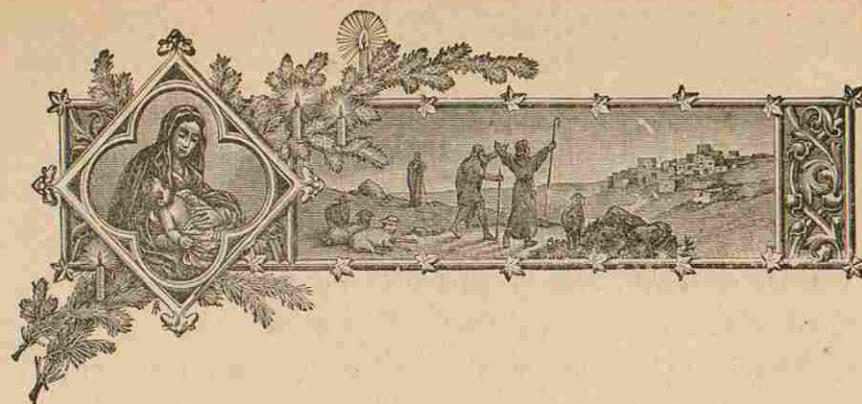
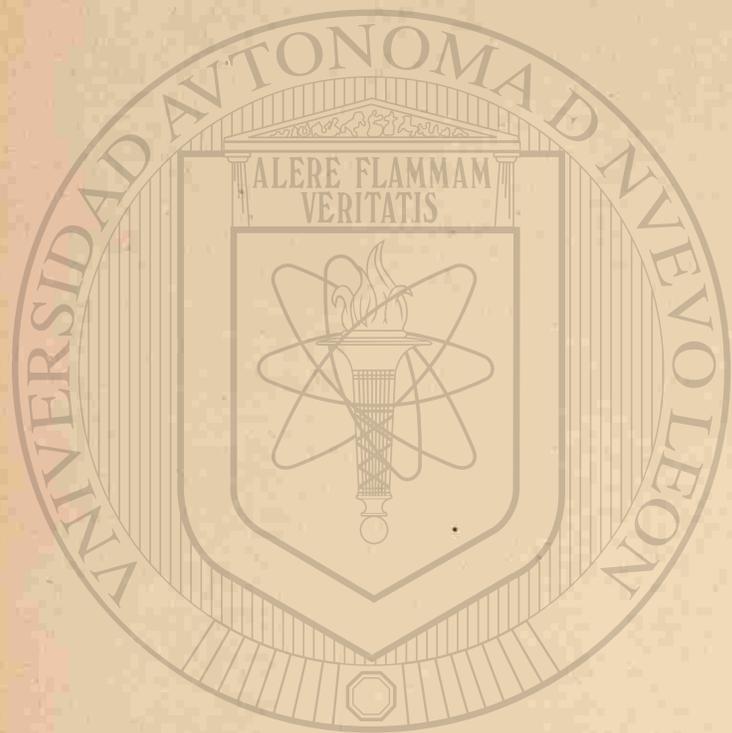
UANL

---

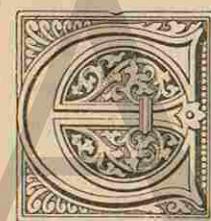
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





### CONCEPTO DE LA TRIBULACIÓN



EN la historia del reinado de Carlos V, leemos un hecho sencillo por demás, pero que encierra una verdad elocuentísima aplicado al asunto que deseo tratar en esta plática. Dícese allí que este rey de Francia quiso poner á prueba los sentimientos del corazón de su hijo Carlos, valiéndose para ello de un medio ingenioso. Puso sobre una mesa una preciosa corona enlazada con un cetro de oro, y en otra un casco guerrero y una espada, y dejó á su hijo la elección. Éste, joven todavía, pero dotado de una madurez de juicio impropia de su edad, sin vacilar un momento cubrió su cabeza con el casco y empuñó la espada. Al ver el rey este rasgo de nobleza y de valor en su hijo, preguntóle por qué había preferido la espada, y respondió el joven príncipe: «Porque con la espada espero conquistar la corona.» Respuesta digna del hijo de un rey. Ahora bien; si tan nobles sentimientos abrigaba el magnánimo corazón de este joven príncipe, que no quiso ceñir la corona del imperio sin ha-

berla conquistado con el poder de su brazo, ¿no sería vergonzoso que, tratándose de conquistar la inmarcesible corona de la gloria, el cristiano, el religioso, hijo del *Rey inmortal de los siglos* (1), pretendiese ceñir esa corona, sin haberla merecido con la paciencia en las tribulaciones y contratiempos de la vida?

Porque la tribulación, h. mías, es ley universal á cuyo influjo ningún sér racional puede sustraerse (2); ley que nace con el hombre y se apodera, digámoslo así, de todo su sér, pues la siente como inyectada en su sangre y no le abandona hasta que exhala el último suspiro. Verdad es que en la práctica esta ley produce efectos diversos en los hombres, según las disposiciones con que la reciben. Los amadores del mundo, como piensan que han nacido para gozar (3), la miran con horror, la detestan y maldicen, y hasta llegan á atentar contra su propia vida para librarse de sus efectos. Los buenos cristianos, aunque rehusan el padecer —porque en verdad no es halagüeño á la naturaleza,— como saben que ésta es la voluntad de Dios, la sufren con paciencia y salen de esta vida purificados y abastecidos de merecimientos. Pero las personas religiosas, es decir, las religiosas de buen espíritu, las que aspiran con empeño á la perfección y desean unirse pronto con su divino Esposo Jesús, como han aprendido en su escuela que el camino más breve para lograr esta unión es el camino de la tribulación y de la cruz, no sólo la llevan con paciencia, sino que la aman y bendicen y viven abrazadas con ella, porque cifran su única gloria en vivir crucificadas con Cristo y repiten con el Apóstol: *Lejos de mí gloriarme sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo* (4).

(1) I. Timoth., I, 7.

(2) Eccli., XL, 3.

(3) Sapient., II, 8.—Isaí., XXII, 13.

(4) Galat., VI, 14.

¿Por ventura me equivoco, h. mías? ¿No son éstos vuestros sentimientos? ¿No cifráis vuestra gloria en las tribulaciones y en vivir abrazadas con la cruz?... No lo dudo. Mas para infundiros aliento en las luchas y contradicciones de la vida, deseo descubrirlos el caudaloso manantial de gracias y de méritos que atesora la tribulación para el alma que la recibe con amor, como venida de la mano de Dios (1). Veamos como

### Las tribulaciones son garantía de salvación

Donoso destino el de la criatura racional: padecer y ser atribulada mientras dure su vida. Así es, h. mías; vivir para el cristiano es luchar, y luchando vive el que espera ceñir la corona que Dios le tiene prometida si venciere (2). *Campo de batalla es la vida del hombre* (3), y cada cristiano es un *soldado de Cristo* (4) que debe arrostrar con frente serena los padecimientos y contrariedades de este destierro, porque éste es el único camino que conduce con seguridad á la patria de los Santos. Así lo dice San Pablo: *Es preciso pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios* (5). «Luego si las tribulaciones, añade San Jerónimo, han de »facilitarnos la entrada en el cielo, ya pueden despedirse de »él todos los que rehusan padecer» (6). Ya, pues, que la tribulación es necesaria, porque todos nacemos en pecado (7), y todos navegamos por este golfo tempestuoso del mundo, y ninguno se escapa de sus furiosas olas y horribles tormentas, veamos cómo con la gracia de Dios logramos trocirla

(1) Deut., XXXII, 27.—Ecclesiast., XI, 14.—Jerem., XVII, 10.

(2) II, Timoth., II, 5.

(3) Job., VII, 1.—Job., XIV, 14.—II, Timoth., III, 12.

(4) II, Timoth., II, 3.

(5) Act., XIV, 21.

(6) De ferend. oppobr.

(7) Psalm. L, 7.—Rom., V, 12.

en dulce y sabrosa, y que nos sea como garantía de salvación eterna, y no perdamos tan grandes riquezas y bienes como por medio de las tribulaciones podemos alcanzar.

Decidme: ¿qué concepto formarían las gentes de un pobre de solemnidad que rechazara indignado la propiedad de una mina de oro, con cuyo metal pudiese subvenir holgadamente á todas sus necesidades, y aun satisfacer todos sus caprichos mientras viviere sobre la tierra? El mundo, tan apasionado por las riquezas, no acertaría á comprender ni aun á concebir un acto semejante... Pues bien, h. mías; se trata de verdaderos pobres de solemnidad en lo relativo á los bienes del espíritu (1); se trata de almas hambrientas (2) que necesitan el pan de cada día, que es la gracia divina (3), para no desfallecer en la triste jornada de la vida; se trata de pecadores cargados de deudas (4) que deben satisfacer en éste ó en el otro mundo (5); se trata de verdaderos negociantes que han de duplicar su caudal con el oro purísimo de la caridad y de las virtudes (6); se trata, en fin, de nosotros, pobres pecadores, miserables pecadores, abrumados de necesidades y de miserias en el cuerpo y en el alma (7); de nosotros, en cuyas manos ha puesto Dios un verdadero tesoro, un manantial inagotable de méritos y de gracias, con las cuales podemos enriquecer nuestras almas y satisfacer todas las deudas contraídas con Dios por nuestros pecados, y no obstante... no diré yo que rechazamos indignados este tesoro, pero sí que me atrevo á asegurar que no lo hemos examinado detenidamente y por eso no podemos apreciarlo en lo que vale.

(1) Psalm. XXIV, 16.—Psalm. LXXXVIII, 8.—Apocal., III, 17.

(2) Psalm. CVI, 9. Matth., V, 6.

(3) III. Reg., XIX, 6.—Joann., VI, 52.

(4) Matth., VI, 12.

(5) Matth., V, 26.—Matth., XVIII, 30.

(6) Luc., XIX, 3.

(7) Job, XIV, 1.

Efectivamente: la gran miseria moral de muchos cristianos—tratándose del servicio de Dios—consiste en que suelen mirar las cosas por su parte exterior, como aparecen á los sentidos, y sólo gustan la amargura de la corteza, y achacan todos los contratiempos que padecen ó á los hombres ó á la naturaleza, ó en general á las causas segundas, porque no los desentrañan, porque olvidan, sin duda, que en el fondo de estos acontecimientos se halla *la médula del cedro* de que nos habla Ezequiel (1), esto es, la voluntad divina que los dulcifica y hace meritorios de vida eterna. No, no viven de fe, como las almas justas (2); en sus manos tienen el tesoro y no lo aprecian, porque *no conocen el don de Dios* (3), y enferman con la medicina, y frustran, cuanto es de su parte, los designios amorosos de la Providencia, y padecen sin mérito y sin alivio. ¡Ah! si llegáramos á columbrar siquiera las riquezas espirituales que atesoran las tribulaciones, lejos de temerlas y rehusarlas, las buscaríamos con solicitud, como la mujer del Evangelio (4), con la luz de la fe, hasta dar con ellas y adquirir las á precio muy subido, á precio de dolores, injurias, persecuciones, calumnias y sangre del corazón. Porque, h. mías, ¿qué es la tribulación—ora sea interna ó externa—sino una visita misericordiosa de Dios, una prueba inequívoca del amor que profesa á sus hijos (5), una señal cierta y evidente de predestinación? Así lo dice el glorioso Evangelista San Juan en persona de Dios: *A los que yo amo, los reprendo y castigo* (6). Y el Apóstol San Pablo añade: *Al que Dios ama, castigale, y azota al que recibe y tiene por hijo* (7); y prosigue

(1) Ezech., XVII, 3.

(2) Galat., III, 11.

(3) Joann., IV, 10.

(4) Luc., XV, 8.

(5) Prov., III, 12.

(6) Apocal., III, 19.—Prov., III, 12.—Job, V, 17.

(7) Hebræ., XII, 6.

diciendo: «¿Qué hijo hay que no sea castigado de su padre? »Porque si carecéis de este castigo—por el cual han pasado »todos los hijos de Dios,—síguese que sois hijos de otro »padre y no de Dios.» Cuando vemos que algunos muchachos están jugando y travesando, y que llega un hombre y ase de las orejas á uno de ellos y le castiga, luego entendemos que aquél es su padre, y que no lo es de los otros que deja sin castigo. Pues *si somos hijos de Dios* (1), *también somos sus herederos*, dice el Apóstol, y *coherederos con Jesucristo*, y por lo mismo, castigados y atribulados en esta vida, *para ser con Él glorificados* (2).

San Bernardo (3) trae á este propósito una consideración que infunde aliento en el alma. Tres clases de hombres, dice el santo, logran poseer el reino de los cielos, cada cual á su manera. Unos *lo arrebatan* con violencia, con trabajos y fatigas indecibles, negándose á sí mismos y crucificando su carne con sus vicios y pasiones; y á éstos se refiere San Mateo cuando dice: *El reino de los cielos se alcanza á viva fuerza, y los que se la hacen á sí mismos son los que lo arrebatan* (4). Otros *lo compran* practicando obras de beneficencia y socorriendo á los necesitados con limosnas hechas en gracia de Dios y en su Nombre (5); y con éstos habla Jesucristo cuando dice: *Granjeaos amigos con las riquezas, para que, cuando falleciereis, seáis recibidos en las eternas moradas de la gloria* (6). Otros, en fin, entran en el cielo como *empujados* por una fuerza misteriosa é irresistible. ¿Sabéis quién son éstos? ¡Ah! éstos son los privilegiados, éstos son los amigos más regalados de Cristo, *los pobres de espíritu* (7), *los enfermos,*

- (1) I. Joann., III, 1.  
 (2) Rom., VIII, 17.  
 (3) Tract. sentent.  
 (4) Matth., XI, 12.  
 (5) Matth., X, 42.  
 (6) Luc., XV, 9.—Isaí., LV, 1.  
 (7) Matth., V, 3.

*los atribulados* (1), *los que lloran, los perseguidos por la verdad y la justicia* (2); y á éstos aludía Jesucristo cuando dijo al siervo de la parábola de la gran cena: *Sal luego á las plazas y barrios de la ciudad, y tráeme acá cuantos pobres, y lisiados, y ciegos, y cojos hallares, ET COMPELLE INTRARE, y fuérganlos á entrar para que se llene mi casa* (3). Ya lo veis, h. mías; éstos tienen asegurada la posesión de la gloria, porque son los que más se parecen á Jesucristo, porque viven abrazados con su cruz y mueren crucificados en ella; éstos son propiamente los *coherederos de Cristo*, porque *lo llevan siempre en su cuerpo*, como aconseja el Apóstol (4), y entran en el cielo como por derecho propio para ceñir por toda la eternidad *la corona de justicia* que tan confiadamente esperaba San Pablo (5), porque había peleado y vencido, y Dios ha prometido *al que venciere sentarlo en un trono, coronado de gloria* (6). ¿Veis cómo las tribulaciones son garantía de salvación y una prueba inequívoca del amor que Dios profesa á sus hijos?...

Pues aún lo veréis más claro en el hecho histórico que voy á referir. Veréis de qué trazas se vale Dios para atraer á su servicio á los hombres cuando los ve enfrascados en los cuidados y negocios de este mundo, para el cual, ciertamente, no han nacido. Hijos suyos muy queridos, hijos predilectos de su Corazón eran los israelitas, á quien llamaba á boca llena *su pueblo escogido* (7). Dice el texto sagrado que vivían en Egipto muy contentos y satisfechos, á pesar de ser extranjeros en aquel país, como lo somos nosotros en el mundo (8). ®

- (1) Luc., VI, 21.  
 (2) Matth., V, 10.  
 (3) Luc., XIV, 21.  
 (4) I. Corinth., VI, 20.—Rom., XIII, 14.  
 (5) II. Timoth., IV, 6.  
 (6) Apocal., III, 21.  
 (7) Levít., XXVI, 12.  
 (8) Hebræ., XIII, 14.—Psal. XXXVIII, 13.—I. Petr., II, 11.

Y ¿sabéis qué hizo Dios para arrancar de sus corazones la afición desordenada á los bienes y comodidades de aquella tierra, y aun para que la odiasen de muerte? Permitted que los egipcios desfogasen en ellos su odio, y lo efectuaron á maravilla. Forzaronlos á trabajar en obras públicas, como si se tratara de criminales. Nombraron sobrestantes para que los vejase con cargas insoportables y los azotasen cruelmente, si se resistían á las duras fatigas de amasar barro y cocer ladrillos. Obligaronlos á edificar dos ciudades que se llamaron Fitóm y Ramesés, y sujetaronlos como esclavos á las rudas labores del campo. Por último, el rey Faraón, deseando acabar con ellos, intimó á todo su pueblo la orden de que todo varón que naciese entre los hebreos lo arrojasen á las corrientes del río (1). No pudiendo resistir por más tiempo los hijos de Israel tal cúmulo de desdichas, VOCIFERATI SUNT, dice el texto sagrado: *levantaron el grito al cielo* (2), *y Dios escuchó sus gemidos*, y preparó su libertad. «¿Veis, dice San Juan Crisóstomo, cuán saludables fueron estas pruebas para los hijos de Israel? ¿Cuándo hubieran pensado en romper las cadenas de tan dura servidumbre, si Dios, compadeciéndose de ellos, no los hubiera sumergido en un piélago de tribulaciones y trabajos?» *Clamaron al Señor, al verse atribulados*, dice el real Profeta, *y los libró de sus angustias* (3). Y ¿por qué no clamaron antes?—Porque ninguna adversidad, ninguna tribulación los forzaba á ello. «Esta es la razón, dice el Doctor Angélico (4), por qué permite el Señor que seamos atribulados; porque la tribulación nos hace recurrir á Dios, como Él mismo dice por el profeta Oseas: *En medio de sus tribulaciones se levantarán con presteza*

(1) Exod., I, 22.  
 (2) Exod., II, 23.  
 (3) Psal. CVI, 19.  
 (4) In psal. XV.

»*para convertirse á mí. Venid—dirán,—volvámonos al Señor* (1).» Ved aquí un medio maravilloso que nos induce á *buscar las cosas del cielo y no las de la tierra*, como aconseja San Pablo (2). Creo que no debo insistir en probar esta verdad, tan claramente demostrada por la fe.

*Práctica.* Y ¿cómo debemos recibir las tribulaciones?—Si hablara á simples fieles cristianos que, aun teniendo fe, no suelen recurrir á ella cuando padecen alguna tribulación, y por eso la soportan con disgusto y como por fuerza, les diría que, siendo la tribulación una prenda del amor que Dios les tiene, debían recibirla en sus corazones á puertas abiertas y con buena voluntad; ó por lo menos, los exhortaría á la paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, mostrándoles la necesidad que tiene todo cristiano de esta virtud para asegurar la salvación de su alma (3). Les diría que la paciencia en las tribulaciones fortifica y asegura todas las virtudes, y es un holocausto vivo de suavísima fragancia en la presencia de Dios. Les diría que es mucho más meritorio sufrir con paciencia las adversidades, que dar vida á los muertos y hacer otros milagros, como dice San Gregorio; y que si bien el mundo llama miserables á los afligidos, Dios los llama dichosos y bienaventurados, pues los escogió para sí (4)...

Mas como hablo á religiosas que no sólo poseen esta virtud de la paciencia, sino que aman y desean y bendicen la tribulación y la cruz, debo emplear otro lenguaje, el lenguaje que sólo ellas entienden, porque *muertas al mundo, su vida está escondida con Cristo en Dios* (5). A estas almas afortunadas las pregunto: ¿No es verdad que es dulce y delicioso

(1) Osee, VI, 1.  
 (2) Coloss., III, 1.  
 (3) Hebræ., X, 36.  
 (4) Matth., V, 5.  
 (5) Coloss., III, 3.

el padecer por Cristo? ¿No es cierto que el amor se alimenta de sacrificios, y que padecer amando es sabroso padecer?... Si tratándose del amor terreno es esto verdad, ¿cuánto más lo será tratándose del amor de Dios que, como dice Moisés, *es fuego que abrasa y consume?* (1). Sí, h. más; *Dios es amor* (2), y fuego es el amor, y el amor es activo como lo es el fuego por naturaleza, y así como el fuego si no obra, si no quema, no es tal fuego, así también «el amor, si no obra, si no padece, si no se sacrifica, no es amor», dice San Gregorio (3). Quien lo posee, no tiene momento de reposo, siempre está dispuesto al sacrificio, ni se cansa, ni se hastía, ni se aburre (4), y como cada día descubre en su objeto, que es Dios, nueva belleza, nuevos atractivos, cada instante desea sacrificarse por su Amado; y así como el combustible, lejos de apagar la llama, proporciona materia para que aumente en viveza y suba á lo alto, así el alma enamorada, cuantas más tribulaciones y contrariedades recibe de la mano de Dios ó de las criaturas, permitiéndolo Dios, lejos de desmayar en esos momentos de prueba, pone sus ojos y su corazón en Dios (5), *que nunca abandona á los que en Él esperan* (6), y entonces se purifica de sus pecados, se ejercita en la humildad, en la paciencia y en todas las virtudes; y Dios, testigo de su fidelidad en el tiempo de la tribulación, se complace en derramar sobre ella sus gracias á raudales, y la estrecha sobre su Corazón, y la conforta y anima para nuevas tribulaciones, porque de ellas está sembrada la vida.

Este ha sido siempre el proceder de los Santos; porque

- (1) Deut., IV, 24.—Hebræ., XII, 29.  
 (2) I. Joann., IV, 8.  
 (3) Homil. XXX.  
 (4) Imit., lib. 3, cap. 5.  
 (5) Psalm. CXX, 1.  
 (6) Dan, XIII, 60.

llegaron á gustar la dulcedumbre que entrañan las tribulaciones y sabían el gran merecimiento que contraían á los ojos de Dios, las desearon con ardor anhelante y vivieron como engolfados en ellas. Testigo San Juan de la Cruz. Orando este siervo de Dios ante una imagen de Cristo con la cruz á cuestras, le habló el mismo Señor por medio de la imagen y dijo: «Fray Juan, ¿qué quieres por los servicios que me has hecho?»—A lo cual respondió el Santo: «Señor, padecer y ser menospreciado por Vos.» ¡Rara petición! Trabajos por premio de trabajos. Pedía Santa Teresa: «O morir, ó padecer», no admitiendo medio entre la muerte y los trabajos; y este insigne varón pedía trabajos y desprecios, sin acordarse del morir, porque tampoco se acordaba del fin del padecer. En el trabajo tenía su descanso, y en la pena su gloria; y de esta manera *su paciencia daba primor y perfección á sus obras* (1). San Francisco Javier, cuando se hallaba en algún grande aprieto ó contradicción, solía decir: «Señor, no me libréis de esta cruz, ó dadme otra mayor.» En las grandes consolaciones decía: «Basta, Señor, basta»; y en las amarguras: «Más, Señor, más.» Aparecióse el Salvador del mundo á Santa Catalina de Sena con una corona de oro en la mano derecha, y en la izquierda una corona tejida de espinas, y la dijo: «Hija mía queridísima: escoge la corona que quieras. Si prefieres la corona de espinas en esta vida, te guardaré para la otra la corona preciosa; pero si tomas hoy la preciosa, llevarás la de espinas después de la muerte.»—«Señor, dijo Catalina, en esta vida quiero conformarme con vuestra Pasión: mi dicha será siempre padecer por Vos.» Diciendo esto, cogió con ambas manos la corona de espinas y se la puso en la cabeza con tanta fuerza, que las espinas la penetraron por

(1) Jacob., I, 4.

todas partes (1). Este es, h. mías, el distintivo de los hijos de Dios, de los *predestinados para ser conformes con la imagen de su Hijo Jesucristo* (2). San Francisco de Sales, hablando con las religiosas, las dice: «Sois esposas, no de Jesús glorificado, sino de Jesús crucificado, y por eso las joyas con las cuales os quiere ver adornadas son cruces, clavos y espinas, y el festín de estas bodas es hiel, hisopo y ajeno; en el cielo tendréis los rubíes, los diamantes, las esmeraldas, el maná y la miel.»

Sí, h. mías; sólo en el cielo—patria de los bienaventurados—hallaremos paz inalterable y reposo eterno. Mientras vivamos en este destierro, no han de faltarnos tribulaciones y quebrantos que pongan á prueba nuestra paciencia y fidelidad en el divino servicio. Apelo á vuestra experiencia. ¿No es verdad que en la vida religiosa que profesáis—vida de sacrificio, porque es vida de amor,—tenéis que pasar con frecuencia por graves tribulaciones interiores, como son escrúpulos, arideces, desamparos, ansiedades, tentaciones y pruebas espantosas, las cuales os ponen á veces en trances tan apretados, que no hallando consuelo sensible á vuestro dolor en el cielo ni en la tierra (3), os sentís movidas y como forzadas á interrogar á Dios con el Salmista: *Por qué, Señor, te has olvidado de mí?, y ¿por qué he de andar yo triste, mientras me aflige mi enemigo?* (4) Así es, h. mías; angustias indecibles, *dolores de infierno* padece el alma, dice el real Profeta (5), y lo repite San Juan de la Cruz (6), en estas pruebas durísimas que Dios permite para purificarla *como oro en el crisol* (7), y unirla estrechamente consigo. Tampoco

(1) Vida, part. 2, cap. 4.

(2) Rom., VIII, 29.

(3) Psal. LXXXVII, 9.

(4) Psal. XLI, 10.

(5) Psal. XVII, 6.

(6) Obras, tom. 3, cap. 6.

(7) Sapient., III, 6.—Eccli., II, 5.—Eccli., XXVII, 6.

faltan penas exteriores que os llenan de turbación y congoja. A ello contribuyen en gran parte la continua mortificación y sacrificio que reclama la santidad de vuestro estado, la falta de salud, la excesiva viveza de la imaginación, la repugnancia á ciertos cargos ú oficios que impone la obediencia, las exigencias del amor propio, el derramamiento habitual de los sentidos del cuerpo, el trato inevitable con hermanas de diversos juicios y caracteres, y otras muchas causas que tienen su origen en nuestra nativa miserable condición. En verdad tenemos hartos motivos para exclamar con el Apóstol: *¡Infeliz de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?* (1)

Mas no creáis por eso que Dios se complace en ver atribulados á sus hijos. Por el contrario, como es sumamente compasivo (2), y por otra parte desea que salgamos de este mundo enteramente purificados, permite tentaciones y tribulaciones y angustias para lograr esta purificación, ayudándonos con sus gracias, convirtiendo en dulce lo amargo y hasta contemplándonos con ternura inefable cuando nos ve luchando abrazados con la cruz, que nunca deja sin recompensa (3). «En una ocasión se me apareció el Niño Jesús, escribe Santa Teresa, y me dijo: ¡Hija, si supieras cuánto compadezco á las almas atribuladas que acuden á mis plantas en demanda de consuelo! Créeme que si yo pudiera padecer, si fuera capaz de sentir pena, la sentiría vivísima y lloraría cuando veo un alma en tribulación; pero permito estas penas porque así las conviene para su salvación (4).» ¿Qué más deseamos, h. mías? Tenemos un Dios que nos ama infinitamente (5); tenemos un Padre que nos

(1) Rom., VII, 24.—Sapient., IX, 5.

(2) Exod., XXXIV, 6.—Sapient., XI, 24.—Psal. CII, 13.

(3) II. Timoth., IV, 8.—I. Petr., V, 4.—Jacob., I, 12.

(4) Vida, escritos sueltos.

(5) Jerem., XXXI, 3.

profesa un cariño más tierno que el de nuestras madres (1); que se condele al vernos atribulados y llorosos, y que no nos abandona en la tribulación (2), mitigándola y haciéndola suave con la dulzura de su divino consuelo; y una sola gota de la consolación divina, tiene fuerzas para templar y endulzar la amargura de un mar de aficciones, como lo vemos en los Santos mártires. Y por esto decía San Pablo, *que se gloriaba en sus tribulaciones* (3); porque así como Dios no necesita pan para sustentar al hombre, porque sola su voluntad basta para sustentarle y para convertir las piedras en pan; tampoco tiene necesidad de finezas y regalos para consolarle, porque los mismos tormentos y penas le sirven de consuelo y recreo divino, cuando con su mano poderosa convierte las duras piedras del dolor en pan sabroso y sustento de sus escogidos (4).

Resolvámonos, h. mías, en vista de estas verdades tan consoladoras, á padecer cuantas tribulaciones, contrariedades y penas, en el cuerpo y en el alma, se digne Dios enviarnos, ya que de grado ó por fuerza hemos de padecer, dice San Pablo, *si deseamos entrar en el reino de Dios*. Si no nos abrazamos con la cruz, se nos hará más pesada, y al fin de la vida ningún mérito habremos adquirido. Mas si nos desposamos con ella y la ponemos sobre nuestro corazón, ella endulzará nuestras penas, nos consolará en nuestras aficciones, será nuestro refugio en las tentaciones, nuestra ayuda en todos los peligros, y después de haber subido con ella el Calvario de esta vida, volaremos al Tabor de los consuelos divinos para ser glorificados con Dios y sus Santos por toda la eternidad.

(1) Isai., XLIX, 15.

(2) Psal., XC, 15.

(3) Rom., V, 3.—II. Corinth., VII, 4.—Galat., VI, 14.

(4) P. Rivadencira, De la tribulación, cap. IX.

DE LA IMITACIÓN DE CRISTO

JUANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

profesa un cariño más tierno que el de nuestras madres (1); que se condele al vernos atribulados y llorosos, y que no nos abandona en la tribulación (2), mitigándola y haciéndola suave con la dulzura de su divino consuelo; y una sola gota de la consolación divina, tiene fuerzas para templar y endulzar la amargura de un mar de aficciones, como lo vemos en los Santos mártires. Y por esto decía San Pablo, *que se gloriaba en sus tribulaciones* (3); porque así como Dios no necesita pan para sustentar al hombre, porque sola su voluntad basta para sustentarle y para convertir las piedras en pan; tampoco tiene necesidad de finezas y regalos para consolarle, porque los mismos tormentos y penas le sirven de consuelo y recreo divino, cuando con su mano poderosa convierte las duras piedras del dolor en pan sabroso y sustento de sus escogidos (4).

Resolvámonos, h. más, en vista de estas verdades tan consoladoras, á padecer cuantas tribulaciones, contrariedades y penas, en el cuerpo y en el alma, se digne Dios enviarnos, ya que de grado ó por fuerza hemos de padecer, dice San Pablo, *si deseamos entrar en el reino de Dios*. Si no nos abrazamos con la cruz, se nos hará más pesada, y al fin de la vida ningún mérito habremos adquirido. Mas si nos desposamos con ella y la ponemos sobre nuestro corazón, ella endulzará nuestras penas, nos consolará en nuestras aficciones, será nuestro refugio en las tentaciones, nuestra ayuda en todos los peligros, y después de haber subido con ella el Calvario de esta vida, volaremos al Tabor de los consuelos divinos para ser glorificados con Dios y sus Santos por toda la eternidad.

(1) Isai., XLIX, 15.

(2) Psal., XC, 15.

(3) Rom., V, 3.—II. Corinth., VII, 4.—Galat., VI, 14.

(4) P. Rivadencira, De la tribulación, cap. IX.

DE LA IMITACIÓN DE CRISTO

JUANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## DE LA IMITACIÓN DE CRISTO

**Q**RAN merced nos hizo Dios al poner en nuestras manos y á nuestra disposición el bien y el mal, la vida y la muerte. «*Crió Dios al hombre—dice la Santa Escritura,—y dejóle en manos de su consejo*» (1); puso delante de sus ojos el camino de la vida y el de la muerte eterna, para que escogiese uno ú otro con entera libertad. «Dios» dejó al hombre—escribe el Doctor Angélico—en manos «de su propio consejo, no porque le sea lícito cuanto le plazca, sino porque en todo lo que hacer le es propio no «está forzado por necesidad de su naturaleza—como las «criaturas irracionales,—sino que lo hace por libre elección y con propósito deliberado» (2), siendo, por lo mismo, autor y responsable de sus propios actos. De suerte que la condenación ó salvación del alma, en último término, debe atribuirle cada cual al buen ó mal uso de su libertad, dice

(1) Eccli., XV, 14.

(2) 2. 2, q. 144, a. 1 ad 1.

el profeta (1). ¡Pasmosa libertad que debe hacernos temblar! Ciertamente que Dios, deseoso de nuestra salvación (2), por mil medios amorosísimos nos solicita y llama al buen camino (3), pero respetando siempre nuestra libertad (4); y como *no es aceptador de personas* (5), á todos sin distinción dice con ternura inefable: «*Yo soy el camino, la verdad y la vida* (6); *si alguno viene á Mí, no lo desearé*» (7). A nadie excluye, como no quiera ser excluído (8) y busque voluntariamente su eterna perdición y desventura.

Y ¿qué deberes impone, qué condiciones exige á los que deseen seguirle? «*Quien quiera seguirme—dice,—niéguese á sí mismo, tome su cruz todos los días y sígame*» (9). Esta sentencia compendia maravillosamente todo el espíritu de la perfección cristiana, y puede decirse que todos los medios de nuestra santificación dependen de ella. Es verdad que estas palabras son duras y desabridas y no suenan bien en los oídos de los hombres carnales, *que no entienden las cosas que son del Espíritu de Dios*, como dice San Pablo (10); pero hermanas mías, *Dios es espíritu* (11), y quiere ser adorado y servido *en espíritu y en verdad*, y por eso manda á sus servidores que *se nieguen á sí mismos, que crucifiquen su carne con sus vicios y pasiones* (12), que vivan y mueran abrazados con su cruz y aun *crucificados en ella*, á imitación del Apóstol (13). Ya no debe extrañarnos que sea tan reducido el número de los que le siguen.

Nosotros, por vocación divina, vivimos consagrados en cuerpo y alma á su servicio, pertenecemos á su escuela, escuela de amor y de sacrificio; pero quizá no hemos logrado

- (1) Osee, XIII, 9.  
 (2) I. Timoth., II, 4.  
 (3) Matth., XI, 28; Apocal., III, 20.  
 (4) Sapient., XII, 18.  
 (5) Act., X, 34; Galat., II, 6.  
 (6) Joann., XIV, 6.  
 (7) Joann., VI, 37.

- (8) Joann., XVII, 12.  
 (9) Matth., XVI, 24; Luc., IX, 23.  
 (10) Corinth., II, 14.  
 (11) Joann., IV, 24; II. Corinth., III, 17.  
 (12) Galat., V, 24.  
 (13) Galat., II, 19.

apreciar toda la transcendencia y gravedad de los deberes que reclama este noble servicio. Éstos se reducen á tres, como hemos dicho: «*Negarse á sí mismo, tomar la cruz y seguir á Cristo*». Digamos una palabra de cada uno de ellos.

Toda la doctrina del Evangelio relativa á la perfección moral de nuestras almas, está maravillosamente resumida en estas tres máximas divinas: «*En la abnegación propia, en la resignación de nuestra voluntad con la de Dios y en el cumplimiento de toda justicia*» (1). Efectivamente: como en la voluntad humana hay dos impulsos ó tendencias naturales, una de «*complacencia*» en el bien y otra de «*repugnancia*» al mal, se sigue que toda la economía de la perfección evangélica está reducida á «*abstenerse*» de lo que la halaga y á «*tolerar*» ó sufrir lo que la repugna. Mortificados estos dos apetitos de la vida sensual, desaparece todo obstáculo á la práctica del bien, y desde ese momento el alma puede desplegar sus alas para volar con santa libertad por las serenas y apacibles regiones de la gracia á la cumbre de la perfección, mediante el ejercicio fácil y deleitable de todas las virtudes. De suerte que, *negarse á sí mismo*, consiste en abstenerse de lo que halaga á los sentidos. *Tomar la cruz*, equivale á tolerar ó sufrir lo que repugna. *Seguir á Cristo*, se reduce á practicar lo concerniente al propio estado, con inalterable paz y tranquilidad de espíritu. Veámoslo.

- (1) Prov., XVI, 5.

### Niéguese á si mismo.—Abstine

*Lo sensible.*—En primer lugar, debemos mortificar lo «sensible», esto es, el cuerpo con sus sentidos. «*Los que son de Cristo—dice San Pablo,—crucificaron su carne con sus vicios y concupiscencias*» (1). Nosotros somos de Cristo (2), no sólo por el Bautismo que recibimos, sino también porque le hemos consagrado *nuestros cuerpos*, los cuales *son templos del Espíritu Santo, y en ellos mora* (3) *por la fe y la caridad* (4). ¡Oh y cuán limpia debemos conservar esta morada, convertida en un cielo por la presencia del Rey de la gloria! (5). ¡Y cuán perfumada con los aromas de todas las virtudes la vestidura nupcial de nuestra alma, para que el Esposo, *que se apacienta entre azucenas* (6), se complazca en estar con ella y *la bendiga con bendiciones de dulzura* (7) *y la corone de gloria y de honor* (8), como á esposa predilecta! Para lograr esta limpieza, debemos mortificar este cuerpo de pecado (9), moderando sus demasías *y reduciéndolo á servidumbre* (10), para que nunca prevalezca contra el espíritu (11), á quien debe estar sujeto. Una esposa de Cristo, más limpia debía ser que el sol, y no digo su alma, sino su cuerpo había de ser más puro que el espíritu de un ángel; había de ser como un querubín, pues de los querubines dijo el Profeta que *se asienta el Señor sobre ellos*, sirviéndole de peana de sus pies (12), *y el cuerpo casto es morada del Espíritu Santo*, dice San Pablo (13). Por eso ha de esmerarse en la penitencia y mortificación la religiosa,

(1) Galat., V, 24.

(2) I. Corinth. III, 23.

(3) I. Corinth., VI, 19.

(4) Ephes., III, 17.

(5) Psal. XXIII, 10; Psal. II, 6.

(6) Cant., II, 16.

(7) Psal. XX, 4.

(8) Psal. VIII, 6. Hebrae., II, 9.

(9) Rom., VI, 6.

(10) I. Corinth., IX, 27.

(11) Galat., V, 7.

(12) Dan., III, 55; Psal. LXXIX, 2; Psal. XCVIII, 1.

(13) I. Corinth., III, 6.

cuya alma tanto más hermosa parecerá á su celestial Esposo, cuanto tuviere el cuerpo más afligido y humillado. No obstante, esta mortificación exterior, aunque es saludable—hablando en general—y para algunos necesaria, sólo es eficaz y meritoria cuando está aprobada y bendecida por nuestros superiores, porque *Dios prefiere la obediencia al sacrificio* (1).

Tengamos también especial cuenta con los sentidos del cuerpo, que son—dice el Venerable Fr. Luis de Granada—como puertas de la ciudad por donde todas las cosas salen y entran; por eso conviene guardarlos con sumo recato, para que, cerradas estas puertas, esté siempre el alma limpia y apercebida para la contemplación de las cosas divinas. Y porque forzosamente han de oirse y verse muchas cosas que pueden ser causa de distracción y aun de viva tentación, debemos procurar oirlas como por de fuera, de tal suerte que no se pegue á ellos el corazón (2). ¡Ah, hermanas mías!, si anduviéramos en frecuente comunicación con Dios, que está en el cielo de nuestra alma, *miraríamos los placeres y frivolidades del mundo como basura, por no perder la amistad de Cristo* (3). Cerradas las ventanas de nuestros sentidos, *por donde entra la muerte del alma* (4), andaríamos por esas calles con la modestia y recato que tan bien sientan en una religiosa y de tantos peligros la libran. Enamorados de nuestro Esposo, que constituye el más rico tesoro del alma, en Él sólo tendríamos nuestro descanso, y por lo mismo no sabríamos hablar sino de Él, todo nos recordaría su presencia, y nuestro corazón, vivificado por las aguas de la gracia *que apagan la sed de las pasiones* (5), viviría en dulce calma, invulnerable á las insidiosas sugerencias de la carne. Es verdad que, á pesar de ello, la sensualidad redoblará furiosa sus ataques,

(1) I. Reg., XV, 22.

(2) Orac. y medit., tom. II, part. 2.

(3) Philipp., III, 8.

(4) Jerem., IX, 21.

(5) Joann., IV, 13; Isai., LV, 1; Joann., VII, 37.

pues, como dice San Agustín, «la lucha de la carne es continua y la victoria dificultosa» (1); pero también afirma San Pablo, que el poder de Dios brilla con más vivos resplandores, sosteniéndonos en medio de los más rudos combates (2). Por eso, estribando el Apóstol en la promesa divina, atrévese á exclamar: «*Todo lo puedo en Aquél que me conforta*» (3), esto es, en Cristo Jesús, Señor nuestro. En una palabra, «la religiosa—como dice el Venerable P. Nieremberg—no había de usar de los ojos, sino para mirar la tierra en que se ha de convertir (4). Ni había de tener oídos, sino para oír la palabra de Dios. La boca no había de abrir, sino para alabar al Señor. El tacto sólo había de ocupar en el ejercicio de la penitencia, en la cama dura y en el vestido áspero» (5).

*Lo espiritual.*—Pero no lo habremos hecho todo, hermanas mías, con mortificar «lo sensible», esto es, el cuerpo y los sentidos, si no mortificamos también «lo espiritual», es decir, el alma con sus potencias; porque, como dice bien un piadoso autor, «no al cuerpo, sino al alma debemos achacar nuestros vicios, pues el alma, y sólo ella, es principio de las sensaciones y movimientos de la vida corporal» (6). «Aflige tu cuerpo—dice el mencionado P. Nieremberg,—pero castiga más tu voluntad: no importa tanto lastimar tu carne con disciplinas y cilicios, como rendir tu querer y tu juicio» (7). Nada hay en el mundo tan invencible como nuestra voluntad; pero como es hechura divina, si queremos asegurarla un largo y pacífico reinado sobre todo cuanto en nuestro sér la está sometido, pongámosla en manos de Dios y de nuestros legítimos Superiores, porque ésta es la única manera de triunfar de las continuas rebeliones del amor propio, de

(1) Serm. 150, de tempore.  
(2) II. Corinth, XII, 9.  
(3) Philipp., IV, 13.  
(4) Génes., III, 19.

(5) Perfec. relig., párr. IV.  
(6) Arnaldo, abad, De carn. oper. Christi.  
(7) Avis. espirit., n. 36.

lograr la perfecta libertad y de ser verdaderamente hijos de Dios (1) é imitadores de Jesucristo, el cual *se anonadó á sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte de cruz* (2). Ahora bien; si mortificar la carne con los sentidos es someterla al espíritu, rendir el juicio y la voluntad es *someterlos á la fe*, dice el Apóstol (3), esto es, al dictamen del Superior, que manda en nombre de Dios. Quien somete su juicio á la fe, rinde á Dios el homenaje más digno y el más agradable que puede ofrecerle la criatura; y quien somete la propia voluntad, consuma el holocausto espiritual en aras del amor más acendrado, holocausto que sube en olor de suavidad hasta el trono de Dios, el cual ha prometido recompensarlo con *el céntuplo en esta vida y la gloria eterna en la otra* (4). Y esto es muy lógico, porque la unión perfecta de nuestra voluntad con la divina, constituye el más alto grado de santidad que podemos lograr en este mundo. Quien de esta suerte vive unido con Dios, es dueño de sí mismo, dueño de la naturaleza y del mundo, de la vida y de la muerte, porque vive animado del Espíritu de Dios, y sólo desea, busca y ama lo que conoce ser del divino beneplácito (5); y se alegra en la tribulación y en la prosperidad, en la humillación y en la exaltación, y dice á Dios con el profeta Isaías: «*Tú, Señor, eres el alfarero, y yo soy el barro: obra soy de tus manos*» (6). «Nuestro corazón—dice Santo Tomás de Villanueva—es *harto pequeño para que puedan caber dos en él: salgamos nosotros y entrará Cristo, y entonces podremos decir con verdad que nos hemos negado á nosotros mismos*» (7), y repetir con el Apóstol: «*Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en*

(1) Joann., VIII, 32; Rom., VIII, 21.  
(2) Philipp., II, 7-8.  
(3) II. Corinth., X, 5; Hebræ., X, 22.

(4) Matth., XIX, 29.  
(5) I. Joann., III, 22.  
(6) Isaí., LXIV, 8.  
(7) Conc. IV, De uno mart.

mi» (1), y confío que Él me llevará al monte del Señor y á los tabernáculos de la gloria (2).

### Tome su cruz.—Sustine

Mas para ir en pos de Cristo, no basta negarse á sí mismo; no basta abstenernos de lo que deleita al cuerpo ó puede perjudicar al alma, sino que debemos también abrazarnos con la cruz, esto es, «tolerar ó sufrir todo lo que repugna á la naturaleza», y ésta es la segunda condición que impone Cristo á quien quiera seguirle. La cruz, hermanas mías, es la bandera de nuestro Capitán Jesucristo, clavada en la cima del Calvario como señal de victoria sobre las potestades del infierno (3), como faro de salvación para los que navegamos por este golfo tempestuoso del mundo. Pero no es ésta la cruz que Cristo desea que llevemos; no es su cruz, sino la nuestra. *Tome cada cual su cruz*—nos dice,—porque la cruz de Cristo, que simbolizaba el peso imponderable de los pecados del mundo (4), sólo Él, que era Dios y hombre, pudo llevarla (5). Nosotros no haremos poco si llevamos la nuestra con paciencia, y nuestra cruz, por grande que nos parezca, es pequeña, suave, ligera y proporcionada á nuestras débiles fuerzas (6). ¿Que dónde hallaremos esa cruz? Dondequiera que pongamos los ojos, si vivimos según el Evangelio, pues «la vida del buen cristiano—dice San Agustín—es ya una cruz». ¿Y qué cruz más pesada que la que nos ofrece esta vida miserable, tan gráficamente calificada por el santo Job de *campo de batalla* (7), en el cual *lucha el espíritu contra la carne* (8) y el

(1) Galat., II, 20.

(2) Psal. LXV, 13; Isai., LVI, 7; II. Corinth., V, 1.

(3) Isai., V, 26; Isai., XLIX, 22; Joann., XVI, 33.

(4) I. Petr., II, 24.

(5) Philipp., II, 7.

(6) Matth., XI, 30; I. Corinth., X, 30.

(7) Job, VII, 1.

(8) Galat., V, 17.

alma contra el mundo y el demonio? Lucha tan tenaz y encarnizada, que logró arrancar al heroico Apóstol San Pablo esta fatídica exclamación: «*Son tantos los males que me abruma y tan superiores á mis fuerzas, que se me hace insoportable hasta la misma vida; pero tengo puesta mi confianza en Dios, que resucita á los muertos*» (1). No, no nos pide Jesús sangre de nuestras venas, ni tormentos, ni espinas, ni azotes, sino tan sólo que nos purifiquemos de nuestros pecados, abrazando con alegría, ó á lo menos con perfecta resignación, las enfermedades, tentaciones, trabajos, injurias, frío, hambre, sed y cuanto nos salga al paso por su amor, y por cierto no nos pide mucho. En efecto: *Jesús inocente tomó sobre sí nuestros pecados, fué llagado y despedazado por nuestras maldades, y con sus llagas fuimos curados* (2); y nosotros los culpables, ¿no queremos suplir en nuestra carne—dice San Pablo—*lo que resta que padecer á Cristo en su cuerpo místico* (3), sufriendo por su causa algún trabajo? ¿No tendremos á mucha honra, ¡honra inmerecida!, el poder servir de Cireneos, aliviando espiritualmente á Cristo el peso imponderable de su cruz? (4). Escuchad cómo se lamenta del abandono en que le tienen las almas por cuya salud perdió la vida: «*Esperé—dice por el Profeta—que alguno se condoliese de mí y me consolase, mas no hallé quien lo hiciese*» (5). Esto dijo Cristo, no porque necesitara consuelo ni ayuda, pues, como dice por Isaías, *el lagar lo he pisado yo solo, sin ayuda de nadie* (6), sino porque exige la recta justicia (7) que nadie se salve por fuerza ni que se adjudique la corona á quien no la merezca (8).

De suerte que entendemos por cruz, todo lo que repugna á la naturaleza, todo lo que mortifica y humilla al amor

(1) II. Corinth., I, 8-9.

(2) Isai., LIII, 4-5; I. Petr., II, 24.

(3) Coloss., I, 24.

(4) Joann., XI, 16; Philipp., I, 29;

I. Petr., III, 14.

(5) Psal., LXVIII, 21.

(6) Isai., LXIII, 3.

(7) Psal. XVIII, 9; Psal. CXVIII, 137.

(8) II. Timoth., II, 5.

propio, todo lo desabrido á la carne rebelde y á sus apetitos. Dios desea nuestra santificación (1) y *la renovación de nuestro espíritu*, escribe San Pablo (2), y quiere podar la vida de nuestra alma para que produzca frutos sazonados (3), y por ello nos envía enfermedades, y permite que se nos calumnie, y que se nos humille, y que se hable y piense mal de nosotros, y que el enemigo nos sugiera ideas de temor ó de desconfianza ó imaginaciones impuras, todo ello para purificar-nos *como oró en el crisol* (4) y para desprendernos de todas las criaturas. Si deseamos, pues, *ser compañeros de Cristo en la gloria, no rehusemos serlo ahora en la cruz* (5), *pues los quebrantos y penas de la vida presente no sufren comparación con aquella gloria verdadera que se ha de manifestar en nosotros* (6). En consecuencia, bendigamos nuestra cruz y carguemos con ella, como hizo Jesús, el cual *ofrecióse á la muerte porque quiso* (7), y no esperó á recibirla de los soldados, sino que Él mismo la abrazó con efusión para que le imitasen *los predestinados, que habían de ser conformes con su divino original* (8). Abrazados, pues, con nuestra cruz, sigamos á Cristo, y ésta es la última condición que nos exige.

### Sígame

Seguir á Cristo, es propio y exclusivo de las almas fervorosas que aspiran á la perfección. Quien á ello no se resuelve y emprende otro camino, anda extraviado y en peligro de perderse eternamente. De muchos filósofos paganos se lee que, enamorados de la filosofía, por ella renunciaron sus

(1) Levít., XI, 44.

(2) Ephes., IV, 23.

(3) Joann., XV, 2; Rom., VII, 4.

(4) Sapient., III, 6; Prov., XVII, 3.

(5) Rom., VIII, 17.

(6) Rom., VIII, 18.

(7) Isai., LIII, 7; Joann., X, 17-18.

(8) Exod., XXV, 40; Rom., VIII, 29.

intereses, abandonaron el siglo haciendo vida solitaria, negáronse á sí mismos, toleraron con paciencia los trabajos y contradicciones de la vida; pero no conocieron el camino que conduce á la verdadera sabiduría, y perdiéronse para siempre. Nosotros, más afortunados, sabemos por la luz de la fe que este camino es Cristo Señor nuestro. «*Yo soy el camino—nos dice—(1), y quien me sigue, no anda en tinieblas, sino alumbrado con luz de vida*» (2). Pero no todos andan por este camino como debieran. «Unos siguen á Cristo—escribe San Bernardo—(3), pero no lo alcanzan», y son los que, conociendo el camino del cielo, desean vivir cristianamente y salvarse, pero no se resuelven á romper los lazos con que los aprisiona el mundo ó la carne, lo cual les impide darse enteramente á Dios. Éstos olvidan, sin duda, *que nadie puede servir á dos señores* (4), si mandan cosas opuestas. También siguen á Cristo, pero no lo alcanzan, las personas religiosas que, debiendo aspirar á la perfección, viven descuidadas y voluntariamente distraídas en la Religión, y á todo atienden y por todo se interesan y en todo se ocupan, menos en lo que principalmente las ata. Sobradamente pagadas de sí mismas, parece como que andan á caza de obsequios y alabanzas, y se desviven por agradar y parecer bien á las gentes del mundo, sabiendo que *quien quiere ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios* (5), y que no pueden ser fieles esposas de Cristo, si aman el siglo (6). ¿Qué importa, hermanas mías, que tengamos buen entendimiento y excelentes cualidades, y que seamos agradables y simpáticos en el trato con las gentes, si no empleamos ese entendimiento y esas cualidades en conocernos á nosotros mismos, en desarraigar

(1) Joann., XIV, 6.

(2) Joann., VIII, 12.

(3) In psal. CXVIII.

(4) Deut., XXVIII, 47-48; Matth., VI, 24; III Reg., XVIII, 21.

(5) Jacob., IV, 4.

(6) Rom., XII, 2.

defectos, en adelantar en la virtud y en hacernos cada día más agradables á nuestro divino Esposo Jesús?... ¿De qué nos servirán en el tribunal de Dios la agudeza de ingenio, la claridad de entendimiento, la bondad de corazón y cuantas bellas cualidades físicas y morales hayamos recibido del Señor, sino de terribles fiscales acusadores, si no hemos negociado con ellas (1) la salvación de nuestras almas, practicando virtudes y viviendo cada día más unidos con nuestro Dios?... Pero estas consideraciones no pueden referirse á vosotras; no, no sois de los que dice San Bernardo que siguen á Cristo de lejos y por eso nunca logran alcanzarlo. Vosotras le seguís y anheláis uniros con Él, y muchas estáis con Él desposadas para siempre, y en Él tenéis vuestro descanso y procuráis servirle, imitando sus virtudes con amor y perseverancia.

Dícenos San Juan en su Apocalipsis, que en el cielo, los que consagraron á Dios su virginidad, *siguen al Cordero immaculado, Cristo Jesús, á dondequiera que vaya* (2). También vosotras debéis seguir á Cristo en la tierra con santa emulación, no sólo como vírgenes consagradas en cuerpo y alma á su servicio, sino también como mártires por el ejercicio de *la caridad, la mayor de las virtudes* (3). Seguidle, pues, hermanas mías, abrazadas con la cruz de la pobreza y con el corazón desprendido de los intereses de la tierra; seguidle cargadas con la cruz de la obediencia, sometiendo ciegamente vuestra propia voluntad y juicio, al juicio y voluntad racional de vuestros Superiores; seguidle, puras como ángeles, *llevando en vuestros cuerpos la mortificación de Cristo*, es decir, renunciando todos los goces y refrenando lo espiritual y lo sensible, *para que resplandezca en vosotras la vida de Jesús*, como dice el Apóstol (4); seguidle, derramando á manos llenas el

(1) Lucas, XIX, 13.  
(2) Apocal., XIV, 4.

(3) I. Corinth., XIII, 13.  
(4) II. Corinth., IV, 10.

dulce bálsamo de la caridad en el corazón de los pobres enfermos, dispuestas á sacrificar en su obsequio la salud, el descanso, la juventud y aun la misma vida. Obrando de esta suerte, lograréis enlazar la corona de vírgenes con la palma de mártires de la caridad, porque éste es el martirio por excelencia, en el cual derramáis gota á gota toda la sangre de vuestro corazón, sangre que recogen en copas de oro vuestros ángeles custodios para ofrecerla ante el trono del Cordero en remisión de los pecados (1) y en testimonio de la caridad más sublime que es posible en este mundo, y que consiste en dar la sangre y la vida por nuestros prójimos (2).

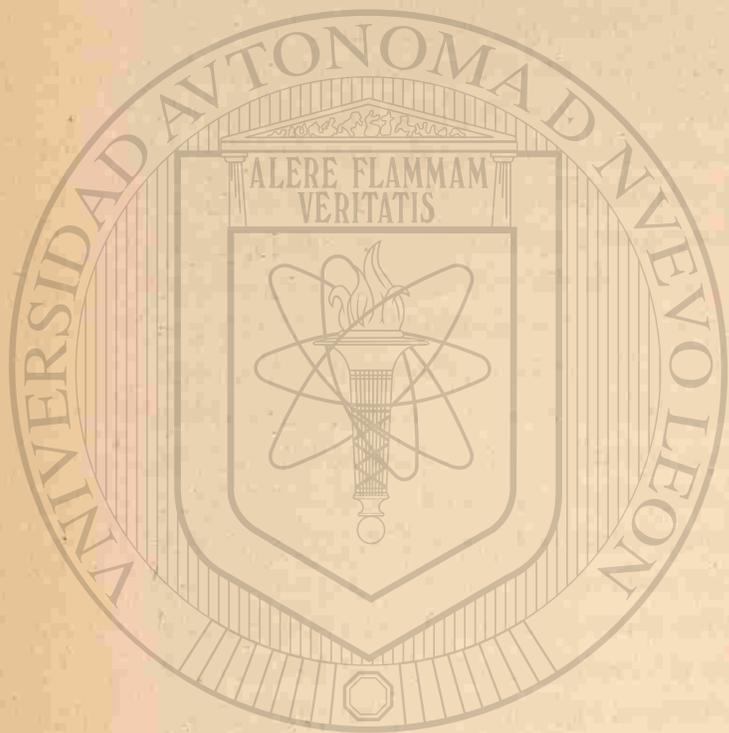
Basta, h. mías. Cargadas con la mística cruz de vuestro estado, que lleváis con tanto amor, proseguid avanzando por ese camino, salpicado con sangre divina. Puestos los ojos en Jesús que nos contempla (3), subamos todos el calvario de la vida; sigámosle en sus humillaciones y afrentas, en sus tormentos y desprecios, en su pobreza y obediencia hasta la muerte. La jornada es ya muy corta; pronto, muy pronto llegaremos á la cumbre, donde nos espera el Esposo para introducirnos en la celestial Jerusalén y sentarnos en el lugar señalado á sus amigos (4), para reinar con Él, y amarle y bendecirle con los ángeles y santos por los siglos de los siglos.

(1) Hebræ., IX, 22.

(2) Cant., VIII, 7; Joann., XV, 13.  
Rom., X, 3.

(3) Psal. XXXIII, 16; Eccli., XV, 20; I. Petr., III, 12.

(4) Joann., XII, 26.

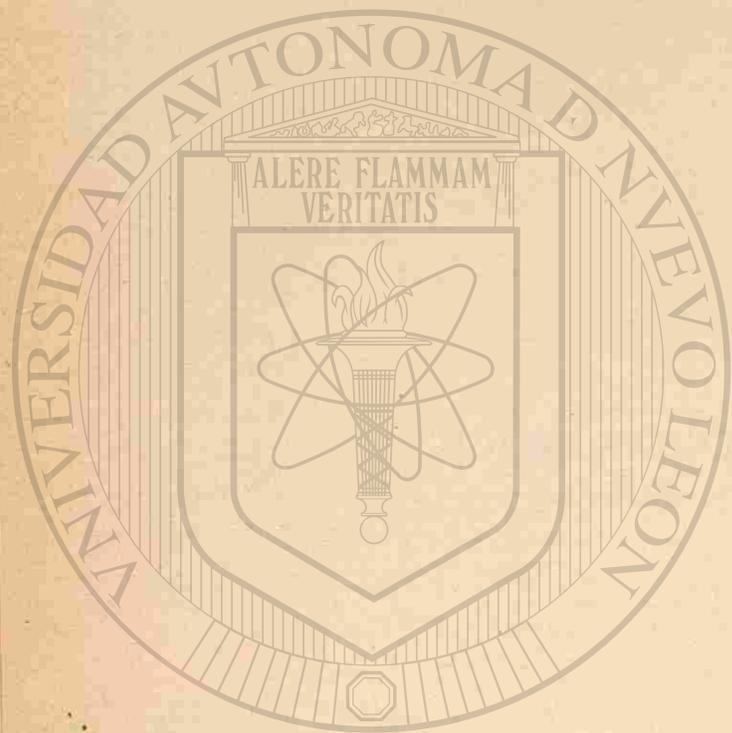


PERFECCIÓN RELIGIOSA  
UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## PERFECCIÓN RELIGIOSA

**VE**MOS en el capítulo segundo del sagrado libro del Génesis, que *Dios puso al hombre en el paraíso de delicias para que lo cultivase y guardase* (1). San Agustín, inspirado intérprete de las divinas Escrituras, dice comentando este texto sagrado: «¿Por ventura quiso Dios que Adán cultivase efectivamente aquella tierra del paraíso?» (2). No es verosímil que antes de pecar Adán, Dios le sujetara á tan dura fatiga; porque si bien para evitar la ociosidad, podía ocuparse en algún ejercicio compatible con su inocencia original, sin embargo, ni este feliz estado exigía tan penoso trabajo, ni la tierra necesitaba cultivo, porque, *benedicida por Dios* (3), producía abundantemente todo linaje de sabrosos frutos. ¿Quizá puso Dios al hombre en el paraíso para que lo guardase y defendiese de las fieras y plagas de insectos da-

(1) Génes., II, 15.

(2) Lib. VIII, sup. Génes.

(3) Psal. LXXXIV, 2.

ñinos que pudieran destruirlo?... Tampoco, porque antes del pecado le estaban sujetos y obedientes los animales y toda la naturaleza: era el rey de la creación. No, no puso Dios al hombre en el paraíso para que lo cultivase, defendiese y guardase con trabajos y fatigas corporales. Pues ¿qué había de cultivar y guardar Adán en el paraíso? ¿Sabéis qué? Los preceptos que Dios le había impuesto, y cuya observancia había de ser la guarda más segura de aquel lugar envidiable. No los cumplió, y fué arrojado de él con ignominia (1).

Acomodando ahora á nuestro propósito este ingenioso comentario, pregunto yo á mi vez: ¿Qué fin se propuso Dios, h. mías, al colocaros en este delicioso paraíso de la religión, pues este nombre la dan con frecuencia los Santos Padres?... Sin vacilar puedo aseguraros, que Dios os ha puesto en este místico paraíso para que guardéis sus santos mandamientos y consejos evangélicos, que son la valla que ha de impedir la entrada en él al enemigo de vuestras almas; os ha puesto en él para que lo cultivéis con trabajos y fatigas de mortificación y penitencia, y en premio de estos trabajos logréis recoger los frutos del árbol de la vida, Cristo Jesús, y *saborearlos, sentadas á su sombra*, como la Esposa enamorada (2), hasta que sea cumplido vuestro deseo en la patria de los santos (3).

Este es vuestro deber; éste el precepto que Dios os ha impuesto y que habéis prometido cumplir: aspirar á la perfección de vuestro estado por el ejercicio de las virtudes, especialmente de la caridad, que es la reina de todas (4). Veamos qué debéis hacer para lograrlo.

(1) Génes., III, 23.  
(2) Cant. II, 3.

(3) Psal. XX, 3; Prov. X, 24.  
(4) I. Corinth., XIII, 13; I. Timoth., I, 5.

Que el religioso está gravemente obligado á aspirar á la perfección, es común sentencia y unánime opinión de todos los teólogos y maestros de espíritu, porque así lo exige la índole de su estado, mucho más perfecto que el de los simples fieles. Efectivamente: al cristiano le dice Jesucristo: «*Si quieres entrar en la vida eterna, observa los mandamientos*» (1), y en esto consiste la perfección cristiana (2). Pero al religioso le exige más, pues le dice: «*Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes, y ven, sígueme*» (3). Estas palabras compendian maravillosamente toda la perfección, la cual, según San Juan de la Cruz (4), consiste «en la caridad ó amor de Dios y desprecio de sí mismo»; y así lo dice San Pablo escribiendo á los colosenses: «*Sobre todo, hermanos míos, tened caridad, porque es el vínculo de la perfección*» (5). «La caridad—escri—be Santo Tomás—es la que nos une con Dios, nuestro último fin» (6), según estas palabras de San Juan: «*El que permanece en caridad, en Dios permanece, y Dios en él*» (7). Tenemos, pues, que la perfección religiosa consiste en la posesión de Dios por amor; es el mismo amor divino participado á la criatura. Luego el religioso más santo y más perfecto, es el que más ama á Dios. Este amor y esta perfección no pueden ser en esta vida más que un amor y una perfección iniciadas que tendrán su complemento en la otra vida, en las regiones de la luz increada, *entre los esplendores de los santos* (8); pero mientras permanezca en este valle de lágrimas, obligación grave tiene el religioso de procurar crecer cada día en santidad y perfección, cumpliendo de esta suerte lo que dice Jesucristo por San Juan: «*El justo, justifíquese más, y el santo, santifíquese más*» (9).

(1) Matth., XIX, 17.  
(2) Ecclesiast., XII, 13.  
(3) Matth., XIX, 21; Marc., X, 21; Luc., XVIII, 22.  
(4) Tom. III, cap. XVIII.  
(5) Coloss., III, 14.  
(6) 2-2, q. 184, art. 1.  
(7) I. Joann., IV, 16.  
(8) Psal. CIX, 3.  
(9) II. Petr., I, 10; Apocal., XXII, 11.

Luego andan engañados los religiosos que ponen todo cuidado y diligencia en la observancia de las cosas exteriores, en la guarda de los ayunos, vigiliias y penitencias corporales, en ser puntuales á los actos de comunidad, á la oración, lectura, examen, rezo del Oficio y demás ejercicios espirituales, pero descuidan enteramente ó no procuran encaminarlos á aumentar en sus corazones la caridad, proponiendo en todos ellos hacer la voluntad de Dios. De manera que más cerca de la perfección se halla el religioso por un acto perfecto de caridad, que por la práctica de muchas virtudes y mortificaciones; por eso el Apóstol no pide á los fieles de Filipo que multipliquen los ejercicios espirituales, sino que la caridad abunde en ellos más y más (1). Ciertamente que el religioso no está obligado á ser perfecto, como dice Santo Tomás, sino á aspirar y procurar la perfección (2), porque el estado religioso no es estado de perfección adquirida, sino escuela de perfección en la cual, según dice el Profeta, el religioso *sube de virtud en virtud, hasta que logre ver á Dios en la Sión celestial* (3). De suerte que, así como el que estudia no está obligado á ser un sabio eminente, pero debe poner toda solicitud y cuidado en adquirir la ciencia, así el religioso no está obligado á ser perfecto y consumado en esta ciencia divina, pero lo está en conciencia á aspirar y procurar esta perfección, porque se trata del cumplimiento de un deber sagrado que constituye por su naturaleza como la esencia del estado religioso.

Y ¿cuál es el camino más breve para llegar á la perfección de vuestro estado? No lo ignoráis; mas quiero que escuchéis á San Juan de la Cruz: «Yo quisiera persuadir—dice—á toda persona espiritual, que el camino de perfección no consiste en muchas prácticas, ni en muchos pensamientos,

(1) Philipp., I, 9; Coloss., III, 14; I. Corinth., XVI, 14.

(2) 2. 2, q. 184, art. 5.<sup>o</sup>  
(3) Psal. LXXXIII, 8.

»sino en negarse á sí mismo y padecerlo todo por amor á Cristo. Faltando estos dos ejercicios, todo lo que se haga es inútil y pura hojarasca.» Ya lo habéis oído. Quien quiera lograr pronto la perfección, niéguese á sí mismo; pisoteando su propia voluntad en todas las cosas, haga la de Dios. Así lo dijo Jesucristo por San Mateo: «*Que el que perdiese su voluntad por Él, ese la hallaría, y el que la quisiese ganar, ese la perdería*» (1).

Y á la verdad: la voluntad de Dios es la suprema ley, así en la tierra como en el cielo; en consecuencia, ningún pensamiento, palabra, obra ó sacrificio merecerá la aprobación y recompensa de Dios, si carece del sello de la voluntad divina. Por eso nuestro adorable Redentor Jesucristo nos enseñó en la oración del «Padre Nuestro» cuál había de ser el móvil y el fin de todos nuestros actos, diciendo «*Hágase tu voluntad*» (2), las cuales palabras son el compendio de toda la perfección evangélica. Ahora bien; para lograr esta perfecta conformidad con la voluntad divina, es necesario arrancar de nuestro corazón toda voluntad propia, y esto no solamente en las cosas sensibles, sino también en las prácticas ó ejercicios espirituales; por eso el Apóstol nos manda *huir de los antojos de nuestra sensualidad* (3), porque, como escribe el doctor iluminado Taulero, «cuanto más vacío está el hombre de la voluntad propia, se hace más capaz para recibir abundante la gracia divina; de suerte que, aunque viera el cielo abierto y pudiera entrar en él, no debía hacerlo si no era ésta la voluntad de Dios». Creed, h. mías, que, tratándose del aprovechamiento y perfección del espíritu, el mayor daño que puede recibir el alma es el que ocasiona la propia voluntad, pues llega á emponzoñar las obras que de su naturaleza son buenas; y al contrario, cualquiera obra

(1) Matth., X, 39; Marc., VIII, 35; Matth., XVI, 25.

(2) Matth., VI, 10.  
(3) Rom., XIII, 14.

buena ó indiferente en sí misma llega á ser perfecta, si lleva el sello de la voluntad divina; y así leemos en la profecía de Isaías (1) que Dios desprecia y reprueba el ayuno y cualquiera otra obra de mortificación y penitencia, cuando en ellas palpita la voluntad propia. Algunas personas espirituales obran como los fariseos, de los cuales dijo Jesucristo que *practicaban las obras buenas para ser honrados y aplaudidos de los hombres* (2). Muchos, en las obras de virtud, se buscan á sí mismos y no buscan á Dios; repiten oraciones y mortificaciones, sin advertir que todo ello procede de su propia inclinación y genio, y huyen de todo aquello en que hallan repugnancia, y esto es buscar la propia comodidad, escondida y oculta en lo que parece mortificación. Éstos imitan á Raquel (3), de la cual leemos en el libro del Génesis, que escondió los ídolos bajo las albardas de los camellos y se sentó sobre ellas para que no los hallase su padre Labán; así hay algunos muy ejercitados en obras que parecen de Dios, y ocultan el ídolo de su propia voluntad, poniendo en él su descanso.

Y en realidad, ¿qué utilidades, qué ventajas puede proporcionar á nuestra alma el cumplimiento de la propia voluntad? Ninguna buena. Porque nuestra voluntad, como sabéis, es potencia ciega, y como tal necesita un guía que la acompañe, que la dirija y aparte de los peligros, para que no se estrelle y perezca. Y ¿con qué guía contamos nosotros para que aparte á nuestra ciega voluntad de los peligros de que está sembrado el camino del espíritu y la dirija con seguridad á la patria celestial? ¿Dónde está ese guía? ¿Será, por ventura, nuestro amor propio? ¿Serán nuestros apetitos depravados, nuestras inclinaciones corrompidas?... ¡Ciegos y guías de ciegos! ¿Adónde iríamos á parar? En este caso se

(1) Isai., LVIII, 3; Ephes., V, 17.  
(2) Matth., VI, 2.

(3) Génes., XXXI, 34.

realizaría en nosotros lo que dice Jesucristo por San Mateo: «*Si un ciego guía á otro ciego, ambos caen en la hoya*» (1). Luego forzosamente debemos admitir por guía la adorable voluntad de Dios, porque ella es *luz que alumbra nuestros pasos*, como escribe el real Profeta (2); es manjar dulcísimo para el alma, *más sabroso que la miel y el panal* (3); la voluntad de Dios es la suprema ley por la que se rige el universo con orden admirable (4) y la que conserva la armonía de los mundos que ruedan en el espacio; la voluntad de Dios es la que ha pintado las plumas de los pajarillos y la que les ha inspirado esos cantos dulcísimos que nos embelesan y con los cuales alaban á su Criador desde que asoma la aurora por el horizonte; la voluntad de Dios ha sido siempre el norte á que han dirigido los santos todas sus obras; ella ha sido el maná con que han alimentado sus almas, la luz que ha disipado todas sus dudas, el áncora que los ha salvado en todos los naufragios y el puerto seguro á que se han acogido en todos los peligros. ¡Dichosas mil veces las almas que se alimentan con este maná, y se alumbran con esta luz, y se acogen á este puerto!...

*Práctica.*—Y nosotros, ¿no hemos de serlo también? Sí, h. más, con la ayuda de Dios. Para lograrlo—y reclamo ahora toda vuestra atención,—debemos, en primer lugar, penetrarnos vivamente de la importancia y necesidad de este santo ejercicio, porque es el medio más seguro y eficaz para adquirir la perfección y la unión del alma con Dios por la práctica de todas las virtudes, especialmente de la caridad. En efecto: *siendo la voluntad de Dios nuestra santificación*, como dice el Apóstol (5), y lográndose ésta por el ejercicio

(1) Matth., XV, 14; Luc., VI, 39.  
(2) Psal. CXVIII, 105; Prov., VI, 23; Job., XXIX, 3.  
(3) Psal. XVIII, 11.

(4) Psal. XXIII, 1; Psal. XXXII, 9.  
(5) Rom., VI, 19; I. Thessal., IV, 3; I. Petr., I, 2.

de las virtudes, el alma que se determina con resolución invencible á practicar este ejercicio, diciendo: «Tengo que »hacer y querer en todo y por todo lo que Dios quiere de »mí y como lo quiere, y no atender á mi gusto ni afecto»; esta alma necesariamente ha de ser mortificada, y humilde, y paciente, y devota, y recogida, y callada, y abstinenta, y casta, porque esto es lo que de ella pretende Su Divina Majestad; y este sólo ejercicio—entendédlo bien—este sólo ejercicio, practicado con fervor y perseverancia, será como un atajo maravilloso para llegar muy pronto á la unión con Dios por amor, en la cual consiste lo más subido de la perfección. Por ello os ruego encarecidamente que, así como ponéis todo conato y esmero en adquirir ésta ó la otra virtud, trayendo particular cuenta y examen para alcanzarla, le pongáis exclusivamente en tener estima de la voluntad de Dios y conocerla y ejecutarla sin negligencia ó descuido voluntario. Y este cuidado y solicitud no sólo han de ponerse en la dirección de nuestra conducta en general, sino también en todos los actos ú ocupaciones particulares, por pequeñas que sean, procurando mirar en cada una á Dios y poniendo los ojos en su santísima voluntad, la cual hemos de tener por única regla de todas nuestras acciones, considerando en cada una «¿esto quiere Dios que lo haga, ó no?», y si conocemos que no es la voluntad de Dios, no debemos hacerlo, aunque se hunda el mundo: Mas si es cosa que Dios gusta que se haga, como son obras de virtud, se ha de mirar luego cómo quiere Dios que se hagan. Por ejemplo, si se trata de la oración, con qué reverencia, con qué humildad, con qué atención y fervor, y procuremos hacerla así. Si es obra particular que manda la Superiora, mirar con qué obediencia quiere Dios que se cumpla esto, con qué simplicidad, con qué presteza, con qué gusto y perseverancia; y así en las demás obras, miremos si son del gusto divino, y luego consideremos las

circunstancias con que quiere Dios que se hagan, como hemos dicho (1).

Si la obra fuera indiferente de suyo, como pasear, comer, descansar, etc., procuremos coronarla con esta buena intención y hacerla por amor de Dios, como escribe el Apóstol (2), estando siempre apercebidos para cumplir en todo el gusto divino y nunca nuestra propia voluntad, así en las obras exteriores, como en las interiores, así en las grandes, como en las pequeñas, y aun en el más ligero pensamiento y movimiento del corazón, haciendo siempre lo que dice el Profeta: «*Como los ojos de la esclava están mirando siempre las manos de su señora, así nuestros ojos están clavados en el Señor Dios nuestro*» (3). Mil entendimientos, mil ojos que tuviéramos, en esto habíamos de ocupar. Pongamos, pues, en ello singular cuidado, h. mías; sea ésta la materia del examen particular, la ocupación de nuestras potencias, la tarea de toda la vida; hagamos con gran fervor y amor de Dios lo que hemos de continuar por una eternidad, que es lo que cada día pedimos en la oración del Padre Nuestro: *Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo* (4). Cristo Nuestro Redentor encargó á Santa Gertrudis que por menudo le consagrara todas sus obras, no sólo en general lo que leía y escribía, sino cada palabra y letra de por sí; ni sólo la comida ó bebida, sino cada bocado ó sorbo que tomaba, y todas las palabras que decía, y todos los pasos que daba, y todas las veces que respiraba, para que de esta suerte estuviese siempre atenta á no hacer sino la voluntad divina (5). En este ejercicio, repito, está la suma de la perfección á que debe aspirar el religioso, y la práctica de todas las virtudes, y es el camino más

(1) Nieremberg, «Vida divina».

(2) I. Corinth., X, 31; Rom., XIV, 6; Coloss., III, 17.

(3) Psal. CXXII, 2.

(4) I. Mach., III, 60; Joann., IX, 31; Matth., VI, 10.

(5) Corazón de Santa Gertrudis, cap. IX.

breve, más fácil, más seguro, más meritorio y el resumen de la vida espiritual.

¿Qué más puede decirse, h. mías, en alabanza de este santo ejercicio? Y no obstante, aun entre los suyos apenas halla Dios quien se resuelva á cumplir su santísima voluntad renunciando la propia. Sí, h. mías; Dios busca quien le ame, quien le entregue su corazón (1), y al pedir el corazón pide la voluntad, porque en el corazón está comprendido todo el hombre, y quien da su corazón nada se reserva, lo da todo. En el Antiguo Testamento, entre sus fieles servidores halló Dios al mansísimo rey David (2), y de él hizo un elogio brillantísimo que han repetido con envidia todas las generaciones y ha llegado hasta nosotros para estímulo de las almas mezquinas y pusilánimes. Habla Dios; escuchad sus palabras: «*He hallado á David, hombre según mi corazón, que cumplirá todas mis voluntades*» (3); y luego añade la recompensa: «*De su linaje nacerá Jesús, para ser el Salvador de Israel*». ¿Veis á qué extremo llega—permitidme la palabra—el entusiasmo de Dios cuando logra hallar entre los suyos un amigo verdadero que acierte á cumplir en todo su divina voluntad? (4). ¡Qué digo amigo! *A cualquiera que hiciere la voluntad de su Padre celestial, le llama hermano y hermana y madre* (5), como si dijera: Ya no sé qué más ofreceros, ni qué premio daros, ni cómo persuadiros á que me sigáis, porque he agotado mis inagotables tesoros para enriqueceros y colmaros de gracias y dones y facultades, de suerte que el mundo quedará asombrado al contemplar vuestras maravillas y se sentirá movido á adoraros como dioses (6).

Y así ha sucedido, h. mías; como dioses han obrado todos los que renunciaron su propia voluntad y juicio. Dios

(1) Prov., XXIII, 26.

(2) Psal. CXXXI, 1.

(3) Act., XIII, 22; I. Reg., XIII, 14.

(4) Joann., XV, 14.

(5) Matth., XII, 50.

(6) Act., XIV, 10.

los hizo dueños de la naturaleza con todos sus elementos, del fuego y del agua, de los vientos y de las tempestades, de la salud y de la enfermedad, de la vida y de la muerte. Dígalo el profeta Elías, el cual mandó á las nubes que no enviasen agua á la tierra, y no llovió en seis años y medio (1). Luego tuvo necesidad de atravesar el río Jordán con su compañero Eliseo, y tocando las aguas con su manto se dividieron á uno y otro lado y pasaron ellos á pie enjuto (2). Dígalo Moisés, el caudillo del pueblo de Israel, que, perseguido por el ejército de Faraón, tocó con su vara las aguas del mar Rojo y éstas abrieron paso á los israelitas (3); y más tarde hirió con la misma vara la peña de Horeb en el desierto, y de ella brotó un raudal de aguas con que apagó su sed el pueblo hebreo (4). Dígalo Josué, que mandó al sol que se detuviese doce horas, y esperó el sol que Josué concluyera y ganara la batalla contra los gabaonitas (5). Hablen San Pedro y los demás Apóstoles, y dígnanos las facultades asombrosas que recibieron de Jesús poco antes de subir al cielo. «*Todos los que en Mi crean y sigan mi doctrina—les dijo,—con sólo invocar mi Nombre, lanzarán los demonios de los cuerpos; hablarán lenguas desconocidas; tocarán las serpientes sin recibir el menor daño; el veneno no los matará; pondrán sus manos sobre los enfermos y éstos sanarán, y harán levantar de sus sepulcros á los muertos*» (6). Y todo ello se ha cumplido en los Apóstoles y en otros muchos santos que nos precedieron; todo ello está realizándolo Dios en nuestros tiempos en algunos de sus siervos, para que, avivando la fe, creamos en las promesas de Dios, que no se muda (7), y nos resolvamos de una vez á entregarnos en cuerpo y alma á su divina voluntad, sin reser-

(1) III. Reg., XVII, 1; Luc., IV, 25; Jacob., V, 17.

(2) IV. Reg., II, 8.

(3) Exod., XIV, 21.

(4) Exod., XVII, 6.

(5) Josué, X, 12.

(6) Marcos, XVI, 17-18.

(7) Malach., III, 6; Hebræ., I, 12; Núm. XXIII, 19; Jacob., I, 17. Psal. CI, 28.

varnos nada, pues todo lo que podemos llamar nuestro, como son pasiones, inclinaciones, deseos, sentimientos, amor propio, propia voluntad, todo es malo, después del pecado original, y si nos dejamos llevar de esa corriente, viviremos tristes, desasosegados, insufribles á nosotros mismos y jamás satisfechos, como sucede á los amadores del mundo.

Mas si procuramos atajar esa corriente mortificando nuestras pasiones, negándonos á nosotros mismos para hacer en todo la voluntad de Dios, seremos, como he dicho, dueños del mundo y nada temeremos, porque asidos á la piedra incommovible, que es Cristo Jesús (1), ni la muerte, ni la vida, ni la salud, ni la enfermedad, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo venidero, ni los honores, ni los desprecios, ni ninguna otra criatura podrá jamás separarnos de la caridad de Dios, que se funda en Jesucristo, Señor nuestro (2).

Para lograrlo, arranquemos de nuestro corazón todo afecto, toda afición ó inclinación que no tienda á facilitarnos el cumplimiento de la voluntad de Dios, la cual debe reinar en él como soberana absoluta, pues no consiste la santidad en trabajar mucho, ni en mortificarse mucho, ni en comulgar con frecuencia, sino en hacer la voluntad de Dios, que es la mayor honra á que puede aspirar un religioso, la mayor perfección á que puede llegar en esta vida y la señal más segura de su predestinación á la gloria.

(1) I. Corinth., X, 4.

(2) Rom., VIII, 38-39; I. Joann., IV, 8.

## LA SANTA POBREZA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

varnos nada, pues todo lo que podemos llamar nuestro, como son pasiones, inclinaciones, deseos, sentimientos, amor propio, propia voluntad, todo es malo, después del pecado original, y si nos dejamos llevar de esa corriente, viviremos tristes, desasosegados, insufribles á nosotros mismos y jamás satisfechos, como sucede á los amadores del mundo.

Mas si procuramos atajar esa corriente mortificando nuestras pasiones, negándonos á nosotros mismos para hacer en todo la voluntad de Dios, seremos, como he dicho, dueños del mundo y nada temeremos, porque asidos á la piedra incommovible, que es Cristo Jesús (1), ni la muerte, ni la vida, ni la salud, ni la enfermedad, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo venidero, ni los honores, ni los desprecios, ni ninguna otra criatura podrá jamás separarnos de la caridad de Dios, que se funda en Jesucristo, Señor nuestro (2).

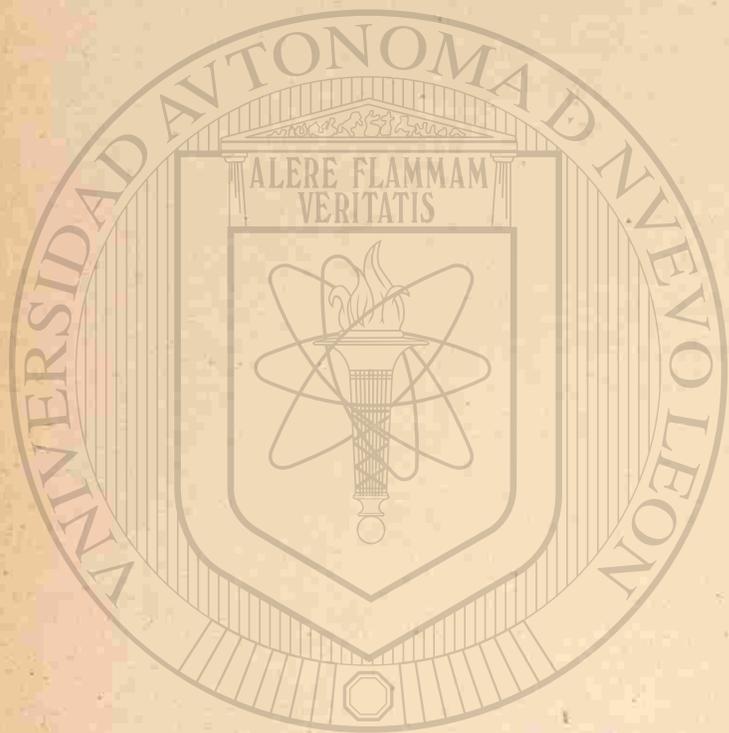
Para lograrlo, arranquemos de nuestro corazón todo afecto, toda afición ó inclinación que no tienda á facilitarnos el cumplimiento de la voluntad de Dios, la cual debe reinar en él como soberana absoluta, pues no consiste la santidad en trabajar mucho, ni en mortificarse mucho, ni en comulgar con frecuencia, sino en hacer la voluntad de Dios, que es la mayor honra á que puede aspirar un religioso, la mayor perfección á que puede llegar en esta vida y la señal más segura de su predestinación á la gloria.

(1) I. Corinth., X, 4.

(2) Rom., VIII, 38-39; I. Joann., IV, 8.

## LA SANTA POBREZA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## DE LA SANTA POBREZA



CÓDIGO fundamental de nuestra religión es el Santo Evangelio; en él ha escrito Dios, como supremo legislador, preceptos y consejos. El cumplimiento de los preceptos es rigurosamente obligatorio para todo cristiano que desee salvar su alma (1); el de los consejos á nadie obliga en justicia, dicen San Jerónimo y Santo Tomás (2). Entre los consejos evangélicos, la Iglesia distingue y recomienda tres principales, como eficacísimos medios de santificación, contenidos en los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, los cuales, dice el Doctor Angélico, son como tres vías que conducen á la perfección de la caridad (3). Fundamento de esta perfección es, según el mismo Santo Doctor, la pobreza voluntaria, esto es, el desprendimiento absoluto de toda propiedad material y espiritual, como se infiere de estas

(1) Matth., XIX, 17.—Luc., X, 28.  
—D. August., Serm. 61.

(2) Epíst. 26, ad Eustoch.—2. 2,  
q. 106, art. 1.

(3) 2. 2, q. 186, art. 3.

palabras de Jesucristo: *Si quieres ser perfecto, anda y vende cuanto tienes y distribúyelo entre los pobres, y después ven y sígueme* (1). No consiste la perfección en la renuncia de todos esos bienes, sino que esta renuncia total y absoluta es el medio ó el camino que conduce á la perfección del amor divino (2). Cierto que estos consejos se dieron á todos los hombres en general, pues que su divino autor Jesucristo los predicó á las turbas (3); pero no todos son llamados á seguirlos, sino los que se sienten movidos á ello por la gracia, dice el Evangelista San Mateo (4).

*A vosotras, por beneplácito divino, se os ha concedido el privilegio de entender el misterio del reino de Dios* (5), esto es, los secretos de su adorable Corazón, que sólo descubre á sus amigos íntimos, dice San Ambrosio (6); y esta imponderable merced, que constituye, en sentir del Apóstol, una señal moralmente cierta de predestinación á la gloria (7), debe llenaros de inmenso júbilo y estimularos á seguir á Cristo por la senda de los consejos evangélicos, camino que conduce con seguridad á la cumbre de la perfección, cuyo principio y fundamento estriba, como hemos dicho, en el voto de pobreza.

De ella intento hablaros hoy largamente, porque tengo para mí que se falta con harta frecuencia contra este voto, tan importante y tan esencial para los que aspiran á la perfección de la caridad. Procurad recoger toda vuestra atención, y ponderar sosegadamente las razones y ejemplos que encarecen el «valor» de la pobreza, y los «deberes» que entrañan el «voto» y la «virtud» de este primer consejo evangélico.

(1) Matth., XIX, 21.—Marc., X, 21.  
 (2) 2. 2, q. 188, art. 7.  
 (3) Matth., V, 1-2.—Luc., VI, 20.  
 (4) Matth., XIX, 11.

(5) Matth., XIII, 11.—Marc., IV, 11.  
 —Luc., VIII, 10.  
 (6) In lib de viduis.—Joann., XV, 15.  
 (7) Rom., VIII, 29-30.—Ephes., I, 11.

*Valor de la pobreza.* Mirada con los ojos del cuerpo, no hay duda que la pobreza es triste, oprobiosa y repugnante. El mundo, insaciable en sus codicias, ni siquiera la compadece, ¿qué digo?, la mira con espanto, la detesta y la maldice, porque no la conoce. Como la ve tan humilde, tan modesta, tan menesterosa é impotente, la supone nacida de baja alcurnia, y no es así, porque esta virtud maravillosa—paciente y sufrida hasta el heroísmo—puede exhibir sin orgullo envidiables títulos de nobleza que acrediten su real estirpe. Sí, h. mías; mirada con los ojos del alma, que son los de la fe, la pobreza es reina, porque está desposada con el más grande de los monarcas, con Jesucristo, *Rey de reyes y Señor de los que dominan* (1). Lo dice San Bernardo con estas palabras: «En los tesoros del cielo faltaba una perla: »la pobreza, cuyo valor desconocía el mundo. Apenas se »dignó Jesús aparecer en la tierra, como hábil mercader, »enamórese de esta inapreciable margarita, y dióla tan apretado abrazo, que no quiso separarse de ella y siempre la »guardó y honró y defendió como prenda la más estimada» (2). «Desde entonces, dice San Ambrosio, los pobres »son partícipes del reino de Dios en el universo» (3); pues «el »amor de la pobreza, añade San Bernardo, erige reyes» (4). Efectivamente: así como el rey Asuero, deseando recompensar á Mardoqueo el amor y lealtad con que le había servido, dispuso que fuese llevado en triunfo por las calles y plazas de la ciudad de Susán, engalanado con manto de púrpura y corona real, y que uno de los príncipes de la corte publicase en alta voz: *De tal honor es digno aquél á quien el rey quiere honrar* (5); así también, deseando Jesucristo tributar á la pobreza la mayor honra, para que el género humano

(1) Deut., X, 17.  
 (2) Serm. 1, de Nativ.  
 (3) In Psal. CXVIII.

(4) Epíst. 103.  
 (5) Esther, VI, 7-11.

trocarse en amor el odio que hasta entonces la había profesado, quiso desposarse con ella y proclamarla reina del mundo y como árbitra de los eternos destinos de la humanidad, diciendo con su ejemplo á todas las generaciones: «Esta honra merece la santa pobreza: el ser digna esposa del Rey del cielo.»

Y eligió esta virtud como la forma más adecuada al designio de la Redención. Por eso quiso ser pobre, y su pobreza fué tan absoluta—escribe la Beata Angela de Foligno—como ninguna lo ha sido ni puede serlo nunca (1), pues nació de padres pobres, en un pobre establo, y ése ajeno, teniendo por cuna un pesebre, y pobres pañales por envoltura; pobre fugitivo en Egipto, pobre morador de Nazareth, pobre en su vida privada, pobre en su ministerio público, y pobre, desnudo y desamparado hasta en el trance angustioso de la muerte. Él mismo lo dijo por su Profeta: *Soy pobre y menesteroso* (2); *vivo necesitado y criéme en trabajos desde mi tierna edad* (3); *aun las raposas tienen sus madrigueras, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza* (4). Como si dijera: Hasta los animales más viles y nocivos, como lo son las zorras y las aves de rapiña, tienen sus nidos y guaridas en que reposan; mas yo, verdadero Dios y hombre; yo que visto de púrpura á los reyes y doy sustento á los ángeles y á las aves, yo que *abro mi mano y colmo de bendiciones á todo viviente* (5), no poseo cosa alguna como propia, ni una moneda con que pagar al César tributo (6), ni casa, ni hacienda, ni criados, ni comida, ni lecho en que descansar, ni siquiera donde reclinar mi cabeza. Y si quiso llegar á tal extremo en la práctica de esta virtud, fué, dice San Pablo, para que, viéndola nosotros

(1) Capit. XIII.—Mons. Gay., Pobreza. (4) Matth., VIII, 20.  
 (2) Psal. LXIX, 6. (5) Psal. CXLIV, 16.  
 (3) Psal. LXXXVII, 16. (6) Matth., XVII, 26.

levantada á tan alta dignidad y nobleza, la abrazásemos con efusión, imitando á Jesús, nuestro Maestro y único ejemplar (1). *Bien sabéis vosotros*—dice escribiendo á los fieles de Corinto—*cuál ha sido la liberalidad de Nuestro Señor Jesucristo, que siendo muy rico por su naturaleza divina, quiso de su voluntad hacerse pobre por amor vuestro, á fin de que vosotros fueseis ricos por su pobreza* (2); esto es, añade el Doctor Angélico, para que imitando su pobreza, os enriqueciese y colmase de bienes espirituales (3).

Por eso los pobres ocuparon siempre lugar preferente en su Corazón, pues á ellos anunció antes que á nadie su Nacimiento por ministerio de ángeles (4); á ellos, antes que á nadie, reunió en torno de su cuna; á ellos, antes que á nadie, evangelizó (5) y convirtió y honró con la investidura de Apóstoles, y con el título de discípulos predilectos (6) y aun de amigos íntimos (7), y con la cooperación en su ministerio de salud (8). Y esta predilección de Jesús para con los pobres, fundábase en que le eran más semejantes (9), en que hallaba en ellos más sencillez, más humildad, más amor; fundábase en la infinita bondad de su Corazón, que se mueve á llenar lo que está vacío (10), á consolar al que padece (11), á esconder en su amoroso seno á todo desvalido y remediar á todo necesitado. Este fué el cortejo de Jesús durante su vida mortal: los pobres, los desgraciados, los humildes de corazón, á los cuales—para hacerles más llevadera la pobreza—dirigía con frecuencia palabras henchidas de consuelo, de gloria y de inmortalidad. Al comenzar el admirable sermón que pronunció en uno de los montes de

(1) Exod., XXV, 40.—Act., VII, 44. (7) Joann., XV, 15.  
 —Hebr., VIII, 5. (8) Marc., XVI, 20.—I. Corinthe., XVI, 16.—Mons. Gay, lug. cit.  
 (2) II. Corinthe., VIII, 9. (9) Luc., IX, 58.  
 (3) Lect. 2, ibi. (10) Luc., I, 53.—I. Reg., II, 5.  
 (4) Luc., XI, 10. (11) II. Corinthe., I, 4.—Ibi., VII, 6.  
 (5) Luc., IV, 8.  
 (6) Luc., XIV, 33.—Joann., XXI, 23.

Galilea, las primeras frases que salieron de sus divinos labios fueron para los pobres, que tan entrañados tenía en el Corazón. *Bienaventurados sois*—les dijo—*¡oh pobres de espíritu! porque vuestro es el reino de los cielos* (1). Deseando que evitasen la congojosa solicitud que suele emplearse en el cuidado de este cuerpo corruptible (2), deciales: *Mirad las aves del cielo: no siembran ni siegan, y vuestro Padre celestial las alimenta. Contemplad los lirios que crecen en los campos: tampoco labran ni hilan, y no obstante, ni Salomón se vistió con tanto primor como viste Dios á estas azucenas* (3). Así que, *buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura* (4). A los Apóstoles, que fueron los primeros pobres de espíritu que le siguieron, díjoles: *Vosotros que me habéis seguido, os sentaréis como jueces el día del juicio para juzgar al mundo* (5). Y estas pláticas tiernísimas y estas promesas inefables inundaban de gozo sus corazones y repetíanlas á menudo para consuelo de sus almas. Desde entonces los pobres—ha dicho un elocuente orador—ya son aristocracia de la Iglesia (6), los escogidos para el cielo.

Ved aquí demostrado en ceñidas palabras el valor de la pobreza, y la honra incomparable que ha merecido del Salvador del mundo. Imposible es que meditéis en ello, sin sentir os irresistiblemente atraídas á amar esta virtud con todo vuestro corazón, y á observar constante y fervorosamente el voto que por gracia divina habéis hecho.

*Voto.* Tengo la seguridad de que habéis meditado la transcendencia de este voto, esto es, los deberes que impone y las privaciones y sacrificios que reclama; sin embargo, no estará fuera de lugar que os lo recuerde, y plegue á Dios que ninguna de vosotras lo necesite. Comencemos por la

(1) Matth., V, 3.—Luc., VI, 20.

(2) Sapiens., IX, 15.

(3) Matth., VI, 26.

(4) Matth., VI, 33.

(5) Matth., XIX, 28.

(6) Bossuet.

definición. El voto de pobreza estriba en estas palabras de Cristo: *Si quieres ser perfecto, anda y vende cuanto tienes, y dáselo á los pobres* (1). Luego este voto consiste en despojarse y desasirse de los bienes temporales, por amor del bien supremo, que es Dios. Este voto puede ser solemne y simple. El voto «solemne» que se hace en las Ordenes religiosas propiamente dichas, consiste en la renuncia radical, absoluta é irrevocable de todo linaje de propiedad y posesión; de suerte que incapacita á la religiosa para adquirir, heredar, vender, prestar ni ejercer acto alguno de dominio, como si hubiera muerto. El voto «simple» de pobreza despoja á la religiosa de la administración de sus bienes temporales, mas no del dominio radical de los mismos, ni de la facultad de adquirir otros nuevos; si bien la obliga á no usar jamás de estos derechos sin permiso de los superiores.

Aunque existe notable diferencia entre el voto simple de pobreza y el solemne, en la práctica convienen ambos en lo esencial, toda vez que ni uno ni otro permiten á la religiosa disponer de las cosas á su arbitrio, sino con absoluta dependencia del superior; y esto me allana el camino para deducir de este principio general algunas consecuencias y hacer algunas aplicaciones que os sirvan de norma en lo sucesivo, relativamente á la práctica de este voto tan esencial.

En primer lugar, el voto de pobreza tiene por objeto inmediato y directo el desprendimiento «efectivo» de los bienes temporales, esto es, la pobreza exterior y material, y éste es el único deber que impone á quien lo ha emitido. En consecuencia, la religiosa, en virtud de este voto, no puede tener cosa alguna como propia, ni lo que la diere la Comunidad para su uso personal, ni el hábito que viste, ni el libro en que reza, ni los enseres de su celda, ni estampas,

(1) Matth., XIX, 21.

cruces ó reliquias, ni un alfiler, ni una hebra de hilo (1). Ni la es lícito comprar, ni vender, ni cambiar, ni pedir prestado, ni destruir, ni retener á su antojo cosa alguna, aunque redunde en provecho de la Comunidad. Tampoco puede hacer suyo el producto de sus ahorros ó de su trabajo manual, ni apropiarse los regalos, limosnas ó recuerdos que se la ofrezcan en testimonio de afecto ó de gratitud, ni lo superfluo que posea. También la está prohibido dar limosnas ú objetos piadosos, como rosarios, cruces, libros, estampas, etc.; ni puede disponer á su arbitrio de las economías realizadas en los gastos personales ó con el ahorro del dinero destinado á algún viaje, porque todo esto es una usurpación del dominio que no tiene; es disponer de lo que no es suyo, como si lo fuera; y en sentir de San Gregorio, esto equivale á enajenar de sí el espíritu de religión, quedándose con sólo el hábito exterior. «Quien admite la propiedad, dice este Santo Doctor, protesta con la obra que no tiene corazón de religioso, porque la propiedad se lo robó y lo dejó sin espíritu, y en su lugar puso el espíritu del mundo, que desprecia» (2). Además, la religiosa debe tener por falta contra la pobreza el mero pensamiento consentido y el deseo deliberado de poseer lo que no la pertenece. La razón es, porque la ley cristiana es ante todo interior (3), y con todos habla el precepto divino: *No codiciarás los bienes ajenos* (4); y para la religiosa todo bien es ajeno, ya que en virtud del voto nada puede llamar suyo (5). En fin, y así expresamente lo enseña la Regla de San Benito: «La religiosa no tiene dominio, ni aun en su cuerpo y voluntad» (6). Tan radical y absoluta es la renuncia que exige á la religiosa este voto.

(1) Mons. Gay, Pobreza.

(2) Lib. 2, epíst. 22.

(3) Prov. IV, 23.—Marc., VII, 21.—Psal. XLIV, 14.

(4) Deut., V, 21.

(5) Mons. Gay.

(6) Regul., cap. 32.

¡Dichoso el que se empobrece de esta manera! ¡Feliz mil veces el que no posee otro bien que la pobreza del Salvador divino, que tan copiosamente ha enriquecido al mundo!, dice San Pablo (1).

Á las que presumen cohonestar sus habituales faltas de pobreza, alegando que las santas Reglas no obligan bajo pena de pecado, debo decirles que, aunque de suyo no obliga bajo pena de pecado una Regla donde se prescriba la pobreza, sin embargo, siempre que á esta prescripción se falte, cométese verdadero pecado; no, claro está, en razón de la Regla, sino á causa del voto con que se ha ligado quien la sigue (2). Lo mismo se ha de entender de cualesquiera otros puntos de Regla cuya observancia se haya prometido con voto; de suerte que, más ó menos grave, toda violación del voto de pobreza es un pecado múltiple, porque además de la falta contra esta virtud, implica una desobediencia, una injusticia, y por ser violación del voto, un pecado contra la religión y un verdadero sacrilegio (3). Ved aquí en resumen lo que tiene prohibido la religiosa, ligada con el voto de pobreza. Mas si la necesidad, utilidad ó conveniencia, racionalmente fundadas, exigen el uso de alguna de estas cosas no permitidas por el voto, debe recurrir á los superiores; y si éstos—pudiendo concederlo lícitamente—lo aprueban ó toleran sin reticencias ni consideraciones humanas, entonces podrá obrar con tranquila conciencia.

Toda esta doctrina está fundada en sentencias de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, en definiciones de los Concilios y en las Reglas de San Basilio (4), San Agustín (5), San Francisco de Asís (6), San Francisco de Sa-

(1) II. Corinth., VIII, 9.

(2) Rodríguez, part. 3, trat. 3, cap. 10.

(3) Mons. Gay, lug. cit.

(4) Const. monást., cap. 35.

(5) De vita cleric.

(6) Tom. 3, Collat. 5.

les (1), San Ignacio de Loyola (2), las Constituciones de Santa Teresa (3) y en las vuestras, sin duda alguna.

*Virtud.* Pero Dios quiere á la religiosa, no sólo exterior, sino interiormente desasida de toda afición y apego á los bienes que ha renunciado; y este desasimiento interno constituye la virtud de la pobreza, la cual se distingue del voto, si bien ambas tienen un solo y único objeto. El voto nos despoja exteriormente de los bienes temporales; la virtud arranca de nuestra voluntad la afición ó apego á los mismos. El voto vacía las manos; la virtud vacía el corazón. La virtud de la pobreza es el fin del voto, y el voto no es sino el medio de practicar más perfectamente la virtud. De manera que puede faltarse á la virtud de la pobreza, sin detrimento del voto; mas no puede violarse el voto sin lastimar al mismo tiempo la virtud. Ésta tiene diversos grados, que yo reduzco á dos, porque son los más principales, y si los practicáis con perfección, seréis verdaderamente pobres de espíritu. El primero consiste en el

1.º DESASIMIENTO AFECTIVO DE TODAS LAS COSAS. Dios, dice el Doctor Angélico, no aprecia tanto la pobreza exterior de bienes temporales, cuanto el desafecto interior, en el cual estriba la esencia y la forma de la verdadera pobreza (4), y á ella refirióse el Apóstol cuando dijo: *Nada tenemos, en el afecto, y todo lo poseemos* (5), porque poseemos á Dios, dueño de todo. Y este desafecto interior debe extenderse, no sólo á las cosas que teníais en el siglo, sino también á todas cuantas pudierais adquirir, haciéndoos incapaces de adquirirlas como propietarias ó de usar de ellas á vuestro arbitrio. Y «esto, dice San Agustín, es dejar todo el mundo y todos los reinos é imperios de la tierra» (6).

(1) Carta 45.

(2) Constit., part. 6, cap. 2.

(3) Camin. perf., cap. 10.

(4) 2. 2, q. 248, art. 7, ad. 1.

(5) II. Corinth., VI, 10.

(6) Epíst. 34 ad Paulin.

«Todo el mundo deja, añade San Gregorio, quien deja cuanto tiene y cuanto desea tener, y aun el deseo de tenerlo, para imitar más perfectamente al Salvador» (1). «Jesucristo, escribe San Bernardo, no llamó bienaventurados á los pobres de bienes temporales, sino á los pobres de espíritu» (2). «Muchos filósofos—prosigue este Santo Doctor—dejaron todas las cosas, y se hicieron pobres por su voluntad; mas no con espíritu de pobreza, sino por vana gloria, para ser tenidos por sabios» (3). Y *Ananias y Safira vendieron su heredad*, no con espíritu puro de perfección, sino, como nota San Basilio, con espíritu de vanidad, para ser tenidos por perfectos (4); y el resultado descubrió como había sido fingido el espíritu, *reservando secretamente parte del precio* (5). «Tropiezo con pobres, dice San Agustín, y estoy buscando un pobre» (6). Quiere decir el santo, que, si bien abundan los pobres de bienes materiales, pero son muy pocos los de espíritu y afecto; y «éstos, afirma Santa Teresa, engañan al mundo, porque parecen pobres, y se engañan á sí mismos porque no lo son» (7).

Efectivamente: engañadas viven en este punto muchas religiosas, y no hallo palabras que expresen los sentimientos de compasión que inspira esta desgracia; porque es inconcebible, h. mías, que objetos de ningún valor intrínseco—por punto general—logren rendir y esclavizar un corazón enteramente consagrado al amor y servicio de Dios. «Lástima y compasión, dice Casiano, inspira la religiosa que, habiendo tenido alientos para menospreciar el mundo y cuanto hay en él, venga luego á aficionarse tanto á cosas bajas y menudas, que la turben é inquieten, como se in-

(1) Homil. 5, in Matth.

(2) Epíst. 100.

(3) Serm. 1, fest. Om. sanct.

(4) Serm. de inst. monach.

(5) Act., V, 1-10.

(6) Serm. 110, de temp.

(7) Camin. perf., cap. 2.

»quieta y turba un niño cuando le quitan un juguete, y la »impiden avanzar en el camino de la perfección á que aspira» (1); pues como escribe San Buenaventura, «si el espíritu anda abrumado con el peso de algún bien temporal, »¿cómo ha de levantar el vuelo en busca de su Dios?» *Cuando el profeta Elías fué arrebatado al cielo, arrojó hasta su manto* (2); y es que la materia sirve de estorbo al espíritu, cuando éste anhela unirse con su Amado. Por el contrario, dice San Agustín, «la pobreza de espíritu da grandes alas »que levantan rápidamente nuestro espíritu al cielo». Por eso—nota Santa Teresa—«cuando no anda medrado el »espíritu, unas naderías nos dan tan gran trabajo, como á »otras cosas grandes; y á pesar de ello presumimos de espirituales» (3). Así es, h. mías; muchas veces, en momentos de devoción sensible, nos decimos á nosotros mismos, sinceramente al parecer: «Yo no estoy atada á nada de este »mundo; todo me es indiferente; pueden los superiores disponer de mí á su arbitrio». Pero llega la ocasión en que Dios quiere probarnos; llega la hora del sacrificio, y un sinnúmero de aficiones escondidas en los repliegues del corazón se yerguen altivas para protestar con ingeniosas excusas y falsos razonamientos, que muestran con evidencia el verdadero estado de nuestra pobre alma, alimentada con bellas ilusiones y quiméricas esperanzas. Levántanse entonces—como heridas en lo vivo—el asimiento á la propia voluntad y juicio, la afición á los regalos y comodidades del cuerpo, el amor desordenado á los parientes, el excesivo cuidado de la salud, el demasiado apego al cargo ú oficio que nos ha confiado la obediencia ó á las prácticas de piedad y devoción, y aun á las penitencias y mortificaciones voluntarias. De suerte, que, creyendo ser *libres con la libertad de los hijos de*

(1) Collat. X, cap. 6.

(2) Reg., II, 11.—Eccli., XLVIII, 13.

(3) Vida, cap. 13.

*Dios* (1), somos esclavos, vergonzosamente esclavos de nuestras pasiones y aficiones desordenadas. Y así empleamos la vida y el amor de este corazón que ya no es nuestro, sino de Dios, el cual no se satisface con apariencias. En su nombre benditísimo, y por la paz de vuestras conciencias, os suplico meditéis estas palabras que escribía á sus monjas Santa Teresa de Jesús, al tratar este punto: «Crean, mis hijas, que todo se pasa muy presto (2); y más »habíamos de traer el pensamiento en cómo morir, que no »en cómo vivir (3). Libres quiere Dios á sus esposas; asidas á solo Él» (4).

No lo olvidéis, h. mías: libres quiere Dios á sus esposas y asidas á solo Él. No podía esta admirable santa resumir en menos palabras lo que constituye como la esencia y perfección de esta virtud maravillosa. Libres; esto es, interiormente desasidas aún de las cosas necesarias, y con mayor razón de las superfluas, y en esto consiste el segundo grado de esta virtud: en la

2.º PRIVACIÓN DE TODO LO SUPERFLUO. En efecto: la virtud de la pobreza exige de la religiosa el firme propósito de renunciar al uso de todas las cosas superfluas. Para acertar en la práctica de este segundo grado de pobreza, debéis tomar en cuenta que el regalo, la codicia y la honra vana suelen fingir necesidad donde no la hay. Y si deseáis una norma segura para no traspasar nunca los límites de lo necesario, escuchad á San Buenaventura: «Cuanto más entrañablemente amares la pobreza, tanto más útilmente juzgarás »de tu necesidad; y aquello has de tener por necesario, sin »lo cual no puedas decentemente pasar. Todo lo demás ni »lo has de tener ni pedir, ni desear, ni procurar, ni recibir, »aunque te lo ofrezcan de gracia, porque todo es super-

(1) Rom., VIII, 21.—Galat., V, 13.

(2) I. Corinth., VII, 31.

(3) Carta 64, tom. 1.

(4) Carta 65, tom. 1.

»fluo» (1). Y reduciendo á la práctica tan luminosa sentencia, en cuatro cosas principalmente ha de resplandecer este desasimiento y privación de lo superfluo: en la comida, en el vestido, en la cama y en la celda, contentándoos en cada una de estas cosas con lo necesario y conveniente, y dejando con gran rigor todo lo superfluo y demasiado, ya que, en sentir de San Basilio, «estas cosas se ordenan para remedio de nuestra necesidad, y no para cebo de nuestra vanidad» (2).

*Comida.* En primer lugar, pobre y frugal debe ser vuestro alimento, que sirva para reparar las fuerzas del cuerpo, y no para estimular el insaciable apetito de la gula; y esto lo evitaréis, alimentando á la vez vuestras almas con la devota atención á lo que entonces se está leyendo. *Comed lo que os pusieren delante*, según dijo Jesucristo á sus Apóstoles (3), y no pidáis nada extraordinario, sin apremiante necesidad. Lo que os sobre, dejadlo en la mesa, porque ya no os pertenece.

*Vestido.* Sea también vuestro hábito honesto, decente y uniforme, y usadlo sin afectación ni vanidad. No olvidéis nunca que el adorno que mejor os cuadra y que *habéis de llevar siempre en vuestro cuerpo*, es, como dice el Apóstol, *la mortificación de Jesús* (4).

*Cama.* Comparada con la que tuvo Cristo para morir, vuestra cama, aunque pobre y modesta, ha de pareceros hartamente regalada para que en ella descansen este *cuerpo de muerte* (5), enemigo del alma.

*Celda.* La celda sea como de pobre; limpia, sí, porque pobreza y limpieza, como buenas hermanas, deben andar siempre juntas; pero sin más muebles, libros, adornos ni

(1) Medit., cap. 44.

(2) Regul. 22.

(3) Luc., X, 8.

(4) Rom., XIII, 14—II. Corinth., IV, 10.

(5) Rom., VII, 24.

enseres que los permitidos por la Regla. Y como la religiosa no debe tener nada escondido, sino todo abierto y patente á los ojos de la Superiora, tampoco debe guardar nada cerrado con llave.

Espejo para mirarse, no lo necesita la religiosa, teniendo por Esposo á Cristo, *en quien no se sacian de mirar los ángeles* (1), y cuya incomparable hermosura (2) debe mirar y contemplar á menudo la religiosa para imitarla en lo posible; pues, como escribe el real Profeta, *toda la gloria de la hija del Rey*—esto es, del alma religiosa—*estriba*, no en la hermosura ó perfección exterior de su rostro, sino *en su interior*, en las virtudes de su corazón (3).

En una palabra, prescindid de todo lo superfluo y contentaos con lo necesario, imitando al Apóstol (4); pues, como nota Santo Tomás, «la religión es estado que profesa penitencia y desprecio de la gloria mundana; y como cada uno ha de vivir conforme á su estado, justo es que la religiosa se incline siempre á la aspereza y vileza en el vestido, en la cama, en la celda y comida que pide su profesión de penitencia, y de religiosa que vive al revés del mundo» (5). Además, ¿no habéis hecho voto de pobreza precisamente para descargaros de todas las cosas de la tierra? Pues obraríais contra este santo fin, si codiciarais las superfluas, para enredaros con los cuidados que andan con ellas. «Allá en el mundo, dice el P. Rodríguez, por ventura nos faltara mucho más; pues no es justo que en la Religión, donde venimos á mortificarnos y hacer penitencia, queramos más regalo y más comodidades de las que tendríamos fuera de ella» (6). «Determinámonos á ser pobres, escribe Santa Teresa—y es de gran merecimiento,—mas muchas veces

(1) I. Petr., I, 12.

(2) Psal. XLIV, 3.

(3) Psal. XLIV, 14.

(4) I. Timoth., VI, 8.

(5) 2. 2, q. 167, art. 6.

(6) Trat. 3, part. 3, cap. 6.

»tornamos á tener cuidado y diligencia para que no nos falte, no sólo lo necesario, sino lo superfluo» (1). Esta es la verdad, siquiera no pueda explicarse racionalmente. Quiero persuadirme de que obráis así, porque no habéis parado mientes en las imponderables ventajas que os proporciona vuestra profesión religiosa. ¡Cuántas veces, pensando en la dicha incomparable de vuestro felicísimo estado, me ha ocurrido esta reflexión: ¡Qué comodidad tan envidiable la de las religiosas! ¡hallarlo todo dentro de casa, sin tener que recurrir á ninguna industria, sin estar expuestas á los despiadados golpes de la fortuna, sin tener que sujetarse á tiránicos miramientos, seguras de no carecer más que de lo superfluo, que las daría más pena que placer!... Pero advertid, herm., que todo esto os lo da lo Providencia, como dice el P. Rodríguez (2), para que, desasidas de las cosas de la tierra, pongáis todo vuestro corazón en el cielo; todo esto os lo facilita Dios para que la solicitud y cuidado que habíais de poner en las cosas del mundo, y en buscar lo necesario para el sustento del cuerpo, la pongáis en agradar más y más á vuestro divino Esposo, y en crecer cada día en virtud y perfección, conforme á lo que dice el Profeta de los hijos de Israel: *Dióles el Señor las tierras de las naciones, y poseyeron las labores de los pueblos, para que guardasen sus mandamientos y observasen su santa Ley* (3).

*Práctica.* Ahora bien; deseáis saber si sois pobres de espíritu y si vais aprovechando en esta virtud? Mirad si os holgáis con los efectos de la pobreza, que son hambre, sed, cansancio, frío, calor, humillación, olvido y desprecio. Mirad si os holgáis con el hábito pobre y con el zapato viejo ó remendado; mirad si os entristecéis cuando os falta algo en la mesa, ó cuando no se acuerdan de vosotras, ó no os con-

(1) Vida, cap. 11.

(2) Part. 3, trat. 3, cap. 3.

(3) Psal. CIV, 44.

ceden lo que pedís ó deseáis, ó bien cuando la superiora os quita ó cambia alguna cosa de vuestro uso; porque si no os holgáis de ello, antes sentís repugnancia y dificultad, no habéis llegado á la perfección de la pobreza de espíritu (1). En una palabra, y esto es lo más seguro y aun lo más meritorio: seguid la vida común en todo, en el comer, en el vestir, en el trabajar, en las recreaciones, en todos los usos y costumbres de la casa, y aun en las prácticas de piedad, hablando en general; pues como dice San Pablo: *si todo me es lícito, no todo me es conveniente* (2); con sólo eso habréis excluído de un solo golpe todo lo superfluo, habréis sacrificado toda distinción entre «tuyo» y «mío», os habréis asegurado contra toda ilusión, y prevenido todas las sugerencias del amor propio (3). Y si os veis constreñidas por la necesidad á pedir alguna cosa extraordinaria, después de consultarlo con Dios, pedidla humildemente á vuestra Superiora, dispuestas á someteros á su parecer, sin réplica ni murmuración.

Más ¿para qué cansaros, h. mías, aduciendo nuevos razonamientos? Escuchad el último que me ocurre y que los resume todos. Si amásemos entrañablemente á Jesucristo, muy pronto seríamos verdaderos pobres de espíritu, como lo fué en extremo el Serafín llagado, San Francisco de Asís, por la misma razón, dice el Beato Juan de Ávila, esto es, por el abrasado amor que tuvo á Jesucristo. Por eso, arrebatado por amoroso impulso, exclamaba con frecuencia: ¡Dios mío y todas las cosas! (4); pues, como escribe el Santo Obispo de Ginebra, cuando el fuego del amor divino logra prender en un corazón, él mismo se despoja de toda afición terrena, de todo afecto mundano, como se arrojan á la calle los muebles y objetos de valor, cuando un edificio es presa de las

(1) Rodríguez, part. 3, trat. 3, cap. 6.

(2) I. Corinth., VI, 12.

(3) Mons. Gay. Pobreza.

(4) In ejus vita.

llamas (1). Ya lo dijo el Espíritu Santo: *Aunque el hombre, en precio del amor divino, diere todos sus caudales, los reputará por nada* (2). Y el Apóstol decía: *Todo lo miro como basura, por ganar á Cristo* (3).

¡Amor, amor, h. más! Amemos mucho á Jesucristo, y os aseguro que holgarán todas las reglas y todos los grados y cuantos libros se han escrito en materia de pobreza. Seamos pobres de espíritu, no por la recompensa prometida á los mismos, sino por amor de Cristo; pues, como dice San Bernardo, «el puro amor de Dios no es jornalero, pero no carece de jornal; y el que le sirve sin interés, es digno de recibirlo muy copioso» (4). ¿Sabéis qué recompensa merece? La que Dios prometió á Abraham cuando le dijo: *No temas; yo seré tu galardón* (5). Que el Señor nos lo conceda á todos.

(1) Espirit., part. 3, cap. 27.

(2) Cant. VIII, 7.

(3) Philipp., III, 2.

(4) Serm. 83, in Cant.

(5) Génes., XV, 1.

DE LA CASTIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llamas (1). Ya lo dijo el Espíritu Santo: *Aunque el hombre, en precio del amor divino, diere todos sus caudales, los reputará por nada* (2). Y el Apóstol decía: *Todo lo miro como basura, por ganar á Cristo* (3).

¡Amor, amor, h. mías! Amemos mucho á Jesucristo, y os aseguro que holgarán todas las reglas y todos los grados y cuantos libros se han escrito en materia de pobreza. Seamos pobres de espíritu, no por la recompensa prometida á los mismos, sino por amor de Cristo; pues, como dice San Bernardo, «el puro amor de Dios no es jornalero, pero no carece de jornal; y el que le sirve sin interés, es digno de recibirlo muy copioso» (4). ¿Sabéis qué recompensa merece? La que Dios prometió á Abraham cuando le dijo: *No temas; yo seré tu galardón* (5). Que el Señor nos lo conceda á todos.

(1) Espirit., part. 3, cap. 27.

(2) Cant. VIII, 7.

(3) Philipp., III, 2.

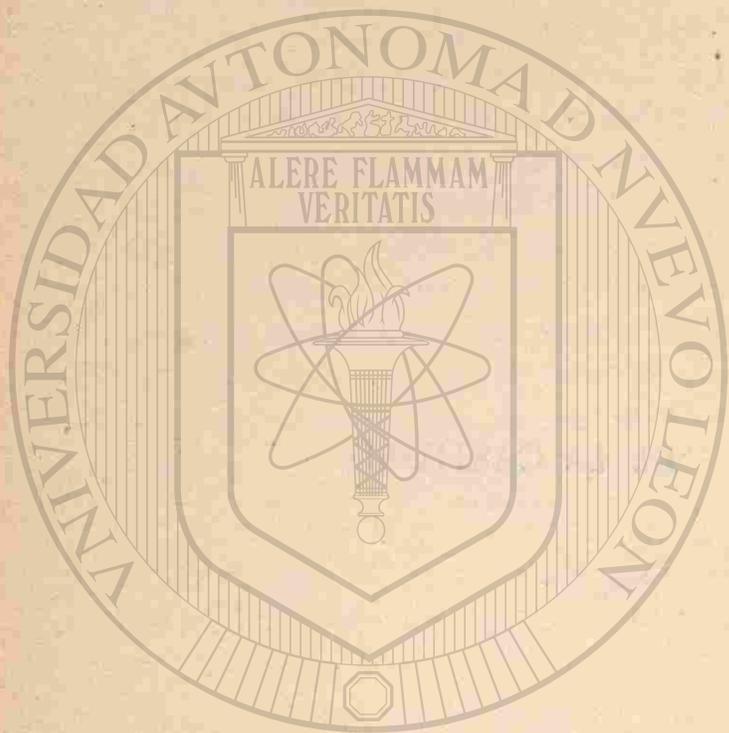
(4) Serm. 83, in Cant.

(5) Génes., XV, 1.

DE LA CASTIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## DE LA CASTIDAD

**S**omos de Dios (1), y como *hechura de sus manos* (2), debemos tratar nuestro cuerpo con religioso respeto. Así lo dicta la razón y sobre todo lo demuestra con evidencia la lumbré de la fe. Somos de Dios, repito; colgados de su Providencia vivimos y apenas podemos llamar nuestros los bienes naturales que poseemos, toda vez que Dios nos los ha concedido para que usemos de ellos, no á nuestro arbitrio y voluntad, sino con estricta equidad y justicia (3); y si bien gozamos de entera libertad (4) y somos moralmente dueños y responsables de nuestros actos (5), esta libertad no nos emancipa del soberano dominio que el Señor tiene sobre nosotros; de suerte que suyos son nuestros cuerpos, nuestras almas, nuestras potencias y sentidos y nuestra vida entera, y sobre ellos ejerce ab-

(1) Rom., XIV, 8.  
(2) Job, X, 8.—Psal. XCIX, 3.—  
Psal. CXVIII, 73.

(3) I. Corinth., IV, 7.  
(4) 2. 2, q. 144, art. 1. ad 1.  
(5) Eccli., XV, 14.

soluta é ilimitado imperio (1). Así lo dice San Pablo, escribiendo á los fieles de Corinto: *¿No sabéis que ya no sois de vosotros?* (2). Pues bien; como pertenencia de Dios, nuestro sér humano adquiere cierta realeza, ó como dice San Pedro, cierta *participación de la naturaleza divina* (3), cierta consagración que nos santifica, y nos eleva sobre todo lo criado (4), y nos obliga á tratarnos como nos trata el mismo Dios, esto es, *con sumo respeto y reverencia* (5); y precisamente esta reverencia, este respeto, esta consideración y delicadeza con que debemos tratar y servir á nuestro cuerpo, constituyen como la esencia, la expresión y el ejercicio de la sublime virtud de la castidad perfecta, esto es, de cuerpo y de espíritu (6), según se colige de estas palabras del Apóstol, que son como consecuencia de las anteriores: *Glorificad, pues, á Dios, y llevadle siempre en vuestro cuerpo* (7).

No es otro nuestro deber: *santificarnos* (8); y esta santificación, dice San Pablo, ha de consistir en *abstenernos de toda lascivia y de toda pasión de deseos inmundos* (9), *porque no nos ha llamado Dios á inmundicia, sino á santidad* (10). Ciertamente existen otras virtudes morales que pueden santificar nuestras almas, pero el Apóstol, dice San Juan Damasceno (11), quiere que ésto sea dote especial de la castidad; quiere que pertenezca á ella la gloria de procurar honra al cuerpo y santidad al espíritu; por ello, exhortando á las doncellas á mantener puro y sin mancha el blanco lirio de la virginidad, las asegura el mencionado Apóstol que, perseverando en castidad, lograrán *ser santas en el cuerpo y en el espíritu* (12).

(1) Génes., I, 19.—II. Paral., XX, 6.—Esth., XIII, 9.—Rom., IX, 19.

(2) I. Corinth., VI, 19.

(3) II. Petr., I, 4.

(4) Psal. VIII, 7.—Hebræ., II, 7.

(5) Sapient., XII, 18.

(6) Mons. Gay. Castidad.—I. Corinth., VII, 34.

(7) I. Corinth., VI, 20.

(8) I. Thessal., IV, 3.

(9) I. Thessal., IV, 5.

(10) I. Thessal., IV, 7.

(11) De fornic., lib. 6, cap. 15.

(12) I. Corinth., VII, 34.

Y en verdad no hay empeño más honroso, ni deber más urgente para la religiosa, que el de procurar ser santa en el cuerpo y en el alma, y para lograrlo allana maravillosamente el camino la práctica de la soberana virtud de la castidad, virtud característica de las esposas del Cordero immaculado, y manantial abundoso de delicias. De ella intento hablaros hoy, poniendo á vuestra consideración su «excelencia», sus «prerrogativas» y los «medios» adecuados para conservarla á toda costa, con la ayuda omnipotente de la gracia (1).

Plegue á Dios alumbrar mi entendimiento y purificar mis labios, para que mis palabras, como dardos encendidos, inflamen vuestros corazones y los enamoren de esta hermosísima virtud.

Comencemos por la definición. Castidad es una virtud moral que tiene por objeto refrenar la concupiscencia de cualquiera delectación impura, bien sea interna ó externa. Como virtud práctica, la castidad propiamente dicha, no es sino el respeto religioso con que el alma trata al cuerpo por amor de aquel Dios con quien está desposada en Jesucristo. Sabéis muy bien que la castidad constituye un precepto cuya observancia obliga á todo cristiano, sea cualquiera la condición y estado en que se halle; y quebranta este precepto, quien deliberadamente se deja dominar del cuerpo, aun con sólo el pensamiento ó el deseo. Terminante está la Sagrada Escritura en este punto. *En la gloria de Dios, dice el Sabio, no tiene lugar ninguna cosa manchada* (2). *No carne ni sangre*, añade el Apóstol, *pueden poseer el reino de Dios* (3). Pero hay otra castidad mucho más excelente, que no es sino de consejo, y llámase castidad perfecta, porque incluye la renuncia aún de los placeres sensuales lícitos á

(1) II. Corinth., XII, 9.—Philipp., IV, 19.

(2) Sapient., VII, 25.

(3) I. Corinth., XV, 50.

otro estado menos perfecto, y si se observa y practica con esmero durante la vida, constituye aquel estado de santa virginidad, que es como perla preciosa de la Nueva Alianza y lazo estrechísimo entre Dios y el alma (1). ¿Quién podrá alabarla como merece?...

*Su excelencia.*—Un ángel, hermanas mías, un ángel y no un ser mortal y corruptible, debiera encargarse hoy de hablaros en elogio de esta sublime virtud de la castidad, y lo haría muy cumplidamente, ya que es virtud angélica y no humana, si bien convierte en ángeles á los que la profesan, como dice el Santo Doctor de Aquino (2). Mas puesto en el deber, para mí muy grato, de hablaros de ella, forzosamente he de inspirarme en los luminosos escritos de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, que pudieron traslucir, guiados por la fe, el nobilísimo origen de esta esposa del Cordero inmaculado, y las prerrogativas que atesora, y las maravillas que ostenta, y los dones inefables con que distingue á las almas heroicas que en el mundo la practican.

1. Ante todo, dice San Ambrosio (3), conviene indagar el origen ó procedencia de esta soberana virtud, para tributarla el honor y respeto que merezca su linaje; y si llamamos nuestra patria aquélla en cuyo suelo nacimos, bien puedo asegurar que esta cándida azucena debió nacer en los amenos vergeles del Paraíso, porque *la tierra maldita* en que vivimos entraña gérmenes de corrupción y de muerte, y no produce ni puede producir sino *abrojos y espinas* (4), digno fruto del primer pecado. Así es, dice San Buenaventura (5): La castidad trae su origen del cielo, y allí celebró sus desposorios con el Verbo de Dios en el seno del Padre celestial; y tan prendado quedó de su hermosura y tan enamorado

(1) Mons. Gay. Castidad.

(2) Lect. 5, De regim. princ., cap. 51.—S. Basil., Apud. platum, lect. 2, cap. 4.

(3) Lib. de virgin., epist. 81.

(4) Génes., III, 18.

(5) De profess. relig., lect., 2, cap. 52.

de su pureza, que quiso verla resplandecer en todos los moradores de la gloria, y dotó á los ángeles con esta joya, y al ver que en la tierra una virgen, por Él escogida (1), aventajaba en pureza y santidad á los espíritus de todas las jerarquías, atraído por la embriagadora fragancia de esta blanquísima azucena, quiso encarnarse y nacer de ella, para honrar la naturaleza humana en los dos sexos, y elevarla sobre la esfera de lo terreno, y sembrar esta bendita semilla en los corazones de innumerables vírgenes que, andando el tiempo, habían de ser sus esposas. Así lo confiesa la misma Virgen María cuando dice en los Cantares: *Mientras el Rey estaba en su reposo, mi precioso nardo difundió su fragancia* (2), esto es, mi fragante virginidad atrajo á Jesús desde el seno del Padre al mío; pues, como escribe San Bernardo (3), el reposo del Rey es el seno del Padre eterno. Por eso la dice San Juan Damasceno (4): «Tú eres ¡oh Virgen bendita! feracísima planta de virginidad; por tí la hermosura de esta flor nos ha traído del cielo *la flor del campo y el lirio de los valles* (5), para henchir con su fragancia toda la tierra.» Muy justo es, pues, añade San Agustín (6), que así como Jesucristo se incorporó á nosotros tomando carne humana, nos incorporemos con Él, llevando en nuestro cuerpo casto al que llevaron las purísimas entrañas de María; porque Cristo es maestro de castidad, y por lo mismo, quien no es casto, no puede llevar á Cristo en su cuerpo.

2. Vislúmbrase la particularísima y singular estima en que Dios tiene esta virtud, al calificarla de imponderable tesoro. *No hay cosa de tanto valor*, dice en el libro del Eclesiástico (7), *que sufra comparación con un alma continente*. Expo-

(1) Cant. VI, 8.

(2) Cant. I, 11.

(3) Serm. 42, in Cant.

(4) Orat. 3, de nativ. mart.

(5) Cant. II, 1.

(6) Serm. 13, in nativ. Dom.

(7) Eccli., XXVI, 20.

niendo esta sentencia divina, dice el sabio Cardenal Hugo (1). Efectivamente: ni el mundo universo con todo cuanto el poder infinito de Dios ha encerrado en él de bueno, de hermoso, de perfecto y deleitable; ni la soberana inmensidad de los cielos, con la prodigiosa disposición y orden de los elementos; ni la variedad de especies que embellecen la creación; ni la perfección natural del hombre; ni la grandeza incomparable de toda la naturaleza angélica, con ser la más sublime y perfecta del mundo... nada de esto puede equipararse con el esplendor y hermosura, con la dignidad, nobleza y encantos que atesora un alma pura y casta á los ojos de Dios. También el Apóstol San Pablo, al hablar de esta incomparable virtud, coincide con el Espíritu Santo en llamarla precioso tesoro que llevamos en vasos de barro frágil y quebradizo (2), y añade: *Sepa cada cual poseer el vaso de su cuerpo en santificación y honra, y no con pasión libidinosa, como lo hacen los gentiles, que no conocen á Dios* (3). Llama santificación y honra del cuerpo, guardarlo puro y casto; de suerte que la castidad es la santidad del cuerpo y la honra del hombre. La razón por qué hemos de esmerarnos hasta en la pureza corporal, la da el mismo Apóstol, escribiendo á los fieles de Corinto. *¿No sabéis, les dice, que sois templo de Dios, y que el Espíritu Santo mora en vosotros?* (4). Custodia de este templo, armada para impedir que nada impuro lo profane es, según Tertuliano (5), la castidad; y Dios quiere, dice el Profeta, que *la santidad sea ornamento de su Casa* (6), *y si alguno profanare el templo de Dios, añade el Apóstol, el mismo Dios lo destruirá* (7).

3. En cambio, quien procura, asistido de la gracia, cul-

(1) In exposit., cap. XXVI, Eccli.  
 (2) II. Corinth., IV, 7.—S. Chrysost., cap. 1, epist. 2 ad Cor.  
 (3) I. Thessal., IV, 4.

(4) I. Corinth., III, 16.—I. Corinth., VI, 15.  
 (5) De cultu foemin., lib. 2, cap. 1.  
 (6) Psal. XCII, 5.  
 (7) I. Corinth., III, 17.

tivar con esmero esta virtud, aun viviendo en la tierra, adquiere cierta semejanza con los espíritus bienaventurados, teniendo por gracia la pureza que ellos alcanzan por naturaleza, y comenzando desde esta vida mortal á participar de la excelencia de la gloriosa resurrección, en la cual, como dijo el Salvador, *todos los justos serán como ángeles de Dios en el cielo* (1). Y es muy de codiciar esta honra, pues, como nota San Juan Damasceno (2), cuanto el ángel es superior á los hombres, tanto la virginidad es más gloriosa que las bodas. San Isidoro atrevese á decir (3), que la castidad no sólo hace semejantes á los ángeles, sino iguales; y apoya su opinión en las palabras que dijo Cristo Nuestro Redentor por el Evangelista San Lucas (4): *Que en el cielo serán los justos iguales á los ángeles é hijos de Dios, por ser hijos de la resurrección*, transformados en otro sér glorioso. Y si bien es cierto que todos los justos son hijos de Dios, como dice San Pablo (5), los castos tienen singular excelencia, por ser más semejantes á Jesucristo Nuestro Señor. Decidme: ¿puede encarecerse más la dignidad y excelencia de esta virtud, que equiparando con los ángeles al alma que la profesa?... Pues á mayor altura la pone San Juan Crisóstomo (6) diciendo, que la castidad en cierto modo hace á los hombres superiores á los ángeles; porque éstos, dice, ni tienen carne ni sangre, ni viven en esta tierra sembrada de miserias y peligros; mas el alma casta, con estar metida en este cuerpo de corrupción y de muerte, y vivir en continua lucha con las pasiones y apetitos depravados, y ser inferior en las fuerzas á los ángeles, procura, no obstante, hacerse violencia para imitarlos en la castidad y pureza. Y en esto se fundan los Santos Padres para llamar á la perfecta castidad virtud angélica; porque al profesarla el hom-

(1) Matth., XXII, 30.  
 (2) Tract. 4. de fide, cap. 15.  
 (3) Lib. 2, de sum. bono, cap. 40.

(4) Luc., XX, 36.  
 (5) Rom., VIII, 14.—Rom., IX, 8.  
 (6) Lib. de virgin., cap. 11.

bre se excede á sí mismo, y vive en la carne como si fuese puro espíritu, pudiendo decir con el Apóstol: *Viviendo en carne, no regulamos nuestra vida por las leyes de la carne, sino por las del espíritu* (1).

¡Oh bendita castidad!—exclama aquí San Atanasio (2). Corona que nunca se marchita, templo de Dios, sagrario del Espíritu Santo, preciosísimo tesoro escondido al vulgo de los hombres, hallado de pocos, aborrecido de muchos y deseado de los dignos. ¡Oh continencia, que destruyes la muerte y posees la inmortalidad! Tú eres gozo de los profetas, gloria de los apóstoles, vida de los ángeles y corona de los santos. Bienaventurado el que te alcanza y profesa con perseverancia, porque trabajará por tí un poco en este mundo y gozará luego en el cielo en grado sumo de tus inefables prerrogativas.

*Prerrogativas.*—1.<sup>a</sup> Veamos qué prerrogativas acompañan á esta celestial princesa, y en pos de ella entran en el alma. Comencemos por la más excelente. Apenas emite la religiosa el voto de castidad—que constituye la mejor guarda de la pureza—queda estrechamente unida con Jesucristo en desposorio espiritual (3) y con derecho á llamarle verdadero Esposo. Así lo dice San Pablo, hablando con las almas puras: *Os tengo desposadas con el único Esposo, que es Cristo, para presentaros á Él como una casta virgen* (4). Y si decís que esponsales y virginidad son incompatibles, escuchad las palabras que emplea el Evangelista San Mateo al referir la parábola de las vírgenes: *Éstas, dice, salieron al encuentro de su Esposo, y entraron con Él á las bodas* (5); á todas llama Cristo con el honroso título de esposas. Y no debéis extrañar, porque en las bodas que Cristo celebra con las almas

(1) II. Corinth, X, 3.—La Puente, Est. relig., trat. 2, cap. 4.

(2) Lib. de virginit.

(3) Osee, II, 19.

(4) II. Corinth, XI, 2.

(5) Matth., XXV, 2.

puras, el Esposo es el mismo Hijo de Dios, manantial inagotable de pureza y santidad (1); y por lo mismo, lejos de padecer menoscabo la virginidad, en esta unión espiritual se purifica y aquilata su hermosura á los ojos de Dios; y así lo confesó la heroica y tierna virgen Santa Inés, cuando decía al tirano: «Yo amo á Cristo, nacido de madre virgen y de Dios virgen; amándolo soy casta; pura soy abrazándolo, y al desposarme con Él, soy más que nunca virgen» (2). Sí, virgen más que nunca es el alma que por el voto de castidad se desposa espiritualmente con Jesucristo, á quien llama el Espíritu Santo *resplandor de la luz eterna* (3), de cuyo foco procede toda pureza y honestidad, de tal suerte, que sólo pueden llamarse propiamente vírgenes, las que se hallan unidas con Cristo por este sagrado vínculo, como dice el Profeta: *Serán presentadas al Rey las vírgenes* (4), esto es, nota San Bernardo (5), sólo las vírgenes que desposadas con Cristo, perseveren unidas con Él hasta la muerte. Estas son las *vírgenes prudentes, que con lámparas encendidas y bien provistas, salen á recibir al Esposo, y entran con Él á celebrar las bodas*. No entran como criadas de casa, sino como miembros principales del cuerpo místico de la Iglesia, esposa del Cordero; y por esto como esposas celebran también con Él sus bodas espirituales llenas de alegría, en premio de haber renunciado las mundanas (6).

2.<sup>a</sup> Además, aunque humanamente hablando, no puede concebirse mayor familiaridad ni más estrecha intimidad y confianza, que la que suele haber entre los cónyuges, pues, como dice la Sagrada Escritura, *son dos en una sola carne* (7); es no obstante, mucho mayor sin comparación y más íntima

(1) Levit., XI, 44.—Levit., XX, 26.—Josué, XXIV, 19.—Joann., VIII, 46.—Hebræ., VII, 26.

(2) Offic. Sanct., Agnetis.

(3) Sapient., VII, 26.

(4) Psal. XLIV, 15.

(5) Sermon. 14, in Cant.

(6) La Puente, lug. cit.

(7) Génes., II, 24.—Matth., XIX, 5.—Marc., X, 8.—Ephes., V, 31.

y más pura y deleitosa la que existe entre Cristo y las vírgenes sus desposadas, y ésta es otra prerrogativa con que Dios se digna dotar al alma casta. En la Ley antigua, el pueblo escogido temía tanto que le hablase Dios, que llegó á decir á Moisés: *Háblanos tú, y oiremos: no nos hable el Señor, no sea que muramos* (1). Mas en la Ley nueva, ley de gracia y de amor, no acontece así, dice el Apóstol, porque *nos ha hablado, y habla Dios por medio de su Hijo, Jesucristo* (2), el cual, en sentir de San Gregorio Niseno (3), por amor á la virginidad de María, en cuyo castísimo seno quiso encarnarse, ha tenido la dignación de llamarse Esposo de las almas que la profesan; privilegio exclusivamente otorgado á la virginidad, por el cual, añade el Doctor Angélico (4), han logrado muchas santas vírgenes, aun en esta vida, ser distinguidas y regaladas de Cristo con visiones, revelaciones, raptos, éxtasis y con otras familiares muestras de amor y predilección. Vosotras lo sabéis. Después de la Virgen Santísima, Nuestra Señora, ¿quién más amado y favorecido de Jesús que el virgen San José, que tuvo la imponderable dicha de vivir treinta años en su compañía, y conversar con Él á toda hora, y recibir sus abrazos inefables y regaladas caricias, y extasiarse en la contemplación de aquella hermosura increada (5) que *no se sacian de mirar los ángeles* (6), y constituye el encanto y la felicidad de los bienaventurados? (7). ¿Quién más tiernamente amado de Jesús, dicen San Jerónimo (8) y San Agustín (9), que San Juan Evangelista? Porque lo vió *adornado con la especial prerrogativa de la virginidad* (10), trabó con él dulcísima amistad, y le descubrió todos sus

(1) Exod., XX, 19.—Deuter., V, 25-26.

(2) Hebræ., I, 2.

(3) Lib. de virgin., cap. 2.

(4) Super, cap. XIV, Apocal.

(5) Psal. XLIV, 3-5.

(6) I. Petr., I, 12.

(7) Psal., XVI, 15.

(8) Lib. I, cont. Jovinian.

(9) Tract. últ. in Joann.

(10) In offic. S. Joann. Evang.

secretos, y permitió que en la última cena *reclinase su cabeza en su amorosísimo pecho* (1), y en la cruz le encomendó el cuidado de su Madre (2), porque no había de encomendar madre virgen, sino á discípulo virgen. Las vidas de los santos ofrecen innumerables ejemplos de esta índole, entre los cuales deseo relataros uno, henchido de inefable ternura. De Santa Catalina de Sena escribe su confesor, el bienaventurado Raimundo de Capua, que á los siete años se consagró á Dios con voto perpetuo de virginidad (3), y desde entonces no cesó de recibir de su dulcísimo Esposo tiernísimas é inefables muestras de especial cariño y familiaridad. Un día—dice—Jesucristo se la aparece; la abraza con efusión entrañable; la aprieta contra su pecho; junta la cara de ella con la de Él; la besa; abre la llaga de su costado; aplica á ella la boca de la Santa, y la dice: «Bebe, hija mía; embriágate de mi misma vida.» Este nombre «hija mía», dicho por Jesús con ternura encantadora, la volvió tan loca á lo divino, que decía á su confesor: «Padre, dígame muchas veces «hija mía», para sentir renovadas las delicias que experimenté al llamarme así Jesús» (4). Ved, hermanas mías, hasta dónde alcanza el apasionado amor que profesa Jesucristo á esta virtud, cuando la ve resplandecer en alguna de sus criaturas.

3.<sup>a</sup> San Basilio, como si intentara resumir en una frase cuanto puede decirse en honra y alabanza de esta virtud incomparable, atrévese á afirmar que la castidad otorga á quien la profesa cierta incorruptibilidad semejante á la que posee Dios por naturaleza (5); porque la pureza de cuerpo y alma, á manera de alas, elevan al hombre sobre la esfera de lo corruptible para recibir la divina semejanza; y esta

(1) Joann., XIII, 23.

(2) Joann., XIX, 26-27.

(3) Vida, part. I, cap. 3.

(4) P. Alvarez, en el prólogo.

(5) Lib. de vera virgin.

opinión estriba en las siguientes palabras del Sabio: *La perfecta pureza une con Dios* (1), y como dice San Pablo, *quien está unido con el Señor, es con Él un mismo espíritu* (2). Escuchad á este propósito un ingenioso comentario de San Isidoro (3). Entre los preceptos legales que intimó Dios al pueblo de Israel, uno de ellos mandaba que *el sacerdote máximo entre sus hermanos, no entrara en la casa donde hubiese un cadáver, ni interviniera en ninguna ceremonia fúnebre* (4); y no obstante, Moisés que promulgó esta ley, fué el primero en derogarla, al parecer, pues al salir de Egipto *llevó consigo los restos mortales de José, para darles sepultura en Siquem* (5). Mas no fué así, dice el mencionado San Isidoro, el cual pone en boca de Moisés estas palabras: Al obrar de esta suerte, no violo la ley, sino que me atengo á su espíritu, ya que para mí no ha muerto quien, como José, profesó inviolablemente la castidad durante su vida; y si bien dice San Pablo: *Quien siembra ahora para su carne, de la carne recogerá después la corrupción y la muerte* (6); pero no acontece esto en los que, venciendo y mortificando su carne, han demostrado que son superiores á ella, viviendo como ángeles, y con ellos habla el Apóstol cuando añade: *Quien siembra para el espíritu, del espíritu cogerá la vida eterna*. Así lo confesó la casta virgen Susana, cuando, al verse en inminente peligro de perder esta joya, dijo movida por la gracia: *Si consiento en el pecado, moriré* (7); porque la verdadera vida consiste en andar puros y castos en la presencia de Dios. En consecuencia, dice San Gregorio Niseno (8), quien procura conservar limpia, pura y resplandeciente esta perla inestimable, bien puede asegurar que participa ya de la vida espiritual é

(1) Sapient., VI, 20.  
 (2) I. Corinth., VI, 17.  
 (3) Lib. 4, epíst. 157.  
 (4) Levit., XXI, 1-11.

(5) Exod., XIII, 19.—Act., VII, 16.  
 (6) Galat., VI, 8.—Rom. VIII, 13.  
 (7) Dan., XIII, 22.  
 (8) De virgin., cap. 13.

incorruptible de los ángeles, que le libraré de la muerte y de la corrupción.

Bienaventurada la religiosa que posee en su corazón esta virtud hija del cielo, y la practica con esmerada solicitud, y está dispuesta á defenderla, con la divina gracia, aun á costa de su vida, ya que constituye como el carácter distintivo de las esposas del Cordero; y mientras brille en su alma esta joya inestimable, ella será, como *huerto cerrado* (1), el lugar de las delicias de su enamorado Jesús, y la confidente de sus secretos, y el objeto de sus más tiernas caricias (2); y aun viviendo en cuerpo mortal y corruptible, su espíritu, libre *con la libertad de los hijos de Dios* (3), morará en el cielo cuando así le plazca, y conversará con los ángeles, sus semejantes, y en premio de sus victorias, adquirirá cierta incorrupción, propia de los íntimos amigos del Esposo, y precursora de una feliz inmortalidad. Digna de envidia es por cierto la religiosa que logra poseer este tesoro, no á todos concedido (4); pero debe tomar en cuenta que son muchos y muy astutos los enemigos que lo codician, como dice San Gregorio (5), y por lo mismo, debe vivir apercebida y practicar los medios adecuados para que no sufra menoscabo.

**Medios.** Entre los diversos medios que indican los Santos Padres de la Iglesia y maestros de espíritu, para obtener y conservar la castidad, escogeré los más eficaces, entre los cuales ocupa el primer lugar la fervorosa y perseverante

**Oración.** La castidad, dice San Agustín (6), es un don gratuito de la divina munificencia; por lo mismo, debemos pe

(1) Cant., IV, 12.  
 (2) Prov., VIII, 31.  
 (3) II. Corinth., III, 17.—Galat., IV, 31.—Galat., V, 13.

(4) Matth., XIX, 11-12.  
 (5) Homil. 2, in Evang.  
 (6) Confes., lib. 10, cap. 29.

dirla á Dios de corazón é incesantemente; y así lo hace el Santo en el libro de sus «Confesiones» diciendo: «Vos, »Señor, me mandáis la continencia; dádmela, Dios mío, pues »es don vuestro». *Luego que llegué á entender*, dice el Sabio, *que no podría ser continente si Dios no me lo otorgaba, sin demora acudir al Señor y se lo pedí con todo el afecto de mi corazón* (1). Y aunque os parezca la oración un medio general para alcanzar cualquiera otra virtud, pero la victoria del vicio que denigra y emponzoña la pureza, escribe Casiano (2), no puede obtenerse sin una gracia especialísima de Dios, como lo enseñan todos los Santos Padres y aun la misma experiencia. Cuando el Apóstol de las gentes (3) se sintió agitado por los estímulos de la carne, lo primero que hizo fué encomendarse de corazón á Dios, reiterando importunamente sus ruegos y súplicas (4), y entonces Dios lo aseguró en su gracia para triunfar siempre en todos los combates. Confieso, dice San Juan Crisóstomo (5), que el supremo recurso en las tentaciones de esta índole, es acudir á Dios, autor y dispensador de la gracia (6); mas siendo la Virgen Santísima el conducto de todas las gracias, á su valiosa intercesión debemos acudir también cuando seamos tentados. Yo no concibo, añade el erudito P. Salazar (7), cómo pueda conservarse casto, quien no recurre con frecuencia á la mediación y patrocinio de María, la más pura de la vírgenes. Mas no basta la oración, si no va acompañada de su inseparable hermana la

*Mortificación* del cuerpo y la guarda de los sentidos. «No se harta el ojo de ver, ni el oído de oír», dice el Sabio (8); en consecuencia, andar con los sentidos derramados

(1) Sapient., VIII, 21.  
 (2) Instit., lib. 6, cap. 6.  
 (3) Galat., II, 8.  
 (4) II. Corinth., XII, 7.  
 (5) Serm. de laud. B. M. V.

(6) Hebræ., II, 10.  
 (7) In proverb., cap. 8.  
 (8) Ecclesiast., I, 8.—Kempis, lib. 1, cap. 1.

—siempre codiciosos de halagüeñas impresiones que llegan al corazón—no es cosa que se compadezca con la castidad. Tratar blandamente la carne, no negarla satisfacción alguna, y pretender que no se rebele, es pedir un milagro. Por el contrario, castigarla con ayunos, sujetar su orgullo con cilicios, disciplinas y otras mortificaciones y penitencias, aprobadas por nuestro director espiritual, es el medio más seguro y eficaz, y el recomendado por Jesucristo (1) para sujetarla al espíritu. No usaba otro San Pablo contra la rebelión del sentido, como él mismo confiesa: *Castigo mi cuerpo, y como vil esclavo lo tengo sujeto á la razón*, que es la señora (2). A este remedio se acogió San Jerónimo, mientras fué combatido por este linaje de tentaciones. Escribiendo á Eustoquio, dice: «Sujetaba la carne rebelde á los dictámenes del espíritu, con semanas enteras de rigurosos ayunos» (3). Del mismo se valió San Hilarión, para no ceder á los asaltos del enemigo infernal que, coligado con la carne, movía contra él fiera guerra del sentido, como refiere San Jerónimo (4). Actos heroicos leemos de muchos santos, que demuestran el apasionado amor que profesaron á esta virtud. Por no perder este tesoro, revolvióse San Benito desnudo dentro de un zarzal, bañando las espinas con su sangre. Y San Francisco se arrojó sobre la nieve en lo más crudo de la noche. Y San Bernardo se echó desnudo en un estanque helado, y quedóse casi yerto y desmayado. ¿Qué maravilla es que éstos y otros héroes hiciesen tales estragos en sus cuerpos por la defensa de este tesoro, que enriquece de santidad á quien lo posee, cuando vemos que los amadores del siglo pierden el sosiego, espoleados por el afán de enriquecerse, exponiendo su vida á mil desastres, y aun á

(1) Matth., XVII, 20.  
 (2) I. Corinth., IX, 27.

(3) Epist. ad Eustoch.  
 (4) In vita S. Hilarión.

peligros de muerte? (1). Pero con ser estos medios tan violentos y tan eficaces para triunfar del apetito sensual, no son decisivos, herm. mías, no son infalibles, dice Casiano (2), no bastan para salir vencedores en esta lucha, y aun serán completamente inútiles, si no van acompañados de una profundísima y sólida

*Humildad.* La soberbia, escribe San Agustín (3), corrompe y destruye la continencia y virginidad, bellísimas virtudes que constituyen el más brillante ornamento de la santidad, y por ello debe guardarse con gran vigilancia de cualquier asomo de presunción, quien desee conservarse puro y casto. Y San Gregorio añade: «Así como no agrada á Dios una humildad sucia, tampoco puede serle agradable una castidad soberbia» (4). San Juan Clímaco dice que conoció varones muy mortificados y penitentes en extremo, terriblemente molestados por esta pasión, porque eran soberbios (5). Y San Juan Crisóstomo refiere—y lo dice maravillado y confundido—que tuvo ocasión de conocer á algunos siervos de Dios tan abstinentes y mortificados, que apenas podían tenerse en pie por la debilidad y flaqueza que se había apoderado de sus miembros, y á pesar de ello veíanse forzados á sostener una lucha vigorosa con la carne que no les dejaba un momento de sosiego; y termina diciendo, que para vencer en esta lucha formidable, no basta la mortificación del cuerpo, si no va acompañada de una profunda humildad de corazón (6). Seamos, pues, humildes de corazón, herm. mías; enamorémonos de esta virtud, tan amada y encarecida por Cristo (7), y alcanzaremos la paz y el sosiego que tanto necesita nuestro espíritu; y Dios, que ha

(1) P. Scaramelli, tom. 3, cap. 2.

(2) Instit., 6, cap. 1.

(3) Lib. 6 de virgin., cap. 39.

(4) Moral., lib. 2, cap. 3.

(5) In Scala Parad., grad. 15.

(6) In verba S. Joann. Clim.

(7) Matth., XI, 29.

prometido y como vinculado todas las gracias á esta virtud, nos concederá la pureza del cuerpo y la del alma y la limpieza de corazón que nos hará bienaventurados (1). Dicha incomparable; gracia de primer orden que jamás sabremos apreciar en lo que vale. Así lo ha dicho Jesucristo: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios* en esta vida á través del misterioso velo de la fe, con la contemplación (2), y *lo verán cara á cara en la otra* por medio de la visión beatífica (3). De aquí deduce San Agustín (4), que la castidad tiene un puesto muy eminente y glorioso entre las virtudes, porque sólo ella, dice el santo, nos conduce á ver á Dios del modo que es posible en esta vida, y de modo perfecto en la venidera.

Concluyo, herm. mías, suplicándoos que penséis á menudo en los grandes honores que la virginidad prepara á vuestros cuerpos; ella los purifica, los consagra, extingue en ellos la concupiscencia, mortifica los malos deseos, y por medio de santas preparaciones, dispone la carne mortal á una luz incorruptible. Pensad á menudo que sois esposas del Hijo de Dios, del Hijo de María, de Jesucristo Señor nuestro, Rey y modelo de vírgenes, y como á tales, os es concedido *entender sin parábolas el misterio de Dios* (5), *y seguir al Cordero á donde quiera que vaya* (6) *y cantar el himno, sólo de ellas sabido.* Renovaos todos los días por el amor de la pureza; no sufráis que ella sea empañada, ni aun por el hálito de la serpiente infernal; y si sois celosas de la pureza del cuerpo, sedlo más aún de la pureza del alma, porque es imagen de Dios (7), y en ella tiene puestos sus

(1) Matth., V, 8.

(2) P. Scaramelli, tom. 3, cap. 3.

(3) I. Corinth., XIII, 12.—Mons. Gay. Castidad.

(4) Serm. 50, de temp.

(5) Luc., VIII, 10.

(6) Apocal., XIV, 3.

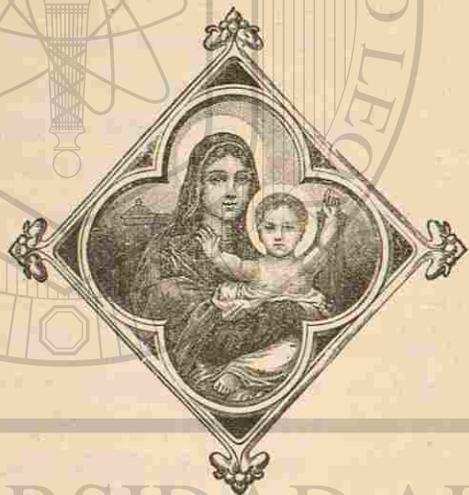
(7) Génes., I, 26.—Génes., IX, 6.—Sapient., II, 23.—Coloss., III, 10.

ojos (1) y su Corazón y sus mayores complacencias (2); con ella ha querido *desposarse por medio de la fe y de la caridad* (3), hasta que llegue el momento—y no ha de tardar— en que logre sentarla en el lugar señalado en el cielo á sus esposas, para reinar con Él y gozar de sus abrazos amorosísimos por los siglos de los siglos.

(1) Eccl., XV, 20.—I. Petr., III, 12.

(2) Prov., VIII, 31.—Mons. Gay. Castidad.

(3) Osec, 11, 20.



DE LA OBEDIENCIA

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

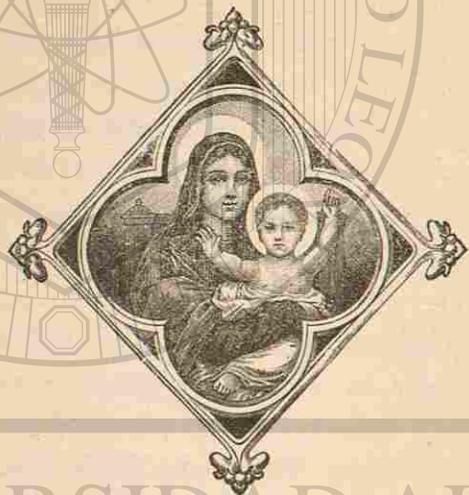


ojos (1) y su Corazón y sus mayores complacencias (2); con ella ha querido *desposarse por medio de la fe y de la caridad* (3), hasta que llegue el momento—y no ha de tardar— en que logre sentarla en el lugar señalado en el cielo á sus esposas, para reinar con Él y gozar de sus abrazos amorosísimos por los siglos de los siglos.

(1) Eccli., XV, 20.—I. Petr., III, 12.

(2) Prov., VIII, 31.—Mons. Gay. Castidad.

(3) Osec, 11, 20.



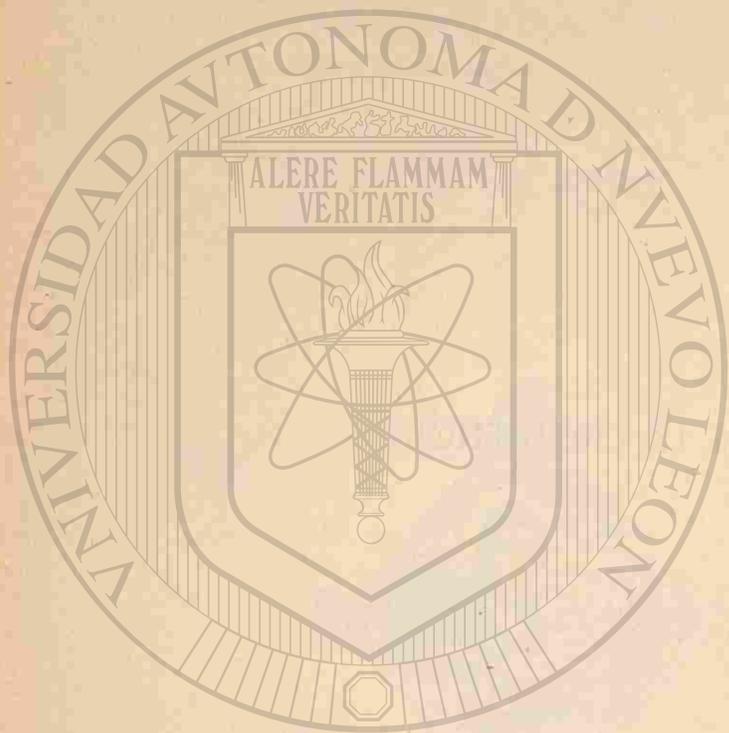
DE LA OBEDIENCIA

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





## DE LA OBEDIENCIA

**EL** gran mal de nuestra época es la falta total de subordinación y de obediencia entre los hombres, y este mal es tan antiguo como el mundo. Luzbel, el más bello entre los ángeles, envanecido por las relevantes dotes con que Dios le había distinguido, se atrevió á proclamarse independiente, diciendo: *¿Quién como yo? Escalaré el cielo; pondré mi trono sobre las estrellas; seré semejante al Altísimo; no le serviré* (1). Imitadores ha tenido Lucifer en todos los siglos, en todas las edades y en todos los pueblos; imitadores tiene en nuestros tiempos; lo acredita la experiencia y lo ha repetido muchas veces la Iglesia por boca de sus Pontífices, y en nuestros días por el inmortal León XIII, de gloriosa memoria, el cual ha dicho que la gran herejía de nuestros tiempos es el orgullo, la independencia de la razón, el *no quiero servir* del ángel malo (2); é imitadores suyos son todos los que no veneran y acatan las leyes de Dios y de su Iglesia; todos los

(1) Isai., XIV, 13.—Jerem., II, 20.

(2) Encíclica «Libertas».

que se resisten á obedecer á sus legítimos superiores jerárquicos. Repito que éste es el mal de nuestra época: la falta de subordinación y de obediencia entre los hombres. Este es el pecado que ha llegado á contagiarse el aire que respiramos y penetra insensiblemente en todos los organismos sociales para destruirlos y aniquilarlos, y hace temer un castigo ejemplar de Dios sobre esta generación orgullosa y corrompida.

Sólo un reducido número de fieles cristianos anatematiza y abomina esta conducta, y entre ellos la porción escogida de Cristo (1), las almas religiosas que cifran su mayor gloria en la sumisión y obediencia á sus santas Reglas y á sus legítimos superiores. Sí; las comunidades religiosas constituyen hoy una protesta viva contra este modo de proceder de la mayoría de los cristianos. Sólo en la Religión se practica hoy esta obediencia tan amada de Dios, tan recomendada por Cristo y tan necesaria para la paz del corazón y la santificación del alma. Demos gracias á Dios por ello, y para que os penetréis cada día más de la necesidad de obedecer rendidamente á vuestros legítimos superiores, deseo tratar hoy este asunto, inspirándome en la doctrina del gran maestro de espíritu y Doctor de la Iglesia, San Francisco de Sales.

Es muy digno de notarse, h. más, que todos los Santos fundadores de Órdenes religiosos, al tratar de escribir las Constituciones ó Reglas de su Instituto respectivo, se esforzaron en inculcar á sus súbditos la virtud de la obediencia principalmente. Tanta importancia dieron á esta virtud; tan convencidos estaban de que sólo ella podía sostener el edificio moral de la religión, que antiguamente los profesantes limitábanse á decir: «Prometo obediencia según las Reglas».

(1) Deut., VII, 6. — II. Paral., XXIX, 11. — Joann., XV, 19.

Como si dijeran: Á pesar de que las santas Reglas constan de muchos capítulos en los cuales se inculca al religioso el ejercicio de diversas virtudes, no obstante, si practico esta sola virtud de la obediencia con las condiciones que exige para ser meritoria, me santifico, me salvo como santo. Así es; pues, según sentencia unánime de Santo Tomás y demás doctores católicos, «ni el voto de pobreza ni el de castidad» constituyen profesión religiosa, mientras no se les agregue «el voto de obediencia (1); pues si por los dos primeros» votos el religioso ofrece á Dios sus actos exteriores, por el «de obediencia ofrece también su interna voluntad» (2). ¿Puede hacerse mayor elogio de esta virtud?... Pero, ¿sabéis á qué precio se adquiere? ¿Sabéis qué nos pide en cambio?... ¡Ah! La negación absoluta de nuestra voluntad y juicio; la destrucción y aniquilamiento moral del «Yo», principio y raíz de todos los males del alma y del cuerpo. Por eso San Juan Clímaco define la obediencia diciendo que es: «Sepulcro» de la propia voluntad». Advertid que el sepulcro supone muerte. Sí, dice San Ignacio de Loyola, «los religiosos deben» dejarse traer y llevar del superior, cual si fueran cadáveres» (3). Y San Francisco de Asís no tenía por obediente sino «al que se dejaba mover, colocar y mudar de lugar sin» resistencia alguna, como un cuerpo sin vida» (4), y añadía: «Muertos y no vivos quiero yo á mis discípulos» (5).

Ya lo habéis oído. Fundadores tan ilustres y tan grandes Santos, como San Francisco de Asís y San Ignacio de Loyola, quieren á sus religiosos muertos á sí mismos. *Si el grano de trigo, echado en la tierra, no muere, dice Jesucristo, queda infecundo; mas si muere, produce mucho fruto* (6). Y ¿qué es lo que ha de morir en nosotros? Pues ha de morir el orgullo, la

(1) 2. 2, q. 186, art. 8.  
(2) Suárez. De statu relig., lib. X, cap. 9.  
(3) Constit., part. VI, cap. 1.º

(4) S. Bonavent., in vita S. Franc.  
(5) S. Franc., Colloq. 40.  
(6) Joann., XII, 24.

vanidad, la pereza, el vicio, la pasión. El día que nos resolvamos, con la gracia de Dios, á pisotear y tritular toda esta mala semilla, seremos verdaderamente libres, porque habremos subyugado las pasiones que nos esclavizaban y empezaremos á dar frutos de vida eterna, y éstos serán los frutos de la obediencia. Los Santos Padres y maestros de la vida espiritual señalan muchas condiciones á la obediencia para que pueda llamarse perfecta; pero yo, siguiendo á San Francisco de Sales, las reduzco á dos principales, para que las recordéis con facilidad, y porque en realidad, si se cumplen, bastan. Éstas son: que la obediencia sea «ciega» y «pronta».

### Ciega

1. *Ceguedad física.*—Esta ceguedad de la obediencia debe ser «física» é «intelectual». La obediencia ciega con ceguedad física consiste en no mirar á qué superior obedecemos, sino atender á que nos manda en nombre de Dios (1). De suerte que, sea quien quiera el superior, bueno ó malo, sabio ó ignorante, joven ó viejo, perfecto ó lleno de defectos, no debemos hacer uso de los ojos para enterarnos de ninguna de estas cualidades ó defectos que pueda tener, que ésto no es cuenta nuestra; sino como verdaderos ciegos, atender sólo á lo que nos manda ó prohíbe, porque aquéllo es la voluntad de Dios. Decidme: el soldado en activo servicio, ¿deja de hacer lo que le indica el toque de corneta, aunque el que toca este instrumento sea alto ó bajo, amigo suyo ó enemigo, sabio ó ignorante, joven ó viejo? No; prescinde de todo ésto, porque no hace al caso, y sólo atiende á la orden que le indica la corneta, porque reconoce en ella la voz, la voluntad de su jefe. ¿Qué diríamos del soldado que

(1) Luc., X, 16.—I. Joann., IV, 6.—Joann., XII, 48.—I. Thessal., IV, 8.

se negara á obedecer, pretextando que el que transmite la orden del superior es un sujeto antipático, ó que es demasiado joven, ó que tiene éste ó el otro defecto? Diríamos que no tenía sanas las facultades mentales, ó que se exponía á sufrir un castigo ejemplar. Pues lo mismo podemos decir del religioso que abre los ojos para examinar las cualidades del superior, de quien se vale Dios para hacernos conocer su voluntad, y se niega á obedecerle ó lo hace de mala gana y á más no poder. Sí, h. mías; sea quien quiera el superior, aunque en nuestro concepto esté lleno de defectos, aunque nos parezca inútil para el cargo que se le ha confiado, más aún: aunque sea de condición áspera ó arrogante, obedecemos ciegamente, y entonces ejercitaremos la humildad, que es fundamento de la vida espiritual, y á los ojos de Dios será doblemente meritoria nuestra obediencia.

Oigamos al apóstol San Pedro: *Obedeced á vuestros superiores, aunque sean ásperos y de mala condición* (1). Y San Pablo, en su carta á los hebreos, añade: *Obedeced á vuestros prelados, buenos ó malos, y estadles sumisos, ya que ellos velan por vosotros, como que han de dar cuenta á Dios de vuestras almas* (2). En su carta á los de Éfeso, les dice: *Obedeced á vuestros señores temporales con temor y respeto, con sencillo corazón, como al mismo Cristo... y servidlos con amor, haciéndoos cargo que servís al Señor y no á los hombres* (3). De estas palabras de San Pablo se deduce claramente la obligación de ver á Dios en la persona de nuestros superiores, y toda la doctrina de los Santos sobre este punto es tan unánime como explícita. Jesús, María y José nos enseñaron muy bien este modo de obedecer, en el viaje que hicieron de Nazareth á Belén, porque habiendo publicado el César un edicto, en

(1) I. Petr., I, 14.—I. Petr., II, 13.  
—I. Petr., II, 18.

(2) Hebræ., XIII, 17.

(3) Ephes., VI, 5-7.—Tit., II, 9.—  
Coloss., III, 22.—I. Petr., II, 18.

el cual mandaba á sus súbditos que fuesen á empadronarse en el pueblo de su nacimiento, ellos fueron amorosamente para dar cumplimiento á esta obediencia, sin abrir sus ojos para ver que César, instrumento de Dios, era gentil é idólatra, mostrando en ésto Nuestro Señor, que jamás hemos de poner los ojos en el que manda, como tenga autoridad para mandar y mande en nombre de Dios.

2. *Ceguedad intelectual.*—La segunda condición de la obediencia ciega es, que lo sea con ceguedad «intelectual», y ésta consiste en obedecer sin querer indagar la intención ó el fin del que manda, contentándonos con saber que es un precepto, sin meternos á discurrir si está bien ó mal mandado, si con razón ó sin ella. La diferencia entre una y otra obediencia está en que la ceguedad física prescinde de las «cualidades» del superior, y la intelectual de que ahora tratamos, prescinde de la «intención» del mismo. De suerte, que debemos obedecer con sencillez de corazón, cerrando los ojos del entendimiento y no permitiéndole discurrir sobre lo que se ha mandado. Recordad lo que sucedió á Eva en el paraíso, que se puso á discutir con la serpiente por qué les había Dios prohibido comer del árbol de la ciencia. Díjola el enemigo que si comía se le abrirían los ojos del entendimiento, y halagada ella por esta promesa, comió de la fruta y se le abrieron los ojos, cierto, pero para su mal y el nuestro (1). Ved aquí los inconvenientes y los males que acarrea el abrir los ojos del entendimiento para discutir los preceptos de la obediencia.

*Ejemplos.* Y no creáis que para defender esta doctrina me apoyo sólo en testimonios de Santos fundadores, que al fin son testimonios humanos, no; el mismo Jesucristo ha querido enseñarnos esta doctrina. Efectivamente: leemos en el

(1) Génes., III, 17.—II. Corinth., XI, 3.—I. Timoth., II, 14.

capítulo noveno de los Hechos Apostólicos, que Jesucristo se apareció á San Pablo cuando éste, que entonces era gentil, se dirigía á la ciudad de Damasco para perseguir á los cristianos, y llámole por su nombre: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* (1). Dice el sagrado texto que lo derribó en tierra y le quitó la vista. Mandóle que fuese á la ciudad á buscar á Ananías, y que éste le diría lo que había de hacer. Ahora bien; ¿por qué Nuestro Señor mismo no le dijo todo lo que había de hacer, sino que le mandó que se pusiera á las órdenes de otro? Sin duda, porque quiso que aprendiésemos en este ejemplo que debemos presentarnos al superior, como Saulo se presentó á Ananías, ciegos, esto es, con los ojos del entendimiento cerrados para no discurrir ni discutir, sino obedecer ciegamente lo que se nos manda en nombre de Dios. Otro ejemplo. Deseando Jesucristo dar vista á un hombre ciego de nacimiento, nos dice San Juan (2) que escupió en tierra, y formando lodo con la saliva, lo aplicó sobre los ojos del ciego, y díjole: *Anda y lávate en la piscina de Siloé.* Fuése y lavóse allí, y volvió con vista. ¿No es verdad que este pobre ciego, al conocer que Jesús le ponía lodo en los ojos, hubiera podido decirle: «Señor, ¿qué estáis haciendo?» Si yo no fuera ciego, ésto solo bastaba para quitarme «la vista.» Pero no lo hizo; antes obedeció con sencillez y rendimiento de juicio. Así el verdadero obediente cree de buena fe que podrá hacer todo lo que se le mande, porque entiende que todos los mandamientos proceden de Dios, ó se hacen por su inspiración, y así, no pueden ser nunca imposibles, porque Dios todo lo puede (3).

Dice la Santa Madre Teresa de Jesús en el capítulo primero del libro de las Fundaciones: «Estando un día en

(1) Act., IX, 4.

(2) Joan., IX, 6-7.—Marc., VIII, 25.

(3) Génes., XVII, 1.—Sapient., XI, 24.—Eccli., XLIII, 30.—II. Mach., I, 25.

»refectorio, diéronnos raciones de pepino: á mí me cupo en  
 »suerte una muy delgada y por dentro podrida. Llamé con  
 »disimulo á una hermana de las de mejor entendimiento, y  
 »para probar su obediencia, díjela que fuese á sembrar en el  
 »huerto aquel pepino. Ella fué y lo sembró, sin ocurrírsela  
 »que era imposible dejarse de secar, sino que el ser por  
 »obediencia la cegó la razón.» Advertid, h. mías, que la  
 Santa escogió para esta prueba á una hermana de las de  
 «mejor entendimiento», sin duda para ver si obedecía ce-  
 rrando los ojos de ese entendimiento. Añade la Santa, que  
 nunca admitía en su convento á jóvenes que tuvieran pre-  
 tensiones de sabias; y porque al entrar una joven la dijo:  
 «Madre, tenga la caridad de esperar un poco, porque me he  
 »dejado en casa la Biblia», la contestó: «Hija, quédese usted  
 »en casa con su Biblia, porque aquí no hacen falta sabias,  
 »sino humildes; aquí venimos todas á aprender y no á ense-  
 »ñar.» Y añade: «No sea que estas sabias nos salgan á lo  
 »mejor diciendo: San Pablo dice esto y San Lucas dice lo  
 »otro. Quede eso para los letrados, para los que han de diri-  
 »gir nuestras conciencias» (1).

### Pronta

Pasemos ahora á tratar brevemente de la segunda con-  
 dición de la obediencia y es que sea «pronta». San Francis-  
 co de Sales llama á esta obediencia «amorosa», porque así  
 como la obediencia es hija de la humildad, es también com-  
 pañera inseparable de la caridad, del amor verdadero, y estas  
 dos virtudes, «obediencia y caridad», son las que dan valor  
 á todas las demás, y sin ellas, nada aprovechan las otras.  
 Obediencia amorosa es lo mismo que obediencia pronta,

(1) Fundac., cap. 1.º

porque «el amor, dice el autor de la «Imitación de Cristo» (1),  
 »todo lo hace ligero, no siente la carga de la obediencia ni  
 »hace caso de los trabajos, antes desea más de lo que puede;  
 »el amor no se queja, aunque le manden lo imposible, por-  
 »que cree que todo lo puede en Dios» (2). Esto lo vemos  
 aun en los amantes del mundo. ¡Cuántos servicios, cuántos  
 sacrificios, cuántas locuras no se hacen por complacer á la  
 persona amada, por cumplir su voluntad y hasta por satisfa-  
 cer todos sus caprichos! Y ¿por qué todo esto? Porque aman,  
 y el amor se alimenta de sacrificios. Poco amamos á Dios,  
 si arrastramos como carga insoportable el suave yugo de la  
 obediencia (3); muy poco le amamos, si no estamos dispues-  
 tos á obedecer con prontitud y alegría cuanto sabemos que  
 puede agradarle. Poco ama á su amigo quien, oyéndole dar  
 el primer aldabazo en la puerta, no corre á abrirle; y ¿qué  
 otra cosa es el superior que os dicta un mandato? ¿qué otra  
 cosa es para la fe, que debe latir siempre en vuestro cora-  
 zón, sino el amigo celestial que os dice: *He aquí que estoy á  
 la puerta y llamo?* (4). *Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma  
 mía* (5). Yo soy quien de su Corazón te ha dicho: *Llamad y  
 os abrirán* (6); y ¿habrá de decirse del tuyo que cuando llamo  
 yo á él tardas en abrirme?... Y de hecho, tardo en abrir es,  
 quien, para cumplir un mandato, necesita que se le intime  
 solemnemente y con reiteradas instancias. «Soldado: irás á  
 »colocarte á la cabeza de ese puente; permanecerás allí; tú  
 »morirás, nosotros pasaremos.»—«Sí, mi general.» Y el sol-  
 dado muere, y la patria no tiene bastantes coronas para ce-  
 lebrar su heroísmo. «Padre misionero: mañana saldrá usted  
 »para la China; la persecución le aguarda y acaso el marti-  
 »rio.—Sí, Padre mío.» Y el misionero muere, y la Iglesia le

(1) Lib. III, cap. V.

(2) Philipp., IV, 13.

(3) Matth., XI, 30.—I. Joan., V, 3.

(4) Apocal., III, 20.

(5) Cant., V, 2.

(6) Matth., VII, 8.—Luc., XI, 9-10.  
 —Marc., XI, 24.

levanta altares, decreta su culto, sus pompas y sus cantos gloriosos. Esta es la obediencia religiosa (1).

Y no sólo el mandamiento expreso del superior debe obedecerse, dice San Ignacio, sino á la menor señal ó significación de su voluntad, porque muchas veces el superior no se atreve á mandar expresamente cosas que encierran alguna dificultad, y entonces es cuando debemos adelantarnos y decir con Isaías: *Veísme aquí, mandad* (2). Y no repliquéis diciendo que tenéis que hacer esto ó lo de más allá, porque la Regla que habéis prometido guardar, y la campana que os avisa, y el superior que con un movimiento de cabeza ó de mano os manda cualquier cosa, todo eso es Jesús que os dice: «Esto quiero», y cuando Jesús dice esto quiero, no hay más remedio sino obedecer, como dice San Benito en su Regla, dejando al punto lo que tenéis entre manos, sin acabar lo que estabais haciendo, y volar con las alas de la obediencia á la voz del que manda (3). Mirad á los Santos: á Abraham (4), á Samuel (5), á José (6); *dormían y estaba su corazón velando* (7); ¿hablaba Dios? Ya estaban ellos haciendo lo que les había mandado. En ellos pensaba San Bernardo cuando decía: «El fiel obediente no entiende de aplazamientos, ni deja nada para mañana; se anticipa al mandato, está siempre alerta, y tiene prontos siempre á cumplir la voluntad del que le gobierna, ojos, oídos, lengua, manos, pies, su sér todo entero» (8). Para ello sirvanos de estímulo el hecho heroico que leemos en el libro primero de los Paralipómenos (9). Dícese allí que el rey David, después de la ruda batalla que acababa de dar contra los filisteos, sintiéndose

(1) Ravignan, Instit. de los jesuitas.

(2) Isai., VI, 8.

(3) Regla, cap. V.—Mons. Gay, Obediencia.

(4) Génes., XXII, 1-3.—Hebræ., XI, 17.

(5) I. Reg., III, 4.

(6) Matth., II, 21.—Luc., II, 4-5.

(7) Cant., V, 2.

(8) Diálogo., 165.—Mons. Gay, lug. cit.

(9) I. Paral., XI, 17-18.

dose fatigado y sediento, dijo: *¡Oh, quién me diera un vaso de agua de la cisterna de Belén!*... Apenas oyeron ésto tres de los capitanes más valientes de su ejército, pasaron por medio de las tropas enemigas dando cuchilladas á diestro y siniestro, y sacando agua de la cisterna, la llevaron á David para que bebiese. ¡Admirable ejemplo de obediencia amorosa, que no espera el mandato expreso del superior, sino que le basta que éste manifieste un deseo para cumplirlo, aun á costa de la vida! Á nosotros no se nos exige tanto; no servimos á ningún rey de la tierra, sino al Rey de los cielos, el cual no nos pide la muerte del cuerpo, sino la de la voluntad, la del propio juicio, á fin de que nuestra obediencia sea «ciega» con ceguedad «física é intelectual» y amorosa ó «pronta», y por lo mismo, meritoria de vida eterna.

En resumen: el obediente nada tiene que hacer, sino dejarse llevar como un niño y *dormir en paz*, según dice el Profeta (1). ¡Oh dulce paz! ¡Oh bendita libertad de los hijos de Dios (2) que van, como Abraham, sin saber á dónde! (3). ¡Oh pobreza de espíritu, que nos despoja de nuestra propia prudencia, enemiga de Dios (4), para librarnos de la tiránica servidumbre de nuestros propios deseos! ¡Desventurado, dice el Espíritu Santo, *el que no pisa más que sus propios caminos y se alimenta con el fruto de sus perversos juicios!* (5). ¿Decís que el superior puede errar? Sí, h. mías; el superior puede errar y aun pecar en lo que nos mande; pero nosotros con obedecerle—cuando el mandato no es absurdo ó injusto—no pecamos. No haya temor de que su Divina Majestad nos diga: «En tal ocasión obraste con imprudencia; en cual otra dejaste de hacer cosa que era necesaria.»—Señor, podemos responder á nuestro Juez: «En lo que hice y en lo

(1) Psal. IV, 9.—Prov., I, 33.

(2) Galat., IV, 31.—Rom., VIII, 21.

(3) Génes., XII, 1.—Act., VII, 3.

(4) I. Corinth., I, 9.

(5) Prov., I, 31.

»que dejé de hacer, obré por obediencia.» Esto nos basta. ¡Qué océano éste de paz tan profundo, tan inmenso, tan inalterable! Un piloto sagrado gobierna la nave de mi alma, y él responde de mi virtud, de mi perseverancia, de mi salvación eterna, á condición de sujetarme yo á su experta guía; y sólo con hacer esto, sólo con obedecer, de ninguna otra cosa tengo que curarme, ni afanarme, ni inquietarme por nada; toda mi tarea se reduce á sacrificarme, á conversar con mi Dios, á esperar tranquilamente el arribo al puerto de mi patria celestial (1). Y ahora es muy justo exclamar con San Bernardo: «¡Quién me diera cien superiores en vez de uno, á quien obedecer hasta la muerte!»...

Concluyamos con unas palabras de Santa Teresa: «Por experiencia he visto el gran bien que es para un alma no salir de la obediencia. Obedeciendo se adelanta en la virtud y sobre todo en la humildad. Más me atrevo á decir: que obedeciendo, estamos seguros de no errar el camino del cielo. En la obediencia se halla la paz, que tan preciada es de las almas que desean contentar á Dios, y cierto que si rinden su entendimiento á la obediencia, el demonio no las molestará jamás con inquietudes, porque sabe que antes sale con pérdida que con ganancia» (2).

Después de estas palabras de la santa, sólo resta que nos pongamos en las manos de Dios, como dice el Profeta (3), suplicándole nos conceda su gracia y su amor para obedecer como Él hasta la muerte (4), y después de ella, entrar en la celestial Jerusalén, para gozar de los dulcísimos abrazos del Esposo, Cristo Jesús, por toda la eternidad.

(1) Mons. Gay. De la obediencia.  
(2) Fundac., prólog., núm. 1.

(3) Psal. LIV, 23.—Eccli., X, 5.—  
Matth., VI, 25.—I. Petr., V, 7.  
(4) Philipp., II, 8.

OBSERVANCIA DE LAS REGLAS

JUANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

»que dejé de hacer, obré por obediencia.» Esto nos basta. ¡Qué océano éste de paz tan profundo, tan inmenso, tan inalterable! Un piloto sagrado gobierna la nave de mi alma, y él responde de mi virtud, de mi perseverancia, de mi salvación eterna, á condición de sujetarme yo á su experta guía; y sólo con hacer esto, sólo con obedecer, de ninguna otra cosa tengo que curarme, ni afanarme, ni inquietarme por nada; toda mi tarea se reduce á sacrificarme, á conversar con mi Dios, á esperar tranquilamente el arribo al puerto de mi patria celestial (1). Y ahora es muy justo exclamar con San Bernardo: «¡Quién me diera cien superiores en vez de uno, á quien obedecer hasta la muerte!»...

Concluyamos con unas palabras de Santa Teresa: «Por experiencia he visto el gran bien que es para un alma no salir de la obediencia. Obedeciendo se adelanta en la virtud y sobre todo en la humildad. Más me atrevo á decir: que obedeciendo, estamos seguros de no errar el camino del cielo. En la obediencia se halla la paz, que tan preciada es de las almas que desean contentar á Dios, y cierto que si rinden su entendimiento á la obediencia, el demonio no las molestará jamás con inquietudes, porque sabe que antes sale con pérdida que con ganancia» (2).

Después de estas palabras de la santa, sólo resta que nos pongamos en las manos de Dios, como dice el Profeta (3), suplicándole nos conceda su gracia y su amor para obedecer como Él hasta la muerte (4), y después de ella, entrar en la celestial Jerusalén, para gozar de los dulcísimos abrazos del Esposo, Cristo Jesús, por toda la eternidad.

(1) Mons. Gay. De la obediencia.  
(2) Fundac., prólog., núm. 1.

(3) Psal. LIV, 23.—Eccli., X, 5.—  
Matth., VI, 25.—I. Petr., V, 7.  
(4) Philipp., II, 8.

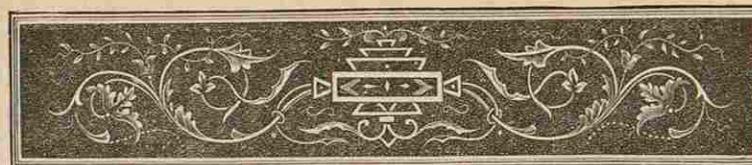
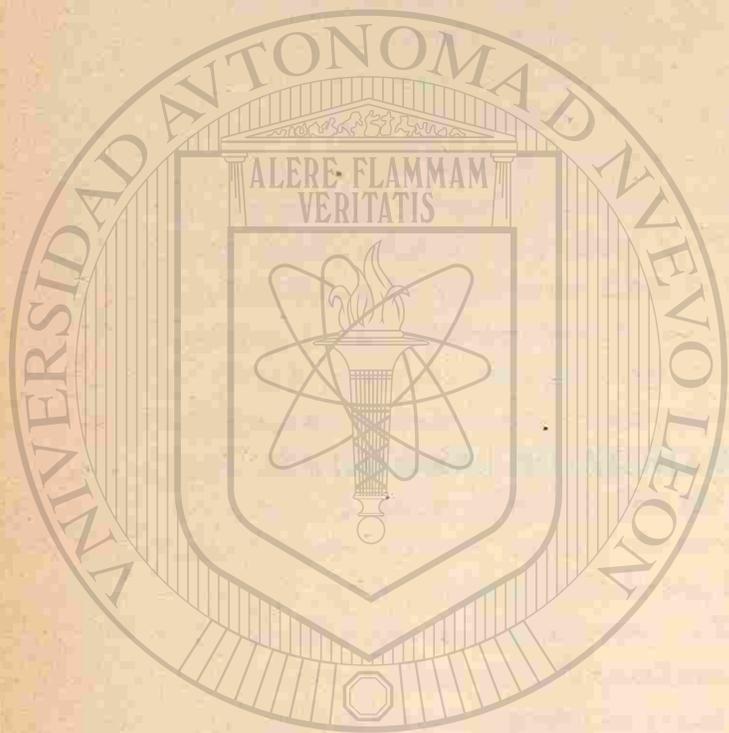
OBSERVANCIA DE LAS REGLAS

JUANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



## OBSERVANCIA DE LAS REGLAS



Hay que pensar seriamente, herm. más, en el aprovechamiento y perfección de nuestras almas; es este un deber ineludible, constante é imperioso; deber supremo, calificado por Nuestro Señor Jesucristo de *único necesario* (1); es una obligación exclusivamente personal, y á ella está vinculada nada menos que nuestra salvación ó condenación eterna. Hay que pensar en ello seriamente, repito; pues, como dice el Apóstol, *pasa la figura de este mundo* (2) y con él la vida que hemos recibido de Dios (3) para consagrarla entera á su amor y servicio (4). Dejemos á los desventurados hijos del siglo (5) que corran desalados tras los honores, riquezas, placeres y mentida felicidad (6), bienes aparentes con que el mundo los seduce; el honor, la riqueza y felicidad de la esposa de Cristo, consiste en procurar con

(1) Luc., X, 42.

(2) I. Corinth., VII, 41.

(3) Génes., II, 7; Job, XXXIII, 4; Psal. XCIX, 3.

(4) Ecclesiast., XII, 13; Matth., IV, 10; Luc., IV, 8.

(5) Luc., XX, 34.

(6) I. Joann., II, 16; Ecclesiast., II, 1.

tenaz empeño ser buena religiosa, y lo será indefectiblemente si observa con puntualidad las Reglas y Constituciones de su Instituto, como lo ha prometido con juramento al pie del altar santo; pues, según dice San Francisco de Sales, y lo repite San Ligorio (1), «la predestinación de la religiosa está supeditada á la puntual observancia de su Regla». A esto únicamente debe aspirar, en esto debe ocuparse, éste debe ser el blanco de todos sus pensamientos, palabras, obras y deseos y la materia de sus exámenes, penitencias, oraciones y propósitos; y todo lo que no tienda á facilitarla el cumplimiento de este único deber; todo lo que, directa ó indirectamente, se oponga ó no conduzca ó menoscabe la estricta observancia de las santas Reglas, por excelente y recomendable que la parezca, téngalo por malo y mírelo con horror y huya de ello, como se huye instintivamente de un grave peligro que amenaza; porque grave peligro y lamentable desgracia amenaza á una Comunidad religiosa, desde que logra introducirse en ella la más pequeña relajación en la observancia regular, pues enfría insensiblemente el fervor y la devoción, desaloja del corazón la *paz de Dios*, que alienta y sostiene al alma en las dificultades de la virtud, y abre ancho camino al desorden, á la disipación y á la ruina.

Sí, herm. mías; *la paz de Dios, que sobrepuja á todo entendimiento*, en sentir del Apóstol (2), debe ser la prenda más estimada y *la mayor gloria* de la religiosa (3), y esta paz es patrimonio exclusivo, dice el Profeta, de *los que guardan la Ley divina* (4), y para la religiosa la Ley y voluntad de Dios están contenidas y minuciosamente explicadas en las Reglas y Constituciones de su Instituto. Así lo aseguraba San Pablo á los fieles de Galacia, diciéndoles: *Si sois fieles en la obser-*

(1) Entreten. XX; Monja santa, cap. 7.  
(2) Philipp., IV, 7.

(3) II. Corinth., I, 12.  
(4) Psal. CXVIII, 165; Prov. III, 2.

*vancia de la regla* que yo profeso—y que está reducida á ser fervorosos cristianos,—*gozaréis de paz inalterable* (1).

Pues bien; tomando pie de esta sentencia del Apóstol, voy á demostraros que, «atendida la soberana excelencia que atesoran las Reglas de vuestro Instituto, debéis desplegar todo vuestro celo en su observancia, si deseáis que la paz de Dios reine en vuestros corazones.»

*Su excelencia.* Para apreciar debidamente la excelencia de las Reglas y Estatutos por los cuales se rigen y gobiernan las Comunidades religiosas, debemos comenzar por inquirir su origen y procedencia, y al efecto, puede servirnos de base el siguiente principio: La razón natural, *destello de la luz increada* (2), dicta y enseña, como prueba el Doctor Angélico (3), que toda sociedad tiene necesidad de leyes por las cuales se gobierne y dirija á los hombres á la práctica de la virtud, y los aparte del vicio, y los conserve en paz, unión y prosperidad. Y pues la sociedad civil y la eclesiástica se gobiernan por leyes adecuadas á su propio fin, razón es que se gobierne también por ellas la sociedad religiosa, que profesa especial perfección y tiende y procura la unión moral de sus individuos, por la vida común en ella establecida (4).

Ahora bien; regla primera y universal de todos nuestros actos es Dios Nuestro Señor (5); y así como *no hay potestad que de Dios no proceda*, en sentir de San Pablo (6), tampoco hay ley, regla ó constitución, propiamente dichas, que no procedan en su origen de este divino principio (7). De suerte

(1) Galat., VI, 16.  
(2) Psal. IV, 7.  
(3) I. 2, q. 95, art. 1.  
(4) La Puente. Est. relig., trat. 3, cap. 7.

(5) Joann., VIII, 25.  
(6) Rom., XIII, 1; Prov., VIII, 16; Dan., VII, 14; Zach., IX, 10; Matth., XXVIII, 18.  
(7) Joann., VIII, 25; Apocal., I, 8.

ventura habréis creído—mera producción del humano ingenio, sino vivo reflejo de aquella *luz verdadera que alumbra á todo hombre que viene á este mundo* (1); y esa luz increada alumbró el entendimiento de santos varones suscitados por Dios para que interviniesen como instrumentos en la realización de sus amorosos designios, y los movió á escribir los Estatutos y Reglas para el gobierno y santificación de las Ordenes religiosas de que eran fundadores, como lo hicieron San Basilio, San Agustín, San Benito, San Francisco y otros patriarcas (2). Y el Sumo Pontífice, que ha recibido de Dios infalible autoridad para aprobar las Religiones y sus leyes y estatutos, y no puede errar, como dice Santo Tomás (3), en lo substancial de ellas, después de examinadas las cosas esenciales que contienen, asistido por el Espíritu Santo *que enseña toda verdad* (4), las aprueba y bendice en nombre de la Iglesia, á mayor gloria de Dios y santificación de las almas. No son, pues, obra de hombre, sino de Dios, vuestras Reglas y Estatutos, y los fundadores que las escribieron sólo merecen el título de *cooperadores* (5) y fieles intérpretes de los designios divinos; y con decir que son obra de Dios, huelga todo encarecimiento.

Además, como obra de la Sabiduría increada, en ellas palpita la voluntad divina, dice el Doctor Angélico (6), y esta es otra excelencia imponderable que avalora el libro de oro de vuestras Reglas. *Voluntad* que San Pablo llama *de beneplácito y perfección* (7), por la cual Dios os santifica mostrándoos el camino que debéis seguir, y preservándoos de los extravíos é ilusiones á que viviríais expuestas, si estibarais en vuestras propias luces. Voluntad santísima que, cual

(1) Joann., I, 9; I. Joann., I, 5.  
 (2) La Puente, lug. cit.  
 (3) Contr. impug. relig., cap. 4.  
 (4) Joann., XVI, 13; Matth., XVI, 18; Matth., XXVIII, 20.

(5) III. Joann., 8; I. Corinth., III, 9.  
 (6) 2. 2, q. 188, art. 6.  
 (7) Rom., XI, 12.

*tesoro escondido* (1), no ha mostrado Dios á los sabios y prudentes del siglo (2), sino especialmente á vosotras, y por ello debéis estimarla como una gracia de elección. Voluntad amorosísima que constituye el camino y la *senda estrecha* de la perfección, *por la cual debéis andar*, como dice Isaías (3), *sin torcer á la derecha ni á la izquierda*, porque en el cumplimiento de esta soberana voluntad *está nuestra vida*, en frase del Profeta (4), y en ella estriba nuestra santidad y reposo temporal y eterno. Así lo sentía aquel profeta que dijo: *Bienaventurados somos, porque sabemos las cosas que agradan á Dios* (5). *Merced es ésta*, nota el real Profeta, *que no hizo Dios á las demás naciones del mundo, pues no las manifestó sus preceptos y consejos* (6). Con mucha más razón pueden decir los religiosos que son bienaventurados, porque saben distintamente, por el Evangelio y por sus Reglas, las cosas que agradan á Dios para darle gusto en cumplirlas (7).

*Su observancia.* Gran sabiduría es, h. mías, la que proporciona al alma el conocimiento de la soberana voluntad de Dios; no la hay en el mundo más alta ni más provechosa. Pero este conocimiento de la divina voluntad no ha de ser puramente especulativo, como le tienen los pecadores por la luz de la fe y de la razón natural, porque el saberla y no cumplirla equivale á despreciarla, sino que ha de ser práctico y operativo de las cosas que se conocen, cumpliendo la voluntad de Dios en todo lugar y tiempo. Así lo dijo el Salvador á sus doce Apóstoles: *Si sabéis estas cosas, seréis bienaventurados si las hicieris* (8); esto es, no seréis bienaventurados por saberlas, sino por observarlas, porque *aquéllos son bienaventurados que oyen la palabra de Dios y la guardan* (9).

(1) Matth., XIII, 44.  
 (2) Matth., XI, 25.  
 (3) Isai., XXX, 21; Matth., VII, 14.  
 (4) Psal. XXIX, 6.

(5) Baruch, IV, 4; Deuter., IV, 8.  
 (6) Psal. CXLVII, 20.  
 (7) La Puente, lug. cit.  
 (8) Joann., XIII, 17.  
 (9) Luc., II, 28.

Y por eso, como nota San Agustín, añadió luego Jesucristo: *No digo esto de todos vosotros, porque yo sé los que he escogido* (1); esto es, entre vosotros hay un falso discípulo que ha oído mis preceptos y consejos, y los sabe; pero no es bienaventurado, porque no los ama, ni estima, ni quiere ponerlos por obra. Entended, pues, h. mías, que aunque sois muy dichosas en conocer la voluntad de Dios con tanta perfección como está en las Reglas que profesáis, no seréis bienaventuradas por saberlas, si no obráis conforme á ellas, si no procedéis dignamente según Dios, como nota San Pablo, *agradándole en todas las cosas y aprovechando en todo linaje de buenas obras* (2).

Tal es vuestro deber; pues, como enseñan todos los teólogos con Santo Tomás (3), desde el momento en que profesa el religioso en una Orden, Congregación ó Instituto aprobado por la Iglesia, contrae la obligación grave de aspirar constantemente á la perfección mediante la rigurosa observancia de los votos y Reglas ó Constituciones de su Orden, en las cuales Dios ha puesto su espíritu, su palabra, su soberana voluntad, cuya práctica debe ser el principal alimento del alma religiosa, el norte á que ha de dirigir todos sus pasos y el único medio para adquirir y conservar en su corazón la *abundancia de paz* que Dios ha prometido á los que la cumplan (4). En consecuencia, lo primero que debe hacer la religiosa para lograr esta paz, es *negarse totalmente á sí misma* (5) y vivir, cuanto fuere posible, en continua y perpetua mortificación. Porque todos los deberes que impone la vida regular y todos los sacrificios que exige, están reducidos á obedecer con rendimiento de voluntad y de juicio, y esta obediencia ha de ejercitarse principalmente en

(1) Joann., XIII, 18.

(2) Coloss., I, 10; La Puente, trat. 7, cap. 1.

(3) 2. 2. q. 184, art. 5.

(4) Psal. CXXI, 6-7.

(5) Matth., XVI, 24; Luc., IX, 23.

la guarda de las Reglas, no faltando á ellas ni en un ápice. *Diéronse un ósculo la justicia y la paz*, dice el real Profeta (1), porque son hermanas tan inseparables, que la paz es fruto y á la vez recompensa de la justicia; y si deseamos que esta paz reine como soberana en nuestro corazón, forzosamente ha de precederla y abrirla camino la justicia. Por eso afirma Isaías, que *no puede haber paz para los impíos* (2), porque *el buen camino*, dice el Espíritu Santo, *consiste en practicar las obras de justicia* (3), y *los impíos*, en sentir del Apóstol, *nunca conocieron el sendero de la paz* (4), porque aborrecieron y hollaron siempre la justicia.

En primer lugar, dice el Doctor Angélico (5), que en las Reglas ó Constituciones religiosas hay unas cosas de precepto, como son las que pertenecen á los votos, ó cuando la regla expresamente pretende obligar á culpa, ó bien cuando el Superior manda alguna cosa en virtud de santa obediencia; y la transgresión en cualquiera de estos casos será pecado, más ó menos grave, según la materia del precepto. Fuera de esto hay otras muchas cosas en las Reglas que no son de precepto ni obligan á culpa, pues se reducen á simples documentos que ayudan á alcanzar la alteza de la perfección que se profesa (6). Pues bien; la religiosa, como hemos dicho, está gravemente obligada á aspirar á la perfección propia del espíritu de la Religión á que pertenece, porque cada Instituto ó Congregación tiene el suyo. Y ¿dónde hallará el carácter peculiar de santidad que corresponde á su vocación? Lo hallará en sus Reglas y Constituciones; en ellas tiene marcado el espíritu de la sociedad religiosa en que ha profesado, su fin especial y los medios adecuados para lograrlo. Y como no puede prescindirse de los medios,

(1) Psal. LXXXIV, 11.

(2) Isaf., XLVIII, 22; Isaf., LVII, 21.

(3) Prov., XVI, 5.

(4) Rom., III, 17; Psal., XIII, 3; Isaf., LIX, 8.

(5) 2. 2. q. 189, art. 9.

(6) La Puente, trat. 6, cap. 14.

si se quiere obtener un fin, tampoco puede la religiosa prescindir lícitamente de la observancia de sus Reglas, sin exponerse á no lograr jamás el grado de perfección á que Dios la llama. Gran lástima inspiraría la religiosa que, cediendo á las exigencias malsanas de este *cuerpo corruptible* (1), intentara sacudir el *suave yugo* (2) de la observancia regular, para vivir á su capricho y según el beneplácito de su voluntad; porque huyendo de la contradicción y de la lucha, de la cual nadie logra sustraerse (3), vendría á ser el blanco de otra lucha y contradicción más insoportable, y *ella misma se hundiría*, dice el real Profeta, *en la hoya que había preparado* (4).

Y en realidad, ¿quién podrá calificar el proceder de una religiosa que, esquivando el cumplimiento de la Ley divina marcada en sus Reglas, se arroja en brazos de su propia voluntad, el más caprichoso y cruel de los tiranos, en sentir de San Buenaventura? (5). Ciertamente por su estado vive separada del siglo, pero en algún modo le pertenece, porque tiene su espíritu, que es vivir con libertad y sin regla. Está en la Religión, pues en ella ha profesado; pero es miembro inútil de la misma, porque no vive animada de su espíritu, que lo es de sumisión y de obediencia. Y viviendo en contradicción consigo misma, ¿cómo es posible que halle su corazón la paz que busca con afán, porque la necesita y de ella vive, pues de ella se alimenta?... Por lo mismo, forzosamente ha de vivir triste y acongojada. Y «el corazón humano—dice Santo Tomás (6)—no puede soportar mucho tiempo la »tristeza si no va acompañada de alguna delectación ó consuelo que la alivie; y si no halla paz y descanso en los »goces del espíritu, se entregará sin freno á los de la materia.» Pero esto es imposible á la religiosa, obligada á vivir

(1) Sapient., IX, 15; Rom., VII, 24;  
 (2) Matth., XI, 30; I. Joann., V, 3.  
 (3) Job, VII, 1; Job, XIV, 1; Galat., V, 17.

(4) Psal. VII, 16.  
 (5) Specul. discip., cap. 4.  
 (6) 2. 2, q. 35, art. 4, ad. 2.

en comunidad, y por ello es mucho más lamentable su situación que la de los que viven en el siglo, porque no tiene libertad, ni ocasiones, ni medios para fomentar sus pasiones y apetitos, y ella misma se priva de los goces y bienes imponderables que la ofrece y prodiga el estado religioso. De suerte, que ni participa de las alegrías aparentes del siglo, porque no puede, ni goza de los sólidos consuelos de la Religión, porque no quiere (1). ¿Puedese concebir situación más angustiosa ni tormento más cruel?...

Yo quisiera averiguar, h. más, si este modo de vivir tan inexplicable en la Religión, que es *casa de Dios* (2) y *mansión de paz* (3), tiene algún ejemplar en el mundo, para calificarlo como merece, porque no hallo frase que lo exprese adecuadamente. Hablando con la debida proporción, y sin ánimo de ofenderos, atrévome á decir, que sólo en el infierno, en aquel lugar de *eterno suplicio* (4), hallo ejemplares que expresen de algún modo el lamentable estado de la religiosa inobservante; pues así como los réprobos aborrecen lo que debieran amar, que es el sumo Bien, y desean con ardor anhelante lo que nunca han de lograr, que es el verse libres ó aliviados de sus penas—testigo el rico Epulón (5)—así también la religiosa inobservante aborrece lo que debiera amar, que es la guarda de las Reglas, y desea lo que la está prohibido, que es cumplir en todo su voluntad. Ella quisiera vivir á su antojo, ocuparse en lo que la agrada, trabar amistad con las que merecen sus simpatías, omitir lo que la repugna y hacer su voluntad en todo tiempo, y nada de esto se la permite. No quiere obedecer, ni mortificarse, ni hacerse violencia, ni privarse de lo que la gusta, y precisamente todo esto se la manda practicar y así lo ha prometido el día de su

(1) Bourdaloue. Plát. á relig.  
 (2) Génes., XXVIII, 17; Psal. LXXXIII, 5.

(3) Psal. LXXV, 3.  
 (4) Matth., XXV, 46; Dan., XII, 2.  
 (5) Luc., XVI, 24.

profesión. «¿Hay, por ventura—dice San Bernardo (1),—  
»cosa más violenta, que una voluntad rebelde, aprisionada  
»con las cadenas de la necesidad y del deber? ¿No es ésta  
»una viva imagen del infierno?» Y San Agustín exclama:  
»Sabiamente habéis dispuesto, ¡oh Dios mío!, que todo espí-  
»ritu que rehusa sujetarse á la regla, halle en sí mismo su  
»pena y su castigo» (2).

*Excusas.* Las religiosas en este caso aludidas, y en general las que tienen la desgracia de vivir en la tibieza, para cohonestar sus faltas en este punto, suelen acogerse á la opinión, común entre los teólogos, de que las Reglas no obligan á pecado. Es cierto que la infracción de una Regla, si no está relacionada con alguno de los votos, no envuelve pecado alguno, como hemos dicho, aunque en realidad apenas puede tener buen fin la religiosa en quebrantarla. Mas «si la infringe por desprecio, negligencia ó placer—dice el Doctor Angélico (3),—no puede eximirse de culpa, porque en este caso la quebranta por antojo, sin razón y por su gusto sensual.» Supongamos que la Regla que se quebranta no está revestida de ninguna de las circunstancias mencionadas y, en consecuencia, que no obliga á culpa. Decídmelo: ¿es justo, es equitativo, es siquiera racional que, por no obligar las Reglas á pecado, se las mire con desprecio, hasta el punto de quebrantarlas sin remordimiento y á sangre fría?... Y este modo de proceder, ¿es digno de una religiosa que se llama á boca llena esposa de Jesucristo?... Es decir, que para obligar á las religiosas á cumplir las sagradas promesas que espontáneamente hicieron al pie del altar, la Majestad de Dios necesita apelar á la amenaza del castigo, como si se tratara de hijos rebeldes ó de miserables y abyectos esclavos?...

¡Que la observancia de las Reglas no obliga á pecado!

(1) Serm. 3, de Resurrect; S. Leo, P., Serm., 5, Epiph.; Prov., XIII, 12.

(2) Conf., lib. 8.

(3) 2. 2, q. 186, art. 9, ad 1.

¡Que se trata de cosas livianas y de poca importancia, y que no estriba en eso la perfección ni el aprovechamiento!... Avergonzado huiría yo de su presencia, si llegara á escuchar estas palabras de los labios de una religiosa, porque no es suyo este lenguaje, sino *del demonio vuestro adversario*, que, como dice San Pedro (1), *ruge en derredor de vosotras* para arrancaros del alma, si pudiera, la vocación religiosa, y á ello conducen paulatinamente estas faltas de observancia. No le escuchéis nunca, h. mías, porque es *padre de la mentira y el primer homicida* del mundo (2). Escuchad más bien al Espíritu Santo, que es *Espíritu de verdad* (3), *y seréis bienaventuradas si guardareis sus consejos* (4). Sentencia es de este divino Espíritu, que *el que menosprecia las cosas pequeñas, poco á poco vendrá á caer en las grandes* (5), *y el que es fiel en lo poco, también lo será en lo mucho* (6). Esto había de bastar para hacernos más diligentes y cuidadosos en la observancia de las Reglas, y para que no osáramos faltar en ellas por parecernos pequeñas y de poca importancia.

Y no debéis extrañar el rigorismo con que tratan los autores esta materia, porque la infracción de una Regla puede no ser culpa en sí misma, y serlo por las circunstancias que en ella concurren, como ya queda indicado. Y así, por ejemplo, convengo en que no sea pecado hablar y entretenerse y pasar el tiempo en hora y sitio en que la Regla prescribe el silencio; pero el escándalo que esto causa en las demás, es pecado; el desprecio de la Regla que este acto envuelve, es pecado; la inmortificación, la disipación, la ociosidad, quizá el espíritu de murmuración y cuantas miserables pasiones os impulsan á hablar á destiempo, son también pecados. Y ¿no es fácil, y no es frecuente que estas ó seme-

(1) I. Petr., V, 8.

(2) Joann., VIII, 44.

(3) Joann., XIV, 17.

(4) Luc., XI, 28; Prov., VIII, 32.

(5) Eccli., XIX, 1.

(6) Luc., XVI, 10.

jantes circunstancias concurran á agravar la violación de una pequeña Regla? (1). Luego no saben lo que dicen las religiosas que, para encubrir su inmortificación y su tibieza, se escudan alegando que estas pequeñas faltas de Regla no son pecado. Escuchad lo que á este propósito se atreve á escribir San Bernardo: «Nadie diga en su corazón: Cosas ligeras »son éstas, no tengo que cuidar de corregirlas, no es cosa »grande que perseverar con estas faltas mínimas; porque »decir esto es impenitencia, decir esto es blasfemia contra »el Espíritu Santo» (2). «De causas mínimas—dice San »Efrén—(3), se engendran las pasiones, y si no se destierran »luego del corazón, brotan en un infinito desprecio de las »cosas divinas y de la propia salvación.» Y San Juan Crisóstomo añade: «Cuando sintieres alguna ligera perturbación en »tu alma, no la desprecies por ser ligera, sino considera »cuántos males puede engendrar» (4).

Sirvan estas reflexiones—que nunca debéis olvidar—para resolveros con la divina gracia á ser muy puntuales en la observancia de las Reglas y Constituciones de vuestra Religión, pues son obra de Dios y la expresión clara y genuina de su soberana voluntad, y por lo mismo, el único medio para adquirir la paz del corazón que Dios ha prometido á los que la cumplan. «Pensad á menudo, hijas mías—decía á sus »monjas Santa Teresa,—lo muy mucho que nos va en guardar nuestras Constituciones, para tener la paz que tanto nos »encomendó el Señor, interior y exteriormente» (5). Pensad á menudo que este libro de las Reglas se ha de abrir en el día del juicio, cuando *se abran los libros de las conciencias para juzgar á los muertos según sus obras* (6). Y si el libro de vuestras conciencias estuviere conforme con el libro de vues-

(1) Bourdaloue. Plát. á relig.  
(2) Serm. in Conver. S. Pauli.  
(3) In serm. Ascens.

(4) In Psal. VI.  
(5) Camin. perf., cap. 4, n. 3.  
(6) Apocal., XX, 12; Dan., VII, 10.

tras Reglas, seréis honradas de Dios delante de los ángeles y de todos los hombres, y recibiréis el galardón de vuestras virtudes; y por el contrario, seréis gravemente castigadas, si la conciencia ha contradicho la Regla, no haciendo de ella el debido aprecio (1).

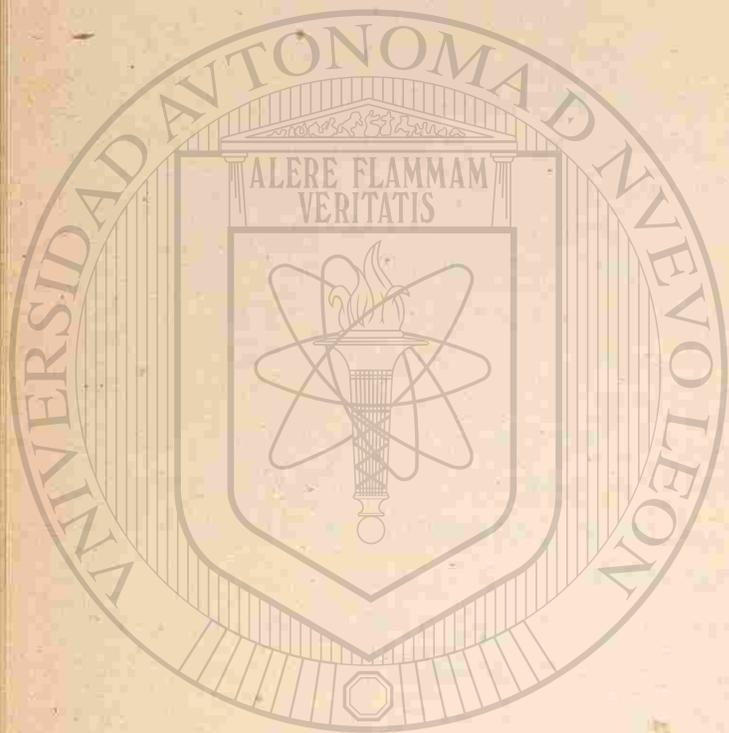
Hermanas mías: por Dios y por vuestras almas aficionaos al libro de oro de vuestras Reglas, porque *es un tesoro, y en él debéis poner todo el amor de vuestro corazón* (2). Leedlo con frecuencia, midiendo con él todas vuestras acciones en todo lugar y tiempo, en casa y fuera de ella, en la cama y en la celda, comiendo y trabajando, durmiendo y velando, tratando con Dios y hablando ó negociando con el prójimo (3), porque él será el maestro que os instruya, el fiel amigo que os consuele, el padre que os corrija, el consultor que disipe vuestras dudas, el experto guía que os libre de peligros, el faro que os alumbre en las intrincadas sendas del espíritu y el camino estrecho (4) que os conduzca con seguridad á las eternas moradas de la gloria.

(1) La Puente, trat. 7, cap. 1.

(2) Matth., VI, 21; Luc., XII, 34.

(3) Deut., VI, 6.

(4) Matth., VII, 14.



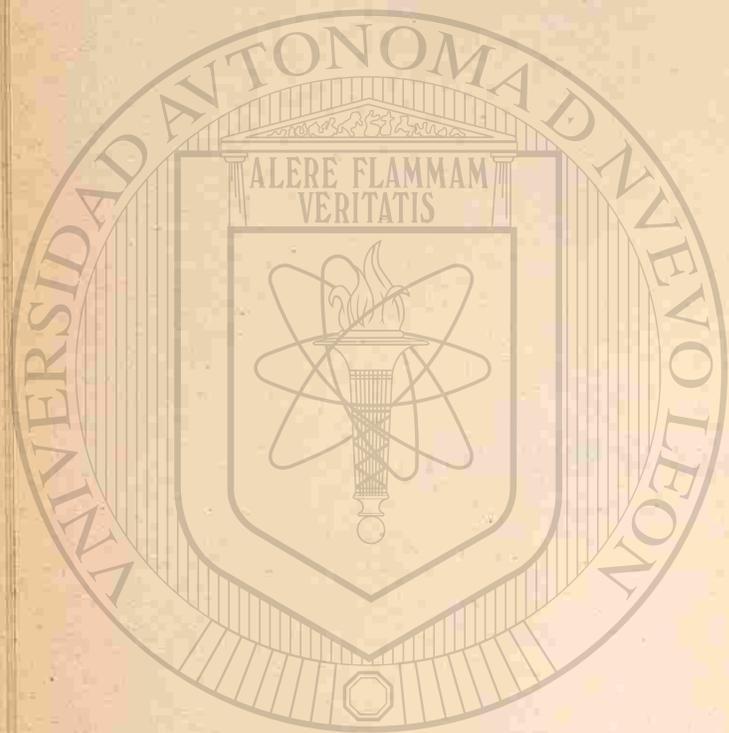
PASIÓN DOMINANTE  
UANL

---

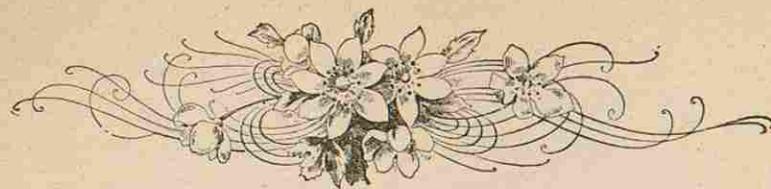
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## PASIÓN DOMINANTE

**A**UNQUE siempre escucháis la divina palabra con edificante docilidad y recogimiento, y aun con la insaciable hambre espiritual que caracteriza á los hijos de Dios (1), porque en realidad la palabra divina es verdadero alimento para el alma que desea progresar en los caminos del espíritu (2); no obstante, hoy me atrevo á llamar toda vuestra religiosa atención y á suplicaros muy encarecidamente con el Espíritu Santo (3), que *no dejéis pasar inadvertida ni una pequeña parte del don* que misericordiosamente os proporciona hoy Dios por mi ministerio, porque voy á hablaros de un asunto de suma transcendencia para vuestras almas; voy á hablaros de la pasión dominante, que constituye uno de los obstáculos secretos que más estorban nuestro aprovechamiento espiritual.

Esta malhadada pasión ejerce su imperio en el corazón

(1) Joann., VIII, 47.

(2) Sapient., XVI, 26.—Matth., IV, 4.

—Psal. CXVIII, 103.—I. Joann., II, 5.

(3) Eccli., XIV, 14.

de todos los mortales; de todos, sí, no vacilo en asegurarlo, pues aunque muchas veces no se muestra al exterior, porque de suyo esta pasión busca escondrijos, como *sierpe oculta en la hierba* (1), no por ello deja de existir. Con nosotros mora, en el fondo del alma está, y si allí se la deja en paz, si no se la persigue y fustiga con tenaz empeño, hasta lograr amortiguarla y rendirla y someterla en absoluto al imperio de la razón y de la fe, ella será la clave para explicar todas las flaquezas de nuestra vida, ella la causa de todas nuestras contradicciones, la raíz de nuestras miserias y el germen de casi todos nuestros pecados (2). Repito que de todos los obstáculos á nuestro aprovechamiento espiritual, la pasión dominante es el más común, el más insidioso, y por consiguiente, el más temible. Ved, pues, si cabe tratar asunto que más nos importe.

Veamos si podemos descubrir la «malicia» que esta pasión entraña, y los «medios» para conocerla y aniquilarla.

«Para andar bien un camino, dice el P. Nieremberg (3), »no basta llevar buenos pies; es necesario también que no »haya atolladeros, ni barrancos, ni ladrones que al pasar de »tengan, y en el camino espiritual hay muchos tropiezos de »esta índole (4); y así, lo que ha de procurar quien de veras »aspira á ser santo, no ha de ser sólo evitar pecados, sino »también quitar estorbos á la santidad.» Cierto es que vosotras profesáis pobreza voluntaria, castidad y obediencia; pero éstos son medios generales para quitar impedimentos á la vida perfecta, y no bastan, porque quedan otros obstáculos escondidos en el corazón, aun después que el alma ha

(1) Ecclesiast., X, 11.

(2) P. Faber. Pasión dominante.

(3) Vida divina, cap. 9.

(4) S. Greg., Homil. 2, in Evang. —Psal. XXXIII, 20.

renunciado el mundo y consagrado á su Criador; y en esto singularmente han de distinguirse los religiosos de los seglares: que no sólo han de tratar de evitar culpas, sino también de quitar impedimentos á la perfección; y el mayor y más temible de los obstáculos á nuestro aprovechamiento, es, no lo dudéis, nuestra pasión dominante.

*Definición.*—Comúnmente hay en cada uno de nosotros una inclinación más conforme á nuestra organización personal; una pasión que constituye como el fondo de nuestro carácter, la cual nos lleva tras sí y parece como que se enseñorea de nosotros y nos induce á hacer lo que no querríamos, y así, suelen decir algunos: «Si yo no tuviese esto, páreceme que no habría cosa que me diera pena.» Tal es el carácter general de la pasión dominante.

*Malicia que entraña.* 1. Y para que forméis cabal juicio de la malicia que esta pasión entraña, sabed que ella es la rémora más poderosa para atajar nuestro progreso en el camino de la virtud; ella logra frustrar con satánica astucia nuestros planes más excelentes, nuestros propósitos más firmes concebidos en la oración, bajo el influjo de la divina gracia, y es tan funesta y decisiva la influencia que ejerce en algunas almas en el tiempo de la tentación y de la lucha, que con sofismas y arterias halagadoras llega á rendirlas á su despótico dominio, dejándolas al borde del abismo, sin fuerzas para proseguir el camino de la virtud, al cual muchas renuncian de buen grado. Si no, decidme: ¿cómo se explica que siendo tantas las personas que profesan la piedad, sean tan pocas las verdaderamente piadosas? Y lo que es más lamentable, ¿por qué muchos, después de haber practicado largos años la virtud, la abandonan completamente con una sangre fría que hace estremecer? ¿Quién explica esto? ¿Qué obstáculos, qué dificultades hay en el camino del cielo, que así hacen retroceder á tantas almas tan resueltas, tan animo-

sas en un principio, tan desprendidas del mundo y tan deseosas de imitar á Jesucristo? ¿Cuál es la causa que produce tan funestos resultados?... Ya lo hemos dicho: la causa principal de este lamentable proceder es la pasión dominante, gangrena de la vida espiritual, manantial de todos los vicios y muerte de todas las virtudes.

2. Con razón se llama dominante esta pasión, porque domina realmente al alma y la sujeta á todos sus caprichos, sin tener en cuenta los principios de la razón y de la fe. Es un rey despótico, sentado en nuestro corazón como en trono usurpado, y á cuyo tiránico imperio obedecen, rendidas como esclavas, todas las demás pasiones, y sin cuyo beneplácito ninguna otra pasión puede moverse para lograr su objeto, y si alguna de ellas, espoleada por su propio instinto, se atreve á obrar por su cuenta, al punto se ve oprimida por el tirano, el cual no la permite dar un paso en el camino del bien, si no conviene á sus perversos designios. San Agustín, que experimentó en su alma esta servidumbre, la explica en el libro de sus «Confesiones» de esta suerte: «La pasión era dueña de mi voluntad y había formado de ella una cadena, con la cual me tenía estrechamente atado. Pues por haberse la voluntad pervertido, pasó á ser apetito desordenado, y como éste fué servido y obedecido, vino á ser costumbre, y no siendo ésta refrenada, se hizo necesidad como naturaleza; y la costumbre arrastra y sujeta al alma á pesar suyo, en justa pena de haber ella caído voluntariamente en aquella costumbre» (1). En una palabra, todo cuanto intentan llevar á cabo las pasiones menores, debe ir aprobado y refrendado por la mayor, so pena de quedar frustrado en el acto. Y así, viven engañadas muchas almas, creyendo que carecen de ciertos vicios, que poseen ciertas virtudes y que vencen con facilidad algunas tentaciones en

(1) Confes., tom. 2, cap. 5.—Jacob., I, 14.

que otros caen, porque en realidad ni existen tales tentaciones, ni tales vicios, ni tales virtudes. Pongamos algún ejemplo. El hombre dominado por la codicia, parece abstigente, sobrio y mortificado; come y viste pobremente, todo le parece excesivo, el menor gasto le alarma y arrastra una vida llena de privaciones y congojas, y no obstante, carece de todas esas virtudes, porque la avaricia tiene aprisionado su corazón, es su pasión dominante, y todo cuanto hace lo supedita al deseo insaciable de amontonar riquezas. El entregado á la liviandad, suele vivir tan enfrascado en ella, que prescinde por completo de todo otro linaje de placeres lícitos que proporciona la vida, porque no conducen al logro de su apetito. En éstos se verifica á la letra lo que dice Jesucristo por San Mateo: *Donde tienes tu tesoro, allí está tu corazón* (1). Ahora bien; la conducta mortificada y austera, al parecer, de éstos desgraciados, ¿puede llamarse virtuosa? De ninguna manera, porque no procede del corazón asistido de la gracia; no es fruto de la caridad, sino del refinado egoísmo de la tiránica pasión que los domina y los consume y les obliga, mal de su grado, á someterse á todos sus caprichos. No, no hay sombra de virtud en estos fingidos penitentes; lo que hay es un engaño oculto del demonio y un triunfo manifiesto de la pasión dominante, arteramente velado con el manto de la hipocresía; porque la nota característica de esta pasión consiste en que tiende á dar al vicio apariencias de virtud, y ésta es otra prueba de la malicia que entraña.

3. Lo vemos en Judas. ¿Quién hubiera creído nunca que Judas, devorado por la codicia, había de mostrarse abogado entusiasta de los pobres? ¿Quién hubiera sorprendido á la avaricia oculta bajo el noble manto de la caridad?... Todas vosotras sabéis el pasaje á que me refiero. «Estando Jesús

(1) Math., VI, 21.—Jerem., XLVIII, 7.—Luc., XII, 34.

«en Betania, dice San Juan, en casa de Lázaro, María Magdalena tomó un vaso de alabastro lleno de perfumes de gran precio y lo derramó sobre los pies de Jesús (1). Judas llevó esto muy á mal, diciendo: *¿Á qué fin este desperdicio? ¿No sería mejor que este unguento se vendiese á subido precio para socorro de los pobres?*» Nota el Evangelista, que Judas dijo esto, «no porque él pasase algún cuidado por los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, defraudaba el dinero que se echaba en ella» (2). Ved aquí la avaricia hablando el lenguaje de la caridad; ved aquí la pasión dominante ocultando, hipócrita, su ponzoña con el brillante ropaje de la mayor de las virtudes (3). Por eso cabalmente se la debe perseguir sin tregua, porque nos lleva engañados por un camino que parece recto y seguro, pero cuyo término es la perdición eterna (4).

Como veis, negocio es éste de suma gravedad y transcendencia, y por lo mismo, debemos ante todo averiguar cuál realmente sea nuestra pasión dominante; pues así como no ha hecho poco, sino mucho, el médico, cuando ha acertado con la raíz de la enfermedad, porque entonces aciértase con los remedios, y van produciendo efecto las medicinas; así nosotros no habremos hecho poco, sino mucho, si acertamos á descubrir nuestra pasión dominante, raíz de todas nuestras enfermedades y dolencias espirituales, porque será acertar con la cura de ellas.

*Medios para conocerla.* 1. Y ¿qué medios hay para conocer á este enemigo tan insidioso y tan temible? Ved aquí el primero. Acredita la experiencia, que casi siempre llevamos al tribunal de la penitencia ciertos pecados leves, ciertas faltas é imperfecciones voluntarias, de las cuales pa-

(1) Joann., XII, 1.—Matth., XXVI, 12.—Marc., XIV, 5.

(2) Joann., XII, 6.

(3) I. Corinth., XIII, 13.—Coloss., III, 14.

(4) Prov., XIV, 12.

rece que no podemos desprendernos, y las denunciarnos al confesor, y nos dolemos de haberlas cometido con propósito de enmendarnos de ellas, y no obstante, muy pronto, á la menor ocasión y sin casi darnos cuenta de ello, volvemos á cometerlas, sin poder lograr nunca una victoria decisiva, un triunfo completo. Pues bien; para atajar en lo posible esta malhadada costumbre, debemos examinar con serenidad y muy detenidamente la calidad y número de estas faltas cotidianas; luégo la raíz de donde proceden y el por qué en tales circunstancias crecen y en cuales otras disminuyen, y casi siempre descubriremos que la raíz que las engendra es nuestra pasión dominante, porque ella tiene parte en todos nuestros pecados y aun en todos los actos de la vida, pues todos ellos ostentan algún rasgo de su fisonomía; ella constituye nuestro carácter personal (1).

2. Otro medio hay para acertar á conocerla, y es, cuando no podemos sufrir que se nos eche en cara; porque si bien esta pasión de suyo busca escondrijos, como hemos dicho, para no ser conocida, no obstante, con mucha frecuencia es sorprendida por las personas con quien habitualmente tratamos. Vosotras lo sabéis: personas hay tan pagadas de sí mismas, que, aun conociendo sus flaquezas y llamándose á toda hora miserables pecadores, tan luego como las tachan de ciertos defectos, se revuelven, como picadas de tarántula, y dicen: «Eso sí que no va conmigo. Yo podré tener todos los defectos del mundo, menos ese de que se me acusa.» ¿No es esto cierto, herm. mías? ¿No es esto práctico? ¿No ha ocurrido más de una vez á alguno de nosotros?... Si es así, no discurremos más; acertaron con la llaga; aquélla era, sin duda, nuestra pasión dominante. Regla general. ¿Queremos saber la cualidad ó la virtud que nos

(1) P. Faber, lug. cit.

falta? Pues examinemos bien cuál es la de que nos alabamos á toda hora, venga ó no venga al caso (1).

3. Para todas estas investigaciones, conviene ante todo que nos aconsejemos de nuestro director espiritual, como quiera que nadie es buen juez en causa propia, y mucho menos en cosas que atañen al perfeccionamiento de nuestras almas; habiéndole dado primero entera cuenta de nuestra conciencia, de todas nuestras inclinaciones, pasiones, aficiones y malos hábitos, él nos ayudará en nuestras pesquisas, pues no podemos tomar guía más seguro en esta guerra que debemos trabar con nuestro enemigo emboscado. La principal dificultad es descubrir al enemigo; para el alma de buen temple, logrado este descubrimiento, ya está ganada la mitad del triunfo; pero si por pereza ó desaliento abandonamos esta pasión á sus perversos instintos, nos tendrá perpetuamente uncidos á su ignominioso yugo, y Dios entonces no vendrá á nosotros, *nos entregará*, como dice la Sagrada Escritura, *á nuestros propios deseos* (2); nos dejará de su mano y nos cerrará las puertas de su gracia.

*Ejemplos.*—Tan temible peligro corremos, herm. mías, si rehuimos esta lucha, porque si somos vencidos por esta pasión, estamos perdidos sin remedio. No empleemos el tiempo ni las fuerzas en luchar con pequeñas pasiones ó defectos fáciles de vencer, porque todas viven supeditadas á la pasión dominante, y mientras ésta no muera, vanos serán nuestros esfuerzos para adquirir la paz del corazón. El rey de Siria mandó á sus capitanes que no peleasen ni contra el menor ni contra el mayor, sino sólo contra el rey de Israel; lograron matar al rey Acab, y obtuvieron completa victoria sobre sus enemigos (3). Mientras vivió el terrible gigante Goliat, los hijos de Israel fueron objeto de sus insultos y

(1) P. Faber. Progr. del alma.

(2) Psalm. LXXX, 13.

(3) II. Paral., XVIII, 30.

groseras amenazas que los llenaban de espanto; hasta que una piedra lanzada por el joven David en nombre del Dios de los ejércitos (1), quitó la vida al filisteo y renació la paz y la alegría en el pueblo escogido (2). Esto debemos tener presente: si no matamos al filisteo, esto es, la pasión dominante, jamás lograremos victoria sobre nosotros mismos, y mientras tanto esta pasión cegará, como suele, nuestro entendimiento, y conducidos por ella, *como un ciego guía á otro ciego* (3), caeremos en horribles excesos. ¿Qué movió á Herodes á derramar la sangre de tantos niños inocentes? La pasión desapoderada de reinar que le dominaba (4). ¿Quién perturbó á su hijo la razón hasta el extremo de consentir que se cortase la cabeza al Santo Precursor Juan Bautista? La concupiscencia de la carne, que endurece el corazón del hombre, ofusca su razón y le precipita en un abismo de maldades (5). ¿A qué debió Judas los tres horrendos crímenes que cometió en pocas horas, esto es, la comunión sacrilega (6), la venta de su Maestro (7) y el desesperado suicidio? (8). Á la insaciable avaricia, su pasión dominante. Y es que así como una virtud eminente, dice San Lorenzo Justiniano, arrastra tras sí á otra virtud, así también un vicio arrastra á otro vicio y un pecado á otro pecado (9).

*Medios para vencerla.*—Abramos desde hoy la campaña, herm. mías, empezando por reprimir los primeros movimientos de la que veamos ser nuestra pasión dominante; evitemos con gran diligencia toda ocasión de sucumbir á esta pasión, y para este fin, importa que sea ella la materia obligada de nuestro examen particular, y por cada descuido ó falta que voluntariamente cometiéremos, impongámonos

(1) Isai., III, 1.

(2) I. Reg., XVII, 45.

(3) Matth., XV, 14.

(4) Matth., II, 16.

(5) Matth., XIV, 10.—Jacob., I, 15.

(6) Joann., XIII, 27.

(7) Matth., XXVI, 49.

(8) Act., I, 18.

(9) Psalm., XLI, 8.

una pequeña penitencia; pequeña, sí, pero que nos toque en lo vivo de nuestras aficiones ó comodidades. No nos dejemos distraer por cosa alguna. Aunque no debemos descuidar nunca la oración, ni el ejercicio de la humildad, de la mortificación y demás virtudes, pero ninguna de estas prácticas debe distraernos del punto principal, antes todas deben concurrir á él, porque en medio de todo eso, escondida allá en los repliegues del corazón está nuestra pasión dominante, y hay que atacarla con brío. Ni visiones, ni éxtasis, ni mortificaciones, ni el don de milagros, ni los vivos esplendores de la contemplación, nada de esto nos hará adelantar un paso, en cuanto cesemos de luchar porfiadamente con nuestra pasión dominante (1). Si logramos vencerla, con la gracia divina, fácilmente venceremos las demás; pero si nos dejamos arrastrar por ella, jamás lograremos la libertad de espíritu con que la religiosa debe servir á Dios. ¿De qué sirven al águila sus grandes alas, dice San Efrén, si se halla sujeta á la tierra por un hilo? ¿Cuántas religiosas podrían, cual águilas reales, tender el vuelo á las cumbres de la perfección, y morar en los agujeros de la piedra, que es Cristo (2), al abrigo de las tempestades del corazón; y no obstante, por estar atadas con algún afecto terreno, viven con el corazón pegado á la tierra, para la cual ciertamente no han nacido! Y basta una ligera atadura, dice San Juan de la Cruz, para impedir que el alma vuele hacia Dios.

Ardua y penosa es la tarea, ¿quién lo duda?, pero por lo mismo debemos emprenderla con mayores alientos. Aquí el negocio de cuantía no es la victoria, sino el combate; no se trata aquí del éxito de la lucha, sino de la necesidad de trabarla. El soldado entra en batalla sin pensar en el triunfo; sólo atiende á pelear con bravura por su patria, y si muere

(1) P. Faber. Progr. del alma.

(2) I. Corinth., X, 4.—Cant., II, 14.

en la demanda, sucumbe como mártir de su lealtad y del cumplimiento de su deber. En este combate espiritual tampoco se nos exige la victoria, que ésta corre á cuenta de Dios, como dice el Apóstol (1), sino la perseverancia, que es lo único que merece recompensa (2). Esforcémonos á hacer lo que pudiéremos, confiando en el auxilio divino (3). El trabajo asiduo lo acaba todo; lo que no se logra en un mes, se logra en un año, y aunque un año y muchos probemos y nunca acabemos de salir con ello, con todo esto pidamos á Dios socorro; propongamos y luchemos hasta la muerte, y como dice el Profeta: *Desde la mañana hasta la noche espere Israel en el Señor* (4). Valga más para la religiosa la esperanza en su divino Esposo Jesús, que el temor del demonio y la desconfianza de sí misma. Sirvámosle con aliento, con fervor y perseverancia, hasta que logremos la perfección de nuestra alma y la unión de nuestro espíritu con el divino, para merecer en la otra vida una corona inmarcesible de gloria, donde con seguridad le amaremos y alabaremos eternamente.

(1) I. Corinth., XV, 57.

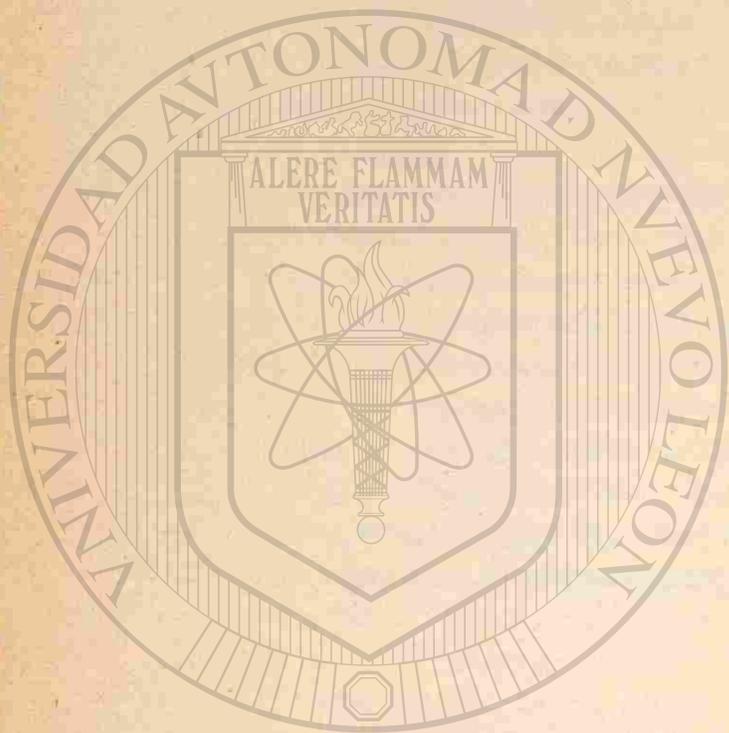
(2) Matth., X, 22.

(3) Psalm. XXXII, 21.

(4) Psalm. CXXIX, 6.—Eccli., II, 3.—Psal. XXVI, 14.



®



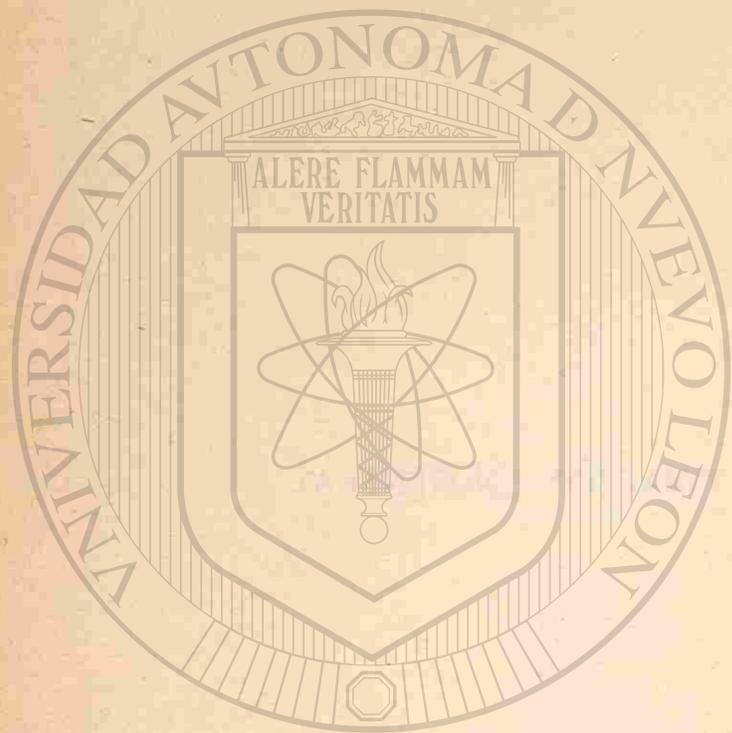
# UANTL

DE LA ORACIÓN EN GENERAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





## DE LA ORACIÓN EN GENERAL

**S**ois religiosas: movidas por secreto y eficaz impulso de la gracia (1), habéis abandonado el siglo con sus mentiras y vanidades (2), para vivir en la Casa de Dios y amarle y servirle en perfecta pobreza, castidad y obediencia mientras peregrinéis sobre la tierra (3); muertas al mundo, *vuestra vida está escondida con Cristo en Dios* (4), y vuestro espíritu reposa en dulce calma en las apacibles moradas de la confianza. Sois, pues, religiosas; vivís en el más santo y envidiable de los estados. Pero escuchad lo que os dice el Espíritu Santo por boca del Sabio: *Hija, en entrando en el servicio de Dios, prepara tu alma para la tentación* (5). No lo extrañéis; desde el día memorable de vuestra profesión religiosa, desde que, renunciando cuanto poseáis, y aun á vosotras mismas, resolvisteis seguir á Cristo, abrazadas con la cruz de vuestro estado, los enemigos del alma, que

(1) Sapient., VIII, 1.—I. Corinth., XV, 10.—Galat., II, 21.

(2) Psal. IV, 3.

(3) Psal. LXXXIII, 11.—Psal. CXVIII, 19.—II. Corinth., V, 6.

(4) Coloss., III, 3.

(5) Eccli., II, 1.—II. Timoth., III, 12.

tanto empeño mostraron en frustrar vuestra vocación religiosa, vieron deshechos sus planes y fracasados sus proyectos; pero no desmayaron, no desistieron de su infernal empeño. Vosotras sois testigos de ello: desde entonces parece que han redoblado sus esfuerzos y extremado sus ataques y multiplicado sus lazos para seduciros con mentidos halagos y promesas ilusorias y apoderarse de vuestra alma apartándola del camino del cielo (1), porque es presa codiciada del mundo y del infierno un alma religiosa (2). Pero no temáis, no os desalentéis, porque el mismo Jesucristo que os escogió entre millares para esposas suyas (3), os facilita un arma poderosa, arma formidable que infunde terror y espanto irresistibles en las potestades del infierno y triunfa en todos los combates. «Esta arma es la oración, dice San Juan Crisóstomo (4); sin ella, añade, ningún santo salió victorioso en las luchas del espíritu.» ¡Oración! manantial inagotable de gracias y dones celestiales, madre de todas las virtudes, sabroso alimento del espíritu, maestra de la perfección, alma y vida del estado religioso; ella es nuestro consuelo en las aflicciones, nuestra fortaleza en las tentaciones, nuestro refugio en todos los peligros, y lo que es más, constituye una necesidad, un verdadero precepto de cuyo cumplimiento nadie debe prescindir, si quiere asegurar la salvación eterna de su alma. De ella habréis oído hablar muchas veces desde este sitio; así lo creo, pero no desisto, porque estoy íntimamente persuadido de que son muy pocos los que se creen obligados á hacer oración, siendo así que este santo ejercicio constituye la base, el fundamento y como el alma de la religión y del cristianismo.

No, no es de mero consejo la oración; es de precepto,

(1) I. Petr., V, 8.

(2) Habac., I, 16.—Job., XXX, 14-15.—Isai., X, 13.

(3) Psal. XLIV, 12.—Jerem., XXXI, 3.

(4) Serm. de Moyses.

es de obligación, es de necesidad de medio para entrar en el cielo (1), para alcanzar la salvación eterna, como dice el apóstol Santiago: *Orad... si desedís salvaros* (2). Ved aquí el asunto de esta plática.

La oración, verdadero azote de los demonios, consuelo de los ángeles y sacrificio muy agradable á Dios Nuestro Señor, en sentir de San Agustín, «es un acto de la virtud de la religión, parte esencial y excelentísima del culto que debemos á Dios, como autor y supremo Señor de todo lo criado.» En el sentido riguroso de la palabra, se define, según Santo Tomás: «La petición hecha á Dios de cosas buenas ó convenientes» (3). La oración puede ser «mental» y «vocal». Si la súplica que dirigimos á Dios la hacemos únicamente con el corazón, sin proferir palabra, la oración es mental, porque en este caso es obra exclusiva de las potencias del alma. Mas si sensibilizamos esta misma súplica con la voz, la oración es vocal, porque la expresamos con la boca por medio del órgano de la palabra, como cuando recitamos el «Padre nuestro».

Ahora bien; la oración—hágase de un modo ó de otro—es de absoluta necesidad á todo cristiano desde que empieza á usar de su razón, si quiere salvarse. En efecto: el primer mandamiento de la Ley dice: *Amarás á Dios sobre todas las cosas* (4). Este precepto se cumple haciendo actos de fe, esperanza, caridad y religión, en la forma establecida por la Iglesia. Pues bien; la oración es, como dije al principio, un acto de la virtud de la religión, parte esencial y la más excelente del culto que debemos á Dios, dice Santo Tomás; luego

(1) 2. 2, q. 83, art. 2.

(2) Jacob., V, 16.

(3) 2. 2, q. 83, art. 1.—S. Joann. Damas., lib. 3, de fide.

(4) Deut., VI, 13.—Matth., IV, 10.—Luc., IV, 8.

la oración está incluida en el primer mandamiento; luego obliga á todo fiel cristiano que no mire con indiferencia su eterna salvación. Y no hay que forjarse ilusiones, h. más; entendedlo bien y ojalá pudiera resonar mi voz en todo el ámbito del mundo. Para el alma que no ora, no hay salvación posible; el que habitualmente descuida este santo ejercicio, vive en inminente peligro de condenarse. De la oración ningún sér racional puede prescindir lícitamente; cualquier otro medio de salvación puede suplirse en determinadas circunstancias; el ayuno, dicen los Santos Padres, puede ser reemplazado por la limosna; los Sacramentos á veces pueden suplirse con un vivo deseo de recibirlos, como sucede con el Bautismo (1); la contrición perfecta puede justificar en algún caso, sin el sacramento de la Penitencia (2); pero la oración con nada de este mundo puede suplirse; éste es el único medio de salvación—comúnmente hablando—que no tiene equivalente, porque «en el orden de la salvación y justificación, dice San Juan Crisóstomo, la oración constituye el recurso por excelencia, y cuando todo llegara á faltar, la oración sería como la última tabla para salvar del naufragio al pecador.» Sin la oración, todas las fuentes de la gracia quedan agotadas para el alma, la cual se halla en la presencia de Dios como tierra sin agua, en frase del Profeta (3). En consecuencia, si se omite por negligencia ó descuido culpable, la condenación es cierta, ciertísima, inevitable. ¿Lo dudáis? ¿Os parece exagerada esta doctrina? Escuchad una razón, una sola razón, pero convincente, pero sin réplica.

Como todas sabéis, *el hombre ha sido criado para conocer, amar y servir á Dios en esta vida, y después verle y gozarle en la otra* (4). Pero este servicio exige actos sobrenaturales,

(1) Conc. Trid., sess. VI, cap. 4.—  
D. Thom., Pars III, q. 69, a. 1.

(2) Conc. Trid., sess. XIV, cap. 4.

(3) Psal. CXLII, 6.

(4) Prov., VII, 2. Ecclesiast., XII,  
13.

esto es, actos superiores á las fuerzas de la naturaleza. Decidme, si no: ¿con qué medios naturales contamos para resistir á las graves tentaciones de nuestros enemigos, mundo, demonio y carne; para perdonar de corazón las injurias; para practicar la virtud y perseverar en el bien hasta la muerte? Con ninguno absolutamente (1). Ya lo dijo Jesucristo: *Sin mi ayuda, nada podéis hacer* (2). Nada, añade San Pablo, ni siquiera un buen pensamiento podemos concebir en orden á mérito (3). Sin la gracia de Dios nada podemos (4). Ahora bien; los medios ordinarios por donde se nos comunica esta gracia son dos: los Sacramentos y la Oración; pero los sacramentos no están siempre á nuestra disposición; en cambio la oración siempre está en nuestra mano. Luego si no hacemos oración, no alcanzaremos la gracia, sin gracia no hay salvación, luego sin oración no hay, no puede haber salvación para nadie (5). Luego es necesaria para salvarse.

Bien conocida tenía Jesucristo nuestra miseria (6) y la absoluta necesidad que tenemos de vivir siempre colgados de su Providencia misericordiosa, cuando en cada página de la Santa Escritura nos repite que no dejemos de orar. *Pedid, dice, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y os abrirán* (7). *Conviene orar siempre y no desfallecer* (8). *Velad y orad, para que no entréis en tentación* (9). *Orad, porque todo lo que pidieris al Padre celestial en mi nombre se os concederá* (10). *Hasta ahora nada habéis pedido; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo* (11). No es posible, h. más, encarecer con más eficacia ni de un modo más terminante la práctica de la oración. Este empeño que muestra el Salvador del mundo

(1) Conc. Trid., sess. VI, cap. 22.

(2) Joann., XV, 5.

(3) II. Corinth., III, 5.

(4) I. Corinth., XV, 10.

(5) 1. 2, q. 109, a. 10, in corp.

(6) Psal. CII, 14.—Genes., VI,

3.—I. Petr., I, 24.

(7) Matth., VII, 7.—Luc., XI, 9.

(8) Luc., XVIII, 1.

(9) Matth., XXVI, 41.—Marc.,  
XIV, 38.

(10) Joann., XVI, 23.

(11) Joann., XVI, 24.

en que nos aficionemos á este santo ejercicio, lo explica maravillosamente el Doctor Angélico (1). Dice el Santo que, «lo que Dios en su Providencia tiene determinado desde la eternidad conceder á las almas, lo da en el tiempo por medio de la oración, en la cual tiene vinculada la conversión y salvación de muchas almas, y el aprovechamiento y perfección de otras.» De suerte, que así como determinó Dios y dispuso que arando y sembrando y cultivando la tierra, hubiese abundancia de frutos para nuestro alimento y conservación, así tiene ordenado el conceder muchas gracias y dones á las almas por este medio de la oración. Por eso Cristo Señor nuestro insiste tanto en que pidamos y busquemos y llamemos, porque quiere socorrer nuestras necesidades, abastecer nuestra pobreza y llenarnos de bienes y gracias, en lo cual se ve claramente la necesidad que tenemos de acudir á la oración. Además, *Jesús ha muerto por todos los hombres* (2) y á todos quiere introducir en el cielo (3), y «la oración, dice la iluminada virgen Santa Teresa, es el camino real que conduce á la patria de los bienaventurados» (4). Por lo mismo, quien la descuida ó la abandona, está en camino de perdición. Bien persuadida de ello la mencionada santa, dejó escritas en sus preciosas obras estas palabras que debieran esculpirse con grandes caracteres en las calles y en medio de las plazas: «El que abandona la oración, no necesita demonio que le lleve al infierno. Por eso, añade, yo quisiera subir á la cumbre de un monte, para desde allí—ya que no puedo hacerlo de otro modo—decir á todos los mortales: Orad, haced oración, porque de otra suerte peligra la salvación eterna de vuestras almas.» Ya no extraño que San Alfonso María de Ligorio exhorte vivamen-

(1) 2. 2, q. 83, art. 2.

(2) I. Corinth, XV, 3.—II. Corinth., V, 14.

(3) I. Timoth., II, 4.

(4) Camin. perf., cap. 34.

te á los sacerdotes y misioneros y les ruegue, por las entrañas de Jesucristo, que prediquen mucho á los fieles sobre la necesidad, eficacia y facilidad suma de la oración, porque son innumerables los cristianos que la descuidan enteramente, y que viven, por lo mismo, al borde del infierno (1).

Yo no puedo suponer que acontezca esto entre vosotras, porque «la oración, dice Santo Tomás de Villanueva, es el pan cotidiano con que debe alimentarse el alma religiosa, si desea adquirir el temple que necesita para luchar ventajosamente contra los enemigos visibles é invisibles que ha de hallar en el camino de la perfección á que aspira; y añade: Quien no se alimenta diariamente de este pan espiritual, en peligro está de desfallecer y sucumbir á la tentación» (2). El real Profeta confiesa que la tristeza se había apoderado de su alma y sentía aridez en su corazón, *porque había olvidado comer este pan del espíritu* (3); pues así como el pan es alimento ordinario y general y se come con todos los manjares, así también la oración ha de entrar en todos los ejercicios espirituales, en todos los actos de virtud y en todas las demás obras que hiciéremos. Y aunque parezca declarada la importancia de la oración para la vida espiritual por la semejanza del alimento, el cual es tan necesario para vivir, que no puede suplirse con ninguna otra cosa; con todo eso es mucho más necesaria la oración al alma, que la comida al cuerpo. San Juan Crisóstomo declara la importancia de la oración con la semejanza de otra cosa más necesaria, diciendo: «Que lo que el alma es para el cuerpo, eso es la oración para el alma» (4); y esta comparación es más exacta, porque sin comida se puede pasar, aunque trabajosamente, algún día, mas sin el alma no se puede vivir ni un instante. Por eso nos amonesta el Espíritu Santo *á orar*

(1) Hom. apost., tract. 7, n. 44.

(2) Vida, cap. XI.

(3) Psal. CI, 5.

(4) De orat. Domin., lect. 1.

*siempre sin cesar* (1), porque como estamos tan necesitados del favor de Dios, pues vivimos expuestos á muchas caídas y cercados de tantos y tan poderosos enemigos, y con tan grande necesidad de muchas cosas que pertenecen así al alma como al cuerpo, no tenemos otro remedio sino acudir siempre á su divina Majestad, pidiéndole que nos favorezca y ayude en todos los peligros y necesidades, conforme á aquéllo que dijo el rey Josafat, viéndose cercado de enemigos: *Como somos tan flacos y estamos tan pobres y necesitados, y no sabemos lo que debemos hacer, no nos queda otro recurso que levantar los ojos á Dios en demanda de socorro* (2).

Además, la oración constituye el medio más eficaz para ordenar nuestra vida y para vencer y allanar todas las dificultades que se nos ofrecieren en el camino de la virtud; pues, como escribe San Agustín—y éste es el mayor elogio que puede hacerse de la oración—«aquél sabe vivir bien que »sabe orar bien» (3). Lo mismo dice San Buenaventura: «Si »descuidamos la oración, luego anda todo de capa caída, y »entra la tibieza y poco á poco comienza el ánimo á enflaquecer y á marchitarse y á perder aquel vigor y aliento que »tenía; comienzan á desaparecer todos aquellos propósitos y »pensamientos santos, y á despertar y revivir todas nuestras »pasiones: el apetito de la vanagloria, de la ira, de la envidia, de la ambición y otros semejantes, que antes parecía »que estaban muertos» (4).

Mas, ¿para qué aducir nuevas razones, si de ello estamos todos convencidos? Vemos la necesidad en que vivimos de recurrir á Dios con frecuencia en demanda de auxilios y gracias para remedio de nuestras innumerables necesidades. Sabemos por la fe que nada bueno podemos hacer ni pensar

(1) Eccli. XVIII, 22.—Luc., XVIII, 1.—I. Thessal., v. 17.

(2) II. Paral., XX, 12.

(3) Homil. XLIII.

(4) De progr. relig., cap. 7.

con mérito, sin ayuda de la gracia (1); que ésta sólo se concede, como dice el Doctor Angélico, á quien la pide con las debidas disposiciones (2); que sin ella no hay salvación posible, en el orden común de la Providencia... y no obstante, ¡cuán reducido es el número de los cristianos que cumplen con este imperioso deber de la religión! Aun entre las personas que presumen de religiosas, ¡cuántas hay á quienes Jesucristo podría echar en cara, como á los Apóstoles, esta tiernísima reconvencción: *Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre* (3). Si así es, ¿puede haber mayor desatino ó ingratitud ó locura?, que no sé cómo llamar al olvido de la oración, sino por todos estos nombres. ¿Por qué no vivimos más aficionados á la oración?... Los que dicen que no saben orar, son dignos de lástima, porque se han forjado, sin duda, una idea muy equivocada de la oración. Dios ha hecho de la oración una obligación universal; en consecuencia, la ha puesto al alcance de todo el mundo. La oración no es una ciencia, sino un sentimiento; ella no exige talentos, sino viva fe y buena voluntad; los conocimientos que ella exige los poseemos todos sin haberlos adquirido con el estudio; el libro que los contiene es nuestro propio corazón (4). ¿Por ventura necesita gran sabiduría el enfermo para manifestar á otro su dolencia, ni discurrir mucho el pobre para pedir remedio á su necesidad? Y el que mucho ama, ¿en qué ciencias ha de estar versado para poder decir al objeto de sus amores: «Te amo con todo mi corazón»?... ¡Ah! h. mías; miente el alma, si dice que ama á Dios y teniéndole dentro de sí, no quiere conversar con Él, porque la amistad muda é intratable, poco se diferencia del odio. No, no amamos á Dios, ni nos amamos á nosotros mismos; no arde una

(1) Joann., XV, 5.—I. Corinth., XII, 3.—II. Corinth., III, 5.

(2) 2. 2, q. 83, art. 2.

(3) Joann., XVI, 24.

(4) Deut., XXX, 14.—S. August., quæst. 53.

centella siquiera de amor divino en nuestro corazón. Si amásemos mucho á Dios, de buen grado nos estaríamos pensando en Él días y noches, y no nos faltaría qué pensar ni qué decir. ¡Oh qué de buena gana se está pensando la madre en el hijo que tiernamente ama! En hablándola de él, luego se la enternecen las entrañas y se la saltan las lágrimas de sus ojos. Pues si esto puede el amor natural, ¿cuánto más lo podrá el amor sobrenatural de aquella infinita bondad y hermosura de Dios? (1). Si Dios fuese—como debe ser—todo nuestro tesoro, luego se nos iría allí el corazón (2).

*Práctica.* ¿Deseáis orar siempre y bien, pregunta San Agustín? Cumplid con recta intención todos vuestros deberes, pues las mismas ocupaciones que parecen impedimentos para la oración, son verdaderas súplicas y oraciones muy eficaces para obtener las gracias del cielo, mientras se practiquen con espíritu de viva fe y con la sola mira de agradar á Nuestro Señor. *El reino de Dios*, dice San Pablo, *no consiste en palabras, sino en buenas obras* (3). Dijo el ángel Rafael al anciano Tobías: *Cuando enterrabas los muertos y los escondías en tu casa, y por la noche les dabas sepultura, presentaba yo tu oración ante el trono de Dios* (4); esto es, ofrecía á Dios tus obras de misericordia, las cuales movían en tu favor la divina clemencia (5). No hay oración más grata á Dios, que el cumplimiento de su soberana voluntad. Consagrémonos, pues, diariamente á este santo ejercicio. Al despertar por la mañana levantemos los ojos y el corazón á nuestro Criador, agradeciéndole el nuevo día que nos concede para emplearlo en su servicio y alabanza. Ofrezcámosle después nuestros pensamientos, palabras, obras, deseos, intenciones y trabajos, y digámosle con amor: «Dios mío, yo deseo hacer

(1) Psal. XLIV, 3.

(2) Matth., VI, 21.—Luc., XII, 34.

(3) II. Corinth., IV, 20.—Matth., VII, 21.—I. Joann., III, 18.

(4) Tobiae, XII, 12.

(5) Apocal., VIII, 3.

«un acto de contrición perfecta cada vez que lata mi corazón en este día, y un acto de entrañable amor envuelto en «cada respiración que exhale mi pecho.» Luego cada hora que dé el reloj, renovemos mentalmente estos santos deseos, saludemos á la Virgen Santísima con el Ave María, hagamos con fervor la comunión espiritual y pensemos que ha transcurrido otra hora y que el tiempo nos empuja hacia la eternidad. En las tentaciones y peligros, en las adversidades, tristezas y quebrantos de que está sembrada la vida, acudamos á Dios, que *salva á los que en Él esperan* (1), y ha prometido *no dejar al justo en perpetua tribulación* (2). Llegada la noche, examinemos nuestra conciencia, porque sin duda habremos ofendido á Dios ó á nuestros prójimos; arrepintámonos de corazón, como para morir, renovemos nuestros propósitos y ofrezcamos al Señor nuestro descanso pidiéndole su bendición.

Este modo de orar incumbe principalmente á los fieles cristianos, engolfados en mil ocupaciones y negocios; pero no basta al religioso, el cual está gravemente obligado á aspirar á la perfección, y por lo mismo, á emplear en la oración mental las horas prescriptas en sus Reglas. Mas fuera del tiempo destinado á la meditación, conviene que os ejercitéis en los actos de piedad que acabamos de indicar, los cuales facilitan maravillosamente el ejercicio de la presencia de Dios é impiden que la devoción y el fervor padezcan menoscabo. Hagámoslo así, h. mías, porque si descuidamos esta oración, á pesar de nuestras meditaciones, comuniones y propósitos, no seremos nunca mortificados, ni humildes, ni obedientes, ni castos; no amaremos á Dios, ni venceremos las tentaciones; en una palabra, no haremos cosa de provecho en el servicio divino, dice San Ligorio (3). Por esto San

(1) Psal. XXXI, 10.—Psal. XVI, 7.

(2) Psal. LIV, 23.

(3) Monja santa, cap. XX, n. 13.

Pablo, después de haber explicado á los fieles de Roma las virtudes que debían practicar como cristianos, les dice: *Perseverad en la oración* (1), dándonos á entender, escribe el Doctor Angélico, que el medio infalible para adquirir las virtudes que han de santificarnos, es la oración perseverante, porque sin ella no lograremos el auxilio divino, ni aun daremos un paso en el camino de la perfección.

Á orar, pues, con fervor, h. mías, porque la oración es un ejercicio excelentísimo y muy ventajoso para nuestras almas; oremos, porque tenemos de ello absoluta necesidad, pues el cumplimiento de los preceptos de Dios y de los consejos evangélicos exigen actos sobrenaturales que no podremos practicar sin la gracia, y ésta no se logra comúnmente sino por la oración (2); oremos para agradecer á la divina Majestad los dones naturales y sobrenaturales que de su largueza hemos recibido y estamos á cada hora recibiendo; oremos, porque vivimos rodeados de peligros y son innumerables y muy astutos los enemigos que codician nuestra alma. En una palabra, oremos, porque quien ora se salva, y quien descuida la oración, irremisiblemente se condena, afirma San Ligorio (3). Todos los Santos han vivido enamorados de la oración y todos lograron su santificación y salvación merced á este santo ejercicio. Por el contrario, los condenados, todos se han perdido eternamente por haber despreciado este medio eficacísimo de salvación. Si los que ahora padecen en el infierno se hubieran ejercitado en la oración mientras vivieron sobre la tierra, ciertamente no se habrían perdido. Si Judas, después de cometido el horrendo sacrilegio, se hubiera postrado contrito á las plantas del bondadosísimo Jesús, pidiéndole misericordia, de seguro

(1) Rom., XII, 12.

(2) Matth., VII, 7.—Marc., XI, 24.—Luc., XI, 9-10.

(3) Monja santa, cap. 20.

habría logrado el perdón, y este pensamiento será el mayor motivo de desesperación que le atormentará en aquel lugar de llanto sempiterno (1). Líbrenos Dios, por quien es, de tanta desventura.

Para evitarla, pidamos á Jesús, por conducto de María, que nos enseñe á orar (2), que aficione nuestro corazón á este delicioso ejercicio, que nos asista con su gracia, sobre todo en la recitación diaria del Santísimo Rosario, que constituye la oración por excelencia, la característica de los hijos predilectos de la Reina de los cielos, la obradora de innumerables prodigios en las almas de sus devotos, la triunfadora de las potestades del infierno y una de las joyas más brillantes de la corona inmarcesible que han de ceñir eternamente los verdaderos devotos de esta Señora en la patria de los santos.

(1) Luc., XIII, 28.—Matth., VIII, 12.—Matth., XXIV, 51.

(2) Luc., X, 11.





EFICACIA DE LA ORACIÓN

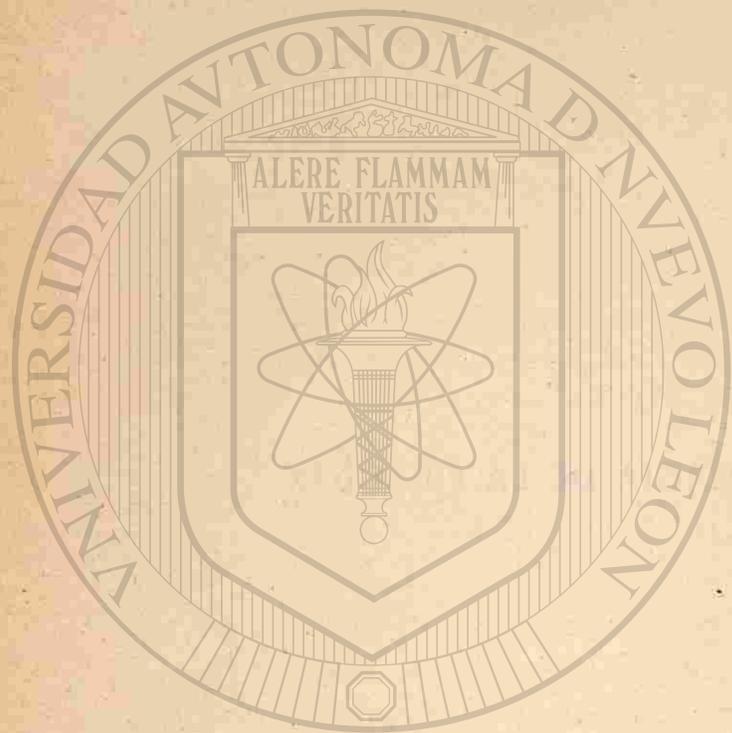
UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





## EFICACIA DE LA ORACIÓN

**S**i queremos salvar nuestra alma, no debemos «descuidar el ejercicio santo de la oración», decíamos en la última plática. Convencidos de ello hasta la evidencia, y poniendo en solo Dios nuestra esperanza (1), debemos empezar desde hoy una vida de oración que alimente y vigorice nuestra alma para que no desfallezca y sucumba en las tentaciones de sus enemigos; una vida observante y fervorosa, en consonancia con el estado de perfección que voluntariamente hemos abrazado; una vida de mortificación y penitencia que redima las deudas contraídas con Dios por nuestros pecados, y nos habilite para el cumplimiento de sus amorosos designios; una vida de espíritu que santifique y haga meritorias las obras en que ordinariamente nos ocupamos; *una vida, en fin, escondida con Cristo en Dios* (2), de suerte que podamos decir con el Apóstol: *No soy yo el que*

(1) Psal. XIII, 6; Psal. XXI, 10;  
Coloss., I, 5.

(2) Coloss., III, 3.

vivo, sino Cristo quien vive en mí (1). De todo este cúmulo de bienes, de todo este tesoro de gracias y dones celestiales seremos deudores á la oración, si la hacemos debidamente, porque Dios ha empeñado su palabra de concedernos cuanto le pidamos, si ha de redundar en beneficio de nuestras almas. Verdad consoladora que deseo probaros hoy con testimonios elocuentísimos é irrefragables, porque irrefragables y abrumadoras son todas las pruebas de hecho, sobre todo si proceden del Corazón amorosísimo de Nuestro Dios, manantial inagotable de gracia y de verdad (2). Permitidme que repita lo que ya sabéis muchas de vosotras, siquiera en gracia de las que lo ignoran, porque sin duda ha de contribuir á reanimar el fervor en vuestros corazones y á aficionaros más á este delicioso ejercicio. Sí, herm. mías, debemos hacer grande aprecio de la oración, porque entraña una eficacia infalible, si se hace bien, como lo asegura el mismo Jesucristo cuando nos dice por San Juan: *Pedid, y recibiréis* (3).

Si examinamos detenidamente nuestro proceder para con Dios en las cosas relativas á su servicio, echaremos de ver que somos muy ingratos y excesivamente injustos con su divina Majestad, y que estamos contradiciéndonos á cada paso en la práctica de nuestros deberes religiosos. Cierto que todos nosotros creemos todo lo que Dios ha revelado y la Iglesia nos propone como dogma de fe; todo lo contenido en las Sagradas Escrituras y lo que nos ha enseñado la divina Tradición nunca interrumpida; y si llegara á asaltarnos la menor duda relativamente al misterio de la Santísima Trinidad, por ejemplo, ó á la real presencia de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía, la rechazaríamos al instante, alarmados

(1) Galat., II, 20.  
(2) Joann., I, 14.

(3) Luc., XI, 9; Joann., XIV, 16;  
Joann., XV, 7; Joann., XVI, 24.

y temerosos de naufragar en esta virtud fundamental. Pero tenemos que confesar que, cuando se trata de las promesas que nos ha hecho Jesucristo respecto á la eficacia de la oración, ó no las creemos—lo cual no es de suponer,—ó no hay quien nos entienda, porque no hemos acertado todavía á orar como debiéramos. Por cierto conocía bien nuestro amantísimo Salvador la veleidad y flaqueza de nuestro corazón, cuando quiso emplear toda su elocuencia, digámoslo así, y como agotar todos los términos, parábolas, símiles y frases imaginables para convencernos de lo que tanto nos interesa, pues difícilmente hallaremos en la Sagrada Escritura un dogma más claramente definido ni más prácticamente demostrado que el de la eficacia de la oración.

*Promesas.* En efecto: Jesucristo, que tan encarecidamente recomendó á sus discípulos la sencillez y llaneza en el trato con las gentes (1), diciéndoles que al asegurar alguna cosa se contentasen con decir: *Sí, sí; no, no;* y que no hiciesen uso del juramento (2), *toda vez que procede de mal principio* (3); no obstante, al tratar de encarecernos la eficacia de la oración y la firmeza é inmutabilidad de su promesa, quiso interponer el juramento para que, fiando en él, descansemos en la infalibilidad de su palabra (4) los que esperamos los bienes que nos promete. AMEN, AMEN DICO VOBIS, ved aquí el juramento. *En verdad, en verdad os digo, que cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo concederá* (5). ¿No os parecen suficientes estas palabras, emanadas de la boca de Dios, para disipar todas las dudas? ¿Puede darse afirmación más explícita y absoluta, corroborada por un juramento tan solemne? ¿Quién osará en adelante poner en duda la eficacia de la oración, sin negar la veracidad de Dios?... Queda, pues,

(1) Matth., X, 16.  
(2) Exod., XX, 7; Levit., XIX, 12; Matth., V, 33; Eccli., XX, 7; Eccli., XXIII, 9.

(3) Matth., V, 37; Jacob., V, 12.  
(4) Psal. XXI, 33; Psal. CXVI, 2.  
(5) Joann., XVI, 23.

asentada en firmísima base, es decir, en la infalible promesa de Jesucristo, la eficacia de la oración. Pero, ¿creéis que se contenta con lo dicho nuestro pacientísimo Jesús? (1). No, no le satisface esto enteramente; nos conoce bien (2), y por lo mismo, á las promesas quiere añadir las

*Súplicas.* Parece que Él va á ser el favorecido, si le pedimos alguna merced. Oíd cómo se expresa: *Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo* (3). Y prosigue: *Pedid, y recibiréis*—notad la repetición;—*buscad, y hallaréis; llamad, y os abrirán: porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abre* (4). Este lenguaje ¿no es capaz de satisfacer al más exigente? Sí, por cierto. Pues Jesús aún no queda satisfecho; quiere reforzar más el argumento con expresivas comparaciones, para que no quede ni asomo de duda relativamente á la sinceridad de sus promesas. «¿Hay alguno entre vosotros, dice, que diera una piedra al hijo que le pidiera pan?; ó si le pidiese un pez, ¿acaso le daría una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas á vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará bienes á los que se los pidan?» (5). Mirad hasta dónde llega la condescendencia del Salvador divino: hasta el punto de sufrir que le tengamos por peor que nosotros, con tal que no dudemos de la eficacia de la oración. «Si alguno de vosotros, añade, tuviera un amigo que os fuera á buscar á media noche y os dijera: Amigo, préstame tres panes, porque viene de paso un huésped á mi casa y no tengo qué darle. Si le respondieseis: no me molestes, la puerta está ya cerrada y mis criados están como yo, acostados, no puedo levantarme á dártelos; y si el otro porfiase

(1) Judith., VIII, 14; Psal. VII, 12; Sapient., XV, 1; Jonæ, IV, 2.

(2) Psal. VII, 10; Joann., X, 14; Psal. CII, 14; II. Paral., VI, 30;

Jerem., XVII, 10; Apocal., II, 23.

(3) Joann., XVI, 24; I. Joann., I, 4.

(4) Matth., VII, 8.

(5) Luc., XI, 12-13.

»en llamar, yo os aseguro que, aunque no os levantaseis á dárselo por razón de amistad, lo haríais por su impertinencia y le daríais cuantos quisiese. Pues lo mismo os digo: *»Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y os abrirán*» (1). Basta, h. más; yo no me atrevo á proseguir: me avergüenzo de continuar hablando de este asunto, porque veo á Jesús como pidiéndonos de limosna que nos aficionemos á la oración, ¡como si no fuéramos nosotros los favorecidos! Basta, porque esto es demasiado tierno y no podría soportarlo mucho tiempo el corazón.

*Ejemplos.* Pasemos á otro orden de pruebas, más elocuente, si se quiere. Veamos si Dios ha cumplido alguna vez lo que promete y asegura con tanto encarecimiento. Pero, ¿qué es lo que pretendo?, ¿enumerar todos los ejemplos que prueban con elocuencia suma la eficacia de la oración? Imposible. Querer contarlos todos, sería querer contar toda la historia de la Iglesia, porque precisamente la oración constituye su más sólida base, como se ve en las Sagradas Escrituras. Sólo citaré algunos ejemplos. Cuando los hijos de Israel adoraron el becerro de oro fabricado por ellos, quería Dios destruirlos. Moisés pónese á rogar por ellos, pero Dios está resuelto á exterminarlos; mas al tiempo de descargar el brazo de su justicia, siente que una fuerza oculta y poderosa se lo impide: á pesar de ello no quiere perdonar, insiste en su determinación, y lucha con esa fuerza, con ese poder misterioso, pues no quiere ceder y así lo expresa: *DIMITTE ME* (2). *Déjame desfogar mi indignación contra este pueblo ingrato.* Pero, ¿qué fuerza, qué brazo, qué poder es éste que se atreve á oponerse al mismo Dios? ¿Qué es esto, Señor? ¿Por qué decís: *Déjame?* ¿Quién os puede atar las manos?... «Ahí veréis, dice San Gregorio, la fuerza de la oración y lo que

(1) Luc., XI, 9.

(2) Exod., XXXII, 10.

«puede y vale con Dios» (1). DIMITTE ME; *déjame*. Como quien dice: Moisés, no ores, porque estoy resuelto á castigar la ingratitud de mi pueblo, y lo único que puede amansar mi furor es la oración; no ores, pues, no ores; déjame obrar. DIMITTE ME. En otra ocasión, estando dispuesto el Señor á escarmentar de una vez á su pueblo, porque había pecado gravemente y rehusaba hacer penitencia, y presumiendo que el profeta Jeremías había de interceder, adelántase Dios y, llamando al profeta, le dice: *Guárdate, Jeremías, de orar por el pueblo; no te me opongas, porque no he de escucharte* (2). ¿No es verdad, herm. mías, que esto es tiernísimo, y que no podemos desear más, y que nunca habríamos imaginado que pudiera llegar á tal extremo la bondad de Nuestro Dios?... Pues todavía hay más; á mucho más se extiende su misericordia: llega hasta el extremo de alegrarse de que haya quien se interponga para estorbar el castigo. Así como un padre piadoso, aunque amenaza á su hijo, no querría castigarle y tiene prevenidos á algunos amigos ó conocidos que le vayan á la mano; así Dios, que es más que padre y más que madre (3), es tanto el amor que nos tiene, al fin como á hijos que le costamos su sangre y su vida (4), que no querría llegar á las manos, y gustaría que alguno de sus amigos se le pusiese delante, y los anda á buscar, y lo siente mucho y se queja cuando no los halla, pues dice por el profeta Ezequiel: *Busqué quien se interpusiese entre mí y el pueblo como un vallado y pugnase contra mí; mas no hallé ninguno* (5).

¡Pasmoso poder el de la oración! Ya lo dijo Jesucristo: *La oración os omnipotente* (6). Inspirado en esta sentencia, dice San Juan Crisóstomo, que «nada hay tan poderoso como el

(1) Moral., lib. IX, cap. 11.

(2) Jerem., VII, 16; Jerem., XIV,

11.

(3) Isai., XLIX, 15; Jerem., II, 32.

(4) Rom., III, 25; I. Petr., I, 19;

Hebræ., IX, 14; I. Corinth., VI, 20.

(5) Ezech., XXII, 30.

(6) Marc., IX, 22; Philipp., IV, 13.

«hombre en oración» (1). Realmente Dios la ha dotado de un poder inmenso, al cual nada resiste en la tierra ni en el cielo; no hay obstáculos que ella no venza, ni males que no evite, ni bienes que no logre. Ella es dueña absoluta de la naturaleza, y cuando así la conviene, parece como que impone nuevas leyes á todos los elementos; las aguas del mar la abren paso; el fuego la respeta y aun la sirve de grato refrigerio; las fieras más indómitas la rinden vasallaje; la tempestad desata sus furores cuando á ella le place; á su imperio huye la enfermedad y retrocede la muerte. No exagero; escuchad.

1. Perseguidos los israelitas por el ejército de Faraón, clamaron indignados contra Moisés diciéndole, que habrían preferido morir cautivos en Egipto, á morir asesinados en el desierto. Y Moisés, el mansísimo caudillo del pueblo de Israel, como le llama San Agustín (2), respondió á la muchedumbre: «No temáis; confiad y veréis los prodigios que ha de obrar hoy el Señor, porque Él peleará por vosotros». ¿Qué recurso quedaba á Moisés en tan apurado trance? El de la oración: á ella acude fervorosamente, y dícele el Señor: *¿Por qué clamas á mí?*, si bien la Escritura no dice que Moisés hablara en esta ocasión. «Cierto, no habló Moisés entonces, exclama San Agustín (3); pero si bien no desplegó sus labios, su corazón no sólo hablaba, sino que gritaba y clamaba á Él, y este clamor llegó hasta el trono de Dios» (4), «porque la vehemencia del amor hace brotar del corazón esos gemidos que San Pablo llama *inexplicables* (5), y que «Dios nunca deja de escuchar», añade San Juan Crisóstomo (6). Acabada su oración, extendió Moisés su mano sobre el mar y éste dividió sus aguas para dar paso al pueblo de Israel (7).

(1) In Matth., cap. 7.

(2) In Exod., quæst. 51.

(3) *Ibid.*, quæst. 52.

(4) S. August., in Psal. XXVII.

(5) Rom., VIII, 26.

(6) Homil. XIV, ad Roman.

(7) Exod., XIV, 12-22; Psal. LXXVII, 13; Hebræ., XI, 29.

2. Tampoco el fuego resiste al poder de la oración. El soberbio rey Nabucodonosor mandó arrojar á un horno encendido á tres jóvenes caldeos que adoraban al verdadero Dios, porque se negaron á rendir culto á una estatua de oro que él había hecho fabricar. Pusiéronse en oración los tres mancebos y al punto experimentaron su eficacia, pues bajó un ángel á preservarlos de las llamas, haciendo que en medio de aquel fuego activísimo soprase un viento refrigerante que los recrease, y el fuego no les causó el menor daño (1).

3. Del profeta Daniel lemos un suceso parecido. Darío, rey de los Medos, con pretensiones sacrílegas, publicó un decreto mandando que por espacio de treinta días nadie osara adorar á otro Dios que á él, y quien no lo cumpliese, fuera arrojado al lago de los leones. Daniel no quiso doblar la rodilla delante del nuevo dios; antes haciendo gala de fervoroso creyente, entró en su casa, y no contento con adorar á Dios en el retiro de su aposento, como acostumbraba, abrió las ventanas para que todos lo vieran y para dar un testimonio auténtico de la sinceridad con que adoraba y servía á su Dios, haciendo pública profesión de su fe. Acusado por los envidiosos aduladores del rey, éste mandó que lo echasen en el lago de los leones; pero Dios premió las fervorosas oraciones de su profeta cerrando las bocas de aquellas fieras hambrientas para que no ocasionaran la menor lesión á su fidelísimo siervo (2). Y ésta es otra victoria de la oración, á la cual hasta las fieras más indómitas rinden vasallaje.

4. También he nombrado á los elementos de la naturaleza, los cuales, he dicho, desatan sus furores cuando así conviene á quien acude á Dios por medio de la oración. Efectivamente: entre otros que pudiera citar, me limitaré á

(1) Dan., III, 94; Luc., XII, 7.

(2) Dan., VI, 22.

referiros en ceñidas palabras el maravilloso suceso que leemos en la vida de Santa Escolástica, elocuente en sumo grado. Acostumbraba la santa visitar anualmente á su hermano San Benito en un sitio cercano al monasterio de éste, para recibir sus consejos en lo relativo al aprovechamiento y perfección de su alma. Presintiendo Escolástica que se acercaba la hora de su muerte, fué á visitar por última vez á su santo hermano. Después de haber cantado los salmos y conversado santamente, como lo acostumbraban, despidióse San Benito para restituirse al monasterio; pero la santa le rogó que se detuviese hasta el día siguiente, para tener el consuelo de hablar durante la noche sobre la felicidad de la bienaventuranza. Negóselo Benito resueltamente; y entonces, viendo la santa que era inútil insistir, bajando un poco la cabeza y apoyándola sobre las manos, recogióse interiormente haciendo una breve oración. Acabada ésta, fraguóse una tempestad de relámpagos y truenos, acompañados de una lluvia tan copiosa, que no fué posible á Benito salir aquella noche para volverse al monasterio. Quejóse el santo amorosamente á su hermana, diciéndola: «Escolástica, ¿qué has hecho?» Y ella respondió: «Te has opuesto á mis deseos; he recurrido á Dios, y me ha complacido» (1). «Escolástica, ¿qué has hecho?» Sí, herm. mías, Escolástica lo hizo, porque no hallando recurso en la tierra, acudió á la oración, que es «llave del cielo», como escribe San Agustín (2); recurrió á Dios, el cual, en frase del Profeta, *hace la voluntad de los que le temen* (3). Y ved aquí otra prueba elocuentísima de la eficacia, del poder inmenso de la oración.

5. Por último, he indicado que la oración es poderosa para ahuyentar la enfermedad y aun para hacer retroceder á la muerte. El rey Ecequías enfermó para morir; así se lo

(1) Vida, 10 de Febr.  
(2) Serm. 226, de temp.

(3) Psal. CXLIV, 19.

anunció el profeta Isaías de parte de Dios. Apenas oyó Ezequías este triste anuncio, dice la Escritura que volvió su rostro hacia la pared y oró al Señor diciendo: «¡Ah, Señor!, acuérdate, te suplico, que yo he andado en tu presencia con sinceridad y rectitud de corazón, haciendo lo que es agradable á tus ojos; y prorrumpió en amargo llanto». Conmovidó el Corazón de Dios, habló á Isaías diciendo: «Vuelve y di á Ezequías que he oído su oración y visto sus lágrimas; que le doy salud y alargaré quince años su vida» (1).

Pero yo no pretendo, herm. mías, recordar ahora todos los triunfos obtenidos por la oración, porque es absolutamente imposible. Sólo os diré, en resumen, que la oración derribó los fuertes muros de la ciudad de Jericó (2), y obligó al sol á detenerse en su carrera doce horas (3), y mandó á las nubes que no lloviese en tres años y medio sobre la tierra (4), y rompió las cadenas que aprisionaban á San Pedro (5). Las fervorosas oraciones de Pablo y Silas hicieron temblar los cimientos de la cárcel en que se hallaban, y abriéronse de par en par las puertas y se les soltaron las cadenas de sus manos (6). Por la oración obtuvo el leproso el remedio de su enfermedad (7), y recobró la vista el ciego de Jericó (8), y el Centurión la salud de su siervo (9), y el perdón de sus culpas el humilde publicano (10), y el buen ladrón la eterna bienaventuranza (11). ¡Pasmoso poder, repito, el poder de la oración!

No hay que extrañarlo, porque este poder, esta omnipotencia de la oración se funda en la infalible promesa de Jesucristo y en sus méritos infinitos; pues, como observa Santo

(1) IV. Reg., XX, 1; Isaf. XXXVIII, 5.

(2) Josue, VI, 20; Hebræ., XI, 30; II. Machab., XII, 15.

(3) Josue, X, 13.

(4) III. Reg., XVII, 1; Luc., IV, 25; Jacob., V, 17.

(5) Act., XII, 7.

(6) Act., XVI, 26.

(7) Matth., VIII, 2.

(8) Marc., X, 52; Luc., XVIII, 42.

(9) Matth., VIII, 13.

(10) Luc., XVIII, 14.

(11) Luc., XXIII, 43.

Tomás, «no nos exhortaría Jesucristo á que le pidiéramos, si no quisiera dar» (1). Por eso dijo: *Cuanto pidiereis en la oración, creed que lo recibiréis, y todo os sucederá á medida de vuestros deseos* (2). Pero este punto ya se ha tratado. También procede la eficacia de la oración de los méritos infinitos de Nuestro Señor Jesucristo, los cuales fueron aceptados por el Padre celestial, con la gracia inefable de que pudieran aplicarse á nosotros; de suerte que si nosotros pidiéramos por cuenta propia, prescindiendo en absoluto de *nuestro único mediador Jesucristo* (3), nuestras oraciones serían ineficaces. Pero si nuestras súplicas al Padre celestial van recomendadas y garantidas con los merecimientos de su Unigénito Hijo, de los cuales *somos con Él herederos*, como dice el Apóstol (4), entonces gozan de eficacia indefectible y logran cuanto piden. Por eso la Iglesia, nuestra Madre, termina todas sus oraciones interponiendo dichos méritos «por Jesucristo Señor nuestro».

Así es, herm. mías, porque Cristo es suavísimo deleite, donde se recrean todos los sentidos divinos, dice el P. Niemberg (5); ninguna cosa le parece á Dios hermosa, si no es por Cristo (6); ninguna le causa suavidad y fragancia, si no va mezclada con el buen olor de Cristo (7); ninguna unge y atrae su misericordia, si el misterioso aceite del Nombre de Cristo no la fomenta (8); finalmente, ninguna le agrada, ni es de gusto al Padre, si no va sazonada y como endulzada con la Pasión y amarguras de Cristo (9). Ya, pues, que carecemos de méritos propios, acerquémonos todos los días al trono de la gracia (10) por medio de la oración, adornados como Jacob (11) con los vestidos de nuestro Hermano mayor

(1) 2. 2., q. 83, art. 15.

(2) Marc., XI, 24.

(3) I. Timoth., II, 5.

(4) Rom., VIII, 17.

(5) Adorac. en espirít., cap. 3.

(6) II. Petr., I, 17.

(7) II. Corinth., II, 15.

(8) Cant., I, 2.

(9) Rom., VIII, 17.

(10) Hebræ., IV, 16.

(11) Génes., XXVII, 27.

Jesucristo (1), para recibir la bendición de Dios. Vistámonos con los méritos de Cristo, porque nos los dió, y nuestros son y causa de nuestra justificación (2). Engalanados con esta preciosa vestidura, embellecidos con esta púrpura real, pongámonos en la presencia de Dios, seguros de que no nos negará nada de lo que le pidiéremos por su Unigénito Hijo, porque entonces ya no pedimos para nosotros, sino para Cristo, por quien nos viene la gracia.

Si oramos de esta suerte, no lo dudéis, seremos como dioses en la tierra (3), pues lograremos con el favor divino esa pasmosa omnipotencia, á cuyo imperio obedecen la naturaleza y sus elementos, el cielo y la tierra, el agua y el fuego, la enfermedad y la muerte, y después de ella, y como última prueba de la eficacia de nuestras oraciones, se nos abrirán las puertas de la gloria y *entraremos en el gozo de nuestro Dios* (4), por quien tanto hemos suspirado, para gozar de sus amores por toda la eternidad.

(1) Rom., VIII, 29; Rom., XIII,

14.

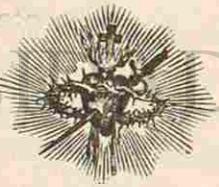
(2) Rom., III, 24.

(3) Psal. LXXXI, 6; Act., XVII,

28.

(4) Matth., XXV, 21.

## CONDICIONES DE LA ORACIÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN<sup>®</sup>  
  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Jesucristo (1), para recibir la bendición de Dios. Vistámonos con los méritos de Cristo, porque nos los dió, y nuestros son y causa de nuestra justificación (2). Engalanados con esta preciosa vestidura, embellecidos con esta púrpura real, pongámonos en la presencia de Dios, seguros de que no nos negará nada de lo que le pidiéremos por su Unigénito Hijo, porque entonces ya no pedimos para nosotros, sino para Cristo, por quien nos viene la gracia.

Si oramos de esta suerte, no lo dudéis, seremos como dioses en la tierra (3), pues lograremos con el favor divino esa pasmosa omnipotencia, á cuyo imperio obedecen la naturaleza y sus elementos, el cielo y la tierra, el agua y el fuego, la enfermedad y la muerte, y después de ella, y como última prueba de la eficacia de nuestras oraciones, se nos abrirán las puertas de la gloria y *entraremos en el gozo de nuestro Dios* (4), por quien tanto hemos suspirado, para gozar de sus amores por toda la eternidad.

(1) Rom., VIII, 29; Rom., XIII,

14.

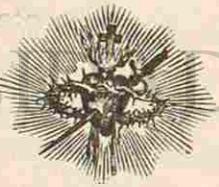
(2) Rom., III, 24.

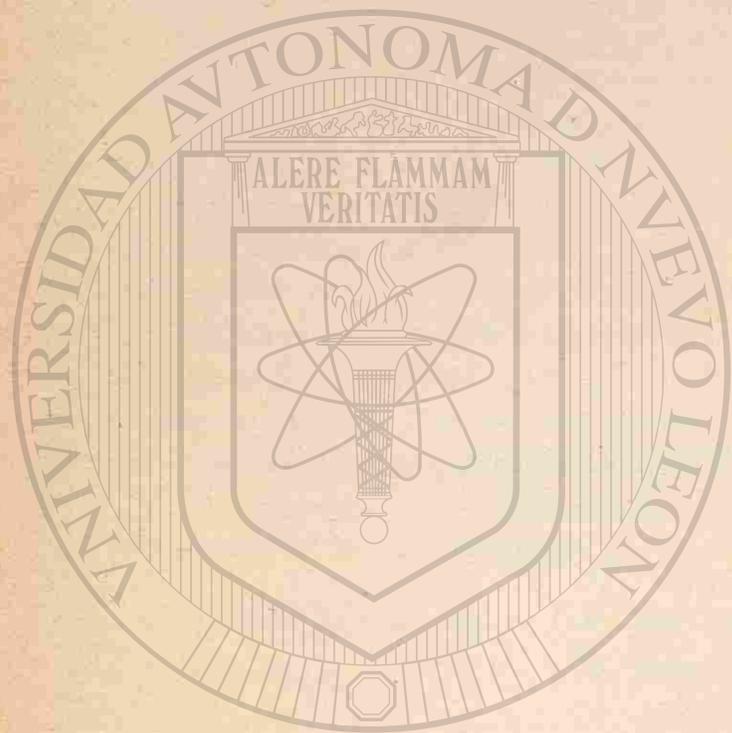
(3) Psal. LXXXI, 6; Act., XVII,

28.

(4) Matth., XXV, 21.

## CONDICIONES DE LA ORACIÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN<sup>®</sup>  
  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## CONDICIONES DE LA ORACIÓN



QUIZÁ os parezca que insisto demasiado si vuelvo á hablaros hoy de la oración. Pero, hermanas mías, si se trata de un acto de la religión, parte esencial del culto que debemos á Dios; si se trata de un medio maravilloso para lograr muy pronto la reforma de nuestra vida y la santificación de nuestra alma; si se trata de un precepto formal de Jesucristo que obliga á todo fiel cristiano desde que empieza á ser responsable de sus actos; si se trata, en fin, de la conservación de la vida de nuestra alma, pues la oración es el conducto ordinario de la gracia divina, sin la cual, como dice el Apóstol (1), nada podemos hacer, decir ni pensar en orden á mérito... ¿extrañaréis que insista en ello y que despliegue todo mi celo instruyéndoos en el modo de cumplir este precepto y allanándoos el camino que conduce con seguridad á la patria de los bienaventurados?... Es indudable que todas vosotras oráis, pues á ello os obligan las Constituciones de vuestro Instituto; pero acontece que ordinaria-

(1) II. Corinth., III, 5.

mente no se saca de la oración el fruto debido. ¿A qué deberemos achacar esta desgracia? ¿Por ventura Jesucristo es como los hombres, que suelen faltar á su palabra, y muchas veces prometen lo que no está en su mano conceder? (1). No hagamos tamaña injuria á nuestro Dios. En quien suele estar, en quien está siempre la culpa es en nosotros, que solemos orar perezosamente y con el corazón caído y desmazelado, y claro está que de esta oración no puede esperarse mudanza alguna buena en nuestras costumbres; y todo esto sucede por falta de fe en la palabra infalible de Dios (2); todo esto acontece porque no acompañan á nuestra oración las condiciones debidas; de otra suerte, veríamos cumplidas las promesas que Jesucristo ha vinculado á la oración, que es como el alma de la vida religiosa.

Ya no debe extrañarnos que no demos un paso en el camino de la virtud, ni que nos dominen siempre las mismas pasiones, ni que perseveremos tan voluntariosos é inmortificados como en los primeros días de nuestra vocación. Y ¿no es esto triste, hermanas mías? ¿No es esto deplorable, puesto caso que todos tenemos buena voluntad y deseamos ser buenos y perfectos y santos? Y ¿no es doblemente sensible que ocurra esto entre nosotros que, sobre ser cristianos, á quienes obliga el precepto de la oración (3), somos también religiosos, lo cual constituye un título honrosísimo que nos obliga á orar con fervor, á orar incesantemente (4) por nosotros, y por la sociedad, y por la Iglesia, y por el mundo, pues la oración es el oficio del religioso?... (5).

Veamos qué condiciones debe reunir nuestra oración, «qué virtudes» debemos principalmente ejercitar, para que

(1) Num., XXIII, 19.

(2) Marc., XIII, 31; Luc., XXI, 33; Matth., VIII, 26; Matth., XVI, 8; Joann., XIV, 6.

(3) Jacob., V, 16.

(4) Luc., XVIII, 1; I. Thessal., V, 17; Eccli., XVIII, 22.

(5) Camin. de perfec., cap. 21.

nuestras súplicas muevan el Corazón de Dios y logren un resultado satisfactorio.

Si nuestras oraciones, por punto general, no mueven el Corazón de Dios, es, dice el apóstol Santiago, *porque oramos mal* (1); porque las faltan las condiciones á que está vinculada su eficacia. Oídlas sintetizadas en el hecho de la Cananea que nos refiere San Mateo (2). Aprended y aprendamos todos de esta mujer extranjera á pedir á Dios el remedio de nuestras necesidades. Una mujer cananea tenía una hija gravemente enferma, y habiendo llegado á su noticia la fama de los milagros que obraba Jesús, llena de fe y confianza salió á su encuentro y le dijo: *Señor, hijo de David, ten piedad de mí: mi hija es cruelmente atormentada por el demonio*. Mas Jesús no la respondió palabra. Y llegándose á Él sus discípulos, le rogaban diciendo: *Despachad, Señor, á esa mujer que viene clamando detrás de nosotros*. Y Jesús dijo: *No soy enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel*. Mas ella, postrándose á las plantas de Jesús, le adoró diciendo: *Señor, ten misericordia de mí*. Y díjola Jesús: *No es justo tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros*. Y ella respondió: *Así es, Señor, lo confieso: mas los perrillos también comen las migajas que caen de la mesa de sus señores*. Entonces, volviéndose Jesús á sus discípulos y demás gente que le seguía, y levantando la voz como queriendo llamar la atención de todos, la dijo: *¡Oh mujer!, grande es tu fe; hágase como deseas*. Y desde aquella hora quedó sana su hija. Ved hasta dónde llega la eficacia de la oración bien hecha: hasta llenar de asombro y de admiración al mismo Dios. *¡Oh mujer!, grande es tu fe*; y esta es la primera virtud que debe acompañar nuestra oración.

(1) Jacob., IV, 3.

(2) Matth., XV, 22-28; Marc., VII, 27.

*Fe.* La fe, dice el Doctor Angélico, es el fundamento de la oración; de suerte que en esta virtud estriba la eficacia de nuestras súplicas (1). Sabido es que el mérito de la oración estriba principalmente en la caridad, como dice el Apóstol (2); mas la prontitud y eficacia con que logra alcanzar de Dios lo que se pide, proceden de la viva fe con que se ora. Las palabras de Jesucristo no pueden ser más terminantes: *Cuanto pidiereis en la oración, como tengáis fe, lo alcanzaréis* (3); y añade: *porque todo es posible al que cree* (4). Así lo expresa también el apóstol Santiago: *Pedid con fe, sin sombra de duda ó desconfianza, pues quien anda dudando es semejante á la ola del mar alborotada y juguete del viento. Quien así obre, no piense que ha de recibir poco ni mucho del Señor* (5). ¡Ah!, cuando Dios ve á un alma profesar la fe, parece como que abdica de sí mismo y se deja llevar y obligar de ella, pues nada la rehusa, nada la niega de cuanto ella pide, siquiera sea arrancar de cuajo una montaña y precipitarla en el mar (6). Por el contrario, allí donde no halla Dios fe, diríase que, con ser Todopoderoso, parece como reducirse á impotencia. En efecto: cuando Jesús entró en Nazareth, su patria, fué tal la contradicción que halló entre sus paisanos y tan obstinada la dureza de sus corazones, que, como escribe San Marcos, *no podía obrar allí milagro alguno*. Pues qué, ¿por ventura no era omnipotente? Cierto, pero faltaba la fe á aquellas gentes, y esto ataba, digámoslo así, las manos de Jesús para derramar sobre ellos sus beneficios. Habíanle conocido niño, hijo de un pobre artesano, ocupado en oficios humildes, y no creían en Él. ¿Cómo habían de recibir sus favores, si éstos los prodigaba el Salvador precisamente como recompensa de la fe,

(1) 2. 2., q. 83, art. 15.

(2) I. Corinth., XIII, 3.

(3) Matth., XXI, 22.

(4) Marc., IX, 22; Marc., X, 27; Luc., XVIII, 27.

(5) Jacob., I, 6.

(6) Matth., XVII, 19.

de que ellos carecían? *Por su incredulidad*, dice el Evangelista, les sucedió esto (1).

Ya lo veis: parece que Dios quiere subordinar sus gracias y beneficios á la fe con que se los pedimos, pues con ser Él quien nos da esta virtud, tan exclusivamente que si Él no nos la diera no podríamos tenerla, no obstante, cuando la halla en cualquiera, no sólo se complace, sino que la admira. ¡*Oh mujer!*, grande es tu fe, dice á la Cananea (2); y otra vez, oyendo la súplica de un gentil, exclama: *En verdad os digo que ni aun en Israel he hallado fe tan grande* (3). No dice á los que á Él acuden: «Mi bondad y mi poder, que no conocen límites, son los que remedian la necesidad en que os halláis, sino vuestra fe y vuestra confianza en mi misericordia». *Tu fe te ha salvado* (4). Y ¿no hizo esto la Cananea? Aquella seguridad que mostró renunciando con gusto el pan de la mesa para lograr siquiera las migajas que caían de ella, ¿no revelaba una fe heroica, una fe inquebrantable en Jesús á quien invocaba?... Y si esto hizo esta mujer siendo extranjera é infiel, ¿qué hubiera hecho si hubiese conocido, como nosotros, los inagotables tesoros de ternura que encierra el dulcísimo Corazón de Jesús?, ¿si en lugar de conocerle por Hijo de David, le hubiera conocido por *Hijo de Dios vivo?* (5). A pesar de ello, continuamos pidiendo con desconfianza. Oremos con fe, pero añadamos también á esta virtud una profunda

*Humildad*, que es la segunda condición que agrada á Dios tanto como la confianza. Efectivamente: *Dios es la suma verdad*, y «humildad, escribe Santa Teresa, es andar en verdad, y lo es muy grande que no tenemos nada bueno de

(1) Matth., XIII, 58; Marc., VI, 5.

(2) Matth., XV, 28.

(3) Luc., VII, 9.

(4) Marc., V, 34; Luc., VII, 50;

Luc., XVII, 19; Marc., X, 52; Luc. VIII, 48.

(5) II. Corinth., VI, 16; Joann., XI, 27; Matth., XVI, 16.

«nosotros sino la miseria y la nada, y Dios es muy amigo de «la verdad; y quien esto no entiende de sí mismo, anda en «mentira» (1). *La oración del humilde*, dice el Espíritu Santo, *traspasando las nubes, llegará hasta el trono de Dios, del cual no se apartará hasta que sea favorablemente escuchada* (2). Penetrado de estos sentimientos oró el publicano, y Dios escuchó su humilde oración derramando sobre él sus gracias, con las cuales salió del templo justificado (3), porque *Dios resiste á los soberbios y concede su gracia á los humildes* (4). Orar, dicen los Santos, es levantar el alma á Dios, y ¿no enseña Jesucristo que la primera condición para ser ensalzado es humillarse? (5). La oración es también banquete de bodas, y ¿no nos ha dicho Nuestro Señor, si no como precepto, al menos como consejo: *Cuando fueres convidado, vete á poner en el último lugar?* (6). Abraham también dijo: *Hablaré á mi Señor, aunque sea yo polvo y ceniza* (7). Así es como el alma debe llegarse á Dios: humillándose profundamente; pues cuanto pedimos en la oración, no lo hacemos en nuestro propio nombre, sino en nombre de Jesucristo (8), como nos lo enseña el Evangelio; porque, en efecto, sólo por Jesús, por su mediación, por sus méritos, por su preciosísima sangre derramada en la Cruz, logramos que nuestras súplicas lleguen al trono de Dios. Y así, escondido bajo la túnica de Jesús, y dejando que sólo Jesús se muestre, digamos al Padre: «Dios mío, no soy yo quien á Vos viene, sino Jesús quien viene por mí; no soy yo quien os pide mercedes, sino Jesús quien os las pide, aunque soy yo quien hace la súplica. *Pon, Señor, los ojos en el rostro de tu Cristo* (9) que me cubre con su sombra, inundándome en su sangre y escondiéndome en su

(1) Moradas, VI, cap. 10.

(2) Eccli., XXXV, 21.

(3) Luc., XVIII, 14.

(4) Judith, IX, 16; Psal. L, 19; Prov., III, 34; Jacob., IV, 6; I., Petr. V, 5.

(5) Luc., XIV, 11; Mons. Gay.

Humildad.

(6) Luc., XIV, 8.

(7) Génes., XVIII, 27.

(8) Joann., XV, 16.

(9) Psal. LXXXIII, 10.

«amorosísimo Corazón». A condición de ser humildes, podemos hablar así á la adorable Majestad divina (1).

Y ¿qué cosa más puesta en razón que orar con espíritu humilde? ¿No se piden con humildad gracias y mercedes á los reyes y príncipes de la tierra? ¿No se pasa muchas veces por mil humillaciones y hasta se cometen indignas bajezas á trueque de lograr un favor, un empleo, una gracia cualquiera? Y ¿no será racional, y no será justo que nos humillemos profundamente ante la Majestad augusta de nuestro Dios?, y ¿nos parece esto dificultoso? ¿Tuvo dificultad alguna la Cananea en postrarse humildemente á las plantas de Jesús para adorarle?, ¿juzgó, por ventura, que hacía demasiado en sufrir los desprecios que llovieron sobre ella desde el principio de su oración? No, no, la dijo Jesucristo, *no es justo echar á los perros el pan de los hijos*. ¿Habéis oído? De perra la trató, dice el Beato Juan de Avila. ¿Hay comparación más humillante? A pesar de ello, ¿se mostró ofendida aquella bendita mujer?, ¿qué digo?, ¿no reconoció la justicia de este calificativo aceptándolo de buen grado? *Es verdad, Señor*, respondió: ETIAM, DOMINE. De esta manera pidió. Y nosotros, ¿cómo pedimos?, ¿cómo oramos? Quizá con un espíritu de soberbia de que nunca logramos desprendernos y que esteriliza nuestras súplicas, lo cual no debemos extrañar, pues, como dice el Espíritu Santo, *no hay cosa que más abomine Dios que un pobre soberbio* (2), y nosotros pobres somos y muy pobres de bienes espirituales (3).

**Perseverancia.** Pero, ¿qué aprovecharían estas dos condiciones mencionadas, si faltara la perseverancia, que asegura el fruto de nuestras oraciones? En consecuencia, puestos en oración, aguardemos la hora de Dios (4), pues muchas

(1) Mons. Gay, lug. cit.

(2) Eccli., XXV, 4.

(3) Psal. XXXIX, 18; Apocal., III, 17.

(4) Psal. XXVI, 14; Prov. XX, 22; Eccli., XIII, 9.

veces Nuestro Señor pone á su munificencia largos plazos que nosotros no entendemos, porque las vías de su Providencia son y no pueden menos de ser misteriosas, aunque henchidas todas de misericordia (1). Desea Dios acrecentar nuestros merecimientos con la prueba de nuestra paciencia, para que *nuestra obra resulte perfecta* (2), y «justo es, dice San Agustín, que aprendamos á desear grandemente las cosas «grandes» (3). Si á despecho de nuestra insistencia sucediere que demorase Dios el logro de nuestras súplicas, no por ello desmayemos, antes por el contrario redoblemos el esfuerzo y la confianza; imitemos á Jesús que, *entrando en agonia, oraba con mayor intensidad* (4); insistamos, perseveremos y venceremos infaliblemente. Y si el demonio, que conoce bien la eficacia de la oración perseverante, procurara tentarnos precisamente durante ella, como suele hacerlo de mil maneras, no le oigamos ni le escuchemos; prosigamos orando y dejemos el resultado en manos de Dios; digamos con el Rey Profeta: *Bendito sea Dios, que no desechó mi oración, ni retiró de mí su misericordia* (5). Así han procedido siempre las almas justas. Ana, mujer de Elcana, afligida porque Dios no la daba fruto de bendición, perseverando con lágrimas en la oración alcanzó del Señor á su hijo Samuel, y con gran regocijo lo consagró al servicio divino (6). Sara, esposa del joven Tobias, suplicó á Dios con amargo llanto que la librase de la infamia que calumniosamente la atribuían, y perseverando tres días en esta fervorosa oración, mereció ser consolada y colmada de bienes por el Angel Rafael, enviado de Dios (7). Judith pidió al Señor con oraciones y penitencias que librase á su pueblo de los enemigos que ya habían puesto cerco á

(1) Tobíæ, III, 2; Isai., XL, 13; Sapient., IX, 13; Rom., XI, 34.

(2) Jacob., I, 4.

(3) Serm. V, De verbis Domini.

(4) Luc., XXII, 43.

(5) Psal. LXV, 20.

(6) I. Reg., I, 20.

(7) Tobíæ, III, 25.

Betulia, y porque perseveró orando, el Señor la otorgó lo que pedía y además las riquezas y despojos del ejército de los Asirios (1).

Lo propio aconteció á la Cananea. ¿Qué habría sido de ella si no hubiese perseverado en la oración y esperado pacientemente contra toda esperanza? (2). Cuando Jesucristo quiso probar á esta afligida madre no respondiéndola al principio ni una palabra; cuando dió muestras de querer pasar adelante y hasta dijo claramente que nada tenía que ver con ella, ¿dejó ésta de pedir, de solicitar y clamar con más fuerza, sin desanimarse por las palabras que acababa de escuchar de los labios del Salvador? De ninguna manera. La negativa de Jesucristo aumentó en ella el empeño, y al fin su perseverancia triunfó de la aparente dureza de Jesús. Por eso, aunque era extranjera, mereció ser tratada como verdadera israelita, logrando á la vez la curación de su hija y su propia conversión. «¡Oh caridad de Dios!, exclama á este propósito un Santo Padre: ¡Cuán admirable sois en las trazas amorosísimas de que os valéis para luchar en la apariencia contra aquellos mismos que deseáis favorecer!» No desesperéis, pues, herm. mías, si habéis comenzado á luchar con Dios en la oración (3), porque gusta que le hagamos violencia y de ser desarmado, digámoslo así, por la importunidad de nuestras súplicas; no, no le molesta nuestra insistencia, antes nos exhorta á que perseveremos llamando. El ciego de Jericó llamaba á Cristo, y aunque era reprendido de las gentes, no dejó de perseverar llamando, y por ello mereció alcanzar lo que pedía (4). Da Dios más de lo que piden á los que oran con perseverancia. El amigo que pedía tres panes, porque perseveró llamando, mereció recibir los tres panes que pedía y todos los que hubo menester, y pidiéndolos prestados, los

(1) Judith, XV, 13.

(2) Rom., IV, 18.

(3) Génes., XXXII, 24.

(4) Marc., X, 51.

recibió dados sin condición, porque pidió con perseverancia (1).

Bienaventuradas las almas que de esta manera perseveran en la oración, porque sin duda cuanto mayor fuere su perseverancia, tanto mayor será su gracia. Una de las cosas principales que deben tener los que han de recibir grandes dones de Dios, es longanimidad de corazón para aguardar fielmente todo el tiempo que Él quisiere, y mientras tanto consolarse con aquella esperanza del profeta, que dice: *Si tardare, espéralo; que el que ha de venir vendrá y no tardará* (2). Y si nos pareciere que no viene, humillémonos profundamente en su divina presencia, y conozcamos que no merecemos su visita; y contentémonos con haber hecho sacrificio de nosotros mismos, y negado nuestra propia voluntad, y crucificado nuestro apetito, y luchado con el demonio, y hecho á lo menos lo que era de nuestra parte. En tal caso, si no adoramos al Señor con la devoción sensible que deseábamos, contentémonos con adorarle *en espíritu y en verdad* (3), que es como Él quiere ser adorado, y tengamos por cierto que esta es la prueba decisiva para conocer los verdaderos devotos, y si de ella salimos bien, en todo lo demás nos irá prósperamente.

Por desgracia no solemos nosotros obrar así, hablando en general; creemos suficiente el presentarnos una vez á las puertas de la divina misericordia, y no podemos *sufrir las tardanzas ó lentitudes de Dios* (4). Somos harto impacientes; la menor dilación nos desconcierta, y muy pronto abandonamos este ejercicio tan necesario y tan delicioso para las almas de buen temple, y luego ponemos el grito en el cielo porque no avanzamos un paso en el camino de la virtud ni

(1) Luc., XI, 8.  
(2) Habac., II, 3.

(3) Joann., IV, 24.  
(4) Psal. XXXVI, 14; Eccli., II, 3; Rom., VIII, 25.

acabamos nunca de mortificar nuestras malas inclinaciones. No obremos así en adelante, pues conocemos la voluntad de Dios en este punto.

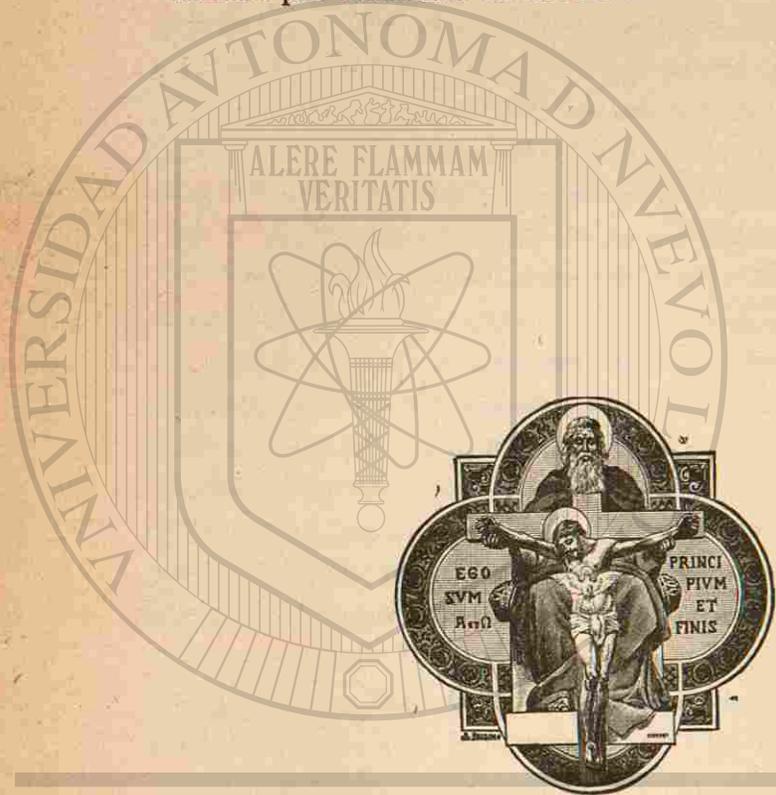
Sí, herm. mías; Dios quiere que oremos: así lo ha manifestado con palabras claras y terminantes; pero no olvidemos que la única oración agradable á sus divinos ojos es la que se hace con fe y confianza de alcanzar lo que pedimos; con humildad profunda, reconociéndonos indignos de los favores divinos, y sobre todo con perseverancia semejante á la de la Cananea del Evangelio, que las poseyó todas en grado heroico, y por ello mereció ser escuchada y espléndidamente recompensada. Puestas estas condiciones, es moralmente imposible, dice Santo Tomás, no obtener lo que se pide.

*Hora es ya de despertar* (1) y sacudir de nosotros esa languidez, esa tibieza, esa apatía funesta que venimos arrastrando quizá por mucho tiempo, y que priva á nuestra alma de los más sabrosos frutos de la vida espiritual, «porque es »cierto, dice San Agustín, que si nos enmendamos en sólo »este punto, enmendaremos toda nuestra vida»; de suerte, que podemos afirmar con el mismo Santo Padre que «quien »sabe orar bien, sabe vivir bien» (2). Oremos, pues, hermanas mías, porque este es el oficio del religioso (3), y esta debe ser también la ocupación más grata y deliciosa de las esposas de Cristo, pues la oración, en frase del Profeta, es el combustible que aquilata el amor divino en nuestro corazón (4). «La oración, dice Santa Catalina de Sena, es el alimento de que viven y crecen todas las virtudes, y si llega á »faltar, poco á poco se debilitan y acaban por morirse, como si dijéramos de pura hambre». Oremos, herm. mías, por la gloria de Dios y por nuestro propio bien, pues en la oración

(1) Isai., XXVI, 19; Rom., XIII, 11; Ephes., V, 14.  
(2) Homil., 40, in Evang.

(3) Camin. de perfec, cap. 21.  
(4) Psal. XXXIII, 4.

conoceremos lo que su divina Majestad quiere de nosotros y con su gracia lo cumpliremos, para continuar después alabándole en el cielo entre los coros de los ángeles y bienaventurados por eternidad de eternidades.



DE LA ORACIÓN MENTAL

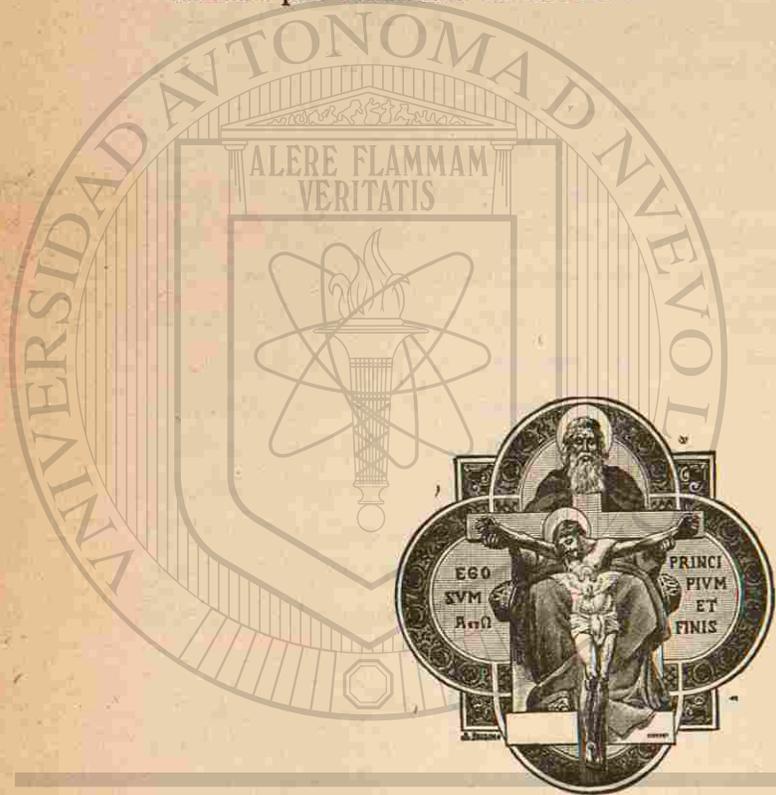
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conoceremos lo que su divina Majestad quiere de nosotros y con su gracia lo cumpliremos, para continuar después alabándole en el cielo entre los coros de los ángeles y bienaventurados por eternidad de eternidades.



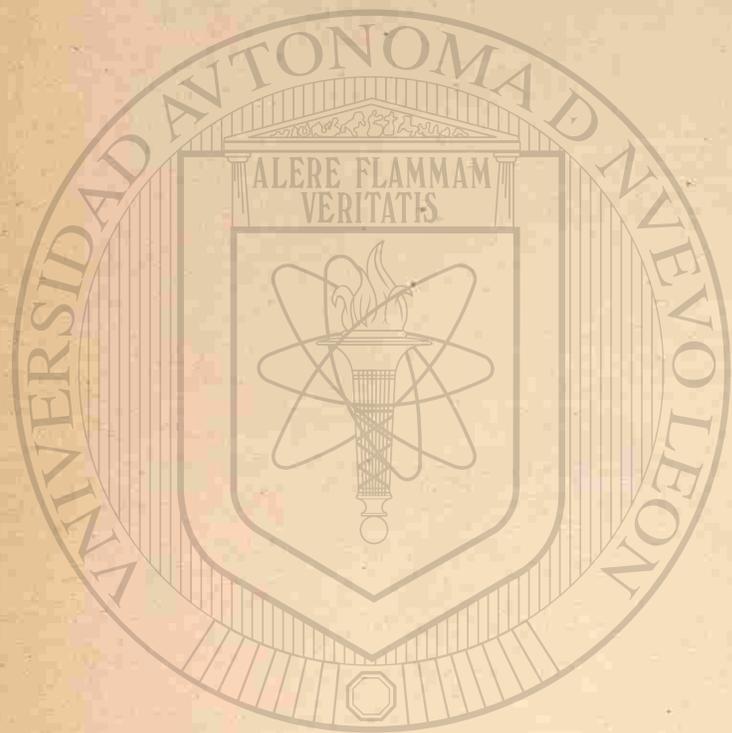
DE LA ORACIÓN MENTAL

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## DE LA ORACIÓN MENTAL



oy vamos á resolver lo que constituye para muchos cristianos un problema de muy difícil solución. Me refiero al modo de practicar el santo y delicioso ejercicio de la oración mental. Los que afirman que este ejercicio es poco menos que imposible de practicar, no saben lo que dicen é implícitamente inferen una grave injuria á la divina Majestad, porque suponen que Dios, al señalar la oración como uno de los medios más eficaces para salvarse (1), es injusto y cruel, pues, según ellos, este ejercicio santo no está al alcance intelectual de todos los cristianos, sino únicamente de los sabios, de los instruídos y de los que saben discurrir, y esto no es cierto. Lo que hay es que nuestra corrompida naturaleza (2) y *el demonio nuestro adversario* (3), de tal manera entorpecen nuestra alma y la apartan de este camino real del cielo, que sin un esfuerzo sobrenatural, siempre penosísimo, no puede elevarse sobre los sentidos para hablar á Dios (4). No, h. más; la dificultad no

(1) Jacob., V, 16.

(2) Génes., VIII, 21. — Matth., XV, 19.

(3) I. Petr., V, 8.

(4) Sapient., IX, 15.—Ecclesiast., XII, 12.

está en orar, sino en resolverse á orar, venciendo al demonio y á la carne. Tan cierto es esto, que San Lorenzo Justiano llama á la hora de oración, hora de lucha, hora de combate, y los autores ascéticos dicen que la oración es nuestro más rudo ejercicio de penitencia en esta vida, no porque en sí sea difícil de practicar, sino por la violencia que hay que hacer á la naturaleza. Si fuera difícil la oración, de seguro Dios no la habría mandado de un modo tan terminante á todos los fieles sin distinción, pues á todos ha dicho: *Pedid, y recibiréis* (1). Á todos obliga este precepto, á nadie excluye, luego es fácil, porque Dios no manda ni puede mandar lo imposible, dice San Agustín (2).

Con la divina gracia voy á mostraros cuán fácil, cuán dulce y deleitoso es este santo ejercicio, y después que lo hayáis experimentado, os sentiréis movidas á enseñarlo á otros, que buena falta hace hoy á muchos que viven apartados de Dios porque no lo conocen, y no lo conocen porque no meditan; que acudan, que *se acerquen á Él* por la oración y lo conocerán, pues *serán por Él alumbrados*, como dice el real Profeta (3). San Ignacio de Loyola va á ser el maestro que nos instruya y guíe en este camino; si seguimos su doctrina, muy pronto nos veremos aprovechados en el espíritu y bendeciremos mil veces la hora en que aprendimos tan celestiales documentos.

Vamos á explicar con sencillez cómo podremos emplear provechosamente el tiempo destinado á la oración.

Como deseo facilitar la práctica de este ejercicio á las personas que no aciertan á discurrir en la oración, y por ello se creen dispensadas de meditar, forzosamente he de añadir

(1) Matth., VII, 8.—Luc., XI, 10.  
(2) Conc. Trid., ses. XI.

(3) Psal. XVII, 29.—Psal. XXXIII, 6.—Joann., I, 9.

al método admirable de San Ignacio, algunos avisos de Santa Teresa de Jesús, muy adecuados para enseñarlas á andar sin tropiezo por este «camino real del cielo» (1). ¿Sabéis qué necesitamos para hacer oración? Os lo diré con las mismas palabras de la santa: «No todos—dice—tenemos agudeza de entendimiento para discurrir en la oración, pero todos tenemos corazón, todos podemos amar, y en amar está el aprovechamiento del alma, más que en pensar y en discurrir (2), porque oración no es otra cosa que tratar de amistad con Dios» (3). Ya lo habéis oído; para orar sólo necesitamos corazón, y corazón todos tenemos, y en consecuencia, todos amamos, porque amor es la vida del corazón (4), y la meditación es el combustible que alimenta el fuego del amor, dice el Profeta (5).

*Asunto.* Ahora bien; siendo la soberana Majestad de Dios el único objeto y fin de nuestros amores (6), ¿quién nos conducirá á Él, para conocerle, amarle y servirle hasta la muerte?... Jesucristo. Él mismo lo ha dicho: *Yo soy el camino; nadie viene al Padre sino por mí* (7). *Yo soy la puerta; el que por mí entrare, se salvará* (8). «El Señor me lo ha dicho, escribe la Santa Madre, y lo he visto por experiencia, que Él es la puerta y por Él hemos de entrar, si queremos que nos muestre la soberana Majestad grandes secretos», y añade: «No queramos otro camino, que por aquí vamos seguros» (9). Tenemos, pues, libro y asunto para meditar toda nuestra vida. Jesucristo, herm. mías; éste es el libro por excelencia en el cual aprendieron los Santos de todos los siglos la verdadera sabiduría (10); libro escrito con sangre divina y

(1) Camin. perf., cap. XXI.  
(2) Moradas IV, cap. 1.  
(3) Fundac., cap. V.  
(4) I. Joann., III, 14.  
(5) Psal. XXXVIII, 4.

(6) Matth., IV, 10.—Deut., VI, 5.—Luc., X, 27.  
(7) Joann., XIV, 6.  
(8) Joann., X, 9.—Psal. CXVII, 20.  
(9) Vida, cap. XXII.  
(10) Ecc'i., I, 1.—Coloss., II, 3.

abierto en la cruz á la faz del mundo para que todos puedan leer en él y aprender el fundamento de la verdadera ciencia, de la ciencia del alma (1), que es el temor y el amor de Dios (2); libro que debemos llevar siempre grabado en el corazón, porque cada una de sus páginas, esto es, cada uno de los actos de su preciosa vida y sacratísima Pasión, es un poema tiernísimo de amor, capaz de embriagar espiritualmente á las almas que en él meditan y se recrean. En este libro—llamado por los Santos «el libro del amor»—se aprende á amar y á padecer por el Amado; á aborrecer el mundo y á negarse á sí mismo, y el que medita con frecuencia sus páginas, muy pronto le toma cariño y no sabe desprenderse de él, y como San Pablo, desdeña y aborrece toda la ciencia del siglo, porque es ignorancia (3), comparada con la que brota á raudales de las *fuentes purísimas del Salvador* (4), de las llagas de Cristo crucificado (5). ¿Qué os parece hermanas mías? ¿Puede faltarnos nunca materia de meditación, teniendo á mano este libro celestial, para cuya inteligencia no se nos pide agudeza de ingenio, sino buena voluntad y mucho amor en el corazón?... Pues bien; supuesto un vivo deseo de adelantar en la virtud, sin el cual son estériles cualesquiera ejercicios, vamos á explicar muy sucintamente lo que por nuestra parte conviene hacer para lograr, mediante la divina gracia, la virtud moral de la devoción.

### Preparación

*Preparación remota.* Hay preparación remota y próxima: la «remota» consiste en remover los obstáculos ó estorbos para bien meditar, como son, la excesiva estimación

(1) Prov., II, 10.—Prov., XIX, 2.

(2) Job, XXVIII, 28.—Eccli., I, 16.

(3) Job, XIII, 14.—I. Corinth., III, 19.

(4) Isai., XII, 3.

(5) Jerem., II, 13.—I, Corinth., X, 4.

X, 4.

propia, el apego á nuestras faltas habituales, la disipación del ánimo durante el día, el poco recato de los sentidos, en una palabra, consiste esta preparación en llevar una vida concertada y recogida, porque quiere la oración que esté el alma quieta y sosegada.

*Preparación próxima.* La preparación «próxima», que es la que precede inmediatamente á la oración, consiste—si se trata de la oración de la mañana—en leer por la noche los puntos de la meditación y el fruto que hemos de sacar de ella, procurando que nos coja el sueño pensando en el asunto de la meditación y en la virtud que más necesitamos (1). Al día siguiente, ocupados en este pensamiento, entremos en la capilla, como si entrásemos en la Cámara del Rey de los cielos, Cristo Jesús (2), el cual nos está esperando toda la noche para *hablarnos al corazón* (3) y regalarse con nosotros, pues *tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres* (4), y procuremos entrar aquí solos, dejando tras la puerta todo lo que pueda distraernos ó impedirnos la oración, como nos lo aconseja Jesucristo (5).

### Principio de la meditación

Luego, hecha con devoción la señal de la cruz y el ejercicio de la mañana, *avivemos la fe de la presencia de Dios*, y éste es uno de los puntos esenciales de que depende en gran parte el fruto de la meditación. La fe, herm. mías, debe ser compañera inseparable de todos nuestros actos, de tal suerte, que nuestra vida constituya una profesión práctica de esta virtud fundamental, como dice San Pablo (6), porque

(1) Cassian., Collat. IX, cap. 2.

(2) Psal. XXVIII, 2.—Psal. CXV,

9.—I. Timoth., I, 17.

(3) Osee, II, 14.

(4) Prov., VIII, 31.

(5) Matth., VI, 6.

(6) Habac., II, 4.—Rom., I, 17.—Galat., III, 11.

ella informa la vida del justo (1). Decidme: si Jesucristo, rasgando el velo de los accidentes que lo ocultan en la sagrada Hostia, se dignase aparecer entre nosotros, ¿no es verdad que su augusta presencia en este sitio nos causaría una sensación inexplicable, y asombrados y confundidos y llenos de temor y temblor nos arrojaríamos al suelo sollozando como niños, y no osaríamos levantar nuestras cabezas ni articular una palabra al vernos tan tiernamente amados y tan soberanamente favorecidos?... Pues todo esto nos dice la fe, y á ella debemos creer más que á nuestros sentidos, porque éstos pueden padecer ilusión, pueden engañarnos, mas la fe divina no nos puede engañar (2), porque estriba en el testimonio y veracidad de Dios, como dice el Evangelista San Juan (3). Pues bien; creyendo con viva fe que Dios nos mira (4), que conoce y penetra los pensamientos, deseos é intenciones más ocultas de nuestro corazón (5), y poseídos de filial temor y respeto, desde el abismo de nuestra nada *adoremos á tan alta Majestad*, haciendo una reverencia interior y exterior muy profunda, pues también el Hijo de Dios *oró postrado en tierra* (6), para darnos á entender cuán derribado ha de estar el hombre y cuán sumido en el abismo de su vileza cuando se pone á hablar con Dios. Alentados por esa misma fe y transido de dolor el corazón, *imploremos la divina misericordia*, acusándonos de nuestros pecados y arrojando la muchedumbre de ellos en aquel abismo sin suelo de la divina bondad, esperando confiadamente el perdón y remedio de los mismos. Y como no podemos concebir ni un buen pensamiento en orden á mérito, sino movidos por la gracia (7) del Espíritu Santo (8), sin cuya asistencia nadie

(1) Hebræ., X, 38.

(2) Psal., XVII, 47.—Rom., X, 17.  
(3) Matth., XXII, 16.—Marc., XII, 14.—I. Joann., V, 9.—Exod., XXXIV, 6.—Psal. LXXXIII, 15.—Rom., III, 4.

(4) Hebræ., IV, 13.

(5) I. Reg., XVI, 7.—I. Paral., XXVIII, 9.—Rom., VIII, 27.

(6) Matth., XXVI, 39.

(7) II. Corinth., III, 5.

(8) Joann., XIV, 26.

sabe orar como conviene (1), pidamos al Padre celestial que *nos comuniquen su divino Espíritu* (2) para que alumbre nuestros entendimientos, abrase é inflame nuestros corazones y mueva todos sus afectos y deseos, á fin de que logremos salir de la oración con nuevas fuerzas y alientos para todas las cosas de su servicio, porque la oración que no produzca este fruto, será muy imperfecta. Por último, *invuquemos á la Virgen Nuestra Señora*, á los ángeles custodios y patronos de la Congregación, para que nos acompañen y ayuden á alabar al Señor y nos alcancen favor para orar provechosamente. Repito que si hacemos todo esto con viva fe y con grandes deseos de aprovecharnos, tendremos asegurado el fruto de la meditación, porque *Dios es muy fiel* (3) y «sale al encuentro del alma que de veras le busca», dice Isaías (4). Siguen ahora los preludios.

*Preludio 1.º* Representémonos á Jesús, pongo por ejemplo, en una de las sangrientas escenas de su sacratísima Pasión, y nosotros oyendo, mirando y atendiendo á lo que allí pasa. Sirve esta composición de lugar para sujetar la imaginación cuando se extravía, para estar más recogidos y atentos y ejercitar con mayor viveza afectos de dolor, de compasión, de amor y temor, como luego diremos.

*Preludio 2.º* Pidamos al Señor nos envíe lumbre del Espíritu Santo para sentir compasión y amor de lo que Cristo padeció por nosotros, y gracia para imitarle.

#### Medio ó progreso de la meditación ®

*Memoria.* En el curso ó progreso de la meditación débense emplear, según enseña San Ignacio, las tres potencias racionales del alma, esto es, la memoria, el entendimiento y

(1) Rom., VIII, 26.—S. Joann. Chrys., Homil. XIV, ad Roman.

(2) Psal. CIII, 30.

(3) Deut., XXXII, 4.—I. Corinth., I, 9.

(4) Isaí., XXI, 12.—Rom., X, 20.

la voluntad, y la acertada aplicación de ellas hará buena y fructuosa la meditación. Estas tres potencias deben aplicarse en cada uno de los puntos que se lean, y muchas veces la materia de un solo punto bastará para emplear provechosamente toda la hora. El uso de la memoria en este acto está reducido á poner delante de los ojos del entendimiento el punto ó misterio que se ha leído, procurando el que medita entenderlo y recapacitarlo muy sosegadamente, ya que la aplicación de la memoria es como el principio ó raíz de donde proceden las reflexiones y discursos del entendimiento y los afectos y resoluciones de la voluntad. No obstante, bueno es advertir que no debemos poner en tortura nuestra imaginación para representarnos á Cristo, porque además del daño que puede esto ocasionar á la salud del cuerpo, produce también sequedad y desabrimiento en el alma y hasta llega á aborrecerse la oración. Tengamos en cuenta—ya lo hemos dicho—que á la oración vamos á amar, más bien que á discurrir y fatigar la cabeza; no pensemos que nosotros solos á fuerza de brazos vamos á lograr el fruto apetecido, que esto es propio del que estudia, y no del que ora.

*Entendimiento.* Y así, leído el primer punto, pensemos que tenemos á Cristo aquí, cerca de nosotros, y pongamos en Él los ojos de nuestra alma, y con toda reverencia mirémosle cruelmente atormentado y cubierto de heridas y de sangre... «Contentémonos, dice Santa Teresa, con saber que estamos al lado de Cristo nuestro Esposo, y mostrémosle agradecimiento, pues no merecemos tal compañía, y humildémonos en su presencia con simplicidad de niños, que así nos quiere Él (1). ¿Pensáis que es poco un tal amigo al lado? Las que no podéis discurrir ni tener el pensamiento

(1) Matth., XVIII, 3.

»sin distraeros, acostumbraos á estar en compañía de Cristo. »No os pido ahora que penséis en Él, ni que saquéis muchos »conceptos, ni que fatiguéis la cabeza haciendo grandes y »delicadas consideraciones con vuestro entendimiento; sólo »os pido que le miréis. Podemos mirar cosas muy feas, ¿y no »podremos mirar la cosa más hermosa que se puede imagi- »nar? (1). Sabed que no está aguardando otra cosa sino que »le miremos» (2). Mirémosle como le miró Zaqueo, con vivos deseos de conocerlo, y Él mismo se convidará á entrar en nuestro corazón para derramar en él sus misericordias (3). Mirémosle para imitar sus virtudes, porque no hay otro camino para ser salvos (4). Mirémosle como la esposa mira á su esposo, y recréese nuestra alma contemplando las perfecciones de tal Esposo, *escogido entre millares* (5). ¡Oh cuán abastecida de bienes ha de quedar nuestra alma en la contemplación de esta hermosura que constituye el encanto de los ángeles (6) y la felicidad de los bienaventurados!... Poco importa que no acertéis á discurrir, pues, como dice San Agustín, «no se negocia con Dios en la oración con abundancia de discursos y delicadezas de pensamientos y razones, sino con lágrimas y gemidos, y con suspiros y deseos del corazón» (7). Por lo mismo, no os desalentéis hermanas mías; si nada de provecho se os ocurre en la oración, presentaos delante de Dios como un niño, ó como un pobre mendigo, ciego, desnudo y desamparado. Esta manera de oración usaba el Profeta David, llamándose unas veces enfermo (8), otras huérfano (9), otras ciego (10), otras pobre y mendigo (11), y muchos que hanorado de esta suerte, lle-

(1) Psal. XLIV, 3.  
(2) Camin. de perfec., cap. XXVI.  
—Cant., VI, 12.  
(3) Luc., XIX, 6.  
(4) Psal. XXXVI, 34. — Joann., XIV, 6.—Act., IV, 12.  
(5) Cant., V, 10.

(6) I. Petr., I, 12.  
(7) De orando Deum, cap. 10.  
(8) Psal. VI, 3.  
(9) Psal. XXXVI, 10.  
(10) Psal. XXXVII, 11.  
(11) Psal. XXXIX, 18.

garon por este medio suavísimo á tener muy alta oración. Ofreceos enteramente á Dios, dadle vuestro corazón, tan codiciado de Él (1), y desead estar allí con el amor abrasado de los más encumbrados serafines, y esa voluntad mirará y recibirá el Señor muy complacido (2), y como dice con mucha gracia Santa Teresa, por poco amor que le mostréis, no os lo podréis echar de encima. Y si Dios os hace merced que con uno de estos modos de oración llanos y sencillos, os encendéis en amor divino y en vivos deseos de humillaros y mortificaros por su amor, y en ello os detenéis toda la hora, mejor y más provechosa oración será esa, que si tuvierais muchos discursos y consideraciones muy altas y delicadas; la razón es, porque orando de esta suerte, os ocupáis y detenéis en lo esencial de la oración y en lo que constituye el fin y el fruto de ella, que son los actos y operaciones de las virtudes, en las cuales, dice Santo Tomás, estriba la perfección de la virtud (3). Esto va dirigido principalmente á las que no aciertan á discurrir en la oración.

Á las que pueden emplear en ella su entendimiento, debo añadir una palabra. Hemos indicado que la memoria sirve para recordarnos el asunto de la meditación con todas sus circunstancias, y esto es muy esencial, porque esta potencia es la que ofrece al entendimiento datos para discurrir, así como el entendimiento ofrece á la voluntad razones y motivos para moverla á amar, temer, desear, aborrecer, etc. Y así, tratándose de la Pasión de Cristo, nuestro bien, la memoria debe recordar al entendimiento «quién padece, por quién padece, por qué causa y de qué manera», y de esta suerte le facilita copiosa materia y ábrele dilatado campo para discurrir y ahondar en cada una de estas preguntas, y hacer sobre ellas muy tiernas y sentidas consideraciones para

(1) Prov., XXIII, 26.

(2) Rodríguez, Trat. V, cap. 13.

—Psal. CI, 18.—Isaí., LXVI, 2.

(3) 1. 2., q. 3, art. 2.

presentarlas luego á la voluntad; porque es de notar, que el entendimiento con sus discursos no recoge más que verdades; mas la voluntad con sus actos negocia virtudes; el entendimiento toma el manjar con la boca y lo tritura; la voluntad lo gusta é incorpora en el alma; aquél descubre el tesoro escondido; ésta lo abraza para gozar de su abundancia; aquél nos instruye; ésta nos santifica, y ambos á la vez nos sostienen y alientan en la práctica de la virtud. Mas conviene tener en cuenta que, si bien el entendimiento nos ayuda á meditar con sus discursos y consideraciones, pero si éstas son muchas ó muy sutiles y elevadas, también pueden impedir la operación ó ejercicio de la voluntad, que es el amor y sentimiento de las cosas divinas. Por lo mismo, debemos contentarnos con una vista y conocimiento sencillo de lo que estamos meditando, atendiendo á las circunstancias que en aquel misterio concurren, para que la voluntad—recogidas y aunadas todas sus fuerzas—pueda ejercitar sus afectos amando y reverenciando á este sumo bien. Y así, cuando con el auxilio de la memoria, nos hemos representado el asunto de la meditación, comience el entendimiento discurriendo muy sosegadamente sobre las verdades propuestas por aquélla, reflexionando sobre el modo como nos hemos portado hasta el presente con relación á las mismas y formando resoluciones prácticas y concretas, ajustadas á las necesidades de nuestra alma. Al efecto, podemos preguntarnos: ¿Qué debo reflexionar sobre el asunto de esta meditación? ¿Qué enseñanza práctica debo sacar? ¿Qué faltas he de corregir? ¿Cómo he obrado hasta el presente? ¿Qué debo hacer en lo sucesivo? ¿Qué impedimentos se oponen á mi enmienda en este punto? ¿Qué medios debo emplear para lograr lo que pretendo? ¿Qué haré en tal ó cual caso que por experiencia sé ya que me puede ocurrir durante el día?... Y esto no debe hacerse ligeramente y como de pasada, sino

con mucha consideración y reposo, insistiendo en examinar la razón, la conveniencia, la utilidad y necesidad que tenemos de practicar la virtud que se ofreciere, hasta que logremos despertar algún afecto ó sentimiento en la voluntad, que éste es su oficio y el principal fruto de la oración.

*Voluntad.* Ejercítase la voluntad en dos maneras, á saber: por los «afectos» y por las «resoluciones», si bien los primeros tienen cabida en todas las partes de la meditación, pues toda ella debe estar sembrada de afectos. Avivado el fuego del amor divino por las consideraciones del entendimiento, que son como nuevo combustible para que prenda en el corazón un amoroso incendio, entonces es el tiempo de trabar afectuosas pláticas con Dios. Para ello no debemos andar en busca de palabras, sino de sentimientos; hable el corazón, hable el afecto, porque la súplica que nace del corazón ya tocado de Dios, esa es la que oye Él (1) y la que halla buena acogida en su presencia; pues, como escriben San Agustín y Santo Tomás, «cuando Dios mueve á pedirle, es »señal que quiere dar lo que se pide» (2). Estos afectos pueden ser de gratitud, movidos por la consideración del número y grandeza de los beneficios divinos. De humildad profunda, nacidos del conocimiento íntimo de nuestra propia ruindad y vileza. De compunción y dolor de los pecados y faltas que diariamente cometemos, etc. Si tardáremos en sentir éstos ú otros afectos semejantes, no por ello nos inquietemos: bástenos procurarlos con repetidos actos de viva fe. No obstante, á pesar de ser los afectos precioso fruto de la oración, importan mucho menos que los «propósitos ó resoluciones». Éstas deben ser prácticas en sí mismas, es decir, no limitadas á proponernos en general ser pacientes, humildes, caritativos, etc., sino encaminadas á extirpar tal ó

(1) I. Reg., I, 13.—Psal. X, 17.

(2) De verbis Domini.—2. 2, q. 83, art. 15.

cual vicio, ó practicar tal ó cual virtud, porque el fin de la meditación no es solamente dedicar á Dios una hora, sino además limpiar el alma de vicios, adornarla de virtudes y enmendar y perfeccionar la vida, y esto no se logra sino por los propósitos ó resoluciones discretamente hechas. En consecuencia, han de estar en armonía con nuestro carácter, condición y habituales ocupaciones, pero siempre han de ser prácticas y concretas, esto es, aplicadas á la virtud de que tenemos más necesidad; han de recaer sobre acontecimientos probables del mismo día, de tal suerte, que á la hora del examen podamos cotejar las obras de todo el día con los propósitos de la mañana (1). Esto debemos hacerlo con mayor empeño cuando algún defecto nos es habitual, ó cuando alguna especial dificultad nos impide el servicio de Dios. Sobre todo conviene que nuestros propósitos sean muy humildes, esto es, llenos de desconfianza en nuestras propias fuerzas, y el no estar basados éstos en profunda humildad, explica las reiteradas caídas de muchos en la misma pasión ó defecto, no por falta de sinceridad en sus propósitos, sino por falta de humildad.

#### Término ó fin de la meditación

Últimamente, haciendo un epílogo ó resumen general de los propósitos y resoluciones que hayamos formado, sobre todo el relativo á nuestra pasión dominante, y levantando nuestra alma, como dice David, en la presencia de Dios (2), representémosle nuestras necesidades y deseos, obligándole con peticiones y coloquios amorosos y confiados á que nos oiga y conceda lo que deseamos y pedimos. Ya que tenemos con nosotros á Cristo y abiertos los tesoros de su amabilísimo Corazón, no seamos cortos en pedir, pues Él no

(1) P. Faber. Progr. del alma.

(2) Psal. XXIV, 1.—Psal. LXI, 9.

sabe dar sino mucho. Desea tanto que le pidamos, que llegó á reprender á sus discípulos, diciéndoles: *Hasta ahora nada me habéis pedido; pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido* (1). No lo extrañéis, h. mías, porque amar es dar, y Jesús nos ama infinitamente (2). Digámosle con el ciego de Jericó (3): *Señor, alumbrad los ojos de mi alma* para que os conozca y os ame; para que me conozca y me desprecie, y con vuestra gracia me reforme y enmiende. Ó con el leproso del Evangelio: *Señor, si queréis, podéis limpiarme* (4). Limpiadme de esta soberbia maligna que corroe mis entrañas y emponzoña todas mis obras; libradme de mi propia voluntad y juicio que roban la paz de mi corazón y me inducen á cometer faltas de humildad, de caridad y de obediencia; libradme de esta locuacidad desenfrenada, tan molesta para el prójimo y tan impropia de una religiosa... Pidamos también por todas las Órdenes religiosas, por los Sacerdotes y Obispos, y muy en particular por el Romano Pontífice. Roguemos por nuestros bienhechores, por la conversión de los pecadores y perseverancia de los justos, por los agonizantes, por los enfermos y encarcelados y por las almas del purgatorio. Concluamos con la petición del amor de Dios. Sobre esto dice Santa Teresa: «La única pretensión del que medita ha de ser trabajar y disponerse con cuantas diligencias pueda, para hacer conformar su voluntad con la de Dios; en esto consiste la mayor perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual; quien más perfectamente lograre esta conformidad, más recibirá del Señor y más adelante está en este camino» (5). En esta petición ocupemos la mayor parte del tiempo, pidiendo al Señor esta virtud con entrañables afectos y deseos, pues en ella estriba todo

(1) Joann., XVI, 24.

(2) Jerem., XXXI, 3.—Prov. VIII, 17.—Joann., XVII, 24.—Galat., II, 20.

(3) Marc., X, 51.—Luc., XVIII, 41.

(4) Matth., VIII, 2.

(5) Camin. perf., cap. XXXII.

nuestro bien. Para obtenerla, pongamos por medianera á la Virgen Santísima, á los Ángeles custodios y Santos patronos del Instituto, y acabemos rezando un «Padre nuestro». Y tenéis ya explicado el modo, ó uno de los modos de meditar provechosamente.

*Advertencias.* 1.<sup>a</sup> Para concluir, debo hacer alguna advertencia. Si Dios por su misericordia se digna visitarnos en la oración, moviendo nuestro corazón con algún afecto ó haciéndonos alguna otra merced, debemos interrumpir nuestra consideración y detenernos á escuchar su voz, recreándonos amorosamente con Él (1), aunque esto ocurra al principio de la meditación y aunque dure toda la hora, porque precisamente á esto vamos y esto buscamos y pedimos en la oración: «la gracia y el amor de Dios». ¿No interrumpimos nuestras ocupaciones cuando somos visitados por alguna persona que nos merece respeto ó atención? ¿Y habíamos de ser menos atentos con Dios? Lo demás sería desairarle y dejarlo con la palabra en la boca, dice Santa Teresa.

2.<sup>a</sup> Aunque es cierto que las lágrimas, cuando Dios las da, son «como agua que riega las flores de las virtudes que recrean al Señor», no debemos hacer ninguna diligencia ni esfuerzo para traerlas (2), aunque debemos recibirlas con agradecimiento, porque ayudan mucho al alma en este camino. Pero no pensemos que está todo hecho en llorando mucho, sino en la práctica de las virtudes. Hay quien llora mucho en la oración, y luego hace llorar al prójimo con su orgullo é inmortificación. Por eso es mejor que nos pongamos delante del Señor y miremos su misericordia y grandeza y nuestra ruindad y bajeza, y Él nos dé lo que quiera, ternura ó sequedad. Él sabe mejor lo que nos conviene; y

(1) Sapient., VIII, 16.—Psal. XXXVI, 4.—Psal. XCIV, 8.—Hebr., III, 7.

(2) Moradas, VI, cap. 6.

con ello andaremos descansados y seguros, y el demonio no tendrá tanto lugar de engañarnos (1).

3.<sup>a</sup> En fin, procuremos conservar durante el día el calor de la devoción andando recogidos y en frecuente trato con Dios, recordando y saboreando lo que más nos hubiere movido en la oración, y esto nos facilitará maravillosamente la práctica de nuestros propósitos, y al mismo tiempo allanará el camino para el cumplimiento de los amorosos designios que Dios tenga sobre nosotros.

Hagámoslo así, herm. mías, por Dios y por nuestra alma. Á pelear sin descanso con este *cuerpo de pecado* (2) y con el *demonio nuestro adversario* (3), porque uno y otro han de emplear todas sus fuerzas para obligarnos á dejar la oración, que es el arma más formidable contra el poder de las tinieblas (4). Con tentaciones ó sin ellas, con sequedades ó dulzuras, enfermos ó sanos, en casa ó fuera de ella, no dejemos nunca la oración mental, y cada día hallaremos más *suave el yugo del Señor* (5), y disminuirán nuestras faltas cotidianas, y aumentará en nuestros corazones el amor de Dios, hasta que logremos unirnos con Él en esta vida por la fe y la caridad (6), y en la otra por la gloria que no ha de tener fin (7).

(1) Moradas, VI, 6.

(2) Rom., VI, 6.

(3) I. Petr., V, 8.—Ephes., VI, 12.

(4) Marc., XIV, 38.

(5) Matth., XI, 30.—I. Joann., V, 3.—II. Corinth., IV, 17.

(6) Osee, II, 20.—I. Joann., IV,

16.—I. Joann., III, 24.—Ephes., III,

17.

(7) Psal. XVI, 15.—Psal. CXI, 3.

—II. Petr., III, 18.—Apocal., I, 6.

DEL EXAMEN PARTICULAR

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con ello andaremos descansados y seguros, y el demonio no tendrá tanto lugar de engañarnos (1).

3.<sup>a</sup> En fin, procuremos conservar durante el día el calor de la devoción andando recogidos y en frecuente trato con Dios, recordando y saboreando lo que más nos hubiere movido en la oración, y esto nos facilitará maravillosamente la práctica de nuestros propósitos, y al mismo tiempo allanará el camino para el cumplimiento de los amorosos designios que Dios tenga sobre nosotros.

Hagámoslo así, herm. mías, por Dios y por nuestra alma. Á pelear sin descanso con este *cuerpo de pecado* (2) y con el *demonio nuestro adversario* (3), porque uno y otro han de emplear todas sus fuerzas para obligarnos á dejar la oración, que es el arma más formidable contra el poder de las tinieblas (4). Con tentaciones ó sin ellas, con sequedades ó dulzuras, enfermos ó sanos, en casa ó fuera de ella, no dejemos nunca la oración mental, y cada día hallaremos más *suave el yugo del Señor* (5), y disminuirán nuestras faltas cotidianas, y aumentará en nuestros corazones el amor de Dios, hasta que logremos unirnos con Él en esta vida por la fe y la caridad (6), y en la otra por la gloria que no ha de tener fin (7).

(1) Moradas, VI, 6.

(2) Rom., VI, 6.

(3) I. Petr., V, 8.—Ephes., VI, 12.

(4) Marc., XIV, 38.

(5) Matth., XI, 30.—I. Joann., V, 3.—II. Corinth., IV, 17.

(6) Osee, II, 20.—I. Joann., IV,

16.—I. Joann., III, 24.—Ephes., III,

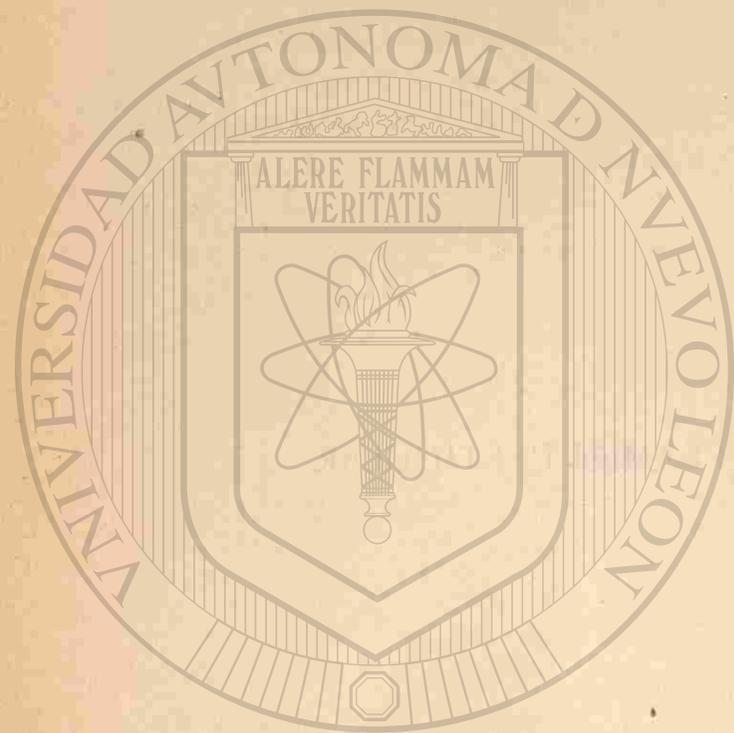
17.

(7) Psal. XVI, 15.—Psal. CXI, 3.

—II. Petr., III, 18.—Apocal., I, 6.

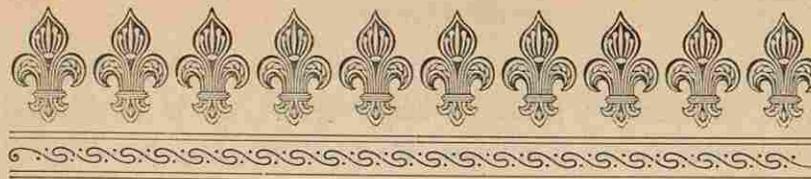
DEL EXAMEN PARTICULAR

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## DEL EXAMEN PARTICULAR



EMOS de confesar que, si bien el servicio divino es nobilísimo y muy honroso para el alma, y los caminos que á Dios conducen están bañados de cierta dulzura y suavidad, exige también soberanos esfuerzos, sacrificios muy costosos á nuestra naturaleza, lo cual amarga y dificulta esta noble empresa, de suyo dulcísima y facilísima, y por ello muchas almas se desalientan y vuelven atrás y corren inminente peligro de perderse para siempre. Así lo expresa el autor de la «Imitación de Cristo», diciendo: «Una cosa retrac á muchos del aprovechamiento y de la fervorosa enmienda: el temor de las dificultades ó el trabajo de la pelea. Ciertamente los que progresan más en la virtud, son aquellos que hacen mayores esfuerzos para vencer lo que más molesta y repugna» (1). Ya lo dijo Jesucristo por San Mateo: *El reino de los cielos se alcanza á viva fuerza, y los que se la hacen á sí mismos son los que lo arrebatan* (2). Luego es forzoso el pelear, si queremos *ser coronados con justicia* (3). Por

(1) Lib. I, cap. XXV.  
(2) Matth., XI, 12.

(3) II. Timoth., II, 5.—II. Timoth., IV, 8.—Jacob, I, 12.—I. Corinth., IX, 25.

eso deseo hoy alentaros para emprender una lucha titánica, lucha formidable y tenaz en sumo grado, de la cual muy pocos salen ilesos, y muchos, un gran número, la rehuyen ó caen vencidos y derrotados. Me refiero á la lucha con nuestra pasión dominante, enemigo doméstico el más temible (1); pues, como afirma San Pablo, *no hemos de luchar contra hombres de carne y sangre, sino contra los espíritus de las tinieblas, príncipes de este siglo* (2), los cuales se sirven de las pasiones y apetitos depravados para armarnos emboscadas y hacernos caer en pecado.

El medio más adecuado para combatir con éxito esta pasión, es el examen particular, medio maravilloso—practicado por todos los santos y eficazmente encarecido por todos los maestros de la vida espiritual—para arrancar de nuestro corazón esta pasión abominable que imposibilita todo progreso en los caminos del espíritu. Inútiles serán nuestros esfuerzos y fracasarán cuantos medios de santificación logremos practicar, si no comenzamos por inquirir la índole de este enemigo insidioso que, escondido en los repliegues más ocultos de nuestro corazón, sobre ser la causa de casi todos nuestros pecados, logra emponzoñar aún las virtudes más heroicas y los actos más augustos y meritorios del servicio divino. Por lo mismo, repito, deseo adiestraros hoy en el uso de esta arma espiritual; arma que, bien esgrimida, ha triunfado siempre en la lucha contra la pasión dominante, allanando obstáculos y quitando estorbos que impiden al alma avanzar en la obra de su santificación. Ruda es la lucha contra esta pasión infame; pero tenemos asegurada la victoria, si estribamos en la virtud de Dios que pelea con nosotros (3) y *salva á los que en Él esperan*, como dice el real Profeta (4).

(1) Matth., X, 36.

(2) Ephes., VI, 12.

(3) Psal. XVII, 7.—Psal. XC, 15.

Psal. XXXIII, 19.—II. Corinth., I, 4.

(4) Psal. XXXVI, 40.—Eccli., II,

11.

Veamos cuán «necesario» nos es este examen, la «materia» sobre que ha de versar y el «modo» de practicarlo fructuosamente, para no dispensarnos de él mientras nos dure la vida.

*Su necesidad.* «¿Qué hombre prudente—dice Jesucristo—si quiere edificar una torre, no se *sienta* antes á *pensar* en los gastos de la obra? Ó ¿qué rey, para pelear con un enemigo poderoso, no cuenta antes su ejército y organiza sus fuerzas á fin de evitar una derrota?» (1). En estas dos sencillas preguntas del Salvador, aparece maravillosamente recomendada la necesidad del examen particular. En efecto: por vocación especial, tenemos necesidad de levantar en nuestro corazón el edificio espiritual de la perfección religiosa. La base de este edificio debe descansar, dice San Agustín, sobre profundos cimientos de humildad (2), y trabadas y afianzadas en ella, han de alzarse las diversas virtudes que constituyen el proceso de nuestra vida religiosa, amparadas, defendidas y conservadas por la hermosa virtud de la caridad, que sirve de sólida cubierta á este edificio y contra la cual se estrellarán siempre todas las potestades del mundo y del infierno (3). Pues bien; los materiales, es decir, las virtudes, no se improvisan, y por ello nos exhorta Jesucristo á *pensar*, esto es, á examinar *sentados*, en el reposo y sosiego del retiro, con qué caudal de virtudes podemos contar para emprender esta obra espiritual, y si éstas son sólidas ó aparentes, si estriban en la *pedra viva*, *Cristo Señor nuestro* (4), *manso y humilde de corazón* (5), ó en la arena movediza de nuestro amor propio (6). Además, entre los numerosos ene-

(1) Luc., XIV, 31.

(2) Serm. 10, de verb. Domini.

(3) I. Corinth., XIII, 13.—Rom., VIII, 35.

(4) I. Corinth., III, 11.—I. Corinth., X, 4.—II. Timoth., II, 19.

(5) Matth., XI, 29.—Joel, II, 13.—Psal. LXXXV, 5.

(6) Matth., VII, 26.

migos que han de combatir la obra de nuestra santificación, los más temibles son los domésticos (1), los que viven con nosotros, las pasiones y apetitos depravados, descollando entre ellos la pasión dominante, la más funesta de las pasiones; de modo, que en la práctica de las virtudes, debemos imitar á los judíos que reedificaban las murallas de Jerusalén *sin soltar la espada de sus manos* (2), y esta espada es el examen particular, necesario, indispensable—como veis—para llevar al cabo esta noble empresa. Pero no basta conocer cuál es el enemigo ó pasión que nos combate, dificultando ó entorpeciendo nuestro progreso en el servicio divino con las frecuentes faltas en que nos envuelve á cada paso; es necesario además buscar la raíz de donde proceden estas caídas y esmerarnos en adquirir las virtudes opuestas, pasando de unas á otras y disponiendo nuestro corazón para la unión con Dios por la caridad (3). Á ello tiende también el examen particular, toda vez que nos descubre el origen de las pasiones que nos dominan, sus caracteres y sus tendencias, y nos da á conocer el modo de evitarlas huyendo de las ocasiones y peligros. El alma que asiduamente lo practica, va descubriendo y como desdoblado los pliegues más ocultos del corazón, para aplicar el cuchillo de la circuncisión á toda tendencia dañada, á toda afección mal dirigida ó que intente arraigar el amor á alguna criatura. De esta suerte adquiriremos la *limpieza de corazón* que nos hace bienaventurados (4), y podremos decir con el profeta: *Mi alma está siempre en mis manos* (5). Merced á este examen, tendremos siempre en nuestras manos las riendas de todos nuestros afectos para gobernarlos según la Ley Dios, y para que la carne no prevalezca contra el espíritu (6), hasta lograr la

(1) Mich., VII, 6.—Matth., X, 36.  
 (2) II, Esdræ, IV, 17.  
 (3) I. Joann., IV, 8.—Joann., XIV, 23.

(4) Matth., V, 8.  
 (5) Psal. CXVIII, 109.  
 (6) Galat., V, 17.

completa posesión de nosotros mismos. Y ya tenéis indicada la materia sobre que ha de versar este examen.

*Materia del examen.* Hablando con «los que empiezan á servir á Dios», da San Ignacio de Loyola una gran enseñanza de santa discreción, aconsejándoles que cuando hagan el examen particular de conciencia, se propongan combatir, no el defecto que les parezca más grave, sino el que sea más ocasionado á causar al prójimo daño ó escándalo. La razón es porque importa mucho á la santidad de la vida interior el buen trato con los prójimos, pues esto es necesario, si hemos de ser para ellos el *buen olor de Cristo*, como dice San Pablo (1), *y si nuestra luz ha de brillar delante de los hombres, para que vean nuestras buenas obras y den gloria á nuestro Padre que está en los cielos* (2). No obstante, como advierte el P. Rodríguez (3), no se ha de pasar toda la vida en traer examen particular de las faltas exteriores, porque éstas son más fáciles de enmendar que las interiores, y en éstas estriba la perfección, pues, como dice el Profeta: *Toda la gloria de la hija del Rey*—esto es, del alma—*está en el interior* (4), y además, que aun para quitar esas faltas exteriores, conviene traer examen particular de alguna virtud ó perfección superior, porque muchas veces suele ser ese medio más eficaz para ello y más breve y suave. Por ejemplo, ¿acostumbráis á hablar á vuestras hermanas con aspereza ó demasiada libertad? Pues sea materia del examen el creerlas á todas con grandes merecimientos delante de Dios, y á vosotras siervas inútiles y sin provecho (5), y de esta suerte trataréis á todas con humildad y grande reverencia, como Dios nos trata á nosotros (6). ¿Os repugna el cargo, oficio ú ocupación que os ha confiado la obediencia? Traed examen particular de

(1) II. Corinth., II, 15.  
 (2) Hebræ., X, 24.—Matth., V, 16.  
 (3) Part. I, trat. VII, cap. 3.

(4) Psal. XLIV, 14.—Matth., XV, 18.  
 (5) Luc., XVII, 10.  
 (6) Sapient., XII, 18.

aceptar cordialmente todo cuanto os suceda como especial disposición y providencia de Dios que os lo envía para vuestro provecho; y de esa manera lo que antes os repugnaba, la fe os lo hará dulce y sabroso. ¿Os dejáis llevar de la curiosidad y deseo de saber todo lo que ocurre en casa ó en la comunidad, y por lo mismo, curáis muy poco de la modestia y silencio que debéis guardar como religiosas? En este caso os conviene traer examen de andar siempre en la presencia de Dios y de hacer todas las cosas como reclama el servicio de tan augusta Majestad; é insensiblemente os habituaréis á andar con modestia y recogimiento, y estaréis muy lejos de querer indagar lo que no os atañe. En una palabra, procuremos reformar poco á poco el corazón, y luego quedará todo reformado.

De lo dicho se infiere que, por punto general, da mejor resultado el examen dirigido á adquirir la virtud, que á desarraigar el vicio, porque lo primero es mucho más fácil, breve y eficaz que lo segundo, pues, como dice Casiano, «el librarse de los vicios exige mayor trabajo que el adquirir las virtudes» (1). Y no hay duda en que una vez adquirida la virtud que se desea, queda vencido el vicio contrario, sin haber luchado con él cara á cara, lo cual es muy ventajoso y evita muchos peligros, como el que logra rendir una ciudad por hambre, sin costarle una gota de sangre ni exponerse á un descalabro. Y como, según Santo Tomás, tan estrecha unión y enlace existe entre las virtudes, que adquirida con perfección una de ellas, se obtienen todas las demás (2), se sigue que el traer examen particular sobre una virtud determinada, no sólo es medio eficaz para adquirirla, sino también para lograrlas todas y triunfar de los vicios á ellas opuestos, y esto en menos tiempo, más fácilmente y sin ningún peligro, como hemos dicho. En general, ésta ha

(1) Collat., XIV, cap. 3.

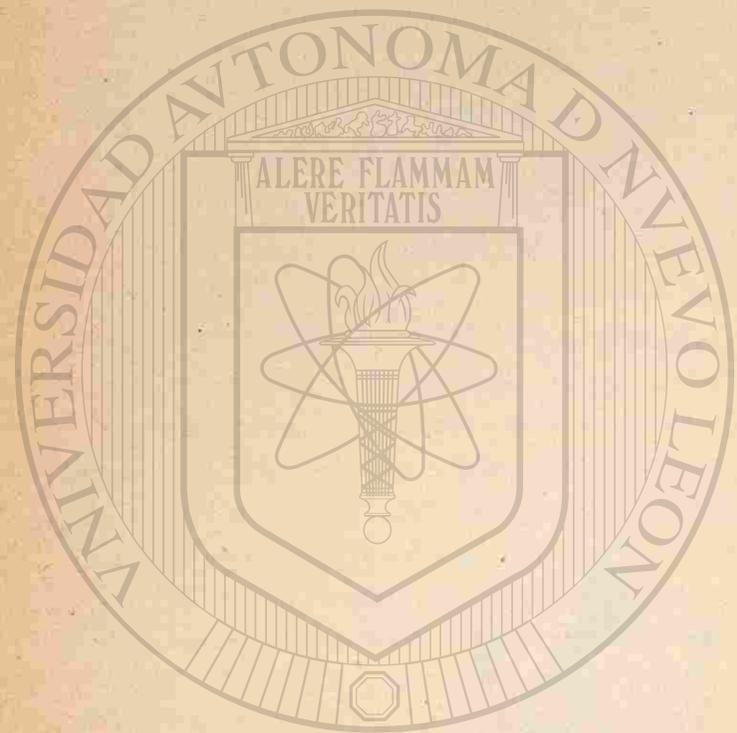
(2) 1. 2, q. 65, art. 1.

sido la práctica de los Santos, señaladamente de San Francisco de Sales, del cual sabemos que la materia de su examen particular fué la mansedumbre, y no la ira, y de San Vicente de Paúl, la humildad, y no la soberbia.

Además, este examen debe concretarse á combatir un solo vicio, ó adquirir una sola virtud, que por eso se llama particular, y conviene que así se haga, porque de esa manera el resultado es mucho más seguro y eficaz que si pretendiéramos desarraigar muchos vicios ó adquirir muchas virtudes á la vez; y el no hacerlo así es causa de que jamás logremos desarraigar del corazón ninguna mala costumbre, sino que hemos de procurar ejercitarnos en una virtud hasta el fin y después emprender otra. Y aun la práctica de la virtud objeto del examen, conviene distribuirla en partes ó grados, é ir poco á poco ejercitándonos en ellos, comenzando por los actos más fáciles de practicar, hasta lograr la perfecta posesión ó adquisición de la misma. Cuanto al tiempo que debe durar este empeño en desarraigar el vicio ó adquirir la virtud opuesta, San Bernardo y Hugo de San Víctor, citados por el P. Rodríguez (1), dicen que se ha de combatir contra un vicio, directa ó indirectamente, hasta que vaya tan de caída, que con facilidad se le pueda reprimir y sujetar á la razón, aunque se emplee en ello mucho tiempo. Esto no debe extrañarnos, ni mucho menos desalentarnos, pues de San Francisco de Sales se lee, que siendo de carácter sobremanera irritable é impetuoso, al cabo de veinte años de lucha logró dominar y vencer esta pasión, de tal suerte, que la dulzura y mansedumbre llegaron á constituir su carácter distintivo (2). Después de veinticinco años de continuo examen sobre la humildad, logró también San Vicente de Paúl arraigarla profundamente en

(1) Part. I, trat. VII, cap. 6.

(2) Nepueu, Pens. crist., tom. IV.



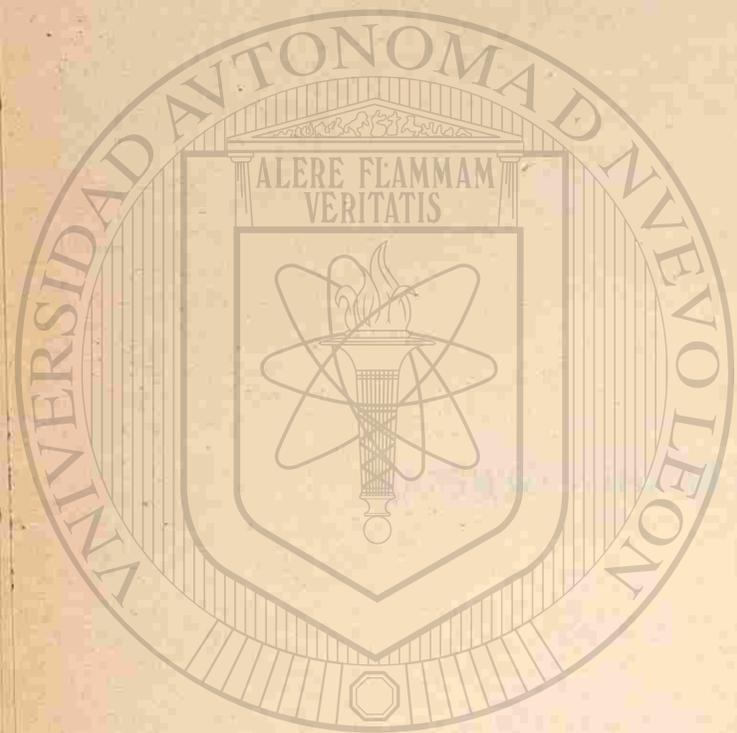
U A N L

DEL EXAMEN GENERAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

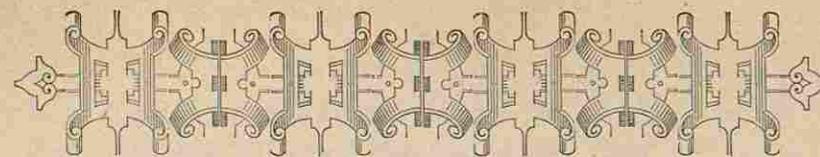
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## DEL EXAMEN GENERAL



GENERALMENTE hablando, el hombre no suele poner los ojos en el modo como usa de la vida que ha recibido de Dios para emplearla en su amor y servicio (1); no examina ni consulta consigo la bondad ó malicia de sus acciones, esto es, si andan ó no ajustadas á los preceptos de la Ley divina: diríase que el negocio del alma lo tiene completamente olvidado. En cambio, suele ser harto solícito y minucioso en lo relativo al alma del negocio. El amador del mundo vive engolfado en la ignominiosa servidumbre de los vicios, *amando la vanidad y buscando la mentira* (2). El avariento no piensa sino en acrecentar sus caudales, y en ellos *tiene puesto el corazón, como en su tesoro* (3). El comerciante apenas come, ni sosiega, ni acierta á hablar sino de sus empresas y negocios, y todo lo encamina á ellos, movido por el desapoderado afán de enriquecerse; llegada la noche, busca en sus cuentas la ganancia del día, y si en ellas reconoce pérdida, para el día siguiente procura restaurarla á

(1) Matth., IV, 10.—Luc., X, 27.

(2) Psal. IV, 3.

(3) Matth., VI, 21.

toda costa. Verdaderamente *los hijos de este siglo son en sus negocios más sagaces que los hijos de la luz* (1) en el negocio de su alma. Por eso Jesucristo—que reprueba este afán inmoderado por las cosas temporales (2)—nos dice á nosotros, que somos hijos de la luz (3): *Atesorad para vosotros tesoros en el cielo, donde no hay polilla que los consuma, ni ladrones que los desentierren y roben* (4), y estos tesoros son las virtudes, verdadera riqueza del alma que *nadie nos puede arrebatar* (5). El campo donde han de crecer y fructificar estas virtudes es nuestra alma—comparada en el Evangelio á la viña del padre de familias (6)—y Dios nos la ha confiado para que nos consagremos á su cultivo, en primer lugar, *arrancando y destruyendo* las malas hierbas de los vicios y pasiones, y luego *edificando y plantando* virtudes y buenas obras (7).

Pues bien; el medio más adecuado para lograr en breve tiempo estos maravillosos resultados, es «el examen general» de nuestra conciencia», porque sirve como de escardillo, dice el P. Rodríguez, para quitar y arrancar el vicio y la pasión que comenzaba á despuntar, y al mismo tiempo nos ayuda en la adquisición de las virtudes, noble patrimonio del espíritu (8).

Aunque este examen general constituye uno de los medios secundarios ó indirectos para adquirir la perfección, ocupa, no obstante, un lugar muy principal entre los demás, y de ello intento persuadiros. Veamos «cuánto importa» al alma este ejercicio, y «el modo» de practicarlo con provecho.

*Su importancia.* La perfección, considerada en su esencia, no tiene término; es un mar sin fondo y sin riberas,

(1) Luc., XVI, 8.  
(2) Luc., X, 41.  
(3) Ephes., V, 8.  
(4) Matth., VI, 20.

(5) Rom., VIII, 35.  
(6) Isaf., V, 4.—Matth., XX, 1.  
(7) Jerem., I, 10.  
(8) Part. I, trat. VII, cap. 1.

ya que procede de Dios, manantial inagotable de santidad (1). Cuando el alma, por la práctica de la mortificación y el ejercicio de las virtudes, logra adquirir un grado de perfección, luego descubre otro, y tras éste, otro de mayor encanto la atrae, la seduce y enajena, y así es llevada como en triunfo por las misteriosas regiones de la gracia, henchidas de luz y de amor, hasta que logra alcanzar el más excelente que consiste en la unión íntima con su Dios (2). El camino que á esta unión conduce es Jesucristo (3), pues *nadie va al Padre sino por su Hijo* (4), y seguir á Cristo es cumplir la voluntad de su Padre, y quien pone la voluntad divina en medio de su corazón (5) le convierte en *templo de Dios y en morada del Espíritu Santo* (6).

Pero esto, hermanas mías, exige una transformación completa en el corazón humano; esto pide un cambio radical en sus sentimientos, en sus deseos, en sus afectos y tendencias; esto reclama la negación absoluta de la propia voluntad y juicio; en una palabra, esto supone una vida sobrenatural, que no suele adquirirse sino después de rudos combates con los apetitos y pasiones. «Cuando el corazón quede enteramente vacío de todas las cosas, dice San Juan de la Cruz, entonces será digno templo de su Majestad, porque no consiente Dios que more otra cosa consigo» (7). Esta es la idea que descuello en todas las cartas de San Pablo, pues nos dice repetidamente que *dejemos las obras de las tinieblas, y nos vistamos de las armas de la luz* (8); que *renovemos el interior de nuestra alma* (9) y *nos revistamos de Nuestro Señor Jesucristo* (10). Las obras de las tinieblas están simboli-

(1) Psal. CXLIV, 3.  
(2) Psal. IV, 9.—Psal. LXXXIII,  
(3) Joann., XIV, 6.—Joann., X, 9.  
(4) Joann., VI, 44.  
(5) Psal. XXXIX, 9.

(6) Joann., XIV, 23.—Corinth., III, 16.—I. Corinth., VII, 19.  
(7) Subida al Monte, lib. 1, cap. 5.  
(8) Rom., XIII, 12.  
(9) Ephes., IV, 23.  
(10) Rom., XIII, 14.

zadas en las pasiones; las armas de la luz en la caridad, que constituye el carácter del cristiano (1).

Ahora bien; el medio más eficaz de conseguir esta renovación del espíritu, es el conocimiento de nosotros mismos, y éste lo alcanzaremos mediante la inquisición y severo examen de la conciencia, porque es evidente que no podremos ser perfectos mientras no evitemos el pecado, ni podremos evitarlo sin conocerlo, ni conocerlo sin la práctica constante de este examen, el cual nos descubre su origen, sus caracteres y sus tendencias, y nos facilita los medios para evitarlo. Á este examen aludía el rey Ezequías cuando dijo: *Recapitaré y examinaré los años de mi vida con amargura de mi alma* (2); y el que hacía Job diciendo á Dios: *Manifiéstame cuántas iniquidades y pecados tengo cometidos* (3); y de él nos habla también el real Profeta: *¿Quién conoce los delitos? Purifícame, Señor, de los ocultos, y perdona á tu siervo los ajenos* (4). Ya no debe extrañarnos que todos los Santos fundadores, en las Reglas que daban á sus monjes, consignaran este santo ejercicio, pues conocían por experiencia los admirables frutos que produce en el alma de quien asiduamente lo practica. San Basilio el Grande, que fué como el padre de todos los monjes de Oriente, dióles unas Reglas que contenían la más elevada perfección, y en ellas se inspiraron los Santos fundadores de las demás Órdenes religiosas (5), como San Francisco, San Agustín, San Bernardo, San Buenaventura y otros; todos comúnmente tienen prescripto en sus Reglas el examen general de la conciencia. San Ignacio, no contento con examinarse dos veces cada día—lo cual aconseja á sus hijos espirituales,—recogíase cada hora en el santuario de su corazón para examinar minuciosamente los

(1) Joann., XIII, 35.—Rom., V, 5.—Ephes., V, 8.

(2) Isai., XXXVIII, 15.

(3) Job, XIII, 23.

(4) Psal. XVIII, 13.

(5) Croisset, 14 Junio.

pensamientos, palabras y obras en que había empleado tan corto espacio de tiempo, y solía decir que no comprendía cómo se pudiese aspirar á la santidad sin estar vigilando continuamente el propio corazón (1), en el cual Dios tiene puestos siempre sus ojos (2). Hasta el mismo día de su muerte aparecieron debajo de la almohada anotadas las omisiones de algunos actos de virtud que sus grandes padecimientos le habían impedido practicar. ¿Columbráis ya la importancia de este examen, como medio adecuado para lograr la perfección?...

*Práctica.* Tratándose de una práctica tan esencial en la vida religiosa, como lo es el examen de la conciencia, toda vez que nos ayuda eficazmente á lograr la pureza del corazón, tan amada de Dios (3), debemos poner especial empeño en aprovecharnos de los documentos y reglas que nos ofrecen los Santos para practicarlo debidamente. Sea nuestro guía el experimentado maestro San Ignacio de Loyola, el cual nos dice en su admirable libro de los Ejercicios: «Dos son los exámenes diarios que ha de traer toda alma que aspire á la perfección. Uno general de todas las faltas que en el día hubiere hecho en pensamientos, palabras, obras y omisiones. Otro particular, que se hace de una sola cosa, por ejemplo, de la humildad, de la obediencia, etc.» El general, de que ahora hablamos, consta de cinco actos.

1.º «Dar gracias á Dios por los beneficios recibidos.» Difícil es en este punto hallar almas que hayan recibido de Dios mayores gracias y mercedes que las religiosas. Aunque sólo fuera por el don inestimable de la vocación al estado religioso, debiera henchirse de gratitud vuestro corazón,

(1) Nolasci in Vita, cap. 24.—Scaramelli, tom. 1, art. 9.

(2) I. Paral., XXVIII, 9.—Eccli., XXXIV, 15.

(3) Isai., I, 16.—Matth., V, 8.—Cant., II, 16.

porque es un bien que encierra todos los bienes (1); una gracia que es manantial de innumerables gracias y una señal moralmente cierta de predestinación á la gloria (2). Añadid á esta gracia de primer orden las innumerables que estáis recibiendo á cada momento, y las luces é inspiraciones con las cuales el Espíritu Santo os mueve y llama á más subida perfección (3), y los peligros y caídas de que os preserva el ángel que os acompaña por orden de Dios (4), que nunca os deja de su mano (5), y los medios de santificación que os ofrece el mismo estado que profesáis, y la recepción frecuente de los Santos Sacramentos, y los buenos ejemplos de vuestras hermanas, y los ayunos y penitencias voluntarias, y las lecturas devotas, y la oración diaria, y el rezo del Oficio que os convierte en ángeles, y la palabra divina que os instruye y os reprende y os santifica (6). Todo este cúmulo de gracias debe anonadaros y confundiros y obligaros á exclamar con el Profeta: *¿Cómo podré corresponder al Señor por todas las mercedes que me ha hecho?* (7).

2.º El segundo acto consiste en «pedir al Señor luz para conocer las faltas y pecados que hemos cometido, y gracia para aborrecerlos y detestarlos». Desgraciadamente no nos conocemos; el amor propio, tan lisonjero con nosotros, obscurece nuestro entendimiento para que no logremos conocer el número y gravedad de nuestras faltas, y si algunas observamos, le sobran razones aparentes para desvirtuar á nuestros ojos la gravedad y transcendencia de las mismas. Por esto necesitamos que una luz superior, que una luz increada penetre en nuestra conciencia y la alumbré y nos ayude á apreciar con exactitud el número y gravedad de las faltas é

(1) Sapient., VII, 11-14.

(2) Rom., VIII, 30.

(3) Joann., III, 8.

(4) Exod., XXIII, 20.—Hebræ, I, 14.—S. Bern., abb., Serm. 11.

(5) Psal. XC, 12.

(6) II. Timoth., III, 16.—Ephes., VI, 17.—I. Timoth., IV, 5.

(7) Psal. CXV, 12.

imperfecciones que hemos cometido para dolernos de ellas, diciendo con el Santo Rey David: *Da, Señor, luz á mi alma; esclarece, Dios mio, mis tinieblas* (1). *Muéstrame los pecados que he cometido* (2).

3.º El tercero, en «pedir cuenta á nuestra alma» de las veces que ha faltado, desde el último examen, con el pensamiento, con la palabra ó con la obra. «Este examen, dice San Juan Crisóstomo, debe hacerse minuciosa y sosegadamente; no como el particular, que versa sobre un solo vicio ó virtud, sino sobre todas y cada una de las obras practicadas en todo aquel día, sin despreciar las pequeñas ó menos importantes, al parecer, porque si éstas no se evitan, insensiblemente echarán raíces en el corazón, y andando el tiempo llegarán á dominarnos» (3). Examinemos si al levantarnos por la mañana hemos condescendido algunos minutos con la pereza; si al oír la campana hemos sido puntuales en acudir á los actos de comunidad; si hemos contristado á las hermanas tratándolas con altivez ó desprecio ó con poca caridad y mansedumbre; si hemos murmurado ó mentido para disculparnos, y enfrenado la lengua, sobre todo en horas de silencio, y la curiosidad y deseo de averiguar lo que no nos atañe; si hemos procurado desechar las distracciones voluntarias en la oración ó en el rezo del Oficio; si en la comida hemos mortificado el apetito con la templanza, sobriedad y rectitud de intención; si hemos empleado bien el tiempo, ú omitido por pereza ó repugnancia lo prescripto por la obediencia; si hemos dado entrada en el corazón á alguna mala sospecha, juicio temerario, envidia ó antipatía contra alguna de las hermanas; si hemos sido negligentes en apartar los malos pensamientos, etc. Conviene advertir que, cuando incurramos en alguna falta, no aguar-

(1) Psal. XVII, 29.—Psal. XII, 4.

(2) Job, XIII, 25.

(3) Homil. 43, in Matth.

demostramos á la noche para arrepentirnos de ella, sino al momento que nos sintamos heridos humillémonos contritos en la presencia de Dios, y prosigamos nuestro camino tranquilos y avisados. Buena señal es que sintamos en el alma la ofensa de Dios, siquiera sea leve; indicio es éste de que todavía alienta el fervor en nuestro corazón. ¡Ay de la religiosa á quien no hacen mella estas faltas!, camino es ese que conduce al abismo del pecado mortal, dice el Espíritu Santo (1).

4.º Conocidas las faltas que hemos cometido, procuremos «excitar en nuestro corazón profundos sentimientos de dolor y arrepentimiento», y lograremos esto, si comparamos las gracias y mercedes que de Dios hemos recibido y estamos á toda hora recibiendo, con las infidelidades é ingraticudes en que incurrimos todos los días. El monstruoso contraste que ofrece un Dios tan dadivoso, tan espléndido y manirroto con nuestra alma, y tan despreciado y mal correspondido por ella, forzosamente ha de confundirnos y avergonzarnos en su presencia, y movidos por sincero dolor y arrepentimiento de nuestras culpas, hacernos exclamar con el Profeta: PECCAVI. *Pequé contra Vos, Dios mío; tened misericordia de mí* (2).

5.º Si este dolor es sincero, si nace de un corazón verdaderamente arrepentido de las faltas cometidas, induce naturalmente á «proponer la enmienda en lo sucesivo», y éste es el último acto del examen. Poseída el alma de santo temor y fiando exclusivamente en la divina gracia, resuelva enmendar su vida á toda costa, y al efecto procure investigar minuciosamente las causas y ocasiones de donde proceden las faltas que habitualmente suele cometer, para evitar nuevas caídas. Curadas sus heridas con el bálsamo de la

(1) Eccli. XIX, 1.—Prov., XVI, 25.—Prov., XXIII, 21.—S. August., Epist. ad Seleuc.

(2) II. Reg., XII, 13.—Psal. L. 3.

gracia, y echando al olvido lo pasado—ya que Dios también lo olvida—(1), resuelva proseguir la lucha con nuevos bríos, diciendo con David: NUNC COEPI (2). «Ahora empiezo á conocer mi flaqueza y miseria». Esta mudanza que en mí experimento no puede venir sino de la piadosa mano del Altísimo. Y pidiendo á Dios que bendiga estos propósitos, récese un «Padre nuestro». Y para que grabéis en vuestra memoria los cinco puntos de que consta este examen general de la conciencia, voy á resumirlos en ceñidas palabras. El primero es dar gracias á Dios por los beneficios recibidos. El segundo, pedir á Nuestro Señor gracia para conocer las faltas que hemos cometido. El tercero, examinar nuestra conciencia, discurriendo por los pensamientos, palabras y obras. El cuarto es pedir á Dios perdón de las faltas cometidas, arrepintiéndonos de ellas. El quinto y último, proponer la enmienda con la gracia del Señor, y acabar con un «Padre nuestro» (3). Si de esta manera hacemos el examen, muy pronto nos veremos aprovechados.

Sí, hermanas mías, porque esta es la llave de todo el fervor. La tibieza de muchas almas que aspiran á la perfección resulta del descuido ó indiferencia con que miran este ejercicio, porque se contentan con un examen ligero y con un dolor aparente, y acontece que lo que entonces acaban de llorar y aborrecer, una hora después vuelven á desearlo (4). No obremos nosotros de esta suerte. Convencidos del copioso fruto que produce en el alma este santo ejercicio, si se practica con vivos deseos de aprovechar en la virtud, y sabiendo por experiencia que si no se combaten á todo trance las pasiones y los vicios de nuestra corrompida naturaleza, por fuerza han de echar raíces en el corazón y robu-

(1) Isai., XLIII, 25.—Sapient., XI, 24.—Psal. CII, 12.—Ezech., XVIII, 22.—Hebræ., X, 17.  
(2) Psal. LXXXVI, 11.

(3) Rodríguez, trat. 7, cap. 10.  
(4) P. Nierenberg. Adoración en espíritu, cap. 13.

tecerse y declararnos guerra á muerte, no debemos limitarnos á practicar este examen general—por lo mismo que es tan general,—sino también y con tenaz empeño el particular. La razón es, porque el examen general nos descubre y clasifica la enfermedad del alma, y el particular nos entera de su desarrollo ó progreso, de sus causas y resultados; el examen general tiende á preparar nuestra reconciliación con Dios, limpiándonos de la lepra del pecado, y el particular nos señala las ocasiones y peligros, ó sea la raíz del pecado para arrancarla del corazón; el examen general nos recuerda lo pasado para satisfacer las deudas que con Dios tenemos contraídas, y el particular nos muestra lo presente para precaver los peligros en lo futuro y hacernos gratos á los ojos de Dios. Basten estas consideraciones para movernos á practicar uno y otro examen con verdadero empeño. Porque—no lo dudéis, hermanas mías,—si rehusamos entrar en juicio con nosotros, permitirá Dios que no se quede nada sin castigo; y ¿qué mayor castigo puede Dios permitir, que vernos reducidos á arrastrar toda nuestra vida la infamante cadena de la servidumbre á que nos sujetan nuestras pasiones, siendo así que somos libres *con la libertad que Cristo nos conquistó* (1), la cual es patrimonio exclusivo de los hijos de Dios? (2). Pero si con tiempo prevenidos, *nos juzgáremos á nosotros mismos, no seremos juzgados* con rigor, dice el Apóstol (3), y mientras aquí lo somos, el Señor *nos castiga como hijos* (4), para que no seamos condenados en el último día. Y esto es muy consolador, porque siendo nosotros reos y culpados, Dios nos hace jueces en propia causa, y puesto caso que sea recto nuestro juicio, la justicia divina se da por contenta y satisfecha. Ya, pues, que es imposible evitar todo juicio, ó

(1) Galat., IV, 31.

(2) II. Corinth., III, 17.

(3) I. Corinth., XI, 31.

(4) I. Corinth., XI, 32.—Hebræ., XII, 6-8.

procuramos juzgarnos antes, pesando nuestras faltas en *la balanza del santuario* (1), ó el Señor lo hará muy á nuestra costa (2).

En consecuencia, sentémonos todos los días en nuestro tribunal, como dice San Agustín, y pensando que Dios penetra con su mirada hasta el fondo de nuestro corazón (3), sentenciamos nuestra causa con tanto rigor y rectitud, como si estuviéramos en aquel tremendo día del juicio final. No queramos engañarnos y seamos fieles á Cristo; no se nos pase el menor agravio ú ofensa suya sin venganza; humillémonos con dolor y lágrimas de las más pequeñas faltas; pongámonos constante y varonilmente con la gracia de Dios no volver á cometerlas, y de esta suerte le experimentaremos en todas las cosas fidelísimo é indulgente (4). Pongamos por fiadores á la Santísima Virgen, Nuestra Señora, y á los Santos patronos de la Congregación, y para que mejor cumplamos nuestros propósitos, añadamos alguna pena ó castigo voluntario, aunque sea muy ligero, pero que logre impresionarnos saludablemente. Procuremos mejorarnos á toda costa, porque si los ángeles se gozan con un pecador penitente (5), ¿cómo no se alegrarán con un justo que cada día trabaja para serlo más? (6).

No quisiera concluir, hermanas mías, dada la importancia del asunto. Veamos sobre nosotros mismos para no caer en tentación (7); veamos sobre nuestras inclinaciones, para que el ladrón nocturno no nos sorprenda (8); veamos sobre nuestros afectos y apetitos, porque *si el fuerte armado defien-*

(1) Levit., XIX, 35-36.

(2) Psal. LXXIV, 3.—Nieremberg. Ador. en espírit., cap. 13.

(3) I. Reg., XVI, 7.—I. Paralip., XXVIII, 9.—II. Paralip., VI, 30.—Psal. VII, 10.—Jerem., XVII, 10.—Jerem., XX, 12.

(4) Job, XXXV, 14.—Ezech., XVIII, 22.

(5) Luc., XV, 10.

(6) Psal., LXXXIII, 8.—Apocal., XXII, 11.

(7) Matth., XXVI, 41.—Marc., XIV, 38.

(8) Luc., XII, 39.—Psal. XC, 5.

de el atrio de su casa, no será tomada (1), y como las vírgenes prudentes, no cesemos de alimentar nuestras lámparas, para cuando se nos diga: *He aquí que viene el Esposo* (2); vivamos apercibidos para el día del Señor, á fin de poder decir con el Apóstol: *He peleado con valor; he concluído mi carrera conservando la fe; ahora me está preparada la corona de justicia, que me dará en su día el justo Juez, lo mismo que á cuantos le amen* (3). Ésta os deseo con toda mi alma.

(1) Luc., XI, 21.

(2) Matth., XXV, 6.

(3) II. Timoth., IV, 7.—I. Corinth., IX, 25.



DE LA MORTIFICACIÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de el atrio de su casa, no será tomada (1), y como las vírgenes prudentes, no cesemos de alimentar nuestras lámparas, para cuando se nos diga: *He aquí que viene el Esposo* (2); vivamos apercibidos para el día del Señor, á fin de poder decir con el Apóstol: *He peleado con valor; he concluído mi carrera conservando la fe; ahora me está preparada la corona de justicia, que me dará en su día el justo Juez, lo mismo que á cuantos le amen* (3). Ésta os deseo con toda mi alma.

(1) Luc., XI, 21.

(2) Matth., XXV, 6.

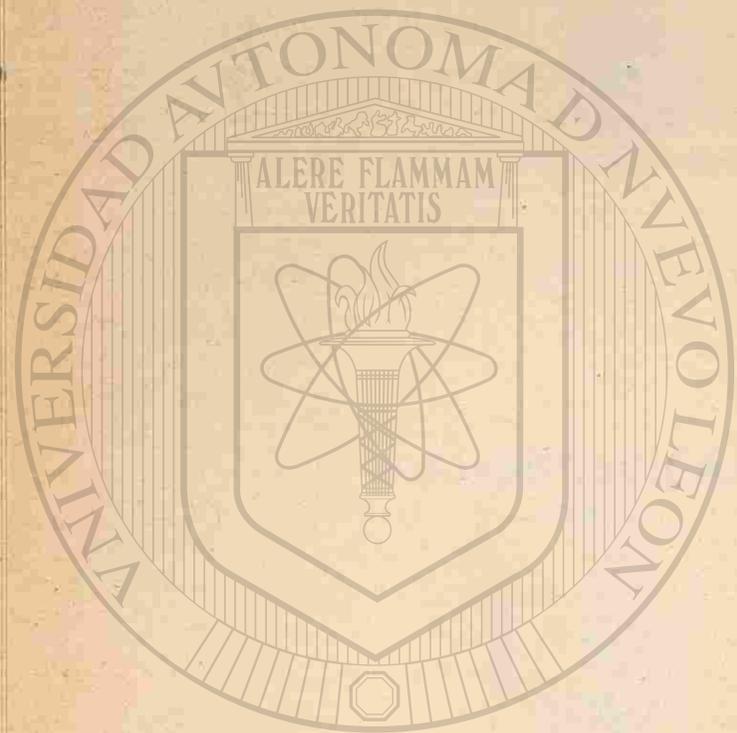
(3) II. Timoth., IV, 7.—I. Corinth., IX, 25.



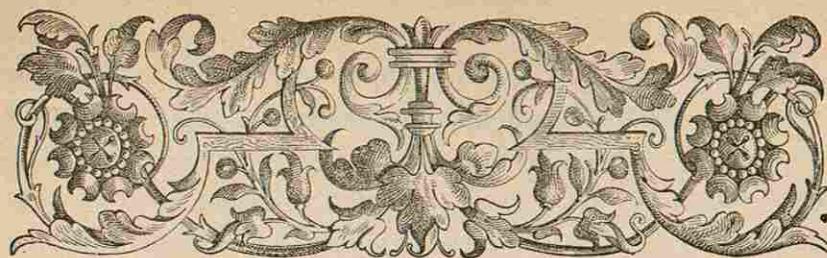
DE LA MORTIFICACIÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## DE LA MORTIFICACIÓN

**L**a educación es una de las virtudes sociales de la cual no debe el hombre prescindir, si quiere hacerse digno del aprecio y consideración de sus semejantes. La educación es un freno, y quien carece de ella, no sabe reprimir los instintos y demasías de su inculta naturaleza, y por lo mismo, no puede vivir en sociedad. Esto es evidente. Pues bien: lo que es la educación para el hombre constituido en sociedad, lo es la mortificación para el que profesa la vida religiosa, pero con notable diferencia, porque la educación se limita á refrenar los actos externos que puedan molestar á nuestros semejantes, y en ella caben la simulación y la hipocresía; pero la mortificación cristiana—virtud impuesta por Dios, autor del cuerpo y del alma (1)—abarca todo el sér humano, el cuerpo con sus sentidos, el alma con sus potencias y el corazón con sus pasiones y apetitos. La sociedad

(1) Génes., II, 7; Job, X, 8; Psal. XCIX, 3; Psal. CXVIII, 73; I. Corinth., XV, 45.

se contenta con que el hombre aparezca en su exterior fino, atento y obsequioso, aunque abrigue en su pecho un corazón podrido por los vicios. Pero *Dios, que escudriña el corazón y las entrañas* (1); *Dios, que es espíritu* (2), *y quiere ser adorado y servido en espíritu y en verdad* (3), le exige además que *crucifique la carne con sus vicios y concupiscencias* (4), que niegue su voluntad y juicio; en una palabra, que muera al mundo y á sí mismo para vivir vida de espíritu (5).

Y ¿cómo podremos vivir vida de espíritu, si no procuramos *destruir las obras de la carne*, enfrenando sus bríos y *reduciéndola á servidumbre* con la mortificación y penitencia? (6). Y sin la práctica de esta mortificación, amarga pero saludable, ¿qué progresos pensamos hacer en el camino de la santidad á que somos llamados? Ninguno, ni siquiera podremos dar un paso; al primer ataque sucumbiremos, y sabido es que el enemigo con la victoria adquiere mayores bríos. Veamos «en qué consiste» esta virtud y «cómo» debemos practicarla.

Que el Espíritu Santo alumbré mi entendimiento y ponga en mi boca palabras eficaces que logren enamorarnos de esta excelentísima virtud, tan agradable á los ojos de Dios y tan necesaria para los que aspiramos á la perfección de la caridad (7).

#### Mortificación en general

La mortificación no es más que una privación ó un dolor libremente aceptados. Esta virtud tiene la propiedad admirable de poner en perfecto equilibrio la parte moral del hombre, dándole lo que le falta y quitándole lo que le sobra

(1) Jerem., XVII, 10; I. Reg., XVI, 7; Apocal., II, 23.

(2) Joann., IV, 24.

(3) II. Corinth., III, 17; Rom., VII, 6.

(4) Coloss., III, 5; Galat., V, 24.

(5) Rom., VIII, 13.

(6) I. Corinth., IX, 27.

(7) Ephes., IV, 13; Coloss., I, 28.

y perjudica. Por eso vemos que al soberbio que la practica lo hace humilde; al avaro lo hace caritativo; al voluptuoso, casto; al impío, devoto, y al devoto, justo y santo. La razón es porque la mortificación apaga ó mitiga el fuego de las pasiones, y amortiguando en ellas la tendencia ó instinto carnal que degrada al hombre, les comunica el espiritual que le ennoblece y fortifica. De suerte que la mortificación tiene la virtud maravillosa de cambiar radicalmente la economía de nuestro sér. Los mundanos la temen, huyen de ella como de la muerte, y se comprende, porque ellos creen—á lo menos así lo dicen—que han venido al mundo para gozar, para satisfacer sus pasiones y apetitos depravados (1). Pero se engañan lastimosamente, porque nuestro destino es mucho más noble y transcendental; hemos nacido para hacer la voluntad de Dios Nuestro Criador (2), *y la voluntad de Dios es que seamos santos, como Él es santo* (3); la voluntad de Dios es *que seamos perfectos, como lo es nuestro Padre celestial* (4), y el medio infalible para lograr esta santidad y perfección nos lo indica Jesucristo por San Mateo (5). *El reino de los cielos, dice, se alcanza á viva fuerza, y los que se la hacen á sí mismos son los que lo arrebatan*. Y entendemos por violencia, el impulso contrario al movimiento ó tendencia natural de las cosas. Si arrojamos á lo alto una piedra, este impulso que la damos para que suba es forzado y violento, porque la piedra es pesada y por su naturaleza tiende, no á subir, sino á bajar. El que navega contra la corriente de un río, ¡cuánto no se esfuerza y fatiga para no ser arrastrado por ella! Pues bien: como quiera que nuestra naturaleza, herida de muerte en el paraíso, nos inclina á los placeres del sentido, á la satisfacción de los apetitos, á vengar las injurias, etc., porque ésta

(1) Isai., XXII, 13; Isai., LVI, 12; I. Corinth., XV, 32.

(2) Matth., VI, 10.

(3) Levit., XI, 44; I. Petr., I, 16.

(4) Matth., V, 48.

(5) Matth., XI, 12.

es su tendencia; cuando por la mortificación enfrenamos todos estos deseos y apetitos, opuestos á la ley de Dios y á la recta razón, entonces decimos que nos hacemos violencia, porque luchamos contra la corriente de nuestra naturaleza para subir y lograr el reino de los cielos.

Y si esta fuerza y violencia que debemos hacernos es, como acabáis de oír, un precepto expreso en el santo Evangelio, un deber ineludible que incumbe al cristiano que desee entrar en el reino de los cielos, ¿qué deberá hacer el religioso para lograr un puesto eminente y distinguido en ese reino, es decir, para alcanzar la perfección de su estado?... El santo Job dice que *la vida del hombre es una lucha continua sobre la tierra* (1); y si para llevar una vida honesta y cristiana se necesita luchar con las malas inclinaciones, ¿qué lucha, qué combate, qué batalla no será menester para llevar, no una vida honesta y cristiana, sino perfecta?... Luego la vida perfecta estriba en luchar con nosotros mismos, en vencer las malas inclinaciones, en negar la propia voluntad y juicio y en cumplir el consejo que da Jesucristo á quien quiera seguirle: *Quien quiera seguirme, dice, niéguese á sí mismo* (2), y esta negación incluye la muerte espiritual del hombre todo entero. Sí, hermanas más; al religioso se le pide que muera; más aún: al religioso se le supone muerto, muerto á sí mismo y á cuanto le rodea: Así lo dice San Pablo: *MORTUI ESTIS: estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios* (3). Y ¿cómo se llega á este grado tan subido de perfección? Pues se llega por medio de la mortificación exterior é interior; y ved aquí indicadas las dos maneras de penitencia y mortificación en que debemos ejercitarnos toda nuestra vida. Una «corporal» que castiga y aflige el cuerpo, y ésta es la que llamamos penitencia exterior. Otra «espiritual», más precio-

(1) Job, VII, 1; Job, XIV, 14;  
II. Timoth., III, 12.

(2) Matth., XVI, 24; Luc., IX, 23.  
(3) Coloss., III, 3.

sa y subida que la primera, y consiste en regir y gobernar los movimientos ó tendencias de nuestro apetito y en pelear contra los vicios y malas inclinaciones.

### Mortificación exterior

Hablemos, en primer lugar, de la mortificación «exterior» ó del cuerpo y sus sentidos. No debo esforzarme en probaros la necesidad que tenemos de mortificar nuestra carne, en primer lugar, porque hablo á religiosas avezadas á este linaje de penitencia, y también porque con harta elocuencia lo está exigiendo la lucha que todos experimentamos *entre la ley de nuestros miembros y la ley del espíritu* (1); lucha que menciona San Pablo en su carta á los romanos, y de la cual deduce como consecuencia la necesidad de mortificarnos para afligir y humillar este *cuerpo de pecado*, diciendo: *Castigo mi cuerpo y lo reduzco á servidumbre, no sea que, habiendo predicado esto mismo á los demás, venga yo á ser reprobado* (2). Los maestros de la vida espiritual se muestran inflexibles en este punto. El P. Nieremberg llega á decir que, «aunque es tan gran »bien la oración, más vale que seamos mortificados que no »hombres de oración; porque la oración sin mortificación, ó »es ilusión, ó no será oración. Por mucho que oremos, no sere- »mos perfectos si no somos mortificados» (3). Y San Juan de la Cruz añade, que «al que desapruera la mortificación del cuer- »po no debemos darle crédito, aunque haga milagros» (4). Y con harta razón, porque en este mundo todo está sujeto á mudanza; pero las necesidades espirituales del hombre son y serán siempre las mismas; el mundo, el demonio y la carne serán siempre enemigos del alma, y por eso en todo tiempo y lugar, y cualquiera que sea el grado de perfección á que

(1) Galat., V, 17; Sapient., IX, 15.  
(2) Rom., VII, 23; I. Corinth., IX,  
27.

(3) Dictám. de espirit., n. 18.  
(4) Obras, tom. 1.º, introduc.  
27.

haya llegado el alma, la mortificación de la carne es, no ya sólo útil, no ya sólo conveniente, sino de todo punto necesaria. A este propósito dice Santa Teresa «que lo primero que »hemos de procurar es quitar de nosotros el amor demasiado de este cuerpo, pues somos tan regalados de nuestro »natural y tan amigos de nuestra salud, que es cosa para »alabar á Dios la guerra que damos. Algunas religiosas— »prosigue diciendo—no parece que han venido á la Religión »sino para no morir; cada una lo procura como puede. »Pues entiendan que venimos á la Religión á morir por Cristo y no á regalarnos por Cristo». Y añade: «La religiosa »que no es mortificada, no es buena para el colegio de »Cristo» (1).

*División.* Entre las mortificaciones del cuerpo, las hay «aflictivas» y «privativas». Las aflictivas consisten en el uso del cilicio, disciplina, ayuno, etc. De éstas no debo decir una palabra, porque todas han de ser aprobadas por el director de nuestra alma, ya que él conoce ó debe conocer nuestras necesidades espirituales; y entended, hermanas mías, que cualquiera mortificación que se practique en el cuerpo sin el consentimiento ó contra la voluntad expresa de nuestro director, que está en lugar de Dios (2), lejos de merecer recompensa, será digna de castigo, como dice el Señor por Isaías (3), porque *Dios prefiere la obediencia al sacrificio* (4). Pero hay otra mortificación, llamada privativa, que debe practicarse en todo tiempo y lugar, y no menoscaba ni debilita las fuerzas del cuerpo, y consiste en mortificar los sentidos.

*Los sentidos del hombre*, dice la Sagrada Escritura, *desde su nacimiento son mal inclinados* (5), y cada uno busca el deleite

(1) Camin. de perf., caps. 10 y 12.  
 (2) Luc., X, 16; I. Joann., IV, 6.  
 (3) Isai., LVIII, 3; Osee, VI, 6; Matth., IX, 13.

(4) I. Reg., XV, 22; Osee, VI, 6.  
 (5) Génes., VIII, 21.

que le es propio; en su corazón tiene los *enemigos domésticos* (1), que son las pasiones, las cuales padecen hambre canina y sed insaciable de deleites; porque, como nota el Sabio, *ni el ojo se harta de ver, ni el oído de oír* (2) cosas nuevas; y si un poco de tiempo se ven hartos, vuelven después á tener hambre y sed de lo mismo con mayores ansias. Y así, el único remedio que nos queda para evitar tantos peligros, es mortificar con gran valor este apetito y cerrar las puertas de los sentidos, negándoles lo que desean.

*Ojos.* En primer lugar, debemos mortificar el sentido de la vista, porque es luz y guía del cuerpo en todas sus obras y movimientos; de suerte que de la mortificación de este sentido depende en gran parte la reformación del hombre interior y exterior, en las obras que le son propias. Llama la atención que Dios, al mismo tiempo que nos pide el corazón, exija que no apartemos nuestros ojos de sus preceptos (3). *Dame, hijo, tu corazón*, nos dice, *y pon tus ojos en mis santos preceptos*. Junta los ojos con el corazón, porque hay gran simpatía del corazón con los ojos, de suerte que bien podemos decir que los ojos están en el corazón y el corazón en los ojos (4), porque lo que el corazón ama desean ver los ojos, y por esta vista se complace en ello el corazón. El profeta Jeremías llama á los sentidos del cuerpo *ventanas por donde entra la muerte del alma* (5). Y ¡cuán caras suelen costar las curiosidades toleradas á este sentido del cuerpo! Miró Eva el árbol vedado, dióla gana de comer de su fruto porque la pareció hermoso; comió é hizo comer á su marido, y esta comida fué muerte para ellos y para todo el linaje humano (6). Dina, hija de Jacob, perdió la honra—joya inestimable en

(1) Mich., VII, 6; Matth., X, 36.  
 (2) Ecclesiast., I, 8; Imitac., lib. 5, cap. 1.  
 (3) Prov. XXIII, 26.

(4) Job., XXXI, 7.  
 (5) Jerem., IX, 21; S. Greg., Moral., cap. 2.  
 (6) Génes. III, 6; Eccli., XXV, 33.

una doncella—por haber satisfecho una curiosidad (1). El Profeta David sabemos en qué abismo de miserias vino á caer por no haber mortificado la vista (2). Y nosotros mismos podemos atestiguar la parte principalísima que tienen los ojos no mortificados en las luchas de la carne contra el espíritu. Por lo mismo, conviene no ponerlos detenidamente en personas del otro sexo, ni en objetos que por su naturaleza ó por nuestra fragilidad ofrezcan algún peligro; ni volvamos ligeramente la cabeza á uno y otro lado, siquiera para no desedificar á los que tan buen concepto tienen de nosotros; y si bien no hemos de andar con los ojos cerrados, pero sea de suerte que podamos decir: «Veo, pero no miro».

*Oídos.* También debemos mortificar los oídos, no poniendo atención á la murmuración ó maledicencia, que constituyen el tema obligado de las gentes poco temerosas de Dios. En estos casos, procuremos desviar con delicadeza la conversación, y si esto no nos fuere posible por ser de mucha autoridad las personas que hablan, mostremos mal rostro á lo que dicen, para que entiendan que no nos parece bien aquéllo, ni gustamos de oírlo; pues, como dice el Espíritu Santo, *con la tristeza y gravedad del semblante se corrige el corazón del que peca* (3); y por ahí vienen á entender y caer en la cuenta que obran mal. Tampoco debemos complacernos en las lisonjas ó frases de mundano afecto que se nos dirijan, porque estas palabras blandas suelen causar desastroso efecto en el corazón, son el manjar predilecto del amor propio y redundan en menoscabo de la humildad, bajo cuya benéfica sombra debemos vivir siempre. Y si no podemos evitar estas ú otras frases impertinentes, portémonos de suerte que lo-gremos afirmar con verdad: «Oigo, pero no escucho».

(1) Génes., XXXIV, 2.

(2) II. Reg., XI, 2.

(3) Prov., XXV, 23; Ecclesiast., VII, 4.

*Lengua.* Y ¿qué diremos de la lengua?... De ella afirma el apóstol Santiago, «que es un fuego del que se originan »grandes incendios de guerras y discordias» (1). *Ella es un manantial de iniquidad*, y tan difícil de enfrenar, añade el santo, que *quien no tropieza en palabras, puede decir que es varón perfecto* y que puede tener á raya sus pasiones (2). Por lo mismo, no hablemos sino cuando lo exijan la necesidad, la utilidad ó caridad para con el prójimo. *No salga palabra mala de vuestra boca*, dice San Pablo (3), sino todas vuestras pláticas sean siempre de cosas de edificación y de provecho para los oyentes, que los enciendan é inflamen en el amor de Dios y en deseo de la virtud y perfección. Tomando esto en cuenta, procuremos no hablar mucho, ni mentir, ni murmurar, ni criticar la conducta ó modo de pensar de nuestros semejantes, ni mucho menos de nuestros superiores, porque «esto sería »pestilencia», dice Santa Teresa; ni hablar en horas de silencio, sin evidente necesidad; ni de nosotros mismos, ni de nuestra patria, ni de nuestra familia, porque á todo eso hemos renunciado, y nuestra familia son los Santos, y nuestra patria, el cielo, y nuestro padre, Dios.

*Tacto.* Últimamente, seamos muy circunspectos en el sentido del tacto, el más pernicioso de todos, dice San Basilio, por estar derramado por todos los miembros del cuerpo, y éste es sumamente impresionable. Por lo mismo, debemos tratarlo con rigor, para que no padezca detrimento la virtud angélica; y si bien el sentimiento no es pecado, mientras lo repugne la voluntad, pero abre camino al consentimiento y á la muerte del alma. Y así, procuremos no poner las manos sobre otros sin necesidad, y en general evitemos todo juego de manos, impropio, no sólo del religioso, sino aun de toda

(1) Jacob., III, 6; Eccli., XXXVII, 21.

(2) Jacob., III, 2.

(3) Ephes., IV, 29; I. Petr., III, 10; Ephes., V, 4.

persona bien educada. Seamos también circunspectos en el servicio de nuestro propio cuerpo, y suframos con paciencia las enfermedades, dolores, frío, calor y demás molestias que no podamos evitar, procurando tenerle siempre á raya, esto es, tenerle sujeto al espíritu, porque es esclavo y no dueño.

### Mortificación interior

El segundo medio que debemos practicar los que deseamos imitar á Jesucristo, es la mortificación interior, incluida en la frase: *niéguese á sí mismo*. Esta virtud es mucho más ardua y difícil de lo que parece, y muy pocos logran alcanzarla, por supuesto, por falta de resolución, porque, como dice San Jerónimo, «una cosa es renunciar y morir á las cosas del mundo, y otra renunciar á la propiedad espiritual del juicio y propia voluntad» (1).

*Juicio propio.* Lo primero que se ha de mortificar—dice San Felipe Neri—es el propio juicio, llamado por el profeta Ezequiel *ídolo del cielo para provocar á emulación* (2); ídolo abominable que desgraciadamente halla adoradores, aun entre personas consagradas á Dios, las cuales, harto pagadas de sí mismas, quieren vivir á su antojo, atropellando los preceptos divinos y el parecer de sus Superiores, y procurando introducir el suyo con título de celo. A este ídolo cruel adoró y consultó nuestra madre Eva, anteponiendo su propio juicio al juicio de Dios (3) y sumiendo al linaje humano en un abismo de desdichas. A este ídolo rindió homenaje el rey Saúl, y quedó privado del reino de Israel (4); pues, como dice Casiano, «ningún vicio tiene Satanás con que más pronto nos despeñe, que con el propio juicio» (5). Cierto que es muy difícil de vencer por lo arraigado que está en nuestro cora-

(1) Lib. 3, in Matth., cap. 19.

(2) Ezech., VIII, 3.

(3) Génes., II, 17.

(4) I. Reg., XIII, 12.

(5) Collat. 2, cap. 5.

zón, y no obstante, es la primera condición que exige el Salvador divino á quien desee imitarlo. *Quien quiera seguirme, dice, reniegue de sí mismo* (1), esto es, deponga todo orgullo, toda presunción, toda soberbia; renuncie con gusto al propio parecer; desconfíe enteramente de sí mismo; ceda á la opinión ajena y desprecie por humildad la propia; créase el más digno de desprecio; desee servir y aprender de los demás, y aun júzguese indigno de ello y téngase por el más ruin é inepto de los mortales. Esto es más duro de lo que muchos creen, y no obstante, repito, en eso consiste la mortificación interior. Verdaderamente esa abnegación, esa renuncia es meritoria en sumo grado, porque supone un esfuerzo, una lucha, un sacrificio heroico, propio y exclusivo de los que desean con empeño imitar á Cristo, que *se anonadó á sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte de cruz* (2).

*Voluntad propia.* Y si la mortificación del entendimiento es tan difícil, no lo es menos la de la voluntad. Por voluntad propia entiende San Bernardo «la que ni es de Dios, ni de nuestros superiores, ni común á los buenos, sino solamente nuestra, con desordenada inclinación á nuestro propio gusto, aunque sea pisoteando el de todos los demás» (3). *Los que obran movidos por el Espíritu de Dios, dice el Apóstol, esos son hijos suyos* (4); pero los pertinaces en su propio sentido, son hijos del demonio; pues, como nota el Beato Juan de Avila, «la propia voluntad es casa del demonio, en la cual se asienta como rey en su trono, mandando desde allí á todo hombre» (5), y digno fruto de ella, escribe el apóstol Santiago, *son nuestros desabrimientos, tristezas y trabajos* (6). En cambio, arrancada del corazón esta voluntad, no sólo cesarán las penas de este mundo, mas también las del otro; pues, como

(1) Matth., XVI, 24; Luc., IX, 23.

(2) Philipp., II, 7-8; Psal. XXI, 7.

(3) Serm. 3, de Resurrect.

(4) Rom., VIII, 14.

(5) Audi, filia, cap. 100.

(6) Jacob., IV, 1.

afirman San Bernardo y Santo Tomás, «cese la propia voluntad y no habrá infierno» (1). «Muchos, dice San Juan de la Cruz (2), se dan á la oración y mortificación, se ejercitan de alguna manera en las virtudes, y hasta se creen muertos al mundo y quizá lo estén en algún grado; pero no están muertos espiritualmente á sí mismos, que es lo que nos aconseja Jesucristo; porque si se les toca en lo vivo del amor propio, si se les contradice ó se les ofrece algún trabajo, alguna injuria, alguna prueba de las que Dios suele permitir, ponen el grito en el cielo y se defienden con tenacidad, y esto no es propio del que ha llegado á la completa negación de sí mismo». Refiere á este propósito el P. Nieremberg de un loco que dió en la manía de que estaba muerto. Poníase un saco por mortaja y tendíase en el suelo para que le dieran sepultura, y así pasaba horas enteras haciendo su papel de difunto. Cierta día le pinchó uno con un alfiler, y él, levantándose de repente, le dijo montado en cólera: «Yo le juro que, si no estuviera muerto, me la había de pagar». Dicho esto, volvióse á tender en el suelo como antes (3). De suerte que el loco estaba muerto en su imaginación, pero en realidad estaba vivo, y bastó pincharle para que se levantara enfurecido. Esto acontece á muchos; imagínanse que están ya muertos á sus pasiones, y aún permanecen vivos y enteros en su juicio y propia voluntad.

*Práctica.* Para lograr esta negación heroica de nuestra voluntad, acostumbremos á negarla en cosas pequeñas y fáciles. Por ejemplo, no hagamos, ni pensemos, ni hablemos cosa alguna por cumplir nuestra voluntad. Antes de comer, mortifiquemos el apetito de la gula y ordenemos la comida á obediencia de Dios, que manda que comamos para sustentar

(1) Serm. 3, de Resurrect. Domini; 1. 2, q. 77, art. 4.

(2) Sub. al Monte Carm., cap. 8.

(3) En Barcia, serm. 17.

nuestra vida. En todas las cosas procuremos quitar la propiedad de nuestro deseo y voluntad, y hacerlo porque Dios ó nuestros superiores lo mandan. Porque una voluntad acostumbrada á hacer lo que quiere en cosas de importancia, se hallará muy rebelde para negarse en las mayores. Cierto que esto es muy trabajoso, pero *todo lo podemos con la gracia de Dios* (1), y no por ello debemos desalentarnos, pues el religioso, como buen soldado de Cristo (2), debe arrostrar con frente serena todas las dificultades y peligros, sabiendo que tiene asegurada la victoria con el auxilio divino (3), y como dijo Salomón: *Mejor es el varón sufrido que domina sus pasiones, que un conquistador de ciudades* (4). Es más de admirar la fortaleza del Santo Job en el muladar, que la de Alejandro en sus triunfos militares.

A luchar, pues, con denuedo contra *este cuerpo de muerte* que tiene tramada nuestra perdición. A luchar con nuestros sentidos, poderosos auxiliares del enemigo de nuestras almas. A luchar con nosotros mismos, negando nuestra voluntad y hollando el propio juicio, porque una y otro son malos consejeros y enemigos jurados de nuestra salvación. Esta es la triste condición de los mortales: vivir apercebidos para *luchar en las batallas del Señor* (5) contra las astucias de la antigua serpiente (6) mientras durare la vida. Sólo en el cielo, patria de los justos, podremos hallar descanso, porque allí cesa el combate. Pero aquellas puertas eternas no se abren, si no se muestran antes las heridas recibidas en la batalla y los despojos arrebatados al enemigo. Estas heridas y estos despojos, convertidos en joyas de valor inestimable, formarán la corona de gloria prometida por Dios *al que ven-*

(1) Philipp., IV, 13.

(2) II. Timoth., II, 3.

(3) Psal. IX, 10; Psal. XC, 15; II. Timoth., III, 11.

(4) Prov., XVI, 32; Rom., XII, 12; I. Petr., II, 20.

(5) II. Reg., XXII, 35.

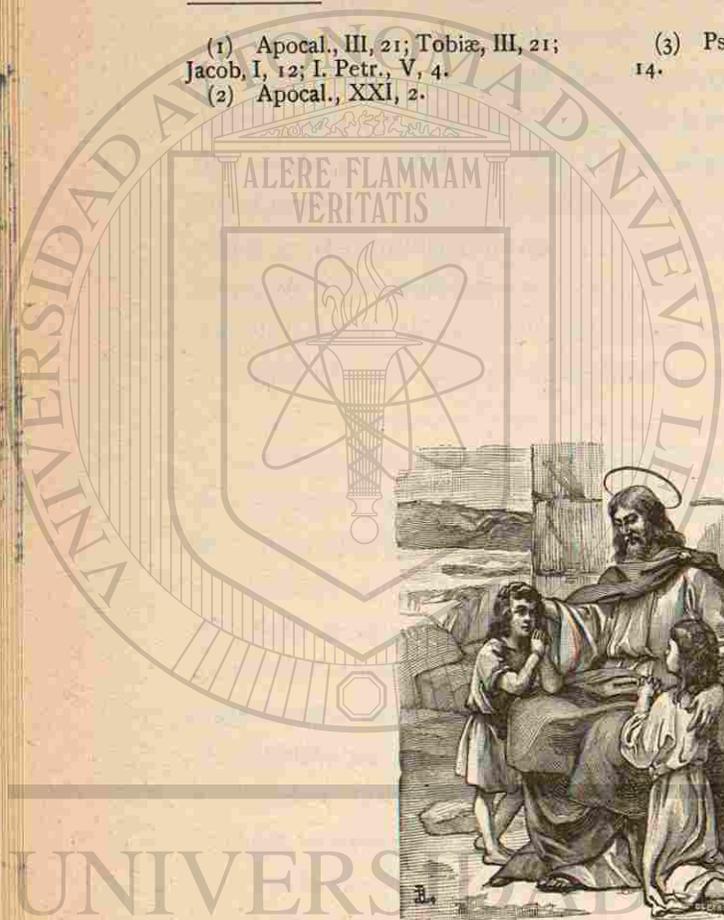
(6) Génes., III, 1; Apocal., XII, 9.

*ciere* (1), y engalanados con ella, entraremos triunfantes en la *nueva Jerusalén* (2) para cantar el himno de eterna gratitud (3) con los ángeles y santos por los siglos de los siglos.

(1) Apocal., III, 21; Tobías, III, 21;  
Jacob, I, 12; I. Petr., V, 4.

(2) Apocal., XXI, 2.

(3) Psal. XCIX, 4; Psal. CXLVIII,  
14.



RENUNCIA DE TODA PROPIEDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

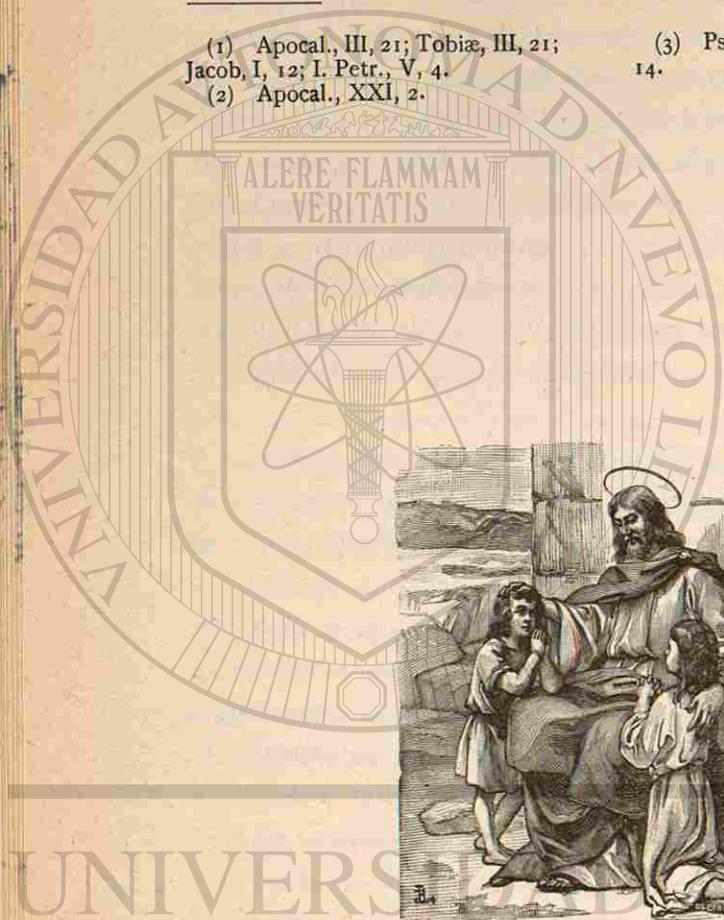
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*ciere* (1), y engalanados con ella, entraremos triunfantes en la *nueva Jerusalén* (2) para cantar el himno de eterna gratitud (3) con los ángeles y santos por los siglos de los siglos.

(1) Apocal., III, 21; Tobia, III, 21;  
Jacob, I, 12; I. Petr., V, 4.

(2) Apocal., XXI, 2.

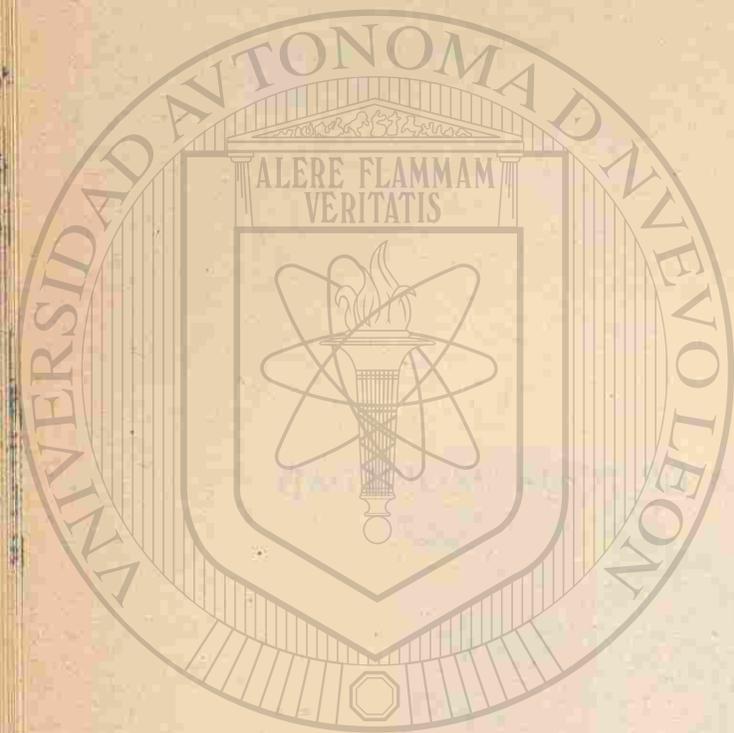
(3) Psal. XCIX, 4; Psal. CXLVIII,  
14.



RENUNCIA DE TODA PROPIEDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## RENUNCIA DE TODA PROPIEDAD

**N**AY necesidad de repetirlo, hermanas mías, y plegue á Dios que este recuerdo logre estimularnos al cumplimiento de las solemnes promesas que hicimos al pie del altar y en presencia de Jesús Sacramentado. Un día, el más solemne de nuestra vida, nos consagramos al servicio de Dios, renunciando para siempre toda propiedad así material como espiritual, y no sé si lo hemos cumplido; no sé si Dios tiene alguna queja contra nosotros en este punto. Lo que sé positivamente es que estamos muy llenos de nosotros mismos; que nos amamos demasiado con un amor que Dios no aprueba, y que es causa y raíz de todas las faltas que cometemos. Aún no hemos renunciado enteramente á nuestros quererres y aficiones; no ha muerto todavía nuestra propia voluntad y juicio; aún estamos vivos en esta materia. Es verdad que vestimos honrosísimo hábito negro, que induce á creer que hemos muerto al mundo y á sus vanidades; es cierto que vivimos en brazos de la obediencia, lo cual significa que hemos muerto á nosotros mismos; pero, ¿se engaña el mundo al creer esto de nosotros, ó bien vivimos engañados, miserablemente engañados, fingiendo lo que no somos?...

Repito que hemos renunciado á toda propiedad, y quizá somos todavía propietarios, siendo así que la única propiedad, la única herencia á cuya posesión tenemos indiscutible derecho es Dios, como dice el real Profeta: *El Señor es la parte de mi herencia* (1); y para que Dios éntre en nuestro corazón y en él reine y gobierne como Rey absoluto (2); para que podamos llamarnos y ser sus discípulos y amigos, debemos cumplir lo que nos manda. *Seréis mis amigos*, nos dice, *si hacéis lo que os mando* (3). Y ¿qué nos manda Jesús, hermanas mías? Escuchadle: *Quien no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo* (4). Eso ya lo sabíamos en el acto de nuestra profesión religiosa; eso ya lo tuvimos en cuenta al consagrarnos para siempre al servicio divino; precisamente esa sentencia de Cristo movió nuestro corazón á abandonarlo todo, todo, hasta á nosotros mismos, para consagrarnos en cuerpo y alma á su servicio... Pues ¿por qué no lo cumplimos, ó lo cumplimos á medias? Sin duda porque ignoramos hasta dónde alcanza esa renuncia.

Vamos á examinarlo, con la gracia de Dios.

Muchas veces se nos ha dicho, hermanas mías, que nuestro corazón es una joya de inestimable precio, y por lo mismo, que debemos vigilarlo y guardarlo con sumo cuidado y diligencia, por la suprema razón que indica el Espíritu Santo: *Guarda, hijo mío, tu corazón con toda diligencia*, nos dice, *porque de él procede la vida* (5). Criado para el cielo, Dios puso en nuestro corazón semillas de inmortalidad para que diesen frutos de bendición y de gloria; pero el demonio,

(1) Psalm. XV, 5; Act., XXVI, 13; Coloss., I, 12.

(2) I. Timoth., I, 17; Psalm. II, 6; Psalm. XLVI, 8.

(3) Joann., XV, 14.

(4) Luc., XIV, 33.

(5) Prov., IV, 23; Prov., III, 1; Ecclesiast., V, 1.

lleno de envidia (1), sembró también en él gérmenes de concupiscencia, que sólo pueden producir frutos de muerte y de condenación eterna (2). Por eso Dios y el demonio solicitan sin descanso nuestro corazón (3), y sin emplear ninguna violencia (4), porque el hombre es libre por naturaleza (5), esperan recoger á su tiempo el codiciado fruto de sus obras. Mas tratándose de religiosas que se han ofrecido á Dios en holocausto, esto es, que le han dado posesión perpetua é irrevocable de su cuerpo y de su alma, de su voluntad y entendimiento, ya no cabe la elección, porque su corazón ya tiene dueño, ya está lleno de Dios, ya *vive en él Cristo* (6), y desde entonces este corazón es *huerto cerrado* (7) para todo lo profano; huerto cerrado en cuyo centro está Jesucristo como *fuelle sellada* (8) con los cinco sellos de sus llagas, por las cuales mana á raudales el agua de la gracia para apagar la sed espiritual de sus queridas esposas (9) y conservar frescas y lozanas las flores de todas las virtudes. Esto es delicioso, hermanas mías, y muy cierto, á lo menos para las religiosas de buen espíritu, para todas las que, huyendo del siglo, habéis llamado á las puertas de la Casa de Dios (10), que es la Religión, para vivir en ella todos los días de vuestra vida (11); y esta resolución tan heroica os la inspiraron sin duda aquellas palabras de Cristo: *Quien no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo*. Pero, ¿habéis considerado alguna vez el alcance, la extensión, la fuerza inapelable de esta sentencia de Cristo?... Por si no lo habéis hecho, vamos á examinarlo, y veremos si nuestro corazón está tan vacío de toda propiedad como Dios lo quiere para llenarlo de su amor.

(1) Sapient., II, 24.

(2) Jacob., I, 15.

(3) Prov., XXIII, 26; I. Petr., V, 8.

(4) Jacob., I, 14.

(5) Eccli., XV, 14.

(6) Galat., II, 20.

(7) Cant., IV, 12.

(8) Joann., VII, 37; Psal. XXXV, 10.

(9) Isai., XLIV, 3; Isai., LV, 1; Joann., VII, 37.

(10) Génes., XXVIII, 17.

(11) Psalm. XXII, 6.

## I

*Quien no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.*

La palabra «todo» nada excluye, y por lo mismo, se refiere á todo lo que en algún sentido podemos llamar nuestro, dentro y fuera de nosotros. En primer lugar, ¿qué tiene el hombre fuera de sí mismo que pueda llamar suyo ó que por algún concepto le pertenezca? Pues tiene familia, intereses, amistades, honras, regalos, comodidades y todo lo que puede usar lícitamente. Pues bien: á todo esto renuncia el religioso en el acto de su profesión, y lo renuncia de una manera absoluta y radical.

¿Se trata de los padres? Pues el religioso es una rama cortada del árbol de su familia, para la cual ya no dará ningún fruto, y trasplantada en el jardín de la Religión, en la cual los dará abundantes y muy sabrosos, practicando los consejos evangélicos. «No sé yo qué es lo que dejamos en el mundo, dice Santa Teresa, los que decimos que todo lo dejamos por Dios, si no nos apartamos de lo principal, que son los parientes. Razón es que los encomendemos mucho á Dios, pero también lo es que no ocupen nuestro corazón, el cual hemos dado á nuestro Esposo Jesucristo» (1).

¿Se trata de intereses? Pues la renuncia de los mismos constituye al religioso en verdadero pobre de solemnidad; menos aún: porque el pobre en realidad es propietario de lo que recoge de limosna, mientras que el religioso no puede hacer suyo lo que recibe; de suerte que ni aun el hábito que viste, ni la comida que le sustenta, ni el libro que usa, ni la estampa que le sirve de registro, nada absolutamente puede apropiarse como suyo, ni siquiera puede desearlo, ni cam-

(1) Camin. de perf., cap. IX.

biarlo, ni venderlo, ni enajenarlo, porque no le pertenece; sólo se le permite el uso para las necesidades de la vida, con la aquiescencia ó permiso del superior. Su único tesoro debe ser Cristo pobre, desnudo y crucificado, y en Él debe poner su corazón (1).

¿Se trata de amistades? Aunque la religiosa debe amar entrañablemente á todas sus hermanas, porque todas forman *un solo corazón y una misma alma* (2) y en todas resplandece la imagen de Cristo; pero debe guardarse mucho de contraer ninguna amistad particular, por más que á ello la impulse la simpatía ó inclinación natural; porque oficio es de la religiosa el reprimir y mortificar cuanto se oponga ó tienda á menoscabar la paz y unión que debe reinar entre sus hermanas, y las amistades particulares—sobre todo si se fundan en prendas ó dones de la naturaleza,—andando el tiempo, logran destruir esta paz que resulta del concierto y armonía de voluntades, unidas por el estrecho vínculo de la caridad (3). ¿Sabéis cómo califica Santa Teresa á estas amistades, por santas que sean? Pues dice que son verdadera ponzoña en la Religión (4).

¿Se trata de honras y honores? Lo que el mundo llama honra no es tal honra para la religiosa, sino mentira y engaño. Jesucristo nos ganó honra y provecho para todos al ser deshonrado por el mundo, humillado y muerto en cruz (5), y esta es la honra que debe codiciar la religiosa. ¿Queremos seguir los consejos de Cristo, cargado de injurias y calumnias, y al mismo tiempo deseamos que no se toque á nuestra honra y crédito? Esto no es posible.

¿Se trata, en fin, de comodidades y regalos? Las que tuvo Cristo durante su vida y en la cruz, esas ha de procu-

(1) Luc., XII, 34; I. Corinth., II, 2.

(2) Act., IV, 32.

(3) Ephes., IV, 3.

(4) Camin. de perf., cap. IV.

(5) Hebræ., XII, 2; Philipp., II, 8;

Psal. XXI, 7.

rar exclusivamente la religiosa, porque son las únicas que la cuadran, atendido el estado de pobreza que voluntariamente profesa. Una religiosa afeminada, una religiosa amiga de comodidades y regalos, es un sarcasmo á los ojos del mundo y una carga insoportable para la Religión, la cual está basada en la mortificación y sostenida por el espíritu de sacrificio. En una palabra, la religiosa, una vez hecha la profesión, ningún derecho tiene á nada de lo que el mundo puede ofrecerla, porque á todo ha renunciado libremente, movida por esta sentencia de Cristo: *Quien no renuncia todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.*

Ahora bien, hermanas mías: ¿qué nos dice la conciencia relativamente á cada uno de los puntos mencionados? ¿Hemos arrancado de nuestro corazón todas estas cosas exteriores en que viven engolfados los seglares y que tanto dificultan la salvación del alma? ¿Podemos afirmar que hemos muerto al mundo, y por lo mismo, que tenemos un enemigo menos con quien pelear? Porque, ¿quién pelea con un muerto? Entiéndase cada cual con Dios en la oración.

Pero estas cosas exteriores á que habéis renunciado, sólo constituyen una parte del todo á que se refiere la sentencia de Cristo, y á que debe renunciar la religiosa que aspira á la unión con Dios por amor. Por eso vamos á tratar ahora de la *renuncia de nosotros mismos* (1), que es la principal, la más difícil, la que logran muy pocos, y no obstante, es la virtud característica del religioso.

## II

Por misericordia de Dios, todos nosotros aspiramos á la perfección de nuestro respectivo estado, porque éste es nues-

(1) Matth., XVI, 24; S. Gregor., Homil. 32, in Evang.; S. Hieron., lib. 3, in Matth., cap. 19.

tro deber y constante deseo; mas para lograr este bien imponderable, es necesario que Dios no halle obstáculo alguno en nuestro corazón y pueda obrar en nosotros con su gracia. Ahora bien: el mayor obstáculo para alcanzar la perfección, el mayor enemigo de Dios y de nuestra alma es, no lo dudéis, el amor propio, y entendemos por amor propio el que se tiene el hombre á sí mismo y á las demás cosas, no por Dios, como término final, sino por sí mismo como fin del amor; por eso se llama propio, porque termina en la misma persona. Este amor es perverso, porque pervierte el orden que Dios prescribió al hombre y á las criaturas, esto es, que todas tiendan y se dirijan á Él como último fin y que en Él terminen. Y no hay remedio, hermanas mías: con la gracia de Dios debemos empeñarnos en arrancar del corazón este amor propio que disputa á Dios el puesto de honor, ¿qué digo?, el derecho de propiedad que de justicia por tantos títulos le pertenece. Éste es el oficio del religioso, éste debe ser su más constante y fervoroso anhelo; pero desgraciadamente no se suele pensar en ello, y pasan los años y se acerca la muerte (1), y todos los días cometemos las mismas faltas, porque no acudimos á la raíz emponzoñada de todos los pecados, que es el amor propio, para desarraigarlo del corazón.

Dice á este propósito San Juan de la Cruz (2), que muchos religiosos se dan á la oración y mortificación exterior, se ejercitan de alguna manera en las virtudes y hasta se creen muertos al mundo, y quizá lo están; y como si lo tuvieran todo andado en el camino del espíritu, viven tranquilos y satisfechos en la Religión y muy pagados de su virtud; pero no tratan de morir espiritualmente á sí mismos,

(1) Job, XIV, 5; Eccli., XIV, 12; Habac., II, 3; Matth., XI, 3; Hebræ., X, 37.

(2) Subida al Monte, cap. 8.

que es lo que importa y lo que aconseja Jesucristo (1); no piensan siquiera en combatir al enemigo más formidable de su vocación y de su alma, porque si se les toca en lo vivo del amor propio, si se les contradice ó se les ofrece algún trabajo, alguna injuria, alguna prueba de las que Dios suele permitir para aquilatar su virtud, ponen el grito en las nubes y se desconciertan y se defienden como leones, alegando razones que ponen de manifiesto su sinrazón y su orgullo; todo ello para cubrir y conservar muy entero el idolillo del amor propio. ¿No es esto cierto, hermanas mías?... ¿Y no es también triste en sumo grado?... Y ¿así hemos de continuar?... Si hemos renunciado al siglo, familia, intereses, honra y provecho mundanos, ¿por qué no damos un paso más y renegamos de nosotros mismos, aborreciéndonos y odiándonos de muerte, como lo exige Jesucristo á quien quiera ser su discípulo? (2). Si el objeto del amor es el bien conocido y experimentado, como dice San Agustín (3), ¿qué bien conocido hay en nosotros para que nos amemos tan apasionadamente? ¿Nada nos dice la experiencia? ¿No estamos viendo y gustando cada día los amargos frutos del amor propio, esto es, las faltas de obediencia, de humildad, de modestia, de paciencia, de caridad y mortificación que estamos cometiendo á toda hora, las cuales, como agudas espinas, lastiman nuestro corazón quitándole la paz y el sosiego, que son el alimento del alma y el don más preciado de la vida religiosa?... ¿No hemos muerto al mundo para vivir aquí en la *paz de Dios* (4), y á su sombra y bajo su influencia ejercitarnos en todas las virtudes, especialmente en la humildad, hasta lograr la unión de nuestra voluntad con la divina?... Y ¿cómo ha de realizarse

(1) Marc., VIII, 34; Matth., XVI, 24; Luc., IX, 23; Luc., XIV, 26; Joann., XII, 25.

(2) Matth., XVI, 24; Luc., IX, 23; Luc., XIV, 26.

(3) Lib. 83, quæst. 35.

(4) Sapient., III, 9; Philipp. IV, 7;

esta unión, si tenemos el corazón lleno de nosotros mismos? ¿Cómo ha de entrar el amor de Dios en un corazón ocupado por el amor propio, enemigo capital del amor divino?... ¡Ay de vosotros!—dijo Jesucristo á los fariseos y en ellos á todos los soberbios,—¡ay de vosotros los que andáis henchidos de vosotros mismos, porque padeceréis hambre! (1). Y esta hambre espiritual la padecen todos los amadores de sí mismos, porque Dios, así como se complace en *hablar con los humildes y sencillos* (2), niega á los soberbios sus gracias especiales, sus visitas y consuelos en la oración, que son un estímulo para la práctica de las virtudes; y por eso arrastran una vida lánguida y desdichada, una vida llena de inquietudes y remordimientos, con la cual ni dan contento al corazón, ni satisfacen á Dios, ni al mundo su enemigo.

*Práctica.* Yo os supongo á todas animadas de buenos deseos, que, si son eficaces, Dios bendice siempre (3); y por lo mismo voy á indicaros los medios ordinarios para lograr muy pronto, con la divina gracia, este desasimiento, esta renuncia total de nosotros mismos, que si bien es difícil, atendida nuestra flaqueza que ha de entrar en guerra consigo misma, no obstante, una vez obtenido y saboreado el primer triunfo, no cejaremos en la empresa, porque *Dios no abandona jamás á los que por Él pelean y en Él esperan* (4).

En primer lugar, la muerte del amor propio consiste en no atribuirnos cosa alguna buena y en morir á nosotros mismos en todo aquello á que vivimos aficionados y en que hallamos recreación y gusto, hasta que logremos conformar nuestra voluntad con la divina. *El grano de trigo no fructifica*

(1) Luc., VI, 25; I. Corinth., IV, 8; Psal. XXXIII, 11; Luc., I, 53.

(2) Psalm. CXVIII, 130; Prov., III, 32; Luc., X, 21.

(3) Psalm. IX, 17; Philipp., IV, 19; Dan., IX, 23.

(4) Psalm. CXXIV, 1; Jerem., XVII, 7.

si no se corrompe y muere (1); así el hombre no logra el fruto de la perfección si no muere á su propia voluntad, siguiendo la de Dios, como si jamás hubiese tenido voluntad propia. Ahora bien: esta renuncia ó negación de nosotros mismos se logra poco á poco, no haciendo nuestra voluntad, aun en cosas muy menudas, y aceptando y siguiendo con agrado el parecer de los demás; no hablando nunca de nosotros mismos, ni de nuestros talentos ó cualidades, ni mucho menos ponderando nuestras obras, trabajos ó fatigas, ni siquiera mostrándonos descontentos ó disgustados de nosotros mismos, porque ésta sería humildad de garabato. Si somos reprendidos ó corregidos, no mostremos resentimiento ni nos defendamos con altivez, antes bien recibamos la corrección con humildad y reconocimiento, y si por ventura entonces no somos culpables, otras veces lo habremos sido y no nos corrigieron. No juzguemos ni pensemos mal del prójimo, porque quizá delante de Dios, *que escudriña el corazón* (2), es un alma predestinada. Al contrario, miremos en todas nuestras hermanas la imagen de Dios (3) y procuremos tratar con dulzura á aquellas cuya compañía no nos es grata, mortificando de esta suerte nuestro amor propio. Creámonos dignos de desprecio; deseemos servir á los demás; hagámonos esclavos de todos por amor de Cristo y aun juzguémosnos indignos de ello. En fin, procuremos ejercitarnos en la humildad interior y exteriormente, y Jesús nos mirará con amor, porque es muy amigo de humildad, y en cada uno de estos actos de abnegación mereceremos más delante de Dios que en muchos años de ayunos y penitencias exteriores, por-

(1) Joann., XII, 24; I. Corinth., XV, 36.

(2) I. Paral., XXVIII, 9; I. Reg., XVI, 7; Psalm. VII, 10; Jerem., XI, 20; Rom., VIII, 27.

(3) Génes., I, 26; Sapient., II, 23; Eccli., XVII, 1; I. Corinth., XI, 7; Coloss., III, 10.

que en estos actos cabe la propia voluntad (1), mas no así en los de abnegación, su más cruel enemiga.

¡Cuán engañados andan muchos en este punto! ¡Cuántos se aman á sí mismos y dicen que aman á Dios! Decidme: ¿de qué nos servirá el tener grandes deseos y derramar muchas lágrimas en la oración, si luego hacemos muchos pecados en la conversación?, ¿si lloramos allí los dolores de nuestro Redentor Jesucristo, y luego procuramos darlos á nuestros prójimos?, ¿si contemplamos la paciencia y mansedumbre del Hijo de Dios, y después ejercitamos la impaciencia y la ira?... Callamos una hora y hablamos todo el día, y luego quedamos como antes; de suerte que nuestra santidad—llamémosla así—es como de molde, porque nunca crece ni progresa. Si así lo hacemos, andamos extraviados, y nunca haremos cosa de provecho en la Religión. Esto es andar á tientas y sin norte fijo por el camino de la santidad. Bueno es confesar y comulgar y hacer oración, pero estos ejercicios no son más que medios, ayudas de costa para alcanzar la virtud; son conductos por los cuales Dios nos comunica sus gracias para vencernos. La verdadera y sólida virtud está en la *negación de nosotros mismos*; está en la paciencia cuando somos atribulados ó perseguidos; está en la humildad cuando se nos calumnia ó reprende; está en el sacrificio cuando, repugnándolo la naturaleza, lo exige la gloria de Dios ó el bien del prójimo; está en la Cruz de Cristo, con la cual debemos vivir abrazados y en ella morir crucificados (2). No olvidemos nunca que, tratándose de virtud, lo que nada cuesta nada vale—por regla general,—porque la virtud está basada en el sacrificio. Para que Cristo entrase en su gloria, fué conveniente que padeciese dolorosísima pasión y muerte (3), y

(1) Isai., LVIII, 3.

(2) Rom., VI, 6; Galat., VI, 14.

(3) Marc., VIII, 31; Luc., XXIV, 26; I. Petr., II, 21.

para que nosotros logremos la unión de nuestra voluntad con la divina, no sólo es conveniente, sino necesario que padezcamos también dolorosísima pasión, arrancando, ó más bien, inutilizando una á una todas las raíces de propiedad espiritual que brotan de nuestro amor propio, y que muramos á nosotros mismos (1).

Preguntado el santo monje Arsenio qué camino había para el cielo breve y seguro, respondió: «Sé humilde, y dondequiera que te halles huye de ti mismo». Por cierto supo compendiar en ceñidas palabras todo lo que en esta materia se puede decir, porque en la humildad y en el huir de sí el hombre consiste la suma de la perfección; pues, como dice San Agustín, «cuanto más huye el hombre de sí, más se acerca á Dios». Esto debemos pedir en la oración con todo el fervor de nuestro espíritu (2); ésta debe ser la materia obligada de nuestros propósitos y resoluciones, hasta que logremos someter la carne al espíritu; éste el fruto de nuestras confesiones y comuniones, de nuestros ayunos y penitencias, de nuestros pensamientos, afectos y deseos más ardientes.

A humillarnos, pues, hermanas mías, de pensamiento, palabra y obra; á vaciar el corazón de todo lo que podemos llamar nuestro, porque todo es malo, como hijo de la concupiscencia, cuyos frutos son de muerte (3); á aborrecernos cordialmente (4) huyendo de nosotros mismos en todos los actos y circunstancias de la vida, y entonces podremos decir con verdad: *Todo lo he renunciado por Cristo*. Y Dios, al ver nuestra constancia y buena voluntad, al contemplar enternecido nuestras luchas y esfuerzos por adquirir esta abnegación, que es don del cielo (5), no lo dudéis, nos la concede-

(1) Philipp., I, 29; I. Petr., IV, 1.

(2) Rom., XII, 11.

(3) Jacob., I, 15.

(4) Marc., VIII, 35; Joann. XII,

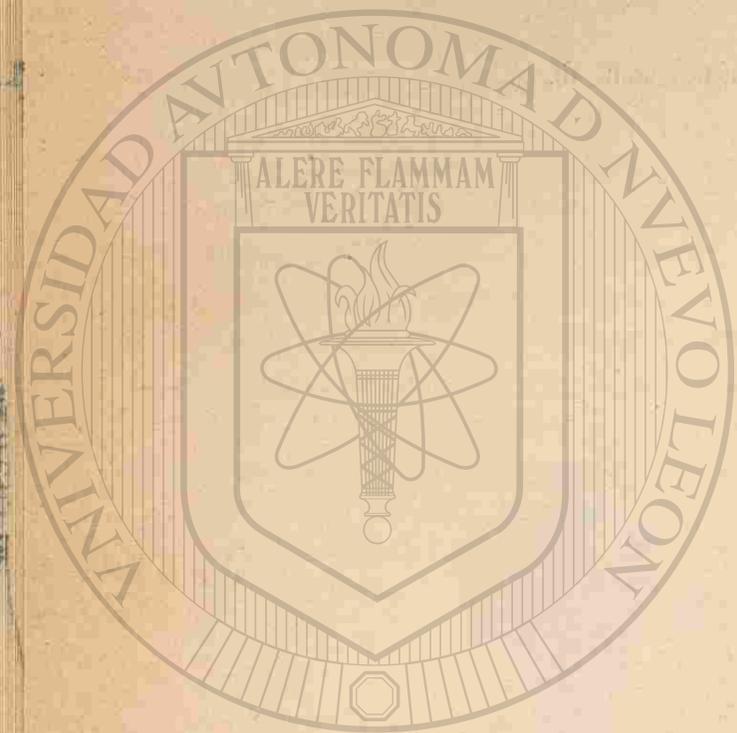
25.

(5) Jacob., I, 17.

rá con misericordia, y desde entonces viviremos unidos estrechamente con Él, hasta que, rasgado el velo de esta carne, logremos verlo cara á cara (1) y gozar de sus amores por toda la eternidad.

(1) I. Corinth., XIII, 12; II. Corinth., III, 18.

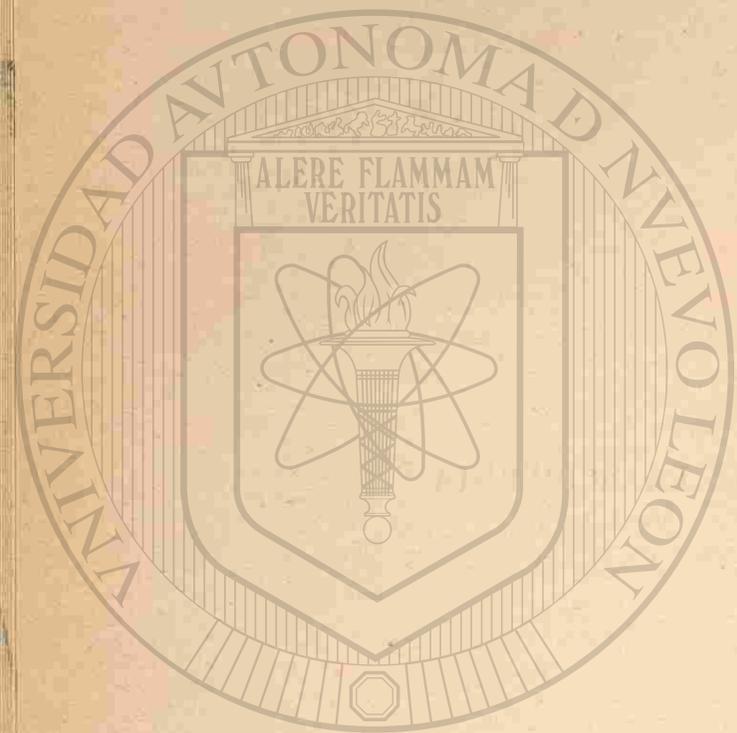




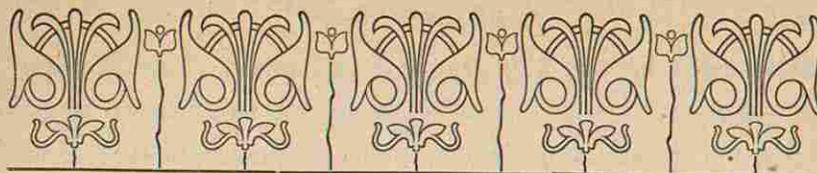
U A N L  
DE LA SOBERBIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## DE LA SOBERBIA

**Q**uando sin haberlo meditado en la presencia de Dios, Padre de las lumbreras (1), me siento movido á hablaros de un vicio que es principio, cabeza y raíz de todo pecado (2); vicio llamado satánico porque constituye como el carácter de Satanás, el cual, con astucia diabólica (3), logró inocularlo en el corazón de nuestra madre Eva, seduciéndola con halagüeñas promesas (4). Desde entonces todos los mortales lo llevamos entrañado en el corazón, y muchos, un gran número, lo llevan además estampado en su frente, es decir, en sus palabras, en sus modales y en todo su proceder, lo cual es mucho más lamentable. Este vicio, este pecado ignominioso es la soberbia, el primero de los pecados capitales y el capital enemigo de nuestras almas (5).

Varias veces he intentado hablaros de él, y siempre lo he creído inoportuno y fuera de lugar, tratándose de personas

(1) Jacob., I, 17.  
(2) Eccli., X, 15.  
(3) Génes., III, 1.

(4) Génes., III, 13; I. Timoth., II, 14.  
(5) 1. 2., q. 84, art. 3.

religiosas, obligadas á aspirar á la perfección. Mas al pensar que también á las religiosas las ha cabido su parte en la herencia del pecado original (1), no he vacilado en hablaros de este vicio, pero de una manera ajustada á vuestro estado. No es verosímil que la religiosa permita la entrada en su corazón á este monstruo infernal, porque el corazón de la religiosa es *huerto cerrado* y sellado con los votos de su profesión (2); pero como se trata de un enemigo insidioso y sagaz en sumo grado; como se trata de un vicio tan sutil y tan maligno, que logra introducir su ponzoña aun en los actos más augustos de piedad y religión, usurpando al alma todo el mérito que con los mismos habría podido adquirir, conviene conocer sus arterias y sutilezas para combatir y, si es posible, ahogar en su germen toda tentativa, todo amago de ataque, que podría sernos muy funesto. Voy á intentarlo, con la ayuda de Dios.

«Soberbia, según Santo Tomás, es un apetito desordenado de la propia excelencia» (3). «Por eso se llama uno »soberbio, dice San Isidoro, porque se tiene y quiere ser »tenido sobre lo que es y en más de lo que es». Esta es una de las razones, dicen los Santos, de amar Dios tanto la humildad, porque es muy amigo de la verdad, y «la humildad »es verdad», escribe Santa Teresa (4), y la soberbia y presunción son mentira y engaño. Llámase este vicio capital, no porque siempre sea grave—que muchas veces no es sino leve,—sino porque es cabeza, fuente y raíz de otros vicios que de él proceden, como la ambición, presunción y vanagloria.

1. Escuchad ahora la genealogía de este vicio, y hasta

(1) Rom., V, 12.  
(2) Cant., IV, 12.

(3) 2. 2., q. 162, art. 2., ad. 2.  
(4) Moradas, VI, cap. 10.

qué extremo enloquece á quien se deja vencer de él. Bien sabéis quién dió el primer grito de protesta. Engreído con su propia excelencia, Luzbel, hasta entonces espíritu nobilísimo, negó á Dios la obediencia y adoración debidas (1), y levantando bandera de rebelión, atrevióse á declararse independiente diciendo: *¿Quién como yo? Escalaré el cielo; pondré mi trono sobre las estrellas; seré semejante al Altísimo; no le serviré* (2). La tercera parte de los ángeles, seducidos por el mal ejemplo, aplaudieron este arranque de insensatez y de locura, y uniéndose á Satanás con la esperanza de reinar con él en lo más encumbrado de los cielos, fueron precipitados con él para siempre en lo más profundo de los infernos (3). Ved cumplida la sentencia del Espíritu Santo: *Quien se exalta y envanece, indefectiblemente será humillado y confundido* (4).

2. Devorado Lucifer por el despecho y consumido por la envidia (5), no pudo sufrir que el hombre, imagen de Dios (6), fuese dichoso, siendo él tan desdichado, é intentó inocular el germen de la protesta en el dócil corazón de nuestros primeros padres, y al efecto, valiéndose de *la serpiente, el más astuto de los animales* (7), dijo á Eva: *Comed del fruto prohibido, y seréis como dioses* (8). A esta promesa tan halagüeña opuso Eva la voluntad de Dios, que lo prohibía con pena de muerte (9). *No moriréis*—la dijo el tentador,—*antes bien se os abrirán los ojos y conoceréis el bien y el mal*; y como acontece á cuantos quieren discutir con Satanás, Eva cedió á la tentación y comió, y traspasó el mandato divino. Confusa y avergonzada, buscó un cómplice y tentó

(1) Hebræ., I, 6; Psal. XCVI, 7.  
(2) Isai., XIV, 13; Jerem., II, 20.  
(3) II. Petr., II, 4.  
(4) Luc., XIV, 11.  
(5) Prov., XIV, 30; Sapient., II, 24.

(6) Génes., I, 26; I. Corinth., XI, 7; Coloss., III, 10.  
(7) Génes., III, 1.  
(8) Génes., III, 5.  
(9) Génes., II, 17.

á Adán, el cual condescendió (1) y consumó el pecado (2). Pero Dios, que no puede sufrir la soberbia porque la abomina infinita y necesariamente (3), apenas la vió palpar en el corazón de nuestros primeros padres, no quiso que arraigase esta planta maldita en la tierra virgen del paraíso, y los arrojó de él, para que viese el género humano hasta dónde alcanza la indignación divina contra el soberbio, y que en lo sucesivo había de cumplirse esta fatídica sentencia: *El que se exalta y envanece, será humillado* y confundido. Satanás debió quedar muy satisfecho de su obra, pues desde entonces pudo establecer su imperio en el mundo, y ya que no había logrado en el cielo la adoración y el culto que pretendía, lo exigió en la tierra á los desventurados hijos de Adán, que en gran número, aun en nuestros días, le rinden homenaje de adoración y de obediencia.

3. Pues bien: el Hijo de Dios bajó del cielo para destruir á Satanás y despojarlo para siempre del imperio (4) que tan tiránicamente había ejercido en la tierra por espacio de cuarenta siglos. Jesucristo vino al mundo para declarar guerra abierta al maldito vicio de la soberbia, que tantas víctimas había sacrificado al demonio. Por ello, al grito de independencia lanzado por Lucifer en el cielo: *¡No quiero servir, no quiero someterme!*, opuso Jesucristo la más profunda obediencia y sumisión á la voluntad de su eterno Padre, pues dijo al entrar en el mundo: *Heme aquí, Padre mío, dispuesto á cumplir vuestra voluntad* (5). Llama la atención el empeño que mostró Jesús durante su vida mortal en desterrar la soberbia del corazón de los hombres. Como la humanidad andaba extraviada y enloquecida, sin camino, sin luz y sin guía que la

(1) I. Timoth., II, 14.

(2) Génes., III, 6.

(3) Prov., VIII, 13; Prov., XVI, 5; Eccli., X, 7; Eccli., XXV, 4; Jerem., XIII, 9.

(4) Joann., XII, 31.

(5) Psal. XXXIX, 8-9; Hebræ., X, 7.

apartase del abismo que el pecado había abierto á sus pies, Jesús la salió al encuentro, y por primera vez hizo resonar en el mundo estas palabras de salud y de vida eterna que entendieron muy pocos: *«Yo soy el camino, la verdad y la vida* (1); *«quien me sigue, no anda en tinieblas* (2); pero reparad bien en *«la primera condición que exijo á quien quiera seguirme: «ésta es que ha de renegar de sí mismo* (3), ó lo que es *«igual: quien quiera seguirme, arranque de su corazón todo «orgullo, toda pretensión, toda soberbia; renuncie á toda «alabanza, créase el más digno de desprecio, desee servir á «los demás y téngase por el más ruin é indigno de los mortales; y después que hubiere hecho esto, tome su cruz cada «día y sígame* (4), porque éste es el único camino que conduce al cielo». ¡Qué lección para la humanidad, entonces tan ciega y extraviada, y hoy tan sensual y corrompida!...

4. Y aprovechaba Jesús todas las ocasiones y circunstancias que se ofrecían para afear este vicio y aun para reprenderlo severamente. En efecto: cuentan los Evangelistas que iban los Apóstoles en cierta ocasión algo apartados de su Maestro, disputando entre sí sobre *quién de ellos era el mayor y el más principal* (5); y llegados á casa en Cafarnaum, preguntóles el Señor: *«¿Qué era aquélla que veníais tratando «por el camino?»* Dice el Evangelio que se hallaron los pobres tan corridos y avergonzados al ver descubierta su ambición, que no acertaron á responder. Entonces, aprovechando esta ocasión, díjoles, y en ellos á todos nosotros: *«Mirad, «discípulos míos, allá entre los del mundo, los que gobiernan «y mandan son tenidos por grandes. Pero en mi escuela es «al revés; el mayor ha de ser el menor y el que ha de estar*

(1) Joann., XIV, 6; I. Joann., V, 6; Ephes., IV, 21.

(2) Joann., VIII, 12.

(3) Matth., XVI, 24; Joann., XII, 25.

(4) Luc., IX, 23; Marc., VIII, 34; Matth., XVI, 24.

(5) Luc., XXII, 24.

»dispuesto á servir á todos» (1). Luego, estrechando entre sus brazos amorosísimos á un niño, añadió: «¿Sabéis quién será el mayor en el reino de mi Padre? El que imitare la inocencia, sencillez y humildad de un niño semejante á este que tenéis aquí presente» (2). En otra ocasión aún fué más explícito y llegó á hacer temblar á sus discípulos. Volviendo éstos de predicar el Evangelio á los pueblos á que habían sido enviados por el Salvador, dijéronle llenos de gozo, mezclado de vanagloria: *Señor, hemos hecho maravillas. hasta los demonios se nos sujetaban en tu Nombre* (3). Y díjoles Jesús, *que había visto á Satanás cayendo del cielo como un rayo*. Como si dijera: Tened presente la caída de Satanás, y guardaos bien de la vanagloria y soberbia que en un punto le derribaron del cielo y de la mayor felicidad á la mayor miseria.

5. Mirad, hermanas mías, lo que me atrevo á decir, fundado en la Santa Escritura. Tan abominable es este vicio á los ojos de Dios, que mientras tolera—digámoslo así—pecados y crímenes los más enormes, no puede sufrir éste de la soberbia y vanagloria. David comete un adulterio y un homicidio, y con ello escandaliza á toda la nación, y no obstante, Dios lo tolera, y después de arrepentido el Profeta, olvida su pecado (4); pero cede á un ligero impulso de vanidad—que consistió en contar sus súbditos para saber el número de los que tenía á sus órdenes,—y una plaga terrible, que en solos tres días quitó la vida á setenta mil personas, fué el castigo de esta falta (5). Así cura Dios la secreta soberbia de los suyos, y así lo confesó luego el mismo David en sus Salmos: *Bueno ha sido para mí, Dios mío, el haberme Vos humillado, para que aprenda cómo os debo servir en lo sucesivo* (6). Lo mismo aconteció á San Pedro, por haber osado contradecir á su divino

(1) Luc., XXII, 26.

(2) Matth., XVIII, 4.

(3) Luc., X, 18; Matth., VII, 22.

(4) II. Reg., XII, 13.

(5) II. Reg., XXIV, 15.

(6) Psal. CXVIII, 71.

Maestro. ¡Qué pecado tan horrendo el de este apóstol!, ¡qué crimen tan enorme! ¡Negar á Jesús una, dos y tres veces consecutivas, y la última acompañada de juramentos y maldiciones! (1). ¡Pedro, tan amado de Jesús y tan apasionado por su Maestro! Y ¡permitir Dios en esta alma tan privilegiada una caída tan grave!... ¡Dios mío!, ¡qué odio tan profundo os inspira este vicio sobre todos los demás vicios, pues allí donde lo veis descargáis todo el furor y toda la indignación de vuestro brazo. *Palabra es ésta que Dios hace en Israel, que á quienquiera que la oyere, le retinirán los oídos de terror* (2). Estos son los grandes castigos de Dios, cuyo sólo relato hace temblar de espanto.

Sí, hermanas mías; motivos tenemos para temblar, si franqueamos la entrada en nuestro corazón á este vicio tan odioso y abominable á los ojos de Dios. Para evitar esta desgracia, que constituye uno de los mayores impedimentos de la perfección, puesto que la ataca en su raíz y fundamento, vamos á descubrir la malicia satánica que entraña este vicio y los frutos emponzoñados que produce en el alma del desventurado mortal que lo posee.

*División.* Los Santos Padres distinguen dos clases de soberbia (3): una carnal ó mundana, y otra espiritual. La primera—calificada por el Evangelista San Juan de *soberbia de la vida* (4)—es un apetito desordenado de excelencia en las cosas corporales y visibles que el mundo tiene por grandes, como son dignidades, honores, preeminencias, etc., y ésta es propia de los mundanos. La espiritual—propriamente llamada vanagloria—es un apetito desordenado de excelencia en las cosas espirituales, como son las virtudes y ciencias que perfeccionan el espíritu. La soberbia mundana debo

(1) Matth., XXVI, 74; Marc., XIV, 71; Luc., XXII, 57.

(2) I. Reg., III, 11.

(3) S. Greg. Moral., lib. 34, cap. 12.

(4) I. Joann., II, 16.

creer que no logrará nunca entrada franca en vuestro corazón, porque lo tenéis cerrado y sellado con los votos de vuestra profesión religiosa, y á semejanza del Apóstol, *miráis todas las cosas como basura por ganar á Cristo* (1).

*Vanagloria.* Pero no acontece lo mismo con la vanagloria, la cual, dice San Gregorio, logra introducirse tan disimuladamente en nuestro corazón para robarnos las buenas obras, que muchas veces, antes que sea sentida y conocida, nos ha ya robado y despojado (2). Por ello, añade San Basilio, esta soberbia espiritual es mucho más temible que la mundana, porque entra en nuestro corazón sin ser advertida y produce grande estrago en las virtudes, y las consume como polilla, y no deja de ellas sino la exterior apariencia (3). Y es tan costosa y difícil de vencer—afirma San Agustín y lo trae Santo Tomás—que nadie puede entenderlo, sino quien se resuelve á contradecirla (4). Porque, como escribe Casiano, tiene innumerables modos de acometernos. «Acomete al »que anda bien y mal vestido; al que calla y al que habla; al »que ayuna y al que come, y aun al mismo que habla contra »ella en público ó se acusa de ella en la confesión, para que »desee aplauso y alabanza en lo que dice ó hace» (5). ¿Quién podrá librarse de sus ataques? Muy pocos, dice San Jerónimo, el cual la llama pasión común ó general, y confiesa que le daba gran molestia (6). Entre el reducido número de almas no solicitadas por los halagos de esta pasión, descuella Santa Teresa de Jesús, la cual escribe en una de sus cartas: «Paréceme que, aunque con estudio quisiese tener vanagloria, no »podría lograrlo, ni veo cómo pudiese pensar que ninguna »de estas virtudes es mía». (7). Y dice bien, porque sólo el

(1) Philipp., III, 8.

(2) Moral., cap. últ.

(3) De const. monast., cap. 11.

(4) 2. 2., q. 132, arg. 3.

(5) Lib. IV., cap. 3.

(6) In Galat., cap. 5.

(7) Carta XII, tom. 2.

ciego ó el loco pueden atribuir á sus propios méritos ó esfuerzos los dones de Dios.

*Malicia que entraña.* Y en esto precisamente está cifrada la malicia que entraña este vicio: en que el vanaglorioso pretende alzarse con *la gloria y honra debidas á solo Dios* (1), y Dios ha jurado *no ceder su gloria á nadie* (2). El poseído de este vicio usurpa esta gloria y la hace suya, y desea que las criaturas aparten sus ojos de Dios y los pongan en él, miserable gusanillo, siendo así que nada bueno tenemos nuestro, pues, como afirma Santiago, *toda dádiva buena y todo don perfecto nos ha de venir de arriba, del Padre de las lumbres* (3). Y el Apóstol añade, que no podemos obrar, ni hablar, ni desear, ni pensar, ni comenzar, ni acabar cosa que sirva para nuestra salvación, sin Dios, *de quien toda nuestra suficiencia procede* (4). A pesar de ello, y aunque parezca increíble, es muy frecuente el ver almas tan henchidas de amor propio, que creen suyos los bienes espirituales que poseen, y se envanecen con las virtudes que practican, mirándose y contemplándose á sí mismas, como Lucifer (5), y quizá repiten en su corazón las palabras del fariseo: «Yo no soy como las »otras (6); yo no tengo los defectos de ésta; yo hago mejor »esto ó aquello». Y hasta llegan á creer que las gracias de Dios las son debidas, pues ó murmuran y se entristecen si tardan en lograr las que desean, ó se persuaden fácilmente, si las obtienen, que son resultado de sus oraciones, de sus esfuerzos, de sus sacrificios y la recompensa de sus méritos. Y de tal manera ponen los ojos en lo bueno que hacen, que se olvidan de los pecados y males pasados, y aun algunas veces de los presentes, porque se ocupan tanto en mirar lo

(1) Rom., XVI, 27; Apocal., V, 13; Hebræ., II, 9; I. Timoth., I, 17.

(2) Isai., XLII, 8.

(3) Jacob., I, 17.

(4) Philipp., II, 13; II. Corinth., III, 5.

(5) Ezech., XXVIII, 2.

(6) Luc., XVIII, 11.

bueno, que no atienden ni echan de ver muchas cosas malas que hacen. Y resulta que estos tales, mirando sus bienes, los pierden, porque se ensoberbecen con ellos. En efecto: lo que el Apóstol afirma de la caridad, esto es, que sin ella no puede haber obra meritoria por grande y heroica que se la suponga (1), puédesse también decir en sentido contrario de la soberbia y vanagloria, esto es, que ninguna virtud será agradable á los ojos de Dios, si está contaminada por estos vicios. «No, no será grato á Dios, dice San Agustín, lo que haga el »hombre soberbio, y vanamente se gloria de poseer virtudes, »porque no tiene ninguna, aunque parezca que las tiene; »porque quien tiene lo que abomina Dios, que es la soberbia, ¿cómo puede poseer lo que Dios tanto ama, que es la »humildad? (2).

Y ¿por qué nos ensoberbecemos y engréimos, hermanas mías? ¿De qué podemos gloriarnos viendo que si con atención examinamos por la noche cómo hemos empleado el día, hallaremos un sinnúmero de miserias, males y faltas que hemos cometido en hablar, obrar y pensar y en el bien que hemos dejado de hacer? Y si algo bueno hemos hecho con el favor de Dios, ¿no es fácil que lo halleemos manchado con soberbia ó vanagloria, ó con pereza y negligencia, y con otras muchas faltas que sabemos y otras muchas que no sabemos, pero creemos que las hay? ¿Qué motivo racional tenemos para despreciar á nuestros hermanos ó para mirarlos con desdén? ¿Quién sabe si se trocarán las suertes, y seremos nosotros los desechados y ellos los escogidos! (3). *Fácil cosa es á Dios de repente enriquecer al pobre*, dice el Sabio (4). En un instante puede Dios hacer de un publicano y de un perseguidor de la Iglesia, apóstoles suyos y vasos de elección (5),

(1) I. Corinth., XIII, 1.

(2) Tract. IX, De obed. et humil.

(3) Génes., XLVIII, 14.

(4) Eccli., XI, 23.

(5) Act., IX, 15.

como hizo á San Mateo y á San Pablo. De pecadores empedernidos y más duros que un diamante puede hacer hijos de Dios (1). El verdadero humilde considera en los otros las virtudes y lo bueno que tienen, y en sí sus defectos, y anda tan ocupado en el conocimiento y remedio de ellos, que no alza los ojos para mirar faltas ajenas, pareciéndole que tiene harto que hacer en llorar sus duelos, y así á todos los tiene por buenos y á sí solo por malo. ¿Por qué buscamos en nuestras obras el aplauso de las criaturas, que no es sino un poco de humo que disipa el viento, y lo que es peor, un robo sacrilego de la *honra y gloria á solo Dios debidas*? De Él hemos de procurar ser estimados (2), porque el serlo de las criaturas es vanidad y aficción de espíritu (3). Decía el Apóstol San Pablo: *A mí no se me da nada el ser juzgado y tenido en poco de los hombres*. No ando á contentar á hombres; á Dios querría contentar, *porque Él es mi juez* (4). Si hemos adquirido algún mérito ó hecho algún bien, la verdad y la justicia nos obligan á repetir las palabras de San Agustín: «Cuando entro en cuentas con mi alma, en el capítulo de los ingresos sólo hallo tus dones, Jesús mío».

*Medio para vencerla.* Esta es la verdad; y debiera llenarnos de confusión y de vergüenza el considerar que andamos vestidos de religiosos, quizá muchos años, y todavía no hemos logrado arrancar de nuestro corazón ciertos malos hábitos que nos dominan y nos desprestigian á los ojos del mundo, y desedifican y molestan á nuestros hermanos, y entristecen el Corazón de Dios é impiden nuestro adelantamiento en la perfección á que somos llamados, á pesar de tantos medios de santificación como nos ofrece el envidiable estado que profesamos. Es verdad que seremos tentados

(1) Matth., III, 9; Luc., III, 8.

(2) II. Corinth., X, 18.

(3) Ecclesiast., II, 1.

(4) I. Corinth., IV, 3-4.

hasta la muerte y de mil maneras, porque *tentación es la vida del hombre sobre la tierra* (1); pero la misma tentación debe servirnos de estímulo y acicate para despertar de nuestra tibieza (2) y redoblar nuestros esfuerzos (3), y, como el Profeta, alzar los ojos y el corazón á Dios, de quien proceden la gracia y el auxilio (4). Así obraron los Santos, y éste es un medio eficaz para triunfar de este maldito vicio. Escuchad un ejemplo que trae San Juan Clímaco á este propósito, y que puede servirnos de arma poderosa é invencible en cualesquiera ataques que nos presente el enemigo, ya que *todos los pecados tienen su raíz en la soberbia* (5). Dícenos el santo, que un fervoroso siervo de Cristo, enamorado de la humildad, empeñóse en adquirirla. Mas viéndose un día tenazmente atacado por el demonio de la vanagloria, discurrió un medio maravilloso para desconcertar y confundir á este enemigo. Escribió en la pared de su celda los nombres de algunas virtudes entre las más excelentes, como son: caridad perfecta, humildad profundísima, castidad angélica, oración purísima y altísima, y otras semejantes; y cuando aquellos malos pensamientos comenzaban á tentarle, respondía él al demonio: Vamos á la prueba: «Profundísima humildad»: esa no tengo yo; con profunda me contentaría; aun no sé si he adquirido el primer grado. «Caridad perfecta»: caridad, sí; pero, ¿perfecta?, no es muy perfecta, que algunas veces hablo á mis hermanos con altivez. «Castidad angélica»: no; que muchos malos pensamientos y aun muchos malos movimientos siento en mí. «Oración altísima»: no; duérmome y distráigome mucho en ella. Y decíase á sí mismo: después que hubieres alcanzado todas estas virtudes, aún has de confesar que eres

(1) Job., VII, 1; Job., XIV, 1.  
(2) Rom., XIII, 11; II. Corinth., XII, 7.

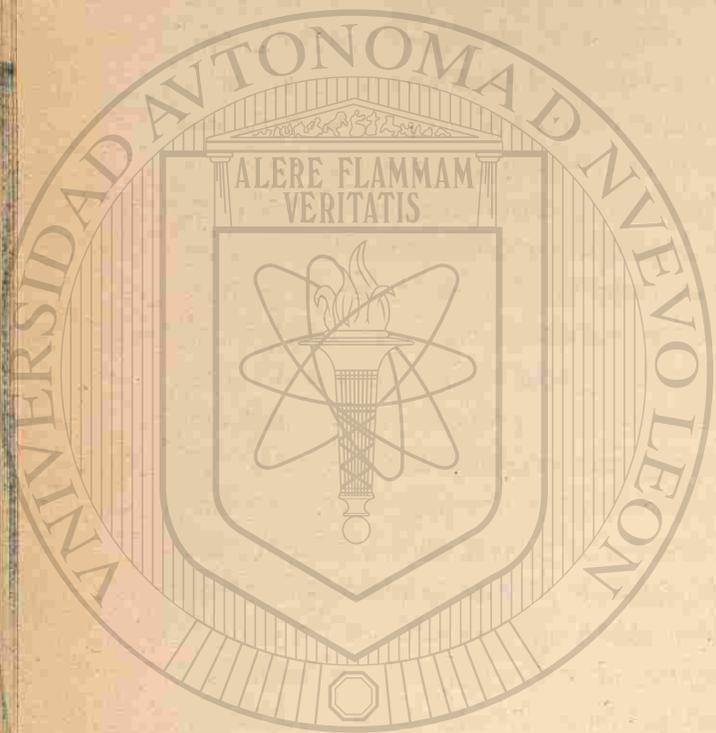
(3) Ephes., IV, 23; Ephes., V, 15-16; II. Petr., I, 10.  
(4) Psal. CXX, 1.  
(5) Eccli., X, 15; Prov., XVIII, 12.

siervo inútil y sin provecho, y por tal te has de tener, conforme á aquellas palabras de Cristo Nuestro Redentor: *Después que hubiereis hecho todas las cosas que os son mandadas, decid: Siervos somos sin provecho* (1). Pues ahora que estás tan lejos de eso, ¿qué serás? (2). Este es un buen medio para impedir que se levanten en nuestro corazón esos humos de soberbia y vanagloria que nos alejan de Dios y no pueden sufrir los hombres (3): pensar en nuestros pecados pasados y en nuestras faltas y miserias presentes, como lo hacía San Pablo, el cual, para que no le levantasen y desvaneciesen sus grandes virtudes, y el haber sido arrebatado al tercer cielo y la grandeza de las revelaciones que había oído: «¡Ay!, dice, » que he sido blasfemo y perseguidor de los siervos de Dios » y del Nombre de Cristo, y no soy digno de ser llamado » Apóstol, porque he perseguido la Iglesia de Dios » (4).

Pues imitémosle nosotros; no se nos pase día que no empleemos algún rato de oración en pensar algo que sirva para nuestra confusión y desprecio, hasta que sintamos embebido en nuestra alma un entrañable desprecio y desestima de nosotros mismos, y una confusión y vergüenza delante del acatamiento de la Majestad de Dios, viendo nuestra bajeza y miseria. Así nos haremos dignos de que Dios ponga sus ojos en nosotros (5), y nos otorgue sus gracias y mercedes (6), y nos descubra sus secretos (7), y escuche benigno nuestras oraciones, y nos conceda su paz, que es prenda segura de la gloria (8).

(1) Luc., XVII, 10.  
(2) In Scala Parad., grad. 25.  
(3) Eccli., X, 7.  
(4) I. Timoth., I, 13.  
(5) Psal. XXXIII, 16; Eccli., XV, 20; Hebræ., IV, 13.

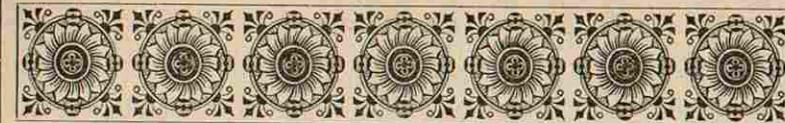
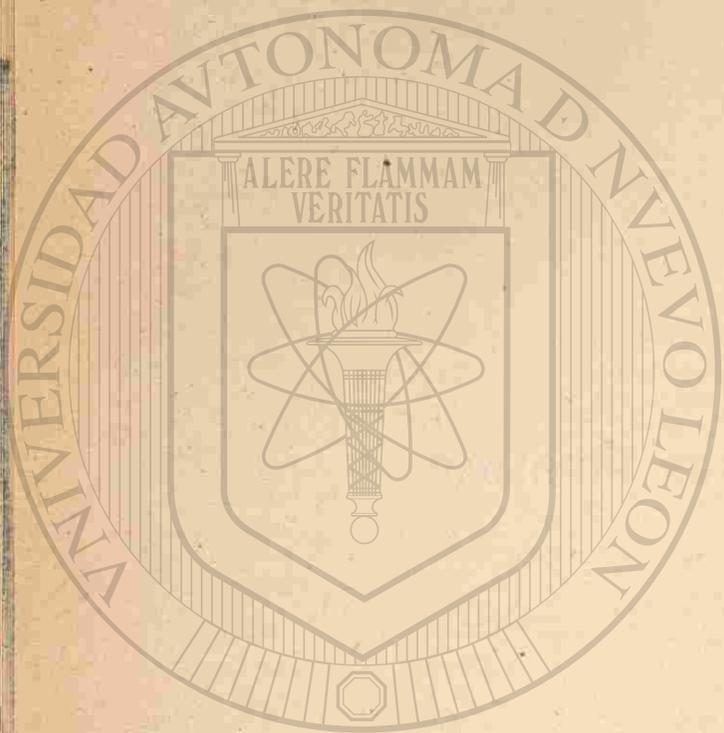
(6) Jacob., IV, 6; I. Petr., V, 5; Prov., III, 34.  
(7) Matth., XI, 25; Luc., X, 21.  
(8) Luc., XXIV, 36; Philip., IV, 7.



U A N L  
DE LA HUMILDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## DE LA HUMILDAD

**L**a humildad es una de las virtudes más simpáticas, quizá la más simpática á nuestro corazón, y cuando la vemos resplandecer en la conducta de nuestros semejantes, nos sentimos inclinados á venerarla. ¡Qué bienestar se experimenta hablando con una persona humilde! ¡Qué confianza inspira y cómo seduce y cautiva y rinde aún los corazones más altivos!... Por el contrario, entre todos los vicios, el que menos podemos sufrir es la soberbia. ¡Qué aversión, qué repugnancia sentimos hacia el hombre en cuyos actos ó palabras se trasluce este abominable vicio!... En esto todos convenimos. Pues bien: ¿cómo es que al tratarse de poner en práctica esta misma virtud de la humildad, que tanto admiramos en los demás, nos contradecemos lastimosamente, pues lejos de practicarla, procuramos evitar todo lo que pueda menoscabar nuestro amor propio? ¿Quién explica esto?, ¿á qué causa, á qué motivo, á qué razón deberemos achacar esta inconsecuencia?... Yo la atribuyo á la falta

de conocimiento propio; la atribuyo á la repugnancia casi insuperable que sentimos cuando se trata de llamar á juicio á las pasiones para someterlas á las leyes inmutables de la razón y de la fe. Personas hay—y son la mayoría—que bajan al sepulcro no sólo sin haberse conocido, sino también sin haberlo intentado siquiera. No, no quieren examinar su corazón, porque presumen que han de hallar en él muchas miserias, y esto las disgusta sobremanera; y no obstante, sin este conocimiento jamás llegaremos á ser verdaderamente humildes, *y si no somos humildes, en algún grado siquiera, no entraremos en el reino de los cielos*, ha dicho Jesucristo (1). Luego debemos procurar conocernos por medio del estudio detenido de nuestro corazón, hasta que logremos descubrir, entre la corrupción de nuestras miserias y pecados, ese riquísimo tesoro, esa preciosa é inestimable margarita de la humildad, como dice San Jerónimo.

Veamos qué medios hemos de emplear para adquirirla, ayudando Dios.

La humildad, dice San Bernardo (2), «es una virtud con la cual el hombre, considerando sus defectos y miserias, se desprecia á sí mismo y desea ser tenido de los demás en baja reputación». Ahora bien: para llegar á creernos dignos de todo desprecio y deshonor, el medio único y necesario es el propio conocimiento. ¿Y cómo podremos lograr este conocimiento? Pues lo adquiriremos separando, por medio de la consideración, lo bueno de lo malo, *lo precioso de lo vil* (3), esto es, lo que tenemos de Dios, de lo que tenemos nuestro. Y si no procuramos adquirir este conocimiento, aun cuando

(1) Matth., XVIII, 3; Job, XXII, 29. (3) Jerem., XV, 19.  
(2) De XII grad. humil.

por otra parte conociéramos todos los secretos de la naturaleza y todos los misterios de la gracia y todas las maravillas del mundo, si toda esta ciencia no estribaba en el propio conocimiento, seríamos semejantes, dice San Bernardo, á los que edifican sin cimientos, porque todas las ciencias sin esta ciencia, todos los conocimientos sin este conocimiento hinchan y envanecen, como escribe San Pablo (1), y añade: *Si alguno piensa saber algo y no sabe esto, todavía no ha entendido de qué manera le conviene saber*.

*Qué fuimos.* Siguiendo, pues, el consejo del profeta Jeremías, que consiste, como hemos dicho, en separar lo que hemos recibido de la bondad de Dios, de lo que podemos llamar nuestro, para que cada cual quede con lo suyo, vamos á entrar en cuentas con nuestro ciego amor propio, para que cese de engañarnos y no nos precipite en el abismo de la soberbia. En primer lugar, ¿qué éramos cien años atrás? (2). No existíamos: existía el firmamento, esa inmensa bóveda celeste que admiramos sembrada de planetas y de estrellas; existía el globo terráqueo, esta enorme esfera que habitamos, poblada de seres de diversas especies; y el mar con sus contrastes de bonanzas y tormentas; y el aire bienhechor que alienta y conserva nuestra vida, y toda la maravillosa creación que hoy contemplamos extasiados. Todo esto existía sin que nadie pensara en nosotros, porque aún no habíamos nacido; ni teníamos cuerpo, ni alma, ni sentidos, ni facultades, ni siquiera derecho ni mérito alguno para existir algún día: éramos menos que una hormiga, menos que un grano de arena; en una palabra, nada éramos. Esto es lo que todos andamos diciendo á cada paso: «que somos nada». No sé si entendemos lo que decimos. Pero si nada somos y

(1) I. Corinth., VIII, 2; Sapient., XIII, 1. (2) Job, XXXVIII, 4.

así lo confesamos, ¿á qué vienen esos humos, esas pretensiones, esos sentimientos, esas protestas, esos arranques cómicos y ridículos, ya que proceden de un sér que cien años atrás nada era? ¿Qué razón ó qué ocasión tiene la nada para engreirse y ensoberbecerse y tenerse en algo? Ninguna, por cierto. Por ello dice San Pablo: *Si alguno piensa ser algo, engánase, que de suyo nada es* (1).

*Qué somos.* Pasemos adelante y veamos si podemos hallar siquiera un pretexto para engreirnos, atendiendo al origen de nuestra existencia. No hablemos de nuestro cuerpo, manantial de corrupción y podredumbre mientras vive (2), para ser luego pasto de asquerosos gusanos (3). Lo sensible es que se le ame tanto y se le trate con tan refinada delicadeza. Hablemos del alma. Apenas fuimos concebidos, caímos en brazos del pecado original, enemigo formidable que nos sujetaba como con cadenas de hierro á fin de impedirnos la entrada en el cielo, para el cual Dios nos había dado el sér. Así lo dice el Profeta lleno de confusión: *Fuí concebido en iniquidad; mi madre me concibió en pecado* (4). Nacimos con un sello de ignominia impreso en nuestras frentes; y así como los soberbios y los grandes según el mundo, deducen la nobleza de su linaje de la de sus progenitores, nosotros debemos nuestra humillación y nuestra desgracia al pecado de nuestros primeros padres (5). El mundo llama infame al nacido de sangre vil, y todos le miran con desprecio; y ¿por ventura no somos nosotros descendientes del primer criminal que conoció la tierra?, ¿no somos hijos del primer traidor que condenó á muerte eterna á todo el linaje humano?... Y ¿habrá todavía entre los mortales, entre los descendientes de ese

(1) Galat., VI, 3; Génes., III, 29; Génes., XVIII, 27; Psal. CII, 14; Eccli., X, 9.

(2) Job, XIII, 28; Job, XVII, 14.

(3) Job, XXV, 6.

(4) Psal. L, 7.

(5) Rom., V, 12.

padre prevaricador quien se gloríe con la posesión de tales títulos y pergaminos? ¿Habrá todavía quien se atreva á alzar los ojos para mirar con desdén á su semejante?... Demos gracias infinitas á Jesucristo que, con la ablución de su preciosísima sangre en el Bautismo (1), lavó la mancha ignominiosa del pecado original y nos admitió á la parte en la herencia de los cielos (2). *A Él solo pertenece la honra y la gloria* (3); á nosotros la humillación, el desprecio, la confusión y la ignominia (4).

Demos otro paso y añadamos al pecado original en que fuimos concebidos, los pecados voluntarios que hemos cometido, y pensemos que, por haber pecado, hemos llegado á ser menos que nada, porque no hay entendimiento criado que pueda comprender ni aun concebir lo abyecto y vil que es el pecador á los ojos de Dios; de modo que vale más, infinitamente más no existir, que haber pecado; así lo dijo Jesucristo de Judas, porque lo había de vender: *Más le valiera no haber nacido* (5). ¡Pecados!, esto es lo único que podemos llamar nuestro. Y ¿no os parece justo que sea deshonrado y despreciado quien deshonró y despreció á Dios? ¿No os parece equitativo que sea tenido en poco quien tuvo en poco á Dios? ¿No os parece que la voluntad que se atrevió á ofender á su Criador, merece que en adelante jamás se haga cosa que ella pretenda y quiera, en castigo de su grande atrevimiento?... Y hay en esto otra cosa particular, que aunque por la bondad del Señor no tengamos conciencia de pecado mortal y debamos presumir que los cometidos en la vida pasada nos han sido perdonados merced á las dolorosas confesiones y penitencias que hemos hecho; pero no sabemos con certeza absolu-

(1) Tit., III, 5; Coloss., I, 20;

Coloss., II, 12-13.

(2) Psal. XV, 5; Rom., VIII, 17.

(3) I. Paral., XXIX, 11; I. Timoth.,

I, 17; Rom., XVI, 27; Ephes., III, 21.

(4) Dan., IX, 7.

(5) Matth., XXVI, 24; Marc., XIV, 21.

ta si Dios nos ama á nos aborrece (1), pues, como dice el Sabio, *del pecado perdonado no quieras estar sin temor* (2); y por cierto esta consideración hacía temblar á los Santos, que no tenían tantos motivos para ello como nosotros. Repitámoslo, hermanas mías, y no lo olvidemos nunca: hemos pecado, y aunque nos hemos arrepentido y confesado, ignoramos si estamos perdonados, y por consiguiente, si seremos compañeros de los ángeles en el cielo ó de los réprobos en el infierno. ¡Dios mío!, ¿quién no temblará? (3).

Motivos tenemos para temblar, no sólo mirando á nuestros males y pecados, sino atendiendo á las obras que á nosotros nos parecen buenas, pues si bien las examinamos, hallaremos harta ocasión y materia para confundirnos por las faltas é imperfecciones que comúnmente mezclamos en ellas; porque, ¿quién puede decir: *Mi corazón está limpio, libre estoy de todo pecado?* (4). Repasemos un poco nuestra conducta. Quizá obramos muchas veces buscándonos á nosotros mismos ó movidos por afición ó inclinación natural, porque nos place el desempeño del cargo, comisión ú oficio que nos han confiado, ó por captarnos la admiración, los aplausos ó alabanzas de los demás, usurpando de este modo *la gloria debida á solo Dios* (5). Tal vez nos tenemos en tan elevado concepto, que nos resentimos con facilidad por una palabrilla, dicha muchas veces sin intención de mortificarnos, ó hablamos con frecuencia de nosotros mismos y queremos que se nos consulte, y que se nos atienda, y que prevalezca siempre nuestra opinión, y que nos tengan por personas de claro entendimiento y de criterio seguro en todo linaje de asuntos.

(1) Ecclesiast., IX, 1.

(2) Eccli., V, 5; Conc. Trid., sess. IV.

(3) Philipp., II, 12; Hebræ, XII, 28.

(4) Job, XXV, 4; Prov., XX, 9; I. Joann., I, 8.

(5) Isai., XLII, 8; Isai., XLVIII, 11.

Por ventura somos también demasiado fáciles en juzgar al prójimo y en creer sus faltas, ó tratamos á alguna de las hermanas con desdén, con aspereza ó poca caridad, echándola en cara sus defectos. Quizá no obedecemos con rendimiento de juicio, ni con la prontitud y alegría que caracterizan y hacen meritoria la virtud de la obediencia... Pero, ¿quién logrará descubrir toda la miseria que entraña el corazón humano, el cual, en frase de la Santa Escritura, es un manantial de vicios y pecados? (1). Hartos motivos tenemos para humillarnos y confundirnos y para repetir con el profeta Isaías, que *venimos á ser todos como inmundos leprosos, y como paño asquerosamente manchado toda nuestra vida* (2). Aunque Dios no fuera lo que es, bastaría ser nosotros lo que somos para tener la humildad por cosa necesaria y justa, para considerar como deber y practicar como virtud la afición, el deseo y el hábito de humillarnos á toda hora en todo.

¿Qué os parece, hermanas mías? Esto tenemos de nuestra cosecha; de todo este cúmulo de corrupción y de miseria podemos afirmar sin mentir que somos propietarios. Y si decimos que alguna cosa buena tenemos, como salud, habilidad, talento, prudencia, discreción, don de gentes, etc., San Pablo nos sale al encuentro para decirnos que nada de eso es nuestro, porque todos esos bienes naturales *los hemos recibido de Dios* (3), y del buen empleo de los mismos hemos de darle muy estrecha cuenta, y lo que debemos procurar es negociar con ellos para mejorar y aumentar el caudal que nos ha confiado (4). Sirvan estas reflexiones—que nunca hemos de olvidar, dice Santa Teresa (5), aunque nos creamos muy aprovechados en la virtud,—sirvan siquiera para no envanecernos

(1) Matth., XV, 19.

(2) Isai., LXIV, 6.

(3) I. Corinth., IV, 7.

(4) Luc., XIX, 13; II. Petr., I, 10; Matth., XXV, 16.

(5) Moradas, I, cap. 2.

nunca, para humillarnos siempre y rechazar indignados hasta el más ligero pensamiento de soberbia ó vanagloria, porque el máspreciado adorno de la religiosa, como esposa de Cristo, es la humildad, más que la virginidad, pues aunque la virginidad es buena y muy excelente, pero no es virtud preceptuada, sino aconsejada (1); pero la humildad fué mandada por Cristo: *Aprended de mí á ser mansos y humildes de corazón* (2). Por ello decía San Bernardo que, aun la virginidad de María, Nuestra Señora, no habría agradado á Dios si no hubiera ido acompañada de la humildad (3); y por eso María, en su cántico, no dijo que Dios puso los ojos en su virginidad, sino en la humildad de su corazón. *QUIA RESPEXIT HUMILITATEM* (4).

*Práctica.* Ahora, pues, que hemos reflexionado y visto lo que somos, y estamos convencidos de nuestra miseria y de nuestra nada, sólo falta que seamos consecuentes, que seamos lógicos, que obremos desde hoy en armonía con lo que sentimos, esto es, que deseemos ser despreciados y tenidos de los demás por lo que somos, y sólo esto será virtud de humildad; porque conocer que somos nada, bueno es, pero no basta para que podamos llamarnos humildes; este conocimiento, esta convicción que tenemos de nuestra miseria y de nuestra nada, cuando mucho, será una buena disposición para «desear ser tenidos de otros como ineptos y despreciables», y en esto consiste propiamente la humildad. ¿Y cómo hemos de empezar á poner por obra esta dificultosísima virtud? Para proceder en ello con algún orden y suavidad, comencemos por ejercitarnos en el

Primer grado, el cual consiste, dice San Buenaventura, en que «se tenga uno á sí mismo en poco y sienta bajamen-

(1) I. Corinth., VII, 25.  
(2) Matth., XI, 29.

(3) Homil. I, super Missus.  
(4) Luc., I, 48.

»te de sí». El medio adecuado para adquirir este primer grado de humildad es el conocimiento propio, pues para tenernos en lo que somos, es menester que sepamos antes quién somos, y esto ya lo hemos considerado en la plática.

El segundo grado consiste en «desear ser tenidos de los otros en poco», y que no nos conozcan ni nos estimen y nadie haga caso de nosotros, y en huir de todo lo que envuelva honra y estimación, pues nada merece quien nada es, y como consecuencia de esto, sufrir con paciencia el ser despreciados de otros. Este es un medio muy eficaz para alcanzar la humildad y para conservarla. Muchas son las ocasiones que de ello se nos ofrecen cada día, y grande ejercicio de humildad podríamos traer si anduviésemos con atención y cuidado de aprovecharnos de ellas.

El tercer grado, y es el más perfecto, consiste en que «se alegre uno y regocije con la deshonra, calumnias, injurias y menosprecios». Quien ha llegado á esto, puede asegurar que posee la perfección de la humildad, porque dice con el Apóstol: *Alégrome en las enfermedades, en las injurias, afrentas, necesidades, persecuciones y angustias, por amor de Cristo* (1). Esto es ser discípulo de Jesucristo; esto es haber dejado y aborrecido de veras el mundo y lo más codiciado de él, que es el apetito y deseo de ser tenidos y estimados; esto es estar muertos al siglo y ser perfectos religiosos (2).

¿Decís que es difícil de practicar esta virtud? Así lo confieso, y aún añado más: esta virtud no es sólo dificultosa, sino la más difícil de practicar. Lo más dificultoso en la vida cristiana no es hacer oración, ni oír Misa, ni rezar, ni ayunar, ni mortificarse, sino humildarse, pues nada tenemos tan metido en las entrañas ni tan entrañado en el corazón, como el

(1) II. Corinth., VI, 4; II. Corinth., XII, 9.

(2) Galat., II, 20; Galat., VI, 14; Coloss., III, 3.

apetito de ser honrados y estimados. El remedio está en la oración, hermanas mías; allí se conoce el hombre, *alumbrado por la verdadera luz, que es Cristo Señor nuestro* (1); allí ve con suma claridad quién es, lo que vale y lo que merece; allí se avergüenza y se confunde y se humilla hasta el polvo de su nada, y llora su iniquidad, y forma propósitos saludables, y se levanta regenerado y apercebido con la gracia de Dios á pelear con brío contra el maldito amor propio que le llevaba atolondrado por el despeñadero de la soberbia al abismo del pecado y de la perdición eterna. La oración, repito, es el remedio, «remedio eficaz y omnipotente», dice Tertuliano, y en nuestras manos le tenemos, pues Jesucristo ha dicho: *Pedid y recibiréis, porque todo el que pide, recibe* (2). Pidamos, pues, este don de la humildad, concedido á pocos, porque son muy pocos los que se resuelven de veras á ser humildes; y no obstante, sin humildad no hay virtud posible, porque ella es el germen ó raíz de la santidad, y si bien la caridad nos introduce en el cielo, pero es después que la humildad nos ha abierto sus puertas (3).

A vaciar, pues, el corazón de todo lo que podemos llamar nuestro, porque todo repugna á los ojos de Dios. Si Dios nos ve hinchados con la hinchazón de la soberbia (4); si nos ve llenos de nosotros mismos (5), ni siquiera se dignará acercarse á nosotros, *nos mirará de lejos*, dice San Pedro (6); pero si nos ve vacíos y sedientos de humildad, nos colmará de gracias (7), como aconteció al publicano de quien nos dice San Lucas (8), que por tener el corazón vacío de sí mismo y

(1) Psal. XXXIII, 6; Joann., I, 9; I. Joann., I, 5.

(2) Luc., XI, 9-10; Matth., VII, 8; Marc., X, 15; Joann., XVI, 24.

(3) Matth., XVIII, 3.

(4) Prov., VIII, 13; Eccli., X, 7; Isai., LI, 9.

(5) Sapient., IV, 19; I. Corinth., IV, 8; Luc., I, 53.

(6) Jacob., IV, 6; I. Petr., V, 5.

(7) Luc., I, 53; Luc., VI, 21.

(8) Luc., XVIII, 13.

creerse el mayor pecador del mundo, llenólo Dios de gracia, y dió la razón: *Porque todo aquel que se ensalza, será humillado; pero el que se humilla, será ensalzado.* ¡Dichosa y bienaventurada el alma humilde!, ella será amada y regalada de Dios, y al mismo tiempo admirada del mundo. Dios la llenará de dones y en ella tendrá sus complacencias (1), y el mundo la rendirá homenaje de veneración y de alabanza; pues si bien entre los hombres esta virtud es casi desconocida y son pocos los que la practican, pero no dejan de admirarla y ensalzarla cuando la ven resplandecer en alguno de sus semejantes, porque es hija del cielo, y por ello atrae, seduce y cautiva á los moradores de la tierra.

¡Hermanas mías, esposas de Jesucristo, *anonadado por nuestro amor hasta la muerte!* (2), ante todo seamos humildes de corazón, es decir, interiormente, pues lo de fuera poco vale. El corazón es nuestro santuario; allí es donde nuestras virtudes nacen, crecen y fructifican; allí donde nos mira Dios, como lo enseñan sus Sagradas Escrituras (3); allí donde pone su morada cuando quiera que le hospedamos, y allí donde erige su trono. Seamos, pues, ante todo humildes de corazón, porque sólo así lo seremos verdaderamente. Cultivemos con solícito esmero esta virtud; por aquí hay que comenzar, pues nada nos ordena Dios tan imperiosamente (4). Empecemos por pedir á Dios con Salomón un *corazón dócil* (5), flexible á la gracia, atento á los avisos del Espíritu Santo, y alumbrados por el faro de la fe, sigamos todo camino en donde se nos ofrezca ocasión de abajarnos y escondernos en nuestra nada, y de que nos rebajen y olviden los demás. Obrando de esta suerte, en cada acto de humillación

(1) Prov., VIII, 31; Prov., III, 32.

(2) Philipp., II, 7.

(3) I. Reg., XVI, 7.

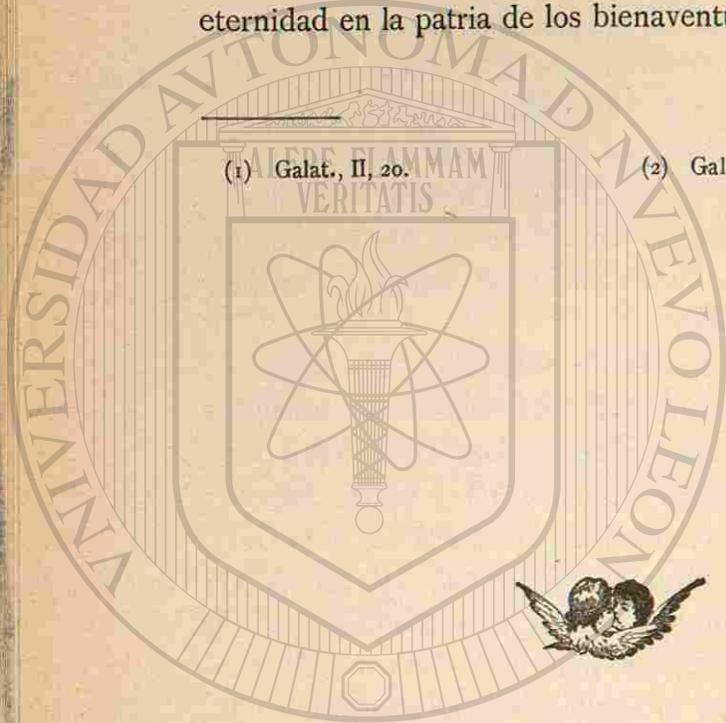
(4) Matth., XI, 29; Mons. Gay. Humildad; Matth., V, 4.

(5) III. Reg., III, 9.

hallaremos tesoros de verdad, de justicia y de paz, y al fin lograremos delicias tan incomprensibles como lo son hallar á Jesús, uniros con Él, vivir de su misma vida (1) y morir en su misma cruz (2), para reinar luego con Él por toda la eternidad en la patria de los bienaventurados.

(1) Galat., II, 20.

(2) Galat., VI, 14.



DE LAS TENTACIONES

U A N L

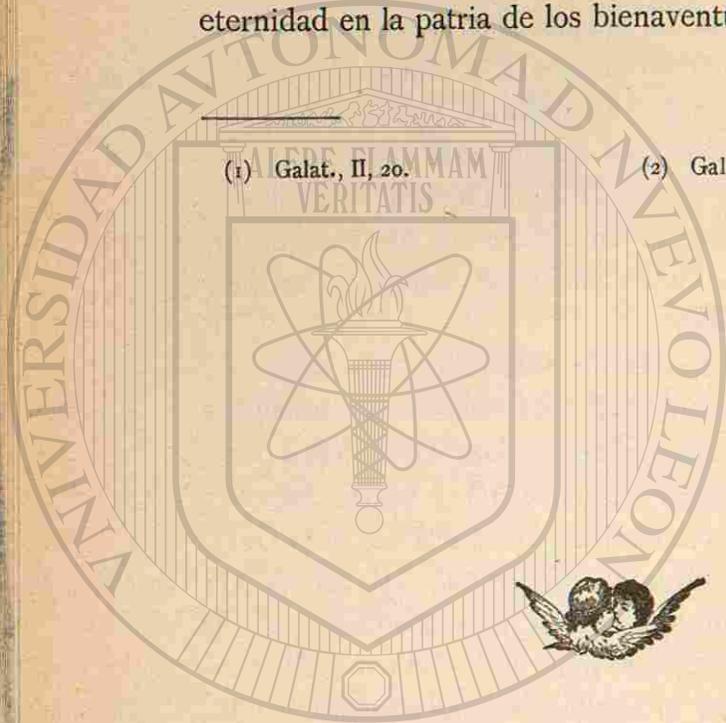
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hallaremos tesoros de verdad, de justicia y de paz, y al fin lograremos delicias tan incomprensibles como lo son hallar á Jesús, uniros con Él, vivir de su misma vida (1) y morir en su misma cruz (2), para reinar luego con Él por toda la eternidad en la patria de los bienaventurados.

(1) Galat., II, 20.

(2) Galat., VI, 14.

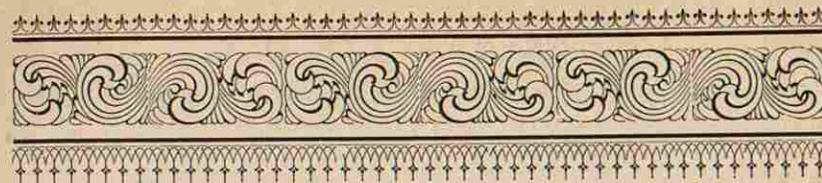
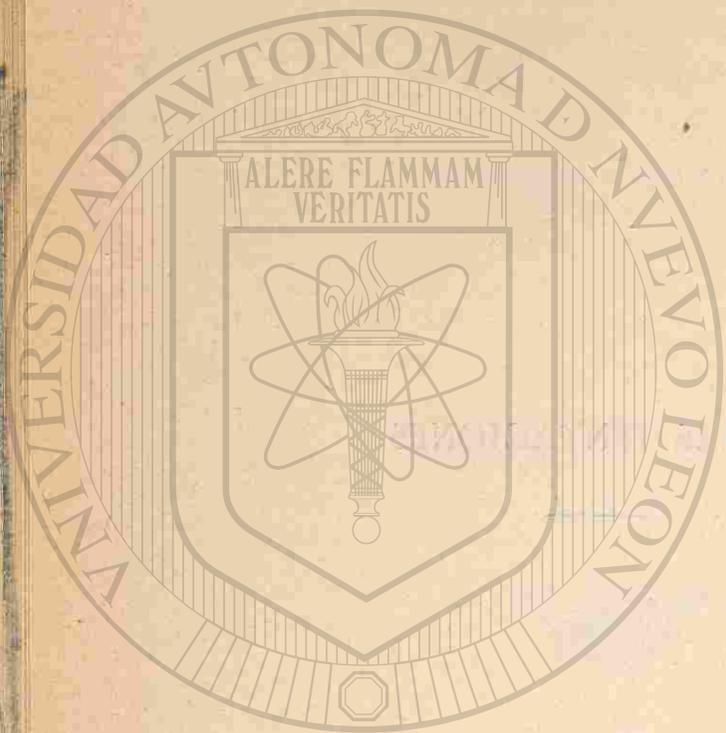


DE LAS TENTACIONES

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## DE LAS TENTACIONES

---

**Q**UÁN paso habéis dado, hermanas mías, al abandonar el siglo para entrar á servir á Dios en su santa Casa y permanecer en ella hasta la muerte. Con ello habéis logrado lo que con ardor anhelante deseaba el Santo Rey David cuando decía: *Una sola cosa he pedido á Dios y es, el que yo pueda morar en la Casa del Señor todos los días de mi vida* (1); y luego añadía: *Bienaventurados, Señor, los que moran en tu Casa* (2). Éstos son los religiosos; éstas sois vosotras. En consecuencia, inmensa debe ser vuestra gratitud para con Dios que os ha otorgado esta gracia, no concedida á la mayoría de los cristianos, muchos de los cuales, sin duda, habríanse aprovechado de ella y logrado llegar á la cumbre de la santidad por los medios que facilita el estado religioso.

---

(1) Psalm. XXVI, 4.

(2) Psalm. LXXXIII, 5.

Sois, pues, las predilectas del Corazón de Jesús, porque os ha traído á su Casa, en la cual sois abastecidas de gracias y dones celestiales, y fortalecidas con los Santos Sacramentos, y espiritualmente regaladas con el Santísimo Cuerpo de Cristo que diariamente recibís, y purificadas con las prácticas y ejercicios de la religión, y escogidas para entrar un día en posesión de la herencia de la gloria que Dios os tiene prometida (1).

Todo esto es cierto, y por ello merecéis cordial enhorabuena. Pero al mismo tiempo debo advertiros con San Pablo, que todo este cúmulo de bienes, todo este tesoro de gracias y dones celestiales lo lleváis *en vasos de barro frágil y quebradizo* (2), y son muchos y muy astutos los enemigos de vuestras almas empeñados en arrebataros ese tesoro (3). Es verdad que os ejercitáis todos los días en las virtudes y tenéis muy arraigado en vuestro corazón el santo temor de Dios (4); pero no debéis fiar en la virtud adquirida ni mucho menos en vuestras solas fuerzas, porque varones muy siervos de Dios han caído de gran altura de santidad, permitiéndolo así el Señor para que se reconociesen y humillasen (5). No descanséis fiando en que habéis consagrado á Dios vuestros cuerpos y vuestras almas por los votos de la religión, porque si bien es cierto que por la profesión religiosa vivís apartadas de muchas ocasiones y peligros, pero no estáis libres ni lo estaréis nunca de ser solicitadas por la tentación. Sí, hermanas mías, seréis tentadas; y ved aquí el asunto que deseo tratar brevemente. Veamos como la tentación es «necesaria» y las «utilidades» que proporciona.

(1) Psalm. XV, 5.

(2) II. Corinth., IV, 7; Génes. VIII, 21.

(3) S. Greg., Homil. 2. in Evang.

(4) Eccli., XXV, 5.

(5) Psalm. CXVIII, 71.

### La tentación es necesaria

La palabra tentación, aplicada al asunto de que hablamos, significa impulso, instigación ó provocación á hacer alguna cosa ilícita. Aunque los tres enemigos de nuestra alma tienden con empeño á hacernos caer en pecado, pero cada uno de ellos se vale del medio más adecuado á su propia índole para lograr este fin, dice el Doctor Angélico (1). Y así, el mundo nos tienta instigándonos á amar desordenadamente las cosas temporales, esto es, á la «avaricia». El demonio nos tienta induciéndonos á cometer el pecado, cuya raíz es la «soberbia» (2). Y la carne nos tienta provocándonos á apetecer los placeres de los sentidos, es decir, la «lujuria». Pues bien: la tentación es necesaria desde que pecó Adán en el paraíso; se rebeló contra Dios, y desde entonces sus pasiones y apetitos levantaron también bandera de rebelión contra él. Porque no quiso obedecer á Dios, fué condenado á muerte y arrojado de aquel lugar de delicias que había profanado, y por su culpa arrastramos sus descendientes pesada cadena de infortunios que apenas nos dejan momentos de tranquilidad y de reposo. Ciertamente que Jesucristo, Hijo de Dios, llevado del amor que desde la eternidad nos profesa (3), bajó al mundo para borrar el decreto de condenación (4), cerrándonos las puertas del infierno que habíamos merecido, y abriéndonos las del cielo con el precio infinito de su sangre (5), y nos dió medios eficacísimos para pelear y vencer á nuestros enemigos; mas no por ello dejarán éstos de combatirnos con verdadero encarnizamiento hasta la muerte.

(1) Opusc. VIII.

(2) Eccli., X, 15.

(3) Jerem., XXXI, 3.

(4) Coloss., II, 4.

(5) I. Corinth., VI, 20; I. Petr., I, 8; Hebræ., IX, 14; I. Joann., I, 7; Ephes., I, 7; Coloss., I, 14.

Y á la verdad, ¿quién podrá gloriarse entre los mortales de estar libre de los ataques ó asechanzas de alguno de estos enemigos ó de todos á la vez? Nadie, dice el santo Job, porque *la vida del hombre es lucha continua sobre la tierra* (1). San Pablo, aquel *vaso de elección* (2) que fué arrebatado al tercer cielo (3), se quejaba también amargamente de la lucha incesante que padecía en su cuerpo, y decía: *Siento en mis miembros una ley que contradice á la ley de mi espíritu*. Hay, efectivamente, en nosotros una vida perversa, la vida de las pasiones, la vida terrena, vida satánica, y es la concupiscencia; su fuerza avasalladora y humillante, hasta los Santos la han experimentado. Oíd los lamentos que arrancaba al Apóstol: *¡Desventurado de mí!, ¡quién me librará de este cuerpo de muerte!* (4). Esta queja repercute de siglo en siglo; la volvemos á oír de labios de San Agustín, cuando refiere que sus pasiones «batallaban por llevarle de nuevo al pecado tirándole de la vestidura de la carne» (5); la oímos también de labios de San Jerónimo, cuando nos cuenta que los fantasmas impuros de Roma le perseguían hasta en el desierto y los veía sonreírse, gesticular y danzar sobre las paredes de la cueva en que vivía sepultado. Leamos las vidas de los Santos y los veremos luchando sin tregua con ayunos, vigiliias y continua oración contra las asechanzas del enemigo que no los dejaba sosegar, envidioso de la santidad que en ellos resplandecía. ¿Qué digo los Santos? La santidad por esencia, Jesucristo, verdadero Dios y hombre, nuestro Maestro (6) y único ejemplar (7), quiso ser tentado por el demonio en el desierto (8); y nosotros, *concebidos en pecado* (9); nosotros, fragilísimos é

(1) Job., VII, 7.

(2) Act., IX, 15.

(3) II. Corinth., XII, 2.

(4) Rom., VII, 23.

(5) Confes., tom. 2, cap. 5.

(6) Matth., XXIII, 8; Joan., XIII, 14.

(7) Exod., XXV, 4.

(8) Matth., IV, 1.

(9) Psalm. L, 7.

inclinados al mal por naturaleza (1), ¿extrañaremos que la tentación nos persiga y no nos deje un momento de reposo? Jesucristo ha dicho que *no ha de ser el discípulo de mejor condición que su Maestro* (2); de suerte que si el Maestro ha padecido tribulaciones, tentaciones, calumnias, dolores, tormentos y muerte de cruz, no es justo, no es equitativo que el discípulo viva sin ellas, ya que han de proporcionarle *un peso imponderable de gloria en la eternidad*, como escribe San Pablo (3). ¿Por ventura la pureza y santidad del alma consiste en estar libre de tentaciones? No, hermanas mías; esa santidad, esa pureza es angélica, no humana. La santidad humana consiste en resistir y vencer la tentación, con la ayuda de Dios, dice el real Profeta (4). «Nuestra vida, escribe San Agustín (5), no puede concebirse sin tentaciones, porque ayudan á nuestro aprovechamiento y perfección. Nadie puede ser coronado, si no vence; ni puede vencer, si no lucha; ni puede luchar, si no es tentado por el enemigo; porque *el poder de Dios resplandecé más triunfando de nuestra flaqueza*» (6).

Todos, todos somos tentados y lo seremos hasta el último instante de nuestra vida, porque todos llevamos en nuestras entrañas el germen ponzoñoso del pecado, y por lo mismo, todos debemos vivir apercebidos para luchar con las tres concupiscencias, á las cuales se reducen todas las tentaciones y todos los lazos de que se vale el enemigo para perdernos (7). La diferencia entre buenos y malos no está en que unos son tentados y otros no lo son, sino en que los buenos se defienden de la tentación, la resisten y la vencen; y los malos, como no luchan, como no resisten, como no se defienden, caen en los lazos del enemigo (8) y se hacen reos de

(1) Exod., XXXII, 22.

(2) Luc., VI, 40.

(3) II. Corinth., IV, 17.

(4) Psalm. XVIII, 14.

(5) In psalm. LX.

(6) II. Corinth., XII, 9.

(7) Joann., II, 16.

(8) Psalm. LVI, 7.

condenación eterna. ¡Oh qué luchas tan formidables tenemos que sostener á cada paso!, y ¡en qué batallas tan sangrientas se ve envuelta muchas veces nuestra pobre alma! Ya no extraño que el pacientísimo Job se quejase angustiado al verse sometido á una de las pruebas más duras á que Dios puede someter á una criatura (1). Ya no me maravilla que San Pablo experimentase *tedio en su corazón* y deseara verse libre de este cuerpo de muerte para volar á las regiones celestiales y gozar de la vista clara de Dios (2).

Todo esto es tristemente cierto, hermanas mías; mas no por ello debemos desalentarnos, pues como escribe el Apóstol: *Fiel es Dios, y no permitirá que seamos tentados sobre nuestras fuerzas; antes de la misma tentación nos hará sacar provecho* (3). Así es; provecho y grandes utilidades facilitará al alma la tentación, si sabemos aprovecharnos de ella. Veamos las principales

#### Utilidades

1.<sup>a</sup> *La tentación nos ilustra y nos humilla.*—Esto es, descubre nuestra fragilidad y miseria, á fin de que nunca presumamos de nuestras fuerzas, porque muchas veces nos engaña el amor propio diciéndonos que somos fuertes, siendo la misma fragilidad (4). ¡Nosotros fuertes!, ¡nosotros valientes, tratándose de resistir las tentaciones! ¿Cómo nos atrevemos á imaginarlo siquiera, si la propia experiencia nos demuestra todo lo contrario? ¿Quién osará contradecir á Cristo, el cual afirma que por nosotros mismos y abandonados á nuestras solas fuerzas no podemos hacer nada en el orden sobrenatural? (5); nada, ni siquiera concebir un buen pensa-

(1) Job, IX, 21.  
(2) Philipp., I, 23.  
(3) I. Corinth., X, 13.

(4) Job, XIV, 2.  
(5) Joann., XV, 5.

miento, añade San Pablo (1), ni pronunciar el Nombre de Jesús en orden á mérito (2). Esta es la verdad. Sin duda la olvidó el Príncipe de los Apóstoles cuando se atrevió á replicar y contradecir á su divino Maestro, al asegurarles éste que habían de padecer escándalo en la noche de la Pasión. «Señor,» dijo Pedro, mis compañeros podrán escandalizarse de Vos,» como decís; podrán negaros y hasta abandonaros, cobardes;» pero yo estoy dispuesto á confesaros delante de vuestros» enemigos y hasta á ir con Vos á la cárcel y á la muerte» (3). Esto dijo el Príncipe de los Apóstoles, contando sólo con sus fuerzas; y no obstante, poco después, á la voz de una mujer, niega á su Maestro una, dos y tres veces, y la última multiplicando juramentos y maldiciones (4). ECCE HOMO (5). Ved aquí al hombre, al fuerte, al valiente; la tentación le humilló, como humilla á todos los soberbios, á todos los que fían en sus fuerzas (6); la tentación le instruyó descubriéndole quién era y lo que podía fiar de sí mismo. Por supuesto, expió su pecado llorando y haciendo penitencia mientras le duró la vida (7). Quizá alguna vez nos forjemos también nosotros la ilusión de que estamos dispuestos á padecer por amor de Dios, dice Santa Teresa, no sólo una pequeña contradicción ó calumnia, sino también á derramar la sangre de nuestras venas en lejanas tierras; y no obstante, una ligera injuria, una leve contradicción ó reprensión nos llena de congoja y nos hace andar desconcertados y nos muestra que estábamos en un error, que vivíamos engañados, pues no había tal virtud en nosotros. Por eso el Profeta David clamaba al Señor diciendo: *Pruébame, Señor, y permíteme que sea yo tentado, para que me conozca y me humille* (8).

(1) II. Corinth., III, 5.  
(2) I. Corinth., XII, 3.  
(3) Luc., XXII, 33.  
(4) Matth., XXVI, 72.  
(5) Joann., XIX, 5.

(6) Luc., XVIII, 14.  
(7) Matth., XXVI, 75; Luc., XXII, 61.  
(8) Psalm. XXV, 2.

Este ha sido siempre el proceder de Dios para con sus escogidos. Y así, leemos en el libro de Josué (1), que á pesar de que los hijos de Israel habían subyugado y hecho tributarios á muchos reyes y pueblos, permitió Dios que no pudiesen exterminar nunca á los jebuseos. ¿Sabéis con qué fin? Para que no confiasen demasiado en sus pasadas conquistas y viviesen siempre apercebidos para la lucha. Así lo dice San Gregorio: «Dios, escribe este Santo Doctor, permítete en los justos que han vencido con la gracia divina grandes vicios y pecados, alguna fragilidad, algún leve defecto ó desorden, para que vivan apercebidos y sepan que si vencieron en las grandes luchas del espíritu, no fué por sus fuerzas y caudal, y queden instruídos y humillados». Nosotros tenemos en nuestra carne al Jebuseo, á quien podemos, con la gracia divina, reducir á servidumbre; pero exterminarlo, jamás. Ya, pues, que tenemos con quién trabar batalla todos los días de nuestra vida, procuremos sacar provecho de la tentación, el provecho y la utilidad que procuran el conocimiento propio y la humildad, que es su consecuencia. Luego la tentación nos ilustra y nos humilla. En segundo lugar, la tentación

2.<sup>a</sup> *Nos purifica de los pecados cometidos.*—Es dogma de fe que, si morimos en gracia de Dios, pero sin habernos purificado enteramente del reato de las culpas cometidas (2), tenemos que pasar por el purgatorio, en donde se padece lo que el entendimiento humano no alcanza á comprender. Ahora bien: todos hemos pecado (3); quizá hemos ofendido á Dios gravemente; si así es, hemos merecido el infierno. ¡Oh qué pensamiento tan amargo! Por la divina misericordia hemos sido librados de aquellas llamas eternas (4); pero

(1) Josue, XV, 63; Judic., III, 11.

(2) Matth., V, 26; I. Corinth., III, 15.

(3) I. Joann., I, 8; III. Reg., VIII, 46; Prov., XX, 9; Ecclesiast., VII, 21.

(4) Thren., III, 22.

aquellos pecados, si bien han sido perdonados en virtud de nuestro dolor y la absolución del sacerdote, y las faltas que diariamente cometemos, dejan una mancha, una huella profunda en el alma, que debe desaparecer con la penitencia. Pues bien: una de las penitencias más eficaces y más aceptas á Dios es la paciencia en tiempo de tribulación ó tentación (1). Escuchad lo que se lee en el sagrado libro de Tobías (2): *Porque eras acepto á Dios, fué necesario que la tentación te probase.* Este pensamiento debe consolarnos, porque nos muestra que si bien hemos sido algún día enemigos de Dios y reos del infierno, Dios todavía nos trata como hijos muy queridos; todavía nos distingue con señales evidentes de amor y predilección, pues, como dice San Pablo, escribiendo á los hebreos: *Dios al que ama le castiga, y á quien recibe por hijo, le azota y le prueba con tentaciones y adversidades* (3). ¡Cómo!, ¿y éstas son pruebas de amor, señales de predilección de Cristo Nuestro Padre: el castigo, el azote, la tentación, la adversidad?... Sí, hermanas mías; no quiere mucho á su hijo el padre que no le corrige y castiga cuando delinque. Además, como todas vosotras sabéis, y así lo dice el Espíritu Santo, *nada manchado entrará en el cielo* (4); y Dios, Padre amorosísimo, que nos ve cargados de deudas y manchados con culpas é imperfecciones, nos ofrece en esta vida los medios más eficaces para satisfacer estas deudas y purificar nuestras almas en el crisol de la tentación y hacerlas dignas de gozar un día de su amor por toda la eternidad. Y ahora es justo exclamar con el apóstol Santiago: *Bienaventurado aquel que sufre la tentación, porque después que fuere así probado, recibirá la corona de vida que Dios ha prometido á los que le aman* (5).

(1) Hebræ., X, 36; Eccli., II, 3.

(2) Tobíæ, XII, 13.

(3) Hebræ., XII, 6.

(4) Apocal., XXI, 27.

(5) Jacob., I, 12.

Decidme ahora: ¿no vale más, infinitamente más purificar nuestras almas en esta vida, sufriendo con paciencia las tentaciones y adversidades que Dios permite, que padecer increíbles penas en el purgatorio, en donde no podremos merecer, sino únicamente esperar las oraciones y sufragios que quieran enviarnos desde este mundo nuestros hermanos, parientes ó bienhechores? Besemos agradecidos la mano de Dios que nos castiga ahora como Padre, porque no quiere castigarnos con fuego vivísimo en el purgatorio. No ignoro que la tentación es á veces tan grave, tan viva, tan importuna y pegajosa, que parece como que nos arrastra al consentimiento y nos pone en grave riesgo de sucumbir; pero, hermanas mías, Dios está con nosotros (1), como estaba en el corazón de Santa Catalina de Sena en un caso semejante; por lo mismo, abracémonos entonces con Él, haciéndole mil protestas de fidelidad y de amor, que ésta es la mejor defensa en las tentaciones de esta índole. Dijo un día Santa Brígida á Jesucristo: «Jesús mío: soy afligida de muchos pensamientos malos y no puedo echarlos de mí, y angústiame mucho tu espantoso juicio». A esto respondió Jesús: «Esta es la verdadera justicia: que así como antes de tu conversión te deleitabas en las vanidades del mundo contra mi voluntad, así ahora te sean molestos y penosos esos malos pensamientos contra la tuya. Y has de tener por cierto que los malos pensamientos á que el alma resiste, lejos de perjudicarla, son purgatorio y corona». No olvidemos, pues, que las culpas manchan, pero las tentaciones no consentidas purifican. Últimamente, resistiendo á la tentación,

3.<sup>a</sup> *Nos ejercitamos en todas las virtudes.*—¿Qué puede saber quien no ha cursado en la escuela de la tentación?, nos dice el Espíritu Santo (2). Esta es la escuela de Cristo, es-

(1) Psalm. XC, 15.

(2) Eccli., XXXIV, 9-11; Exod., XVI, 4.

cuela de trabajos, aficciones, adversidades y muerte; en esa escuela se aprende á padecer, pero á padecer amando, que es sabroso padecer. La gran ciencia, la gran sabiduría del cristiano debe estribar en la Cruz; en ella únicamente debe gloriarse. Así lo dice San Pablo: *Lejos de mí gloriarme sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo* (1). Así lo han dicho y hecho los Santos, como fieles imitadores de Cristo. Ahora bien: atendida la corrupción de nuestra naturaleza, nuestra tendencia al reposo, al regalo y al bienestar, ¿qué virtudes practicaríamos si no tuviéramos continuamente sobre nosotros el acicate de la tentación? (2). Si todo nos sucediese á medida de nuestros deseos; si nada se opusiera á la realización de nuestros caprichos ó antojos, ¿dónde iríamos á parar? ¿Con qué derecho, con qué justicia, con qué razón osaríamos pedir á Dios la corona de la gloria, prometida únicamente á los que vencen en las luchas del espíritu?... Escuchad á San Pablo: *He combatido con valor; he concluido la guerra; he guardado la fe: sólo me resta esperar la corona de justicia que me dará el Señor, como justo Juez* (3). ¿Veis los méritos y servicios que alega el Apóstol para lograr la corona que de justicia se le debe? De justicia, sí, porque ha peleado y ha vencido (4), y Dios ha prometido al vencedor *sentarlo en un trono, coronado de gloria* (5). Y en realidad, si no fuéramos tentados, ¿cómo nos ejercitaríamos en las virtudes? La humildad es el fundamento de la santidad (6); y ¿cuándo adquiriríamos esta difícil virtud, si nadie nos humillase ni contradijese? Si no padeciéramos ninguna tribulación, tampoco podríamos saber si éramos pacientes, castos, caritativos ni mortificados, y entonces ¿qué méritos, que victorias podríamos ofrecer á Dios para lograr, como el Apóstol, la corona de justicia?... ¿Decís

(1) Galat., VI, 14.

(2) II. Corinth., XII, 7.

(3) II. Timoth., IV, 7.

(4) II. Timoth., II, 5.

(5) Apocal., III, 21.

(6) Prov., XI, 2; Matth., XVIII, 3.

que entonces viviríamos en paz? Falsa paz sería esa, porque no procedería de la justicia (1), esto es, del cumplimiento de la Ley de Dios (2); y sabido es que la Ley divina tiene por base el sacrificio, y que *el reino de los cielos se logra con esfuerzo y violencia* (3). A esa falsa paz se refiere Jesucristo cuando dice por San Mateo: *Yo no he venido á la tierra á traer la paz, sino la espada* (4); he venido á destruir la falsa paz que da el mundo. La verdadera paz, que es la interior (5), resulta de la lucha contra las pasiones y apetitos depravados; y cuando logramos someterlos á la razón y á la fe, entonces hay verdadera paz, porque entonces hay orden y subordinación de la parte inferior á la superior, de las pasiones á la razón, de la carne al espíritu, y en esto consiste *la justicia cuyo fruto es la paz*, que, según el Apóstol, *sobrepaja á todo entendimiento* (6). Vengan, pues, tribulaciones, vengan tentaciones que nos purifiquen de los pecados cometidos y nos ofrezcan ocasión de ejercitarnos en las virtudes y de atesorar méritos para el cielo. Si no se nos prueba y purifica en el crisol de la tentación, ¿cómo conoceremos si somos vasos de oro, de plata, de cobre ó de frágil barro, indigno de servir en la mesa del Rey de los cielos? (7).

Sí, hermanas mías, y debemos bendecir á Dios por ello; la tentación nos humilla, nos instruye, nos ofrece ocasión de ejercitarnos en todas las virtudes, nos purifica de los pecados cometidos, nos hace recurrir á Dios, como los Apóstoles cuando se hallaban en peligro (8); y si la resistimos, si salimos de ella victoriosos con la gracia de Dios, vamos avanzando en el camino de la virtud, y á cada vencimiento, á cada victoria corresponde un grado de gracia con la cual nos

(1) Psal. LXXXIV, 11.

(2) Psal. CVIII, 165; Rom., II, 10.

(3) Matth., XI, 12.

(4) Matth., X, 34; Luc., XII, 51.

(5) Galat., V, 22.

(6) Philipp., IV, 7.

(7) II. Timoth., II, 21.

(8) Matth., VIII, 25; Isai., XXXVIII, 14.

fortificamos para resistir en lo sucesivo, y cada grado de gracia merece un grado de gloria en la otra vida. ¡Oh y cómo bendeciremos en el cielo los dolores, las persecuciones, las tentaciones y desprecios sufridos con paciencia en este mundo, al ver la grandeza de la gloria que nos han facilitado!... Entonces veremos que las aflicciones tan breves y tan ligeras de la vida presente nos han merecido el ser *embriagados en el torrente de delicias que sale con impetu del trono de Dios y del Cordero* (1). Y si una sola gota de este torrente, concedida por Dios á sus escogidos en esta vida, los ha embriagado de amor (2) y levantado del suelo en éxtasis maravilloso, como leemos de Santa Teresa de Jesús, de San Juan de la Cruz, de San Ignacio de Loyola, de San Pedro de Alcántara y otros muchos, ¿qué acontecerá cuando seamos llenos, henchidos, inundados por ese torrente embriagador de felicidad y de gloria (3) que Dios ha prometido á los que combaten y vencen por su amor?...

Resolvámonos á pelear, hermanas mías. La vida es corta (4), y la felicidad que esperamos no tendrá fin. Y si deseáis un medio para vencer siempre al enemigo, os daré el que á todos ha dado Jesucristo: *Vigilad y orad* (5). Vigilemos, sacudiendo la tentación apenas asome, como sacudimos la brasa que cae en el vestido, y no entablemos discusión con el enemigo, porque en ese caso seríamos vencidos. Pluguiese á Dios que así lo hubiera hecho en el paraíso nuestra primera madre. Vigilemos, procurando estar siempre ocupados, tener á raya la imaginación, mortificar los sentidos y huir de las ocasiones y peligros; sí, hermanas mías, huir de ellos, pues, como dice Santa Teresa, «peligros en

(1) Psalm. XVI, 15.

(2) Cant., V, 1.

(3) Psalm. XXXV, 9; Psalm. XVI, 15.

(4) Job, XIV, 5; Sapient. II, 1.

(5) Matth., XXVI, 41; Marc., XIV, 38.

»que pone Dios, no son peligros»; pero si nos ponemos voluntariamente en ellos, sucumbiremos, dice el Espíritu Santo (1). El segundo medio es la oración, nunca suficientemente encarecida; en ella adquiriremos fuerzas y alientos para luchar ventajosamente con nuestros enemigos; en ella *se encenderá el fuego sagrado del divino amor* (2), en el cual adquirirán nuestras almas el temple que necesitan para resistir los rudos embates de las tribulaciones, vengan de donde vinieren; en ella habla Dios á sus amigos y les descubre sus secretos y les comunica su gracia y su amor (3), y con su amor y su gracia seremos invencibles, triunfaremos del mundo, del demonio y de nosotros mismos, y en premio de estas victorias, seremos coronados con *corona de justicia* en el cielo por toda la eternidad (4).

(1) Eccli., III, 27.

(2) Psalm. XXXVIII, 4.

(3) Osee, II, 14.

(4) II. Timoth., IV, 8; Tob., III, 21.

DE LOS MALOS PENSAMIENTOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»que pone Dios, no son peligros»; pero si nos ponemos voluntariamente en ellos, sucumbiremos, dice el Espíritu Santo (1). El segundo medio es la oración, nunca suficientemente encarecida; en ella adquiriremos fuerzas y alientos para luchar ventajosamente con nuestros enemigos; en ella *se encenderá el fuego sagrado del divino amor* (2), en el cual adquirirán nuestras almas el temple que necesitan para resistir los rudos embates de las tribulaciones, vengan de donde vinieren; en ella habla Dios á sus amigos y les descubre sus secretos y les comunica su gracia y su amor (3), y con su amor y su gracia seremos invencibles, triunfaremos del mundo, del demonio y de nosotros mismos, y en premio de estas victorias, seremos coronados con *corona de justicia* en el cielo por toda la eternidad (4).

(1) Eccli., III, 27.

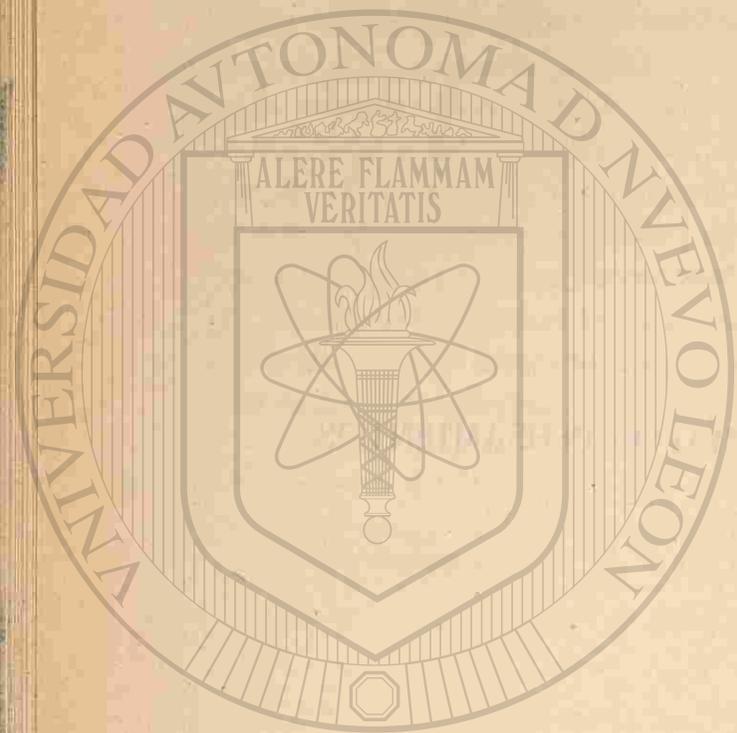
(2) Psalm. XXXVIII, 4.

(3) Osee, II, 14.

(4) II. Timoth., IV, 8; Tob., III, 21.

DE LOS MALOS PENSAMIENTOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## DE LOS MALOS PENSAMIENTOS



El corazón humano, en frase de la Santa Escritura, es la oficina de todos los vicios y el manantial de todas las desgracias (1); en él hallan cabida todos los crímenes, y de él proceden, como de su fuente, los pensamientos, los deseos y las acciones más infames; y si no se vigilan continuamente sus movimientos, si no se despliega una actividad á toda prueba para reprimir y enfrenar sus primeros impulsos y frustrar en su origen sus depravadas tentativas, fácilmente nos hundirá en el abismo del pecado. Y ¿dónde hallaremos un freno tan poderoso, una ley con autoridad tan soberana, que logre penetrar sin obstáculo hasta el fondo del corazón, y sorprender todos sus secretos, y enfrenar sus perversos instintos? ¿Lograremos hallarla, por ventura, en los códigos humanos? No, hermanas mías; la legislación humana no llega al corazón; se limita á prohibir y á castigar los actos

(1) Matth., XV, 19.

externos, las acciones criminales, y á eso se reducen todas sus atribuciones; pero la idea, el pensamiento, el deseo, la voluntad del crimen, nada de esto pertenece á su jurisdicción. A solo Dios está reservada la entrada en el corazón humano (1); solo Él puede escudriñar hasta el último de sus pliegues (2), y leer todos sus pensamientos (3), y penetrar todas sus intenciones, y sorprender todos sus secretos, y ahogar en su origen todos los males (4). Solo Dios, supremo legislador (5) y dueño absoluto del hombre (6), puede intimarle leyes que alcancen hasta las profundidades de su alma y decirle: «Te prohibo, no sólo la obra, no sólo el acto externo, sino también el deseo y aun el pensamiento criminal». Así lo ha escrito en el fondo de nuestro corazón; así lo proclama en el libro de la Sabiduría, diciendo á todos y á cada uno de los hombres: «Entended, mortales, que *los pensamientos malos consentidos, apartan de Dios, le ofenden sobremanera*» (7).

Así lo creemos todos; pero hemos de confesar que el cumplimiento de esta ley divina constituye para muchos una carga pesada, un yugo insoportable, pues al verse tenazmente molestados por los malos pensamientos, al ver reproducidas en su imaginación las especies de los objetos más abominables que logran impresionarlos vivamente y parece como que los arrastran al consentimiento, para hundirlos luego en un mar de perplejidades y torturas, se atribulan con exceso y andan tristes y acongojados, creyéndose culpables.

Pues bien: para disipar en lo posible las tristezas y quebrantos que padecen estas almas y lograr que renazca en ellas la serenidad y la paz que tanto necesitan para servir á

(1) Psal. VII, 10; Jerem., XVII, 10; Rom., VIII, 27.

(2) I. Reg., XVI, 7.

(3) I. Paral., XXVIII, 9; Job, XLII, 2; Luc., XI, 17.

(4) Psal. LI, 7; Eccli., X, 18.

(5) Jacob., IV, 12.

(6) Psal. XCIX, 3.

(7) Prov., XV, 26; Sapient., I, 3; Isai., I, 16.

Dios con la santa libertad que caracteriza á sus fieles hijos (1), voy á explicaros brevemente la doctrina de la Iglesia sobre este punto de suma utilidad y transcendencia.

El hombre es libre por naturaleza: Dios mostró su infinita sabiduría al criarle dotado de entera libertad (2). Sí, el hombre es libre, completamente libre, pero no es independiente, no es soberano. Porque fué criado libre, puso Dios á disposición de su libertad todas las cosas criadas (3); y para que entendiese que no era independiente, que no era soberano, le impuso un precepto fácil de observar (4); mas él, abusando de su libertad, infringió este precepto, es decir, escogió el mal con la misma libertad con que hubiera podido escoger el bien, y cayó en pecado (5). No obstante, aun después de pecar Adán, nosotros, sus hijos, gozamos de esa misma libertad, somos absolutamente dueños de nuestros actos. *Ante el hombre, dice el Eclesiástico, están la vida y la muerte, el bien y el mal: lo que le agradare, eso se le dará* (6). «En virtud de esta libertad, el hombre, dice San Cipriano, viene á ser el autor y único responsable de su salvación ó condenación eterna» (7). De donde se infiere que no somos culpables delante de Dios, aunque nos veamos gravemente seducidos por la concupiscencia, mientras con pleno conocimiento y perfecta deliberación nuestra voluntad, ayudada de la gracia, no consienta en el mal. Así nos lo asegura San Agustín, diciendo que «de tal modo está la malicia del pecado en la voluntad, que si falta ésta tampoco hay peca-

(1) Galat., IV, 31; Galat., V, 13.

(2) Eccli., XV, 14.

(3) Génes., I, 28; Psal. VIII, 8.

(4) Génes., II, 17.

(5) Génes., III, 6; Eccli., XXV, 33; I. Timoth., II, 14.

(6) Eccli., XV, 18; Deut., XXX, 15; Jerem., XXI, 8; Conc. Trid., sess. VI, cap. 5.

(7) Osee., XIII, 9; Epist. LV.

»do» (1). De suerte que, como enseña también el Doctor Angélico, «nuestra voluntad es la verdadera y la única causa »interna de nuestros pecados» (2).

*Tres grados.* Y ¿cuándo podremos asegurar que ha sido voluntario un mal pensamiento, y por tanto, culpable en la presencia de Dios? Ante todo debo advertiros que, para evitar confusión en las ideas por los innumerables casos y circunstancias que pueden ocurrir en este linaje de tentaciones, me ceñiré á hablaros principalmente de los pensamientos contra la santa virtud de la castidad, por ser los más frecuentes y los más peligrosos. El Papa San Gregorio explica con suma claridad la doctrina del apóstol Santiago relativa á las tentaciones de esta índole (3), y nos da á conocer cuándo y cómo se incurre en estos pecados de pensamiento. En su «Exposición sobre los Evangelios», señala tres grados ó gradas por las cuales se baja á este profundo abismo, á saber: la «sugestión», el «deleite» y el «consentimiento» (4). La «sugestión» ó tentación procede, ó del demonio, ó de nuestra naturaleza depravada, ó de cualquiera otra causa que suscita en el entendimiento el pensamiento malo. En esto, ¿hay pecado? No, de ninguna manera, porque es enteramente involuntario, porque se presenta muchas veces en la imaginación sin ser llamado, porque previene ó se adelanta al consentimiento de la voluntad. Lejos de ser esto pecado, si somos diligentes en apartar la sugestión ó tentación, contraemos grande mérito delante de Dios. De este primer grado—en sí inocente—se pasa al segundo, ó sea al «deleite», que es una sensación de placer que excita en nosotros la representación real ó imaginaria de un objeto halagüeño. Y si bien es cierto que en este grado ya nos

(1) Lib. de vera relig.  
(2) 1. 2, q. 75, art. 3.

(3) Jacob., I, 15.  
(4) Homil. XVI, in Evang.

aproximamos más al monstruo del pecado, no obstante, si se rechaza al punto que se advierte, no hay pecado alguno; si la voluntad sólo consiente á medias, digámoslo así, el pecado es venial; pero si se admite y acaricia este pensamiento con plena advertencia y deliberación, en este caso hay perfecto «consentimiento», y por tanto, pecado mortal, ó como dicen los teólogos, «delectación morosa», no porque sea necesario detenernos en él largo rato para cometerlo, sino porque esta detención, breve ó larga, ha sido voluntaria y deliberada. De manera, que de estos tres grados pueden muy bien existir los dos primeros, esto es, el pensamiento y el deleite, sin culpa alguna de nuestra parte, y por consiguiente, sin pecado; mas desde el momento que se les une el tercero, es decir, el consentimiento pleno de la voluntad, queda consumado el pecado.

Bueno será advertir aquí que el «pensamiento» del mal se distingue realmente del «deseo» de ejecutarlo: el pensamiento es, como he dicho, la representación de una cosa mala, esto es, contraria á la Ley de Dios ó á la recta razón, y el deseo es la voluntad de ponerla por obra. El pensamiento del mal no es pecado, pero siempre lo es el deseo del mal, porque encierra en sí el consentimiento de la voluntad, y en esto consiste el pecado, como acabamos de decir. De modo que el que desea hacer algún mal, peca siempre grave ó levemente, según la materia, y esto aunque después no pueda ó no quiera ejecutarlo; pues, como enseñan todos los teólogos con Santo Tomás, la misma malicia encierra el mal deseo, que la mala obra, con sola esta diferencia, que el mal deseo comienza la obra y su ejecución la consuma (1).

*Gravedad de estos pecados.* No necesito encareceros la gravedad de estos pecados de pensamiento, porque de ello

(1) 1. 2, q. 20, art. 3

estáis todas convencidas; así lo prueban esas mismas ansiedades y congojas que os suelen atormentar en la duda de haberles dado entrada en vuestro corazón. Los escribas y fariseos, mal avenidos con las severas máximas del Evangelio, afirmaban equivocadamente que para ser justo y alcanzar la vida eterna, bastaba abstenerse de los actos exteriores culpables, pero que ningún caso debía hacerse de los malos pensamientos y deseos ocultos en el corazón. Ellos, que tanto alardeaban de religiosos y observantes de la Ley, predicaban esta doctrina tan peregrina y tan contraria al espíritu y aun á la letra de esa misma Ley, con la cual pretendían siempre defenderse. Pues qué, ¿no leían en el capítulo primero del libro de la Sabiduría, que los *pensamientos malos* consentidos *apartan al alma de Dios* y la hacen enemiga suya? ¿No habían pasado mil veces los ojos por el Salmo vigésimo tercero de David, en el cual dice el Profeta que para ser digno de habitar en los tabernáculos de la gloria, es necesario ser tan puro é inocente en las obras como en los pensamientos y deseos más ocultos? (1). Más aún: en el mismo decálogo, en los mismos preceptos de la Ley, ¿no se nos prohíbe terminantemente el deseo impuro y el de la hacienda ajena? (2). Además, el mismo Jesucristo, para confundirlos y avergonzarlos delante del pueblo, á quien habían alucinado, enseñó claramente que en la presencia de Dios es reo de pecado mortal, no sólo el que quita la vida á su prójimo, sino también el que le tiene odio ó rencor grave; que un deseo impuro, una sola mirada dirigida con fin depravado, bastan á producir en el alma herida de muerte (3). Es, pues, una verdad de fe que los pensamientos y deseos de cosas ilícitas

(1) Psal. XXIII, 4; Matth., V, 8.  
 (2) Exod., XX, 17; Rom., VII, 7;  
 Rom., XIII, 9.

(3) Matth., V, 22.

en materia grave, plenamente consentidos, son pecados graves.

*Castigos.* Esta doctrina la vemos sancionada en las Sagradas Escrituras con la elocuencia abrumadora de los castigos más inauditos. Sólo dos quiero recordaros. Decidme: ¿por qué fué arrojado Lucifer del paraíso y sepultado con muchos millares de ángeles en los profundos abismos del infierno? Por haber consentido un solo pensamiento de soberbia. Nada hizo, nada obró; bastóle abrigar en su corazón un perverso designio, para ser arrojado al abismo con todos sus secuaces. Oigámoslo de los labios de Isaías: *¿Cómo has caído del cielo, ¡oh Lucifer!, tú que decías en tu corazón—reparad bien, en tu corazón, con sólo el pensamiento—pondré mi trono sobre las nubes y más allá de las estrellas, y seré semejante al Altísimo?* (1). Y ¿por qué todos los habitantes de la tierra—excepto Noé y su familia—fueron sumergidos en las aguas del diluvio? (2). Porque, como dice la divina Escritura, «habiéndolo visto Dios que los *pensamientos* de los hombres eran «inclinados al mal, resolvió destruirlos con aquel castigo «inaudito» (3). ¡Ay de mí! Un solo pensamiento malo consentido, bastó para convertir en demonios á muchos millares de espíritus celestiales y derribarlos en el infierno... La perversidad de los pensamientos humanos provocó á la justicia divina á sumergir el mundo en un diluvio de agua... «¿Qué podremos esperar nosotros, exclama San Gregorio, hallándonos siempre invadidos por tanta muchedumbre de pensamientos como se levantan en nuestra fantasía y como mar «alborotado nos ponen en inminente peligro de naufragar y «perder la divina gracia?» (4).

Desgraciadamente la materia de que tratamos arranca

(1) Isai., XIV, 12-13; Luc., X, 18.  
 (2) Exod., VII, 1; Luc., XVII, 27;  
 Hebræ., XI, 7; II. Petr., II, 5.

(3) Génes., VI, 5.  
 (4) Lib. XII, Moral., cap. 4.

del corazón de los buenos éstas ó parecidas exclamaciones de amargura, y da ocasión á escrúpulos, congojas y ansiedades que constituyen un verdadero tormento para muchas almas temerosas de Dios, las cuales, para tranquilizar su angustiado espíritu, suelen repetir confesiones y consultas á unos y á otros, buscando paz y consuelo que no hallan ni hallarán nunca sino en Dios, porque es el único que libra de todas las tribulaciones y angustias (1). Estas almas no deben olvidar que, como dice el Espíritu Santo, *si desean servir á Dios, como Él quiere ser servido, han de vivir apercebidas para luchar con todo linaje de tentaciones* (2), y que *es necesario que pasen por estas pruebas, por lo mismo que son aceptas á los ojos de Dios* (3); y en el momento de la tentación, *pónganse en sus divinas manos*, como aconseja el real Profeta (4), humildemente resignadas en su santísima voluntad, y no quieran frustrar sus designios, henchidos siempre de misericordia (5). Viva el alma casta muy sobre aviso (6) para no caer en los lazos del demonio (7), pero no se admire de los feos pensamientos que la ocurran ni de las vivas sensaciones que contra su voluntad experimente, porque esta es enfermedad común á todos los mortales y un caudaloso manantial de méritos y virtudes para los que de ella saben aprovecharse con el auxilio divino (8). «Consideremos, dice Santa Teresa, »que hay un mundo interior acá dentro; y así como no podemos detener el movimiento de los cielos, tampoco podemos detener el pensamiento, y así no es bien que por los »pensamientos nos turbemos ni se nos dé nada; tengamos »paciencia y sufrámoslo por amor de Dios» (9). El demonio

(1) Nah., I, 7; Psal. XLIX, 15; II. Corinth., I, 4.

(2) Eccli., II, 1; II. Timoth., III, 12.

(3) Tobíæ, XII, 13; Hebræ., XII, 6.

(4) Psal. LIV, 23.

(5) Psal. XXIV, 10.

(6) Luc., XXI, 36; I. Corinth., XVI, 13; I. Petr., V, 8.

(7) Psal. LVI, 7.

(8) I. Corinth., X, 13.

(9) Moradas, IV, cap. 1.

puede ejercer influjo sobre nuestra voluntad, pero no dominio. «Mirad, dice San Bernardo, si nuestro enemigo será »débil, que no puede vencer sino á quien quiere ser vencido» (1). Así es, hermanas mías; mas no por ello debemos cruzarnos de brazos, sino vivir apercebidos para no sucumbir en esta lucha tan peligrosa y tan frecuente.

*Vigilancia.* Dos principales medios nos señala al efecto nuestro divino Salvador: la «vigilancia» y la «oración». *Velad y orad*, nos dice, *para que no entréis en tentación* (2). No dice que vigilemos para no padecer tentaciones—que eso no es posible en esta vida,—sino para no entrar en ellas; y se entra en la tentación por el libre consentimiento de la voluntad; por esto dice Jesucristo que vigilemos para no entrar en ella. Esta vigilancia se refiere á la mortificación de los sentidos del cuerpo, especialmente el de la vista, pues, en frase del profeta Jeremías, *los ojos son las ventanas por donde entra al alma la muerte* (3). Por eso el patriarca Job *hizo pacto con sus ojos de no mirar, ni siquiera pensar en cosa mala* (4), porque mirar y pensar son dos actos inseparables. Refrenemos los sentidos, apartándolos de todas aquellas personas ú objetos que por su naturaleza ó por nuestra fragilidad pueden turbar *la paz de nuestra conciencia que*, en frase del Apóstol, *constituye nuestra mayor gloria* (5). Hay quien todo lo quiere ver y curiosear, y de todo se quiere enterar, y luego anda triste y quejumbroso por la continua lucha que tiene que sostener con los feos pensamientos que le ocurren, y no advierte que estos pensamientos, por punto general, han sido recogidos de antemano y como almacenados en su fantasía por la habitual inmortificación de los sentidos; porque, ¿qué es un mal

(1) Serm. V, in Quadrag.

(2) Matth., XXVI, 41; Marc., XIV, 38.

(3) Jerem., IX, 21; Origen., Serm. 3, in Cant.

(4) Job, XXXI, 1; Job, XXXI, 7; Eccli., IX, 5-7; Matth., V, 28.

(5) II. Corinth., I, 12.

pensamiento sino la viva reproducción de lo que se ha visto ú oído?...

Otros, más mortificados, pero cobardes, al verse solicitados por la tentación, piensan que todo se ha perdido, y se impacientan y entristecen y desconfían y casi desesperan, creyendo que Dios los ha abandonado, y hasta osan murmurar de su Providencia. Éstos desconocen por completo los caminos de Dios y olvidan que, como fué dicho á San Pablo, *basta la gracia divina* para vencer en todos los combates del infierno, y que *el poder de Dios resplandece más en los flacos*, cuanto más violentos son los ataques de la concupiscencia (1). No obstante, conviene tomar en cuenta que con este linaje de tentaciones no hay que admitir tregua ni parlamento, porque el demonio es gran sofista y en estas discusiones sale siempre con ganancia. En consecuencia, apenas asome la tentación ó sugestión, *resistid al diablo*, nos dice el apóstol Santiago, y *huirá de vosotros* (2); volvedle la espalda, y procurad distraeros poniendo la atención en cualquier otra cosa, pensando que Dios os mira (3) y que os ayuda en el combate (4). Y si tan tenaz é importuna es la tentación, descubridla á vuestro director espiritual y seguid ciegamente su consejo. Si á pesar de todas estas precauciones prosigue el enemigo solicitándoos al mal, no temáis, no os desalentéis, porque la insistencia de la tentación prueba—hablando en general—que no ha logrado venceros, pues si hubierais consentido en ella, inmediatamente os habría dejado; si la hubierais abierto la puerta de vuestro corazón, no insistiría llamando. Y si deseáis un medio infalible para triunfar siempre de las asechanzas de este tan poderoso enemigo, corred á

(1) II. Corinth., XII, 9; Philipp., IV, 13.

(2) Psal. XVII, 40; Ephes., IV, 27; Ephes., VI, 13; I. Petr., V, 9; Jacob., IV, 7.

(3) Psal. XXXIII, 16; Eccli., XV, 29; Hebræ., IV, 13.

(4) Psal. XC, 15.

esconderos *en los agujeros de la piedra* (1), esto es, en las llagas amorosísimas de Cristo vuestro Esposo, abiertas siempre para recibiros y defenderos del infernal enemigo. No es fácil hallar religiosa más rudamente combatida por el demonio en esta materia, que lo fué Santa Catalina de Sena; y para colmo de su aflicción, su Esposo divino, que tan frecuentemente la visitaba y consolaba, parecía haberla abandonado en aquel apretado trance. Apareciósela al fin, y díjole ella: «Señor, ¿dónde estabais Vos cuando mi corazón se sentía tan atormentado de tan abominables impurezas?» Y respondiéndola Jesús: «En tu corazón estaba: si yo me hubiera ausentado de ti, esos pensamientos te habrían causado placer; pero mi presencia te los hacía aborrecibles» (2). No lo dudéis: Jesús va con nosotros en la barca, y aunque mientras dura la borrasca de la tentación parece dormido, no lo está, y por eso la barca no se hunde (3). El segundo medio para triunfar de estas tentaciones y peligros, consiste en acudir á Dios por medio de la

*Oración.* De ella debéis vivir enamoradas, pues, como dice Santa Teresa, «la oración es el oficio del religioso y el camino real del cielo» (4). ¡Oh!, si tuviéramos más fe en el poder de la oración, ciertamente nunca seríamos vencidos. Somos sumamente frágiles, hermanas mías; *nuestra firmeza*, dice Job, *no es como la de las peñas, ni nuestra carne es de bronce* (5); pero si con la mente nos ponemos en Dios, ya somos fuertes (6), ya somos invencibles (7); estribando en la virtud divina, ya podemos desafiar con el Profeta á todas las potestades del infierno (8). *Cuando el alma se eleva á Dios por la oración, Dios*, dice el Profeta, *la esconde en su taber-*

(1) Cant., II, 14.

(2) Vida, part. I.<sup>a</sup>, cap. 11.

(3) Matth., VIII, 24.

(4) Camin. de perfec., caps. 23 y 34.

(5) Job, VI, 12.

(6) Psal. XLI, 7; Jonæ, II, 8.

(7) Rom., VIII, 31.

(8) Psal. XXVI, 3.

náculo (1), esto es, añade Santo Tomás, «Dios se encarga de su defensa». Vosotras sois testigos de los efectos maravillosos, de la virtud divina que atesora este don del cielo para calmar las tempestades del corazón, y alcanzar todas las gracias (2) y poner en vergonzosa fuga á todos nuestros enemigos (3). Bien sabéis vosotras que, después de la Santísima Eucaristía, no hay en el mundo virtud, ni fuerza, ni valor semejante al que infunde en el alma la oración humilde y fervorosa; y el día que por motivo razonable dejáis de hacerla, ¿no es verdad que sentís cierto decaimiento, cierta flojedad de ánimo en los ejercicios de piedad, y sobre todo en la lucha con las tentaciones?... Y porque el demonio sabe hasta dónde alcanza el poder de la oración y lo beneficiosa que es á nuestras almas, nada con tanto ahinco procura como tentarnos precisamente durante ella para que la dejemos, ó á lo menos para que, llenándola de obstáculos y desabrimientos, se nos haga montaña insuperable. Pero no le escuchéis; seguid orando, y dejad lo demás en manos de Dios, que os contempla enternecido; humillaos profundamente en su presencia; insistid, perseverad y venceréis infaliblemente. Humillaos, repito, porque la humildad tiene la virtud maravillosa de herir al tentador en el corazón, como si dijéramos, de aplastarlo y confundirlo.

Mas sobre todos estos remedios, descuella el amor de Dios para vencer cualquiera tentación, porque este fuego divino purifica el cuerpo y enfrena sus sentidos, dirigiendo sus operaciones á Dios, que es el fin de la caridad (4). Buena es la mortificación del cuerpo y sirve de freno al apetito sensual; pero es mejor freno el de la caridad, la cual le vence, le subyuga y sujeta merced al suave y eficaz impulso del

(1) Psal. XXXVI, 5.  
(2) Luc., XI, 9-10.

(3) Núm., X, 35; Psal. LXVII, 2.  
(4) Coloss., III, 11.

amor. Por eso en el libro de los Cantares compárase el amor á la muerte (1), y como la muerte mata al cuerpo, así el amor divino mata la sensualidad y hace que los apetitos estén sujetos y como atados con su virtud, para que no estorben el servicio de Dios.

Amemos, pues, hermanas mías, á nuestro divino Esposo Jesús; dejémonos encadenar de su amor, que Él se dejará encadenar del nuestro, pues *Él ama á los que le aman* (2). Entonces nada podrá contra nosotros la tentación. Entonces, siendo como seremos enemigos natos de Satanás, ¿de qué le servirán todas sus tentativas para seducirnos, ni qué victoria podrá esperar sobre nosotros? Por el contrario, alentados por la virtud de Dios, y estribando en su gracia, seremos omnipotentes, dice San Pablo (3), venceremos en todos los combates, seguros de que ha de cumplirse en nosotros la promesa inefable que Dios ha hecho al que triunfe en estas luchas. *Al que venciere*, nos dice por San Juan, *le haré sentar conmigo en mi trono* (4), coronado de gloria. Y este triunfo y esta victoria definitiva—como todas las que logramos en esta vida—la alcanzaremos, dice el Apóstol (5), *por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, cuya es la gloria y el imperio por los siglos de los siglos* (6).

(1) Cant., VIII, 6.

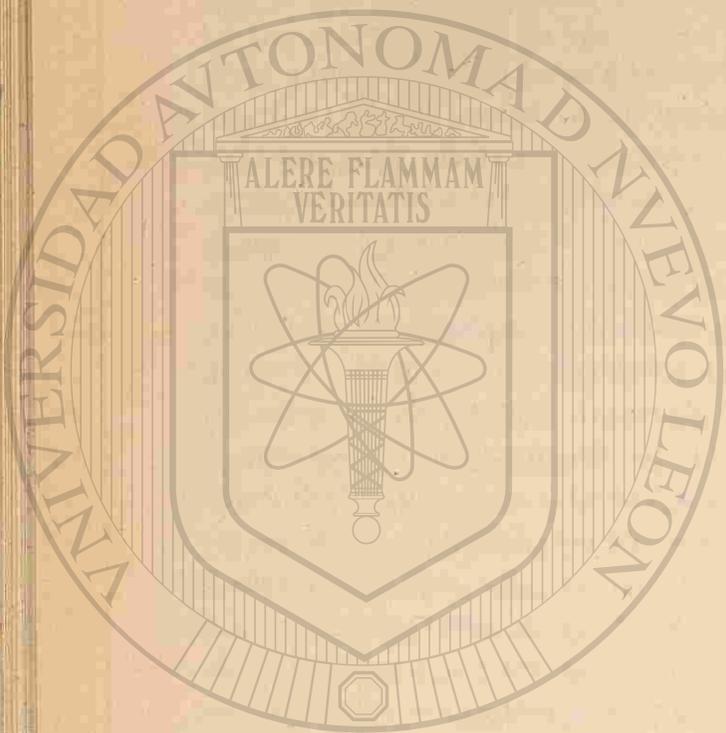
(2) Prov., VIII, 17; Psal. CXLV, 8; Joann., XIV, 21.

(3) Philipp., IV, 13; I. Corinth., XV, 10.

(4) Apocal., III, 21.

(5) I. Corinth., XV, 57.

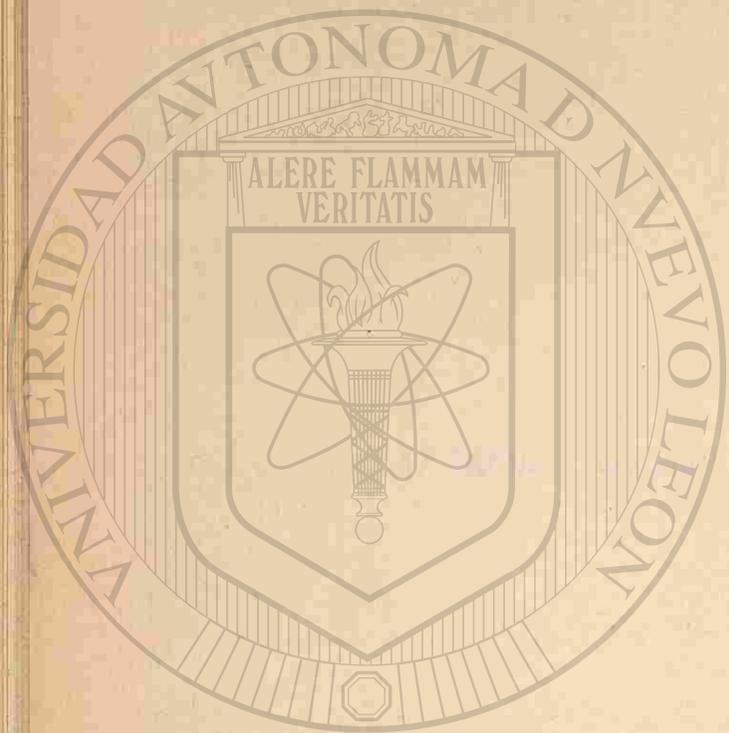
(6) Rom., XVI, 27; Galat., I, 5; Hebræ., XIII, 21; I. Petr., IV, 11; Apocal., I, 6.



# UANI

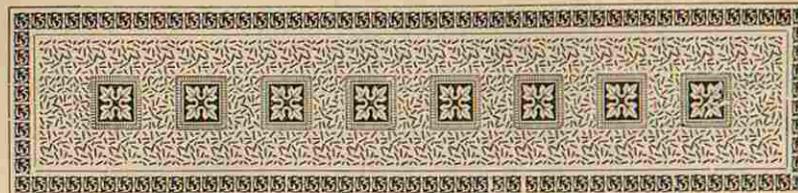
DEL PECADO MORTAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN®  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## DEL PECADO MORTAL

**D**IFÍCILMENTE podrán hallarse almas tan favorecidas de Dios, tan instruidas en su santa Ley, tan versadas en la soberana ciencia de la salvación y tan convencidas y penetradas de los estrechos deberes que impone su dichosísimo estado, como las almas religiosas; señal evidente y prueba elocuentísima del cuidado y amorosa solicitud que Dios tiene de los suyos (1). Así es, hermanas mías, y hartos motivos tenéis para gloriaros de ello, ya que son tan frecuentes las instrucciones que recibís y tan adecuados á las necesidades de vuestro espíritu los asuntos que en ellas suelen tratarse. Hay, no obstante, un asunto de verdadera importancia, del cual suele prescindirse en estas instrucciones, sin duda por excesiva delicadeza. Vosotras sois testigos de ello. Cuando el sacerdote intenta sembrar en vuestros corazones la palabra divina que *convierte las almas* (2), esmérase en es-

(1) Psalm. XXVII, 9; Joann., X, 14; Joann., XVII, 12.

(2) Psal. XVIII, 8.

coger un asunto acomodado al espíritu de vuestro Instituto y á las necesidades de la vida perfecta que por misericordia de Dios habéis abrazado; comúnmente suele concretarse en ese caso á explicaros en qué estriba la perfección religiosa, los obstáculos que la impiden y los medios conducentes al logro de la misma. A eso se limita; y si alguna vez se le ocurre hablaros del pecado mortal, pongo por caso, al instante rechaza ese pensamiento como se rechaza una tentación, porque no concibe que pueda haber tanta malicia, tanto desamor é ingratitud en el corazón de una esposa de Jesucristo, que llegue hasta el extremo deplorable de ofenderle gravemente, y por tanto, no os habla de él. Sin duda calificaréis de muy prudente esta conducta, y así es, hablando en general; digo hablando en general, porque la fe y la experiencia inducenme á creer que el pecado grave en la religiosa, aunque no es verosímil, es posible, y esto nadie lo duda, porque es evidente.

Decidme: ¿no somos todos los mortales *polvo y ceniza*? (1). ¿No fuimos concebidos en pecado? (2). ¿No circula por nuestras venas la sangre de Adán, é inoculado en ella el virus ponzoñoso de la culpa original? (3). ¿No llevamos en nuestras entrañas el germen de las *tres concupiscencias* (4), caudaloso manantial de corrupción y de muerte, y en nuestro pecho un corazón que, en frase de Jesucristo, constituye la oficina de todas las maldades? (5). ¿No sentimos en nuestros miembros la *ley del pecado en continua brega con la ley de la razón*, como acredita San Pablo? (6)... Y al mudar de estado, al renunciar el siglo, y entrar en religión, y vestir un hábito, y consagrarnos á Dios, ¿por ventura hemos mudado también de natura-

(1) Génes., III, 9; Génes., XVIII, 27; Psal. CII, 14; Eccli., X, 9.  
 (2) Psal. L, 7.  
 (3) Rom., V, 12; Rom., VII, 14.

(4) I. Joann., II, 16.  
 (5) Matth., XV, 19.  
 (6) Rom., VII, 23.

leza y convertídonos en ángeles?... ¡Ah!, no, hermanas mías, nada de eso. Es verdad que la vida regular facilita muchas ventajas al alma que desea santificarse, como dice San Bernardo (1); es cierto que, apartadas de muchas ocasiones y peligros, vivís en ella con más pureza, y os ejercitáis en todas las virtudes, y sois abastecidas de dones y gracias celestiales que os fortifican y alientan para vencer las sugerencias y arterías de vuestros enemigos; pero advertid que todas estas gracias y mercedes las lleváis en *vasos de barro frágil y quebradizo* (2); y por decirlo en una palabra, sabed que en la Religión no existe ningún medio, ningún preservativo de eficacia segura é infalible contra el pecado mortal. Por ello nos dice á todos el Apóstol: *El que piense estar en pie, mire no carga* (3), y procure trabajar con temor y temblor en la obra de su santificación (4).

Ya no debéis extrañar que me sienta hoy movido á hablaros con viveza del pecado grave, no porque yo crea que alguna de vosotras se halle bajo el peso degradante de tan dura servidumbre, sino para que cada día y cada momento sea más profundo el horror que este monstruo os inspire, y huyáis de él como huiríais de la vista de una culebra, como dice el Espíritu Santo (5). Vamos á considerar su «espantosa gravedad» y los «desastrosos efectos» que produce en el alma.

## I

Empiezo afirmando que el pecado, considerado en sí mismo, constituye una «abierta rebelión» contra Dios-Creador y una «monstruosa ingratitud» contra Dios-Redentor; en

(1) Homil. de quærent. bon. mar-  
 garit.  
 (2) Génes., VIII, 21; II. Corinth.,  
 IV, 7.

(3) Rom., XI, 20; I. Corinth.,  
 X, 12.  
 (4) Philipp., II, 12.  
 (5) Eccli., XXI, 2.

consecuencia, es el mal sumo, el mal único, el mal esencial, el peor de todos los males, la mayor de las desgracias (1).

**Rebelión.** 1.—Es, en primer lugar, una insolente rebelión contra Dios-Criador. Y á la verdad: ¿qué es pecar?—Pecar es quebrantar con perfecto conocimiento y plena voluntad algún precepto de la Ley de Dios ó de la Iglesia. Pero Dios, ¿ha podido imponer leyes á su criatura?—Y ¿cómo no? Dios es criador del hombre (2), y el hombre es criatura ó hechura de Dios. Y así como el artífice tiene derecho absoluto sobre su obra, le tiene también Dios sobre todos los actos, así internos como externos del hombre, obra de su poder (3). Somos, pues, de Dios (4), porque no nos pidió licencia para criarnos, ni ha de pedírnosla para quitarnos la vida; luego puede exigirnos todos los usos, todos los servicios que puede exigir del objeto de su propiedad su legítimo dueño. Pues bien: la Ley de Dios no es otra cosa que su adorable voluntad, no es otra cosa que el servicio que exige de la criatura, obra de sus manos (5); y este servicio que tan justamente reclama del hombre es lo que llamamos «obra buena» cuando se cumple bien, y «obra mala», es decir, pecado, cuando no se cumple ó se cumple mal. Además—y este es otro título en que estriba el derecho absoluto del Criador sobre la criatura,—el artífice no da el sér á la madera; no hace más que imprimirla cierta modificación dándole la forma de mesa, de silla ó de banco, y esto no obstante, le autoriza para llamarse su dueño. Pues, ¿cuánto más dueño del hombre no ha de ser Dios, que le ha dado, no solamente la forma humana, sino también la existencia? Pero hay más: la silla, el banco, la mesa, una vez construídos, para nada necesitan

(1) De la «Revista Popular», del Dr. Sardá.

(2) Génes., I, 26; Psal. CXVIII, 73; Matth., XIX, 4.

(3) Psal. XCIX, 3.

(4) II. Corinth., III, 23.

(5) Job, X, 8.

de su artífice, y sin él continúan siendo lo que son. No así el hombre, cuya existencia depende absolutamente de Dios (1), que lo sacó de la nada. De manera que si fuese posible el absurdo de que Dios se olvidase del hombre un solo instante, hundiríase éste al momento en la nada, de la cual le está continuamente sacando su mano poderosísima (2). Por esto se dice con fórmula muy exacta en filosofía, «que la conservación es una continua creación».

Con lo dicho habréis podido comprender lo que es el pecado. Es una insolente rebeldía contra la soberana voluntad de Dios; es el *no quiero servir* del ángel malo que resonó por vez primera en la inmensidad de los cielos (3) y que repite el pecador en la tierra cada vez que tiene la osadía de rebelarse contra su Criador, ofendiéndole gravemente. Luego con harta razón se afirma que el pecado es el sumo mal; porque siendo Dios el sumo Bien (4), la oposición directa y voluntaria á este Bien sumo no puede calificarse de otro modo. Luego es muy lógico decir que el pecado es en rigor el mal único, el mal esencial, el peor de todos los males, la mayor de las desgracias. Luego aun prescindiendo de la fe y ateniéndonos sólo al dictamen de la razón, debemos detestar el pecado con toda nuestra alma y evitarlo á toda costa, pues bastó la razón á los filósofos paganos para conocer que el pecado degrada al hombre y lo envilece sobremanera. Aristóteles decía: «Mejor es morir que pecar». Séneca solía también decir, y lo dejó consignado en sus escritos: «Tan monstruosa es la fealdad del pecado, que aunque supiera que Dios lo había de perdonar, no osaría cometerlo». Y Cicerón añadía, «que al hombre no le podía acontecer cosa peor que el pecado». Veis aquí á los sabios del paganismo

(1) Eccli., XI, 14; Eccli., XXXIII, 13.

(2) 1. pars. q. 9, art. 2. in corp.

(3) Isai., XIV, 13; Jerem., II, 20.

(4) Judith., XI, 6; Psal. CXVIII, 68; Dan., III, 89; Matth., XIX, 17.

repitiéndonos sin saberlo las palabras del Espíritu Santo:  
*Huid del pecado como huiríais de una culebra.*

Esto es el pecado considerado solamente como ofensa á Dios-Criador; porque si consideramos á Dios ofendido en concepto de Redentor, ábrese nuevo campo al discurso y nuevas, aunque tristes consecuencias, á la lógica cristiana. Yo debo ceñirme á demostrar que, en este sentido, el pecado mortal constituye una monstruosa ingratitud con Dios-Redentor.

*Ingratitud.* 2.—En efecto: la Redención añade nuevos derechos á Dios sobre sus criaturas, y á éstas nuevos deberes; por tanto, el pecado cometido por el cristiano adquiere nueva gravedad, inmensa gravedad, de Dios únicamente conocida. Y ¿sabéis en qué consiste la redención ó rescate de alguna cosa? Pues consiste en volver á adquirir por un precio determinado lo que ya nos pertenecía, pues se había enajenado sin nuestro consentimiento; de manera que lo adquirido de esta suerte nos pertenece por dos títulos: el primero, porque ya era nuestro, y el segundo, por el precio que nos ha costado su rescate. Pues estos dos títulos tiene también Dios sobre nosotros. Él nos dió el ser (1), y por ello somos cosa suya; pero como el pecado de Adán nos había emancipado en cierto modo de su dominio y puesto bajo la tiránica servidumbre del demonio, quiso el mismo Dios rescatar la hacienda que se había enajenado contra su voluntad, para que por este nuevo título de Redentor quedase el hombre tanto más obligado á su amor y servicio cuanto mayor había sido el precio de su rescate. Y ¿qué precio fué este, hermanas mías? ¡¡Ay!! ¡¡La sangre y la vida de un Dios!!... Esto está dicho muy pronto, pero no llegaremos nunca á comprenderlo, porque constituye uno de los misterios más pro-

(1) Rom., XIV, 8; Job, XXXI, 15; Psal. XCIX, 3.

fundos de la religión cristiana. El mismo San Pablo, abismado en la contemplación de este misterio, y deseando dar alguna idea de él á los fieles de Corinto, viendo que no era posible hacerlo á la torpe lengua humana, limitase á decirles: *Hermanos míos, glorificad á Dios con una vida pura y santa, porque habéis sido rescatados por un precio muy grande* (1). Sí, hermanas carísimas, grande sobre todo encarecimiento. Alzad los ojos, los ojos de vuestra fe principalmente, dirigidlos al Calvario y ponedlos en el madero de la Cruz, en la cual está enclavada la sacratísima humanidad de Jesús, nuestro adorable Redentor. Mirad por entre las fúnebres tinieblas del eclipse aquel cuerpo santísimo desfigurado por inauditos tormentos. Ved al Hijo único de Dios (2), ante cuyo acatamiento se arrodillan los cielos (3), vedle en congojosa agonía, sediento, desnudo y aun de su mismo Padre desamparado (4). Contemplad, en fin, á Jesucristo, Dios y hombre verdadero, cubierto de llagas y de sangre, hecho *el oprobio de los hombres y la abyección y escarnio de la plebe* (5), y decidme si pudo ser más costosa nuestra redención; decidme si podíamos esperar mayor beneficio; y digan todos los coros de los ángeles si ha hecho Dios otro tanto por ellos. Pues así nos libró Jesús de la servidumbre del demonio; con estos padecimientos tan espantosos y con esta muerte tan cruel quiso mostrarnos la inmensa gravedad del pecado y el odio que necesaria é infinitamente le profesa (6).

Luego somos hijos de la sangre de un Dios, por ella reengendrados (7), por ella resucitados á la gracia, por ella elevados á nobilísima condición (8), por ella, en fin, destina-

(1) I. Corinth., VI, 20.

(2) Joann., I, 18; Joann., III, 16; I. Joann., IV, 9.

(3) Job, IX, 13; Isai., XLV, 24; Rom., XIV, 11; Philipp., II, 10.

(4) Matth., XLVI, 27; Marc., XV, 34.

(5) Psal. XXI, 7.

(6) Sapient., XIV, 9.

(7) Coloss., I, 20; Tit., III, 5.

(8) Psal. LXXXI, 6; Act., XVII, 28-29; I. Petr., II, 9.

dos á encumbrada jerarquía. Pues bien: tomando en cuenta lo dicho, ¿sabéis lo que hace el cristiano cuando peca? Rasga y pisotea esa carta de libertad escrita con sangre divina (1); vuelve las espaldas á su divino Libertador, para agasajar y complacer á Satanás, su eterno enemigo. El cristiano que peca es un parricida, con las circunstancias más agravantes é inauditas; pues, en sentir del Apóstol, el que peca *vuelve á crucificar en su corazón al Hijo de Dios*, su amorosísimo Padre (2). Hermanas mías, ignoro si hubo jamás quien ahondase cuanto puede ahondarse en este abismo de horror que encierra el pecado contra la Redención. Creo más bien que ni el entendimiento del hombre ni la asombrosa inteligencia del ángel pudieron nunca vislumbrar toda su profundidad. Y ¿habrá todavía quien ponga en duda la existencia del infierno? Parece que, aunque expresamente no lo hubiese dicho Dios (3), con esto sólo se podría probar que lo debe haber, pues, como escribe San Agustín, «quien ofende á Dios después de haber sido criado por Él, merece un infierno; mas el que le ofende después de haber sido por Él redimido, menester es nuevo infierno para él». Deduzcamos, por tanto, hermanas mías, que la ofensa contra Dios-Redentor constituye una injuria gravísima sobre toda ponderación, con carácter de horrible ingratitud. Luego el pecado, bien se le considere en el orden de la naturaleza, como en el de la gracia, es, según dije al principio, el mal sumo, el mal único, el mal esencial, el peor de todos los males, la mayor de las desgracias. Luego *debemos huir de él con más horror que de una culebra*.

(1) Coloss., II, 14.  
(2) Hebræ., VI, 6.

(3) Jerem., XLVI, 24; Matth., XIII, 42; Matth., XVIII, 8; Marc., IX, 43.

## II

*Efectos.* Si, con mucho más horror sin comparación debemos huir del pecado que de la vista de una culebra, porque lo más grave que este reptil puede ocasionarnos es la muerte del cuerpo; pero los efectos que el pecado mortal produce en el alma, ninguna inteligencia creada logrará jamás ponderarlos debidamente. Por ello yo debo ceñirme á explicaros como pueda alguno de ellos.

1.º En primer lugar, dícenos la fe que, el que tiene la desgracia de ofender á Dios gravemente, *da muerte á su alma* (1), esto es, la despoja de la preciosa vestidura de la gracia, de ese bien infinitamente superior á todos los bienes de la naturaleza (2), principio y fuente de todos los bienes sobrenaturales y precio infinito de la sacratísima Pasión y muerte de Jesucristo; la despoja de esa joya incomparable que la ponía en el número de los *hijos de Dios y herederos de su reino* (3) y la hacía *templo de Dios* (4), *morada del Espíritu Santo* (5) y objeto de las complacencias de la Santísima Trinidad. Pecando gravemente, siquiera con el pensamiento, pierde además cuantos méritos y virtudes hubiere atesorado en todo el discurso de su vida; pues dice el Espíritu Santo por el profeta Ezequiel (6): *Si el justo, desviándose de su justicia, cometiére el pecado, todas las buenas obras que hubiere hecho se echarán en olvido*, de nada le servirán para la vida eterna. Pongamos un ejemplo. Suponed que una de vosotras ha empleado su vida en la práctica de todas las virtudes; que merced al continuo ejercicio de las mismas, ha logrado atesorar

(1) Ezech., XVIII, 4 y 20; Jacob., I, 15.

(2) Matth., XVI, 26; Marc., VIII, 36; Luc., IX, 25.

(3) Rom., VIII, 17.

(4) I. Corinth., III, 16; II. Corinth., VI, 16; Coloss., III, 16; Ephes., III, 17.

(5) Psal. V, 12; II. Timoth., I, 4.

(6) Ezech., XVIII, 24.

en su alma cuantos méritos adquirieron los santos de ambos Testamentos; que ha convertido más almas á Dios que los Apóstoles y predicadores evangélicos de todos los siglos; que ha hecho más penitencia que todos los anacoretas y penitentes que ha habido y pueda haber en el mundo; que ha padecido en defensa de la fe los tormentos de los dieciocho millones de mártires que forman la corona de la Iglesia. Más aún: añadid á este número casi innumerable cuantas gracias, privilegios, virtudes y méritos atesoraba el alma santísima de la Virgen María, Nuestra Señora, en el momento de su preciosa muerte, ¡quién podrá concebirlas!... Pues bien; si vuestra alma con todo ese tesoro incalculable de méritos y de gracias, llegara á cometer un solo pecado mortal, aunque sólo fuese de pensamiento, en el mismo instante quedaría despojada de todo ese cúmulo de bienes, y de amiga de Dios pasaría á ser vil esclava del demonio. Y si llegara á morir sin haber hecho penitencia de su pecado, al instante sería precipitada en los profundos abismos del infierno para repetir desesperada por toda la eternidad las palabras que el infeliz Enrique VIII de Inglaterra dijo en el trance de la muerte: OMNIA PERDIDIMUS. «Todo lo he perdido». Sí, todo absolutamente se pierde por un solo pecado grave: oraciones, vigili-  
as, ayunos, limosnas, sacramentos, obras de caridad, de humildad y de penitencia, méritos, gracia y el derecho á la gloria. ¡Jesús mío! ¡Cuánto aborrecéis el pecado, pues uno solo causa tanta ruina en el alma que lo comete!...

2.º Pero ¿creéis que está todo dicho, hermanas mías? Escuchad otro efecto no menos terrible y desconsolador. El pecado mortal no sólo despoja al alma de todos los méritos que había adquirido, sino que la impide adquirir otros nuevos. San Pablo lo expresa admirablemente en estas palabras: *Aunque hablé—dice—con lengua de ángeles; aunque tenga don de profecía y esté versado en todas las ciencias y obre portentosos*

*milagros; aunque dé toda mi hacienda á pobres, y aunque convierta todo el mundo, si no tengo caridad y gracia de Dios, nada soy y nada aprovechará* cuanto haga (1). La razón es porque, como nos enseña la fe, nada absolutamente podemos hacer, ni pensar, ni comenzar, ni acabar digno de mérito si no vivimos unidos á Dios por la gracia y la caridad que siempre la acompaña (2); ó como dijo el mismo Jesucristo, si no estamos adheridos á Él, como lo están los sarmientos á la vid que los sustenta (3). Y como los sarmientos separados de la vid no producen fruto alguno, tampoco podremos nosotros producir fruto alguno de gracia y santidad, si no procuramos vivir íntimamente unidos á Jesucristo por la gracia. Y así, el alma que vive en pecado mortal y en ese estado ora, y se humilla, y se mortifica, y asiste al enfermo, y socorre al necesitado, y ayuna á pan y agua, y derrama la sangre de sus venas con crueles azotes, y trabaja, y se fatiga, y se sacrifica, jamás logrará adquirir con todas estas obras un solo grado de gloria, porque no siendo amiga de Dios, no estando unida con Él por la gracia y por la caridad, no es más que una rama cortada y seca, un sarmiento inútil, bueno únicamente para ser arrojado al fuego del infierno (4).

Veis ahí, hermanas mías, lo que pierde y á lo que se expone el alma que tiene la desgracia de ofender á Dios gravemente. ¡Qué pérdida, Dios mío, qué pérdida! ¡Qué estado tan deplorable y tan digno de llorarse con lágrimas de sangre! Y no obstante, hermanas mías muy amadas, ¡quién lo creyera!, comúnmente hablando, el pecado mortal no logra hacer mella ninguna en los cristianos; ¿qué digo? la inmensa mayoría de ellos lo cometen con una sangre fría inconcebi-

(1) I. Corinth., XIII, 3.

(2) II. Corinth., III, 5; Philipp., II, 13.

(3) Joann., XV, 5.

(4) Matth., III, 10; Matth., VII 19; Luc., III, 9.

ble, y como *por risa y diversión*, dice el Espíritu Santo (1), y llegan, en su insensatez y desvergüenza, hasta el extremo irracional de gloriarse de haberlo cometido. Yo me maravillo, decía Santo Tomás, y no puedo comprender cómo el que vive en pecado mortal, pueda reír y tener contento. En verdad no se comprende, pero lo vemos todos los días. Y es que *no saben lo que hacen*; ignoran que el pecado mortal constituye una insolente rebeldía contra su Criador y una monstruosa ingratitud contra su amabilísimo Redentor. Están muy lejos de creer que el pecado mortal arranca á sus pobres almas la preciosa vestidura de la gracia y con ella todos los méritos, gracias y virtudes adquiridas, imposibilitándolas para merecer un solo grado de gloria, mientras perseveren en este lamentable estado; y esta ignorancia alegó Jesucristo á su eterno Padre para que perdonase á los mismos que le crucificaron (2).

Mas vosotras *sois inexcusables* (3); vosotras no podéis alegar ignorancia en esta materia, y por ello seréis juzgadas con más rigor (4). Ciertamente que el pecado grave os inspira entrañable aborrecimiento, y jamás lo abominaréis y detestaréis como merece ser detestado y aborrecido. Pero ¡ay! hermanas carísimas, que yo no sé si el horror y aborrecimiento que tenéis al pecado grave, se extiende también al pecado leve voluntario, tan ofensivo á Dios y tan impropio de un alma desposada con Jesucristo. Ignoro y prefiero ignorar si alguna de vosotras vive contagiada de esa enfermedad espiritual casi incurable, llamada tibieza; pero no vacilo en asegurar que uno de los síntomas que delatan la existencia en el alma de esta enfermedad, es la comisión habitual del pecado leve, *camino ancho y espacioso* que conduce insensible-

(1) Prov., X, 23.

(2) Judith., IX, 10; Jerem., LIII, 12; Luc., XXIII, 34; I. Corinth., II, 8.

(3) Rom., I, 20.

(4) Psal. IX, 5; Psal. LXXIV, 3; Ecclesiast., III, 17.

mente al abismo del pecado grave (1). Yo no puedo ni debo suponerlo; pero si de ello tuviera el menor indicio, la más liviana sospecha, yo suplicaría á esa religiosa en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que antes de interceder por los pecadores, *compadeciéndose de su propia alma* (2), rogase más bien por sí misma, y con lágrimas del corazón implorase la misericordia divina, dispuesta á reparar los malos ejemplos ocasionados por su tibieza, y cumplir con fervorosa solicitud los deberes religiosos consignados en las santas Reglas, y hacer penitencia por las transgresiones voluntarias de los mismos, y emplear el resto de su vida en amar y servir á su pacientísimo Esposo Jesús (3), que ha prometido *olvidar para siempre los pecados* (4) del que acuda á sus plantas amorosísimas con el *corazón contrito y humillado* (5)... Pero ¿qué estoy diciendo, hermanas mías?... Perdonadme, si os he dado un mal rato al corregir con alguna viveza el indigno proceder del alma perezosa é indolente en el amor y servicio de nuestro Dios. Con ello no he intentado reprenderos, sino avisaros y preveniros y alentáros á proseguir con santa emulación (6) *la senda estrecha* (7) de los consejos evangélicos que conduce con seguridad á la unión del alma con la soberana Majestad de Dios. ¿Deseáis llegar pronto á esa unión inefable? «El principio, el progreso y el término de este camino» es el amor», dice San Agustín.

Amemos, pues, mucho á Jesús, carísimas hermanas mías; amémosle con toda nuestra alma y con todas las fuerzas de nuestro espíritu (8); esforcémonos en mostrarle desde hoy

(1) Eccli., XIX, 1; Luc., XVI, 10; S. August., epist. ad Seleuc.

(2) Eccli., XXX, 24.

(3) Exod., XXXIV, 6; Judith., VIII, 14; Psal. VII, 12; Sapient., XV, 1; Jonæ, IV, 2; II. Petr., III, 9.

(4) Sapient., XI, 24; Isai., XLIII, 25; Jerem., XVIII, 8; Ezech., XVIII, 21.

(5) Psal. L, 19; Psal. CII, 12; Eccli., II, 12.

(6) I. Corinth., XII, 31.

(7) Matth., VII, 14.

(8) Deut., VI, 5; Matth., XXII, 37; Marc., XII, 30; Luc., X, 27.

un amor más tierno y apasionado, ya que en el mundo halla tan pocos amadores, y muchos que le aborrecen y blasfeman, siendo así que no hay madre que profese á sus hijos amor tan entrañable como el de Jesucristo á las almas redimidas con su sangre (1). Que halle siquiera en nosotros el amor, servicio y consuelo que le niegan esos hijos desamorados; que more en nuestras almas por la fe y la caridad, para asistarnos, defendernos y consolarnos en este destierro; y después de nuestra muerte—que en sus brazos será santa—acompañarnos al cielo, y allí, descubierto su hermosísimo rostro (2), *le veremos cara á cara* (3), y en esta vista inefable estribará la bienaventuranza que esperamos gozar con los ángeles y santos por siglos eternos.

(1) Jerem., XXXI, 3.  
(2) Psal. XLIV, 3.

(3) I. Corinth., XIII, 12.

A. M. D. G.

FIN DEL TOMO PRIMERO

## ÍNDICE

	Páginas.
<i>Censura y aprobación.</i> . . . . .	VII
<i>Dos palabras.</i> . . . . .	XIII
Concepto de la tribulación. . . . .	3
Imitación de Cristo. . . . .	19
Perfección religiosa. . . . .	35
De la santa pobreza. . . . .	49
De la castidad. . . . .	69
De la obediencia. . . . .	89
Observancia de las Reglas. . . . .	103
Pasión dominante. . . . .	119
De la oración en general. . . . .	133
Eficacia de la oración. . . . .	149
Condiciones de la oración. . . . .	163
De la oración mental. . . . .	177
Del examen particular. . . . .	195
Del examen general. . . . .	211
De la mortificación. . . . .	225
Renuncia de toda propiedad. . . . .	241
De la soberbia. . . . .	257
De la humildad. . . . .	273
De las tentaciones. . . . .	287
De los malos pensamientos. . . . .	303
Del pecado mortal. . . . .	319



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un amor más tierno y apasionado, ya que en el mundo halla tan pocos amadores, y muchos que le aborrecen y blasfeman, siendo así que no hay madre que profese á sus hijos amor tan entrañable como el de Jesucristo á las almas redimidas con su sangre (1). Que halle siquiera en nosotros el amor, servicio y consuelo que le niegan esos hijos desamorados; que more en nuestras almas por la fe y la caridad, para asistarnos, defendernos y consolarnos en este destierro; y después de nuestra muerte—que en sus brazos será santa—acompañarnos al cielo, y allí, descubierto su hermosísimo rostro (2), *le veremos cara á cara* (3), y en esta vista inefable estribará la bienaventuranza que esperamos gozar con los ángeles y santos por siglos eternos.

(1) Jerem., XXXI, 3.  
(2) Psal. XLIV, 3.

(3) I. Corinth., XIII, 12.

A. M. D. G.

FIN DEL TOMO PRIMERO

## ÍNDICE

	Páginas.
<i>Censura y aprobación.</i> . . . . .	VII
<i>Dos palabras.</i> . . . . .	XIII
Concepto de la tribulación. . . . .	3
Imitación de Cristo. . . . .	19
Perfección religiosa. . . . .	35
De la santa pobreza. . . . .	49
De la castidad. . . . .	69
De la obediencia. . . . .	89
Observancia de las Reglas. . . . .	103
Pasión dominante. . . . .	119
De la oración en general. . . . .	133
Eficacia de la oración. . . . .	149
Condiciones de la oración. . . . .	163
De la oración mental. . . . .	177
Del examen particular. . . . .	195
Del examen general. . . . .	211
De la mortificación. . . . .	225
Renuncia de toda propiedad. . . . .	241
De la soberbia. . . . .	257
De la humildad. . . . .	273
De las tentaciones. . . . .	287
De los malos pensamientos. . . . .	303
Del pecado mortal. . . . .	319



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

U A N

IDAD AUTÓNOMA DE NUEV  
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC

